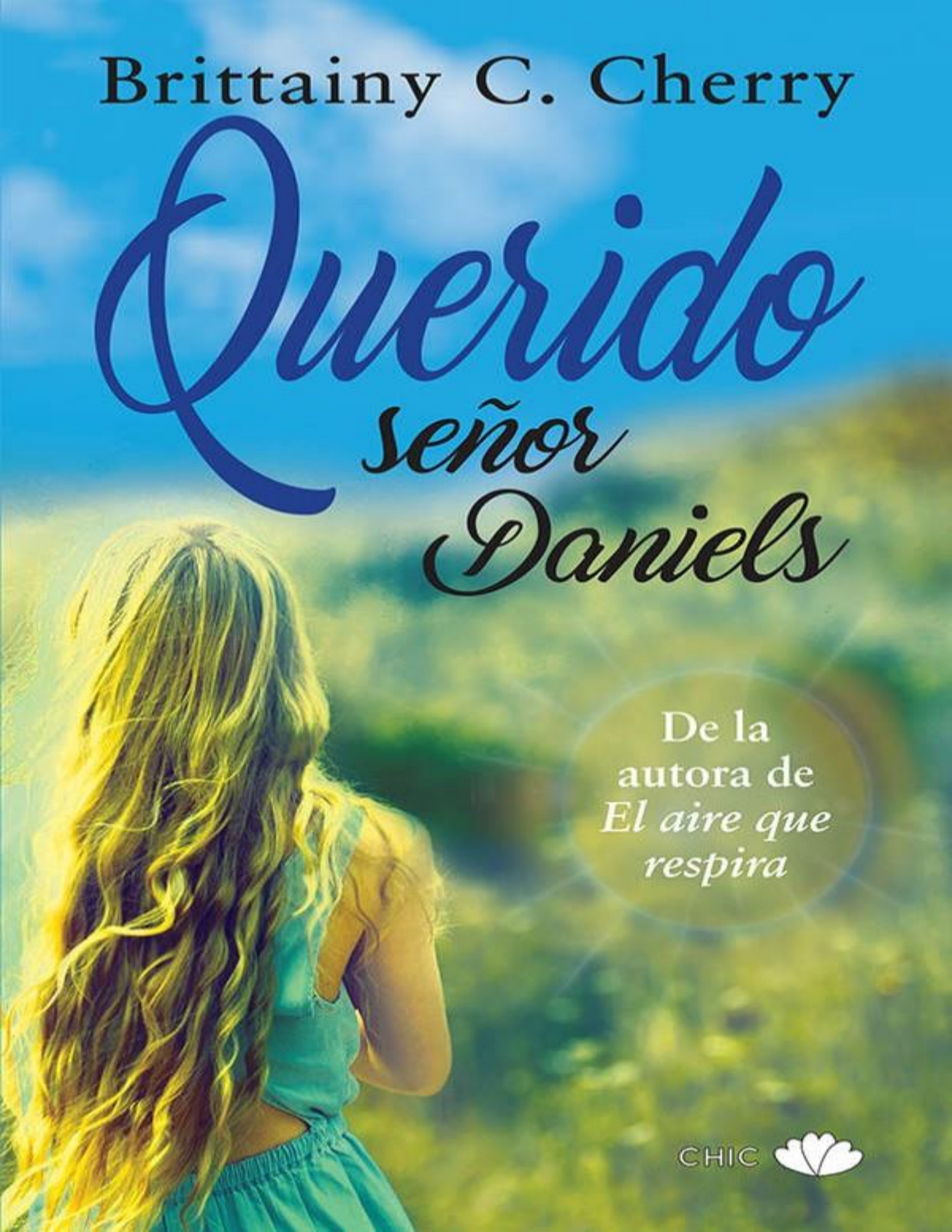
Brittainy C. Cherry

Querido señor Daniels



De la autora de *El aire que respira*

CHIC

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada
Página de créditos
Sobre este libro
Dedicatoria

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo

Sobre la autora

QUERIDO SEÑOR DANIELS

Brittainy C. Cherry

Traducción de Vicky Vázquez

Principal de los Libros

CHIC

QUERIDO SEÑOR DANIELS

V.1: Octubre, 2016

Título original: *Loving Mr. Daniels*
© Brittainy C. Cherry 2014
© de la traducción, Vicky Vázquez, 2016
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2016
Todos los derechos reservados.

Los derechos de esta obra se han gestionado con Bookcase Literary Agency.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Imagen: Aleshyn Andrei

Publicado por Principal de los Libros
C/ Mallorca, 303, 2º 1ª
08037 Barcelona
info@principaldeloslibros.com
www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-64-0
IBIC: FR
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

QUERIDO SEÑOR DANIELS

Una conmovedora historia de amor entre dos almas rotas

Ashlyn ha perdido a su hermana gemela y se
muda a Wisconsin para terminar el instituto.
Allí conoce a un músico de mirada profunda.
Conectan más allá de las leyes de la química.
Luego descubren que están en la misma clase.
Él como profesor y ella como alumna.

Un amor prohibido acompañado de las notas de Shakespeare

A todos los Tonys del mundo.

*Os **veo.***
*Os **oigo.***
*Os **siento.***
*Os **quiero.***

Y no estáis solos.

Prólogo

Daniel

~ Hace veinte meses ~

No sé qué contarte,
no sé qué decir.
Solo sé que preocuparme por ti me causa más dolor.

Romeo's Quest

Estaba sumido en una miríada de pensamientos turbios y molestos cuando aparqué el Jeep cerca del callejón. Nunca había estado en esta parte de la ciudad. Ni siquiera sabía que existía. El cielo nocturno estaba embriagado de oscuridad, y el frío de los últimos meses de invierno afectaba a mi nivel de irritación. Miré el tablero de mandos del coche.

Las cinco y media de la madrugada.

Me había prometido que no volvería a ayudarlo. Sus actos habían formado un enorme cráter entre nosotros, destruyendo todo lo que solíamos ser. Pero sabía que no podía mantener la promesa de quedarme al margen. Era mi hermano. Incluso cuando metía la pata, algo que hacía a menudo, seguía siendo mi hermano.

Esperé al menos quince minutos hasta que vi a Jace salir del callejón cojeando, agarrándose el costado. Me incorporé en el asiento y nuestras miradas se cruzaron.

—Joder, Jace —murmuré saliendo del coche de un salto y dando un portazo. Al acercarme, una farola le iluminó la cara. Tenía el ojo izquierdo completamente hinchado y el labio inferior partido. Su camiseta blanca estaba manchada de su propia sangre.

—¿Qué coño ha pasado? —exclamé en voz baja.

Lo ayudé a subirse al Jeep. Él soltó un gemido. Intentó sonreír. Volvió a gemir. Cerré la puerta con fuerza y me apresuré a volver al asiento del conductor.

—Esos cabrones me han apuñalado. —Se pasó los dedos por la cara, cubriéndola de sangre. Se echó a reír, pero su aspecto evidenciaba la gravedad de la situación—. Le dije a Red que tendría su dinero la semana que viene —se estremeció— y envió a sus hombres para que se ocuparan de mí.

—Por Dios, Jace —suspiré alejándome del bordillo. Empezaba a amanecer, pero de alguna forma parecía estar más oscuro que antes —. Pensaba que habías dejado de vender.

Él se incorporó y me miró con el único ojo que podía abrir.

—Y así es, Danny. Te lo prometo. —Se echó a llorar—. Te juro por Dios que he acabado con eso. —Era evidente que no solo vendía, sino que además había vuelto a consumir. *Mierda*—. Iban a matarme, Danny. Lo sé. Los enviaron para…

—*¡Cállate!* —grité, y sentí como la idea de que mi hermano pequeño muriera penetraba en mi mente. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y percibí el miedo fantasmal de lo desconocido—. No vas a morir, Jace. Cierra la boca.

Él sollozaba y gimoteaba de dolor. Un sonido profundo de pérdida y confusión inundaba sus lágrimas.

—Lo siento… No quería meterte en esto.

Lo miré y dejé escapar un profundo suspiro. Apoyé la mano en su espalda.

—No pasa nada —mentí.

Me había alejado de sus problemas. Me había centrado en mi música, en las clases. Estaba en la universidad, y me quedaba un año para convertirme en alguien. Pero en lugar de preparar el examen que tenía unas horas después, estaría vendando a Jace. Genial.

Él jugueteaba con los dedos mirando al suelo.

—No quiero seguir haciendo esto, Danny. Y he estado pensando. —Levantó la vista y entonces su mirada flaqueó—. A lo mejor puedo volver al grupo.

—Jace —le advertí.

—Lo sé, lo sé. Metí la pata…

—Hasta el fondo —señalé.

—Sí, vale. Pero ya sabes, la única vez que he sido feliz después de lo de Sarah… —Se encogió al oír sus propias palabras. Empezó a removerse inquieto en el asiento—. La única vez que he sido feliz después de aquel día fue cuando actué con vosotros.

Se me hizo un nudo en el estómago y no respondí. Cambié de tema.

—Deberíamos ir al hospital.

Abrió mucho los ojos y se negó rotundamente.

—No, nada de hospitales.

—¿Por qué?

Hizo una pausa y se encogió de hombros.

—Podría encontrarme la policía…

Arqueé una ceja.

—¿Te persigue la policía, Jace?

Asintió.

Solté un taco. Así que no solo estaba huyendo de la gente de la calle, sino también de los que encerraban a la gente de la calle. Me gustaría poder decir que me sorprendía.

—¿Qué has hecho? —pregunté enfadado.

—No importa. —Lo miré fríamente y él suspiró—. No fue culpa mía, Danny. Te juro que no. Mira, hace unas semanas Red me pidió que moviera un coche. No sabía qué coño había dentro.

—¿Moviste drogas?

—¡No lo sabía! ¡Te juro por Dios que no lo sabía!

¿Qué puñetas decía? ¿Pensaba que estaba moviendo unos putos bastones de caramelo?

Continuó hablando:

—El caso es que los policías encontraron el vehículo cuando paré en una gasolinera para echar gasolina. Cuando salí de allí, el coche estaba rodeado. Un policía me vio alejarme rápidamente del coche y me gritó que me detuviera, pero no lo hice. Eché a correr. Al final resulta que pasar tanto tiempo en la pista de atletismo del instituto me vino bien —dijo con una risita.

—Ah, ¿te hace gracia? ¿Crees que tiene gracia? —Me hervía la sangre—. ¡Porque yo me lo estoy pasando en grande, Jace! —Bajó la cabeza—. ¿A dónde te llevo?

—Llévame a casa de mamá y papá —dijo.

—Estás de broma, ¿verdad? ¿Mamá lleva un año sin verte y ese es el primer lugar que se te ocurre? ¿Presentarte lleno de sangre y magulladuras? ¿Es que quieres matarla? Y ya sabes que papá no se encuentra bien…

—Por favor, Danny —gimoteó.

—Mamá sale a pasear por el muelle a esta hora… —le advertí.

Se sorbió los mocos y se pasó los dedos por debajo de la nariz.

—Esperaré en el embarcadero y aprovecharé para limpiarme. —Hizo una pausa y se giró hacia la ventanilla del copiloto—. Voy a limpiarme —volvió a susurrar.

Como si no hubiera oído eso antes.

* * *

Tardamos veinte minutos en llegar a casa de nuestros padres. Vivían en un lago a unos pocos kilómetros de Edgewood, Wisconsin. Papá le había prometido a mamá que algún día tendrían una casa en un lago, y hacía unos años que se la había comprado. Le hacía falta una reforma, pero era toda suya.

Aparqué detrás del cobertizo. El barco de papá estaba dentro, esperando a que pasara el invierno. Jace dejó escapar un suspiro y me dio las gracias por haberlo llevado. Entramos en el cobertizo. La luz matinal atravesaba las ventanas.

Me acerqué al barco y me metí dentro para coger unas toallas de debajo de la cubierta. Cuando volví a incorporarme, vi que Jace se había sentado y se estaba mirando el corte.

—No es muy profundo —dijo, presionándolo con la mano. Saqué una navaja, rasgué una de las toallas y la apreté contra la herida. Jace miró la hoja y cerró los ojos—. ¿Papá te ha dado su navaja?

Miré el trozo de metal que tenía en la mano. La cerré y me la guardé en el bolsillo.

—La tomé prestada.

—Papá no me dejaba ni tocarla.

Miré el corte que tenía.

—Me pregunto por qué.

Antes de que tuviera tiempo de responder, se oyó un chirrido cerca del muelle.

—¿Qué coño…? —murmuré y salí a toda prisa. Jace me seguía de cerca cojeando—. ¡Mamá! —grité.

Un desconocido con una sudadera roja tiraba de ella mientras le apuntaba a la espalda con una pistola.

—¿Cómo nos han encontrado? —murmuró Jace.

Lo miré confundido.

—¡¿Lo conoces?! —pregunté asqueado.

Y cabreado.

Y asustado.

Sobre todo asustado.

El desconocido levantó la vista y nos vio a Jace y a mí, y habría jurado que sonreía.

Sonrió antes de que se disparara la pistola.

Y echó a correr mientras mamá se desplomaba.

La voz de Jace se alzó hasta el cielo. Sonaba espesa, llena de rabia y miedo. Corrió hacia mi madre pero yo fui más rápido.

—Mamá, mamá. Te pondrás bien. —Me giré hacia mi hermano y le di un empujón—. Llama al 911.

Él se levantó con la cara cubierta de lágrimas y los ojos rojos.

—Danny, mamá no… No está… —Hablaba balbuciendo, y lo odié por pensar lo mismo que pensaba yo. Me metí la mano en el bolsillo, saqué el móvil y se lo puse en las manos.

—¡Llama! —ordené sosteniendo a mi madre entre mis brazos.

Miré en dirección a la casa y vi la cara de mi padre justo cuando se daba cuenta de lo que había pasado. El momento en que comprendía que, en efecto, había oído un disparo, y que, en efecto, su esposa estaba inmóvil. Su salud era delicada, pero aun así corrió hacia nosotros.

—Sí, hola. Nuestra madre… *¡Le han disparado!* —Tan solo oír las palabras de los labios de Jace hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Acaricié el pelo de mi madre y la abracé mientras mi padre se acercaba a toda prisa.

—No… no… no… —murmuró, dejándose caer al suelo.

La apreté con más fuerza. Me agarraba a ella y a mi padre. Ella me miró con sus ojos azules, pidiéndome en silencio que le diera respuestas a unas preguntas desconocidas.

—Estás bien. Estás bien… —le susurré al oído.

Le estaba mintiendo y me mentía a mí mismo. Sabía que no iba a sobrevivir. Algo dentro de mí me decía que era demasiado tarde y no había esperanza. Pero no podía dejar de repetirlo ni de pensarlo. Y no podía dejar de llorar.

Estás bien.

Capítulo 1

Ashlyn

~ Presente ~

La muerte no asusta; no es una maldición.
Pero, joder, ojalá me hubiera llevado a mí primero.

Romeo's Quest

Me senté en el último banco de la iglesia. Odiaba los funerales, pero pensé que en realidad sería raro que me gustaran. Me pregunté si habría gente a la que le gustara ese tipo de cosas. Gente que apareciera allí para empaparse de la tristeza como una forma enfermiza de entretenimiento. Ya sabes lo que dicen: no puedes deletrear «funeral» sin «fun».*

Estoy bien.

Cada vez que pasaba alguien por mi lado, titubeaban conteniendo la respiración. Pensaban que estaban viendo a Gabby.

—No soy ella —les susurraba, y entonces fruncían el ceño y seguían avanzando—. No soy ella —murmuré para mis adentros, removiéndome en el banco de madera.

Cuando era niña estuve enferma. Entre los cuatro y los seis años, entraba y salía del hospital continuamente. Supongo que había un agujero en mi corazón. Tras muchas operaciones y muchas oraciones, pude continuar teniendo una vida normal. Mamá creía que iba a morirme, y no podía evitar pensar que le decepcionaba que fuera Gabby la que hubiera muerto en lugar de mí.

Había empezado a beber otra vez cuando descubrió que Gabby estaba enferma. Había hecho todo lo posible por ocultarlo, pero una vez la sorprendí en la habitación. Estaba llorando y temblando en la cama. Cuando me tumbé a su lado para abrazarla, olí el whisky en su aliento.

Mamá nunca había manejado bien las situaciones difíciles, y el alcohol era siempre su manera de lidiar con los problemas. No resultó ser muy buena solución cuando Gabby y yo tuvimos que quedarnos con nuestro abuelo durante sus visitas a la clínica de rehabilitación. Después de la última vez, prometió dejar la botella para siempre.

Mamá estaba sentada en primera fila con su novio, Jeremy, la única persona capaz de asegurarse de que se vistiera cada día. No habíamos hablado mucho desde que Gabby fue tan egoísta como para morirse. Siempre la había querido más a ella. No era un secreto. A Gabby le gustaban las mismas cosas que a mamá, como el maquillaje y los *realities*. Siempre se reían juntas y se divertían mucho mientras yo me quedaba sentada en la habitación o en el sofá leyendo mis libros.

Sé que los padres siempre dicen que no tienen favoritos, pero ¿cómo no va a ser así? A veces tienen un hijo que se parece tanto a ellos que jurarían que Dios los había hecho a su imagen y semejanza. Eso es lo que Gabby era para mamá. Pero otras veces te sale una hija que se entretiene leyendo el diccionario porque «las palabras molan».

¿Adivinas quién era esa?

Me quería bastante, pero desde luego, no le gustaba. A mí no me importaba, porque yo la quería a ella por las dos.

Jeremy era un hombre decente, y me preguntaba en secreto si sería capaz de traer de vuelta a la madre que tenía antes de que Gabby se pusiera enferma. La madre que solía sonreír. La madre que podía soportar mirarme. La madre que me quería pero a la que no gustaba demasiado. Echaba mucho de menos a esa madre.

Arañé el esmalte negro de mis uñas y solté un suspiro. El cura seguía hablando de Gabby como si la hubiera conocido. No era así. Nunca habíamos ido a la iglesia, así que el hecho de estar en una en ese momento era un poco dramático. Mamá siempre decía que la iglesia estaba dentro de nosotras, y que podíamos encontrar a Dios en todas partes, así que no tenía sentido ir a un edificio cada domingo. Yo opinaba que era su manera de decir «los domingos duermo hasta tarde».

No podía seguir dentro de la iglesia ni un segundo más. Para ser un lugar de fe y oración, era bastante sofocante.

Giré la cabeza hacia las puertas de la iglesia al oír otro himno. *Por Dios bendito. ¡¿Cuántos himnos quedan?!* Me levanté del banco y salí fuera, sintiendo como el calor del verano me golpeaba la piel. Hacía más calor que otros años. Me estiré el vestido negro que estaba obligada a llevar e intenté mantener el equilibrio sobre los tacones. No estaba acostumbrada a esa altura.

Cualquiera pensaría que era raro que llevara el vestido que había elegido mi difunta hermana, pero así era Gabby. Siempre había sido un poco morbosa, hablando de su muerte antes de que llegara, incluso antes de enfermar. Quería que estuviera guapa en su funeral. El vestido me quedaba un poco pequeño en la cintura, pero no me quejé. ¿A quién podía quejarme de todas formas?

Me senté en el primer escalón de la iglesia y coloqué los codos a ambos lados del cuerpo, presionándolo con fuerza hasta sentir un poco de dolor. Los funerales son aburridos. Observé a una hormiga despistada recorrer el escalón. Parecía aturdida y confusa, yendo de atrás hacia delante, de izquierda a derecha, de arriba para abajo.

—Vaya, parece que tenemos mucho en común, señora Hormiga.

Me protegí del sol con la mano y miré el cielo. Era uno de esos estúpidos cielos azules tan llenos de felicidad y esas chorradas.

Aunque me cubría los ojos, el sol me quemaba y me calentaba llenándome de arrepentimiento y culpa.

Bajé la cabeza y observé los escalones de cemento mientras hacía círculos redundantes con la punta de mis tacones. Tenía mis dudas, pero estaba casi segura de que la soledad era una enfermedad. Una enfermedad infecciosa y repugnante que se adentra lentamente en tu sistema hasta apoderarse de ti, por mucho que intentes resistirte a ella.

—¿Interrumpo? —dijo una voz detrás de mí. *La voz de Bentley.*

Me giré y lo vi con una cajita en las manos. Me sonrió, pero tenía la mirada triste. Di unas palmaditas en el escalón a mi lado y él aceptó de inmediato mi invitación silenciosa. Gabby también lo había vestido a él. Llevaba una americana azul encima de su camiseta gastada de los Beatles. Seguramente la gente que estaba en la iglesia lo había mirado raro por haber elegido ese atuendo, pero a Bentley le daba igual lo que pensaran los demás. Solo le importaba una chica y sus deseos y necesidades.

—¿Cómo estás? —pregunté, colocando la mano en su rodilla.

Sus ojos azules se encontraron con mis ojos verdes, y soltó una risita. Pero los dos sabíamos que era una risa que escondía sufrimiento. Hice una mueca de tristeza. Pobrecito. Enseguida colocó la caja a su lado y dejó caer los hombros. Se llevó las manos a la cara y se hizo un ovillo. Di un resoplido, casi sintiendo cómo su corazón se rompía en mil pedazos. Solo había visto a Bentley llorar una vez, y fue cuando consiguió entradas para ver a Paul McCartney. Este tipo de lágrimas era muy diferente.

Verlo derrumbarse me hizo sentir muy impotente. Lo único que quería era absorber todo su dolor y enviarlo al espacio exterior para que nunca tuviera que volver a sentirse así.

—Lo siento, Bentley —dije en voz baja, y lo rodeé con mis brazos.

Él siguió sollozando un rato más y luego se secó los ojos.

—Soy un idiota por derrumbarme así delante de ti. Lo último que necesitas es ver a alguien desmoronándose. Lo siento, Ashlyn —suspiró.

Era el tío más agradable que había conocido. Es una pena que los tipos buenos sufran, porque todo el mundo sabe que el dolor de sus corazones es el más profundo.

—No te disculpes. —Entrelacé los dedos y apoyé la barbilla en las manos. Él ladeó la cabeza en mi dirección y me dio un golpecito en el hombro.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó mirándome con los mismos ojos cariñosos de siempre.

Mi hermana se habría enamorado perdidamente de él por aquel gesto de venir a ver cómo estaba. Seguro que en el mundo que había después de este, estaba con Tupac y la madre de Nemo con una sonrisa en la cara.

Una sonrisa asomó a mis labios y recordé que no era la única que estaba sufriendo. Bentley significaba muchísimo para Gabby, pero Gabby era el universo de Bentley. Tenía dos años más que nosotras. Lo habíamos conocido cuando estaba en el tercer año de instituto. Gabby iba a segundo y yo a primero, ya que iba un curso retrasada a causa de mis problemas de salud.

En unas semanas, Bentley se iría al norte para empezar su segundo año de universidad. Estudiaba para ser médico, algo irónico, porque en ese momento padecía de un corazón roto que ninguna medicina podría curar jamás.

—Estoy bien, Bent. —Era mentira, y él sabía que era mentira, pero no importaba. No me haría preguntas—. ¿Has visto a Henry dentro? —dije, girándome un momento para mirar las puertas de la iglesia.

—Sí. Hemos hablado un rato. ¿Has hablado con él?

—No. Tampoco he hablado con mi madre. Desde hace días. —Bentley notó que me temblaba la voz y me rodeó la cintura para abrazarme.

—Es solo que está afligida. No lo hace con mala intención, estoy seguro.

Pasé los dedos por los escalones de cemento, sintiendo la textura rugosa contra mi piel suave.

—Creo que desea que hubiera sido yo —dije en voz baja. Una lágrima me cayó por la mejilla y me giré hacia Bentley, que parecía dolido al oír mis palabras—. Creo que ni siquiera puede mirarme porque, bueno… soy la gemela mala que ha sobrevivido.

—No —dijo con firmeza—. Ashlyn, no hay absolutamente nada malo en ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno. —Se incorporó y me dirigió una sonrisa bobalicona—. Soy médico. O al menos estoy estudiando para serlo. —No pude evitar reírme al oír su argumento—. Y para que lo sepas… Durante la última conversación que tuvimos Gabby y yo, no dejaba de repetir lo mucho que se alegraba de que no fueras tú.

Me mordí el labio intentando contener las lágrimas que se me agolpaban en los ojos.

—Gracias, Bentley.

—Aquí estoy, colega. —Me abrazó una última vez y luego nos separamos—. Esto me recuerda… —Cogió la caja que tenía al lado y la colocó en mi regazo—. Es de Gabby. Me pidió que te la diera para que la abrieras esta noche después del funeral. No sé qué hay dentro. No quiso decírmelo. Solo me dijo que era para ti.

Miré la caja de madera y pasé los dedos por ella. ¿Qué habría dentro? ¿Qué podía pesar tanto?

Bentley se levantó y se metió las manos en los bolsillos. Oí sus pasos al acercarse a las puertas de la iglesia. Cuando abrió una de ellas, los débiles sollozos procedentes del interior se hicieron más dolorosos a nuestros oídos. No levanté la vista, pero sabía que seguía ahí. Se aclaró la garganta y tardó unos segundos en volver a hablar.

—¿Sabes? Iba a pedirle que se casara conmigo.

La caja de madera me pesaba en las piernas, y el sol abrasador me perforaba el rostro, proyectando su luz con fuerza contra mi piel. Asentí sin darme la vuelta.

—Lo sé.

Un pesado suspiro escapó de sus labios al girarse para volver a entrar en la capilla. Me quedé allí sentada un rato más, pidiendo al

sol en silencio que me derritiera hasta convertirme en una montaña de nada sobre los escalones aquella tarde. La gente deambulaba por allí, pero nadie se paraba para mirarme. Estaban demasiado ocupados viviendo su vida para darse cuenta de que la mía, de alguna forma, se había detenido.

Volvió a abrirse la puerta de la iglesia, pero esta vez fue Henry quien se sentó a mi lado. No dijo mucho, pero se mantuvo lo suficientemente alejado para evitar hacerme sentir incómoda. Se sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su traje y encendió uno.

Una nube de humo salió de sus labios, y observé las formas hipnóticas que hacía en el aire antes de disiparse.

—¿No crees que es un poco lúgubre fumar en los escalones de una iglesia?

Henry dejó caer la ceniza del cigarrillo antes de hablar.

—Sí, bueno, el mundo acaba de enterrar a una de mis hijas, así que creo que puedo fumarme un cigarrillo en estos escalones y decir «que te jodan, mundo». Al menos por hoy.

Me eché a reír. Era una risa llena de sarcasmo.

—Me parece un poco atrevido por tu parte que nos llames hijas después de haber pasado dieciocho años en que solo nos llamabas por nuestro cumpleaños y nos enviabas postales navideñas. —Henry había conducido hasta aquí desde Wisconsin por primera vez en mucho tiempo.

Su propósito en la vida no era tener una taza que pusiera «el mejor padre», y yo había aprendido a no darle importancia. Pero que viniera hasta aquí, precisamente hoy, e hiciera el papel de padre de luto era un poco dramático, incluso para ser el tipo que se fuma un cigarrillo en los escalones de la iglesia.

Dejó escapar un suspiro y guardó silencio. Permanecimos sentados bajo la mirada de la gente durante largo rato. Tan largo que empecé a sentirme mal por cómo le había hablado.

—Lo siento —murmuré mirándolo—. No quería decir eso. —No estaba segura de si me lo había tenido en cuenta. Supongo que a veces es más fácil ser mezquino que lidiar con el dolor.

Henry no tardó en desvelar el verdadero motivo por el que había salido a charlar conmigo.

—He hablado con tu madre. Lo está pasando muy mal. —No dije nada. ¡Pues claro que lo estaba pasando mal! ¡Su hija favorita había muerto! Henry continuó diciendo—: Hemos decidido que lo mejor es que vengas conmigo y acabes el último año de instituto en Wisconsin.

Esta vez me eché a reír a carcajadas.

—Sí, claro, Henry. —Al menos seguía teniendo sentido del humor. Un sentido del humor extraño, pero divertido. Me volví hacia él y vi que sus ojos verdes, iguales que los míos y los de Gabby, tenían una mirada sombría. Empezó a dolerme el estómago. Se me llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Va en serio? ¿No me quiere aquí?

—No es eso… —Le temblaba la voz. No quería ofenderme.

Pero sí que era eso. Ya no me quería. ¿Por qué sino iba a mandarme a la tierra de las vacas, el queso y la cerveza? Sabía que estábamos pasando por un mal momento, pero eso es lo que ocurre en las familias cuando alguien muere. Lo pasan mal. Van con pies de plomo. Gritan cuando lo necesitan y lloran durante los gritos. Se derrumban… todos juntos.

Volvieron los dolores de estómago que había padecido las últimas semanas, y me odié a mí misma por sentirme débil. *Delante de Henry no. No te desmayes delante de él.*

Me levanté del escalón, sujetando la caja de madera debajo del brazo izquierdo. Me sacudí el polvo del vestido con la mano derecha y avancé hacia la iglesia.

—De acuerdo —mentí. Mi mente estaba inundada de pensamientos aterrorizados sobre lo que se avecinaba—. Además… ¿a quién le importa que le quieran o no?

* * *

Había pasado una semana desde el funeral, y mamá se había quedado en casa de Jeremy la mayor parte del tiempo. Para ser sincera, no era exactamente cómo imaginaba que pasaría las últimas

semanas de verano: llorando sola en casa a todas horas. Era oficialmente patética.

Por lo menos no había llorado durante los últimos diez minutos. Era una gran victoria.

Avancé por el pasillo, me detuve y me apoyé contra el marco de la puerta de la que solía ser nuestra habitación compartida. Ahí estaba, encima de mi cómoda: la pequeña caja de tesoros. Toda la vida de Gabby, o al menos la que soñaba que tendría, estaba dentro de esa caja. Estaba segura. Llámalo instinto, llámalo telepatía entre gemelas, pero estaba segura.

Era una cajita sencilla de madera, y tenía que abrirla la noche del funeral, pero hasta el momento solo la había colocado sobre la cómoda para contemplarla. La levanté y encontré la llave pegada en la base. Tiré de la llave y me acerqué a la cama individual que estaba en el lado derecho de la habitación, mirando la segunda cama que estaba al otro lado. Me dejé caer sobre la pesada colcha, y entonces metí la llave en la cerradura.

Abrí la caja de tesoros con calma. Solté el aire que había contenido, y derramé unas pocas lágrimas. Me las sequé de inmediato e inspiré profundamente.

Dos segundos. No había llorado durante los últimos dos segundos. Era una pequeña victoria.

Dentro de la caja había una cantidad enorme de sobres. Había un montón de púas viejas de Gabby encima de los sobres. Se le daba genial la música, y siempre intentaba enseñarme a tocar esa maldita guitarra suya, pero solo conseguí hacerme daño en los dedos y perder el tiempo cuando podía haber estado trabajando en mi novela inconclusa.

Enseguida me sentí mal por no haberme esforzado más en aprender a tocar la guitarra, porque ella se había tomado mucho tiempo en ayudarme a escribir mi novela. Ahora estaba segura de que nunca la terminaría.

En una esquina de la caja había un anillo: el anillo de novios que le había dado Bentley. Me lo pasé por los dedos un momento antes de devolverlo a su sitio. Esperaba que estuviera bien. Era lo más

cercano a un hermano que tenía, y deseé que lograra volver a ser el que era: el chico adorable que siempre había sido.

El resto de las cosas que había en la caja de madera eran cartas, muchas cartas. Había al menos cuarenta sobres, cada uno numerado, marcado con palabras y sellado con un corazón. El primero decía «Léeme primero». Coloqué la caja en la cama, cogí el sobre y lo abrí lentamente.

Hermanita,

Me llevé los dedos a los labios y di un grito ahogado al ver que era una nota de Gabby. En mi interior, sentimientos encontrados, porque quería llorar al ver su letra, pero también quería reírme al ver que me llamaba «hermanita». Había llegado al mundo quince minutos antes que yo, y nunca dejaba de recordármelo: siempre me llamaba «hermanita» o «niña». Seguí leyendo, deseosa de devorar cada uno de los sobres que contenía la caja, ansiosa por sentirme conectada a ella, enseguida, allí mismo.

Déjame decirte en primer lugar que te quiero. Fuiste mi primer amor y eres mi mejor amor. Sí, ya sé que estas cartas pueden parecer algo morbosas, pero carpe diem, *¿no? Le pedí a Bentley que te dijera que las abrieras la noche del funeral, así que ya sé que seguramente habrás esperado uno o dos días.*

«O siete», murmuré, y no pude evitar sonreír al leer la siguiente línea.

O siete. Pero sentía que habíamos dejado tantas cosas por terminar. Tantas cosas que no hemos podido hacer. Siento que no vaya a ir a tu graduación. Siento que no pueda emborracharme contigo cuando cumplas los veintiuno. Siento que no vaya a estar allí cuando firmes tu primer libro. Siento mucho, mucho que no pueda abrazarte la primera vez que te rompan el corazón ni ser tu dama de honor en tu sofisticada boda.

Pero necesito que hagas algo por mí, Ash. Necesito que dejes de culparte a ti misma. ¡Ahora mismo! ¡Para ya! Necesito que empieces a pasar página. Soy yo quien ha muerto, no tú, ¿recuerdas? Así que en la siguiente página encontrarás una lista de cosas por hacer antes de morir. Sí, la he hecho yo porque sé que tú nunca la harías. Cada vez que completes una acción, abre una carta. Será como si estuviera ahí contigo.

Lee la lista. NUNCA abras una carta hasta que hayas completado la tarea. Y por Dios, date una ducha, cepíllate el pelo y maquíllate un poco. Tienes un aspecto horrible. Un poco como un híbrido entre el diablo y Paco Pico.

Perdóname por todas las lágrimas, y perdóname por hacerte sentir tan sola y perdida. Pero confía en mí…

Lo estás haciendo genial, hermanita.

Gabrielle

Pasé a la siguiente página y miré mi «lista de cosas por hacer antes de morir». No me sorprendió lo acertada que era la lista con algunas de las cosas que decíamos que haríamos. Lanzarme en paracaídas, leer la obra completa de Shakespeare, enamorarme, publicar una novela y organizar una firma de libros alucinante con *cupcakes,* tener gemelos, salir con el chico equivocado, ir a la Universidad de California del Sur. Esas eran algunas de las cosas que soñaba que haría. Pero algunas cosas de la lista eran más propias de Gabby que mías.

Perdonar a Henry, llorar de felicidad y reír de tristeza, emborracharme y bailar en un bar, devolverle a Bentley su anillo de novios, cuidar a mamá, recrear la famosa escena de *Titanic*.

La puerta principal se abrió y vi a mi madre en la sala de estar, caminando de un lado a otro. Guardé las cartas en la caja y la cerré. Salí de la habitación, me acerqué a ella, y ella me miró durante largo rato. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y abrió la boca como si quisiera decirme algo, pero no le salió nada. Levantó y volvió a bajar los hombros, y no hubo más que silencio.

Parecía tan rota, tan agotada, tan destrozada.

—Mañana me voy a casa de Henry —dije moviéndome sin parar por la alfombra. Durante un breve instante, mamá se echó a temblar. Me planteé retirar lo que había dicho y quedarme en el apartamento, pero antes de poder ofrecerme, me contestó.

—Eso está bien, Ashlyn. ¿Necesitas que Jeremy te lleve a la estación de tren?

Negué con la cabeza. El corazón me golpeaba con fuerza en el pecho y cerré las manos en un puño.

—No, me las arreglaré. Y para que lo sepas, no voy a volver. —Se me quebró la voz, pero logré contener las lágrimas—. Nunca. Te odio por abandonarme cuando más te necesito. Y nunca te perdonaré.

Miró al suelo, con los hombros caídos. Luego levantó la vista para mirarme una última vez antes de volver a salir por la puerta principal.

—Que tengas un buen viaje.

Y con eso, me dejó allí, sola, una vez más.

* Juego de palabras. «Fun» en inglés significa «diversión». *(N de la T.)*

Capítulo 2

Ashlyn

Recuerda siempre nuestra primera mirada,
y le prometeré a tu corazón que seré suficiente.

Romeo's Quest

El día siguiente no tardó en llegar. Estaba sentada en una estación de tren, sobre una maleta grande. Nunca había viajado en tren, y había sido una experiencia interesante.

Había aprendido tres cosas sobre los trenes: una, que a veces los desconocidos se sientan a tu lado y roncan y babean, pero tú tienes que actuar como si eso fuera normal; dos, una lata de refresco te cuesta más que comprar una manada de vacas; tres, los revisores tienen exactamente el mismo aspecto que el tipo de la película *Polar Express*, salvo porque no son personajes animados.

Los trenes siempre molan más en las películas y los libros, pero en realidad son solo coches sobre unas vías. Lo cual tiene sentido, ya que a los vagones también los llaman «coches». Bueno, a casi todos. El de delante se llama locomotora, y el de atrás es el vagón de cola.

Sonreí al pensar en la palabra «cola». Dila cinco veces sin reírte.

Cola.

Cola.

Cola.

Cola.

Gabby.

Oh no. Me estaba riendo sin parar y llorando al mismo tiempo. Todo me llevaba de vuelta a mi hermana. La gente que pasaba por mi lado debía de pensar que estaba loca, porque estaba riéndome sola. Para evitar las miradas, saqué un libro del bolso y lo abrí. A veces la gente es demasiado crítica.

Me coloqué el bolso de nuevo en el hombro y suspiré. Odiaba los bolsos, pero a Gabby le encantaban. Le gustaba todo lo relacionado con la ropa y ponerse guapa. Y se le daba muy bien. A mí en cambio no mucho, pero ella me decía que era guapa, y eso ya era algo.

¿Sabes qué es lo mejor de los bolsos? Que puedes meter libros. Estaba leyendo *Hamlet* por quinta vez en las últimas tres semanas. La noche anterior lo había dejado en la parte en que Hamlet le escribe a Ofelia para decirle que dude de todo lo que ven sus ojos excepto de su amor. Pero la muy tonta va y se mata más tarde en la historia. La maldición de salir en una tragedia de Shakespeare.

Estaba leyendo cuando vi por el rabillo del ojo a un hombre que salía de la estación arrastrando una maleta. Luego dejó la maleta apoyada contra la pared. Era extraño llamarlo «hombre» porque no era tan mayor, pero era demasiado adulto como para llamarlo «chico». Debería haber una palabra para describir esos años intermedios. ¿Tal vez *chimbre? ¿Combre? ¿Chicombre?*

El *chicombre* también estaba en mi coche —es decir, en mi vagón— y lo había visto enseguida. ¿Cómo podía no haberlo hecho? La gente no solía parecerme atractiva, pero él iba a la cabeza. Llevaba el pelo largo, demasiado largo. Al menos eso era lo que pensaba hasta que se pasó los dedos por su melena castaña y la dejó caer perfectamente peinada.

Me sonrojé.

En el viaje a Wisconsin, se había sentado dos asientos detrás de mí. Cuando me levanté para ir al baño lo vi dándose golpecitos en las piernas de manera rítmica, y movía la cabeza de detrás hacia delante. A lo mejor era músico. Gabby siempre daba golpecitos con el pie y meneaba la cabeza.

Estaba claro que era músico.

Notó que lo miraba, y cuando levantó la vista para mirarme, me dirigió una amplia sonrisa. Eso me hizo sentirme muy pequeña, así que me concentré en la alfombra azul marino manchada de café y seguí avanzando. Tenía los ojos muy azules y llenos de interés. Por un segundo pensé que eran un pasadizo a otro mundo.

Ojos azules.

Preciosos.

Impresionantes.

Radiantes.

Suspiré.

Tal vez eran un pasadizo a un mundo mejor.

Cambiando de tema, la gente no debería usar nunca los baños de los trenes. Son bastante asquerosos, y pisé un chicle.

Cuando volví del baño, tenía el corazón en un puño porque sabía que tendría que volver a pasar junto al señor Ojos Bonitos. Mantuve la mirada baja hasta que llegué a mi asiento. Dejé escapar un suspiro, y entonces mi cabeza se giró involuntariamente hacia él. ¡¿Qué?! Malditos sean mis ojos por querer mirarlo otra vez. Me sonrió de nuevo e hizo un gesto con la cabeza. Yo no le devolví la sonrisa porque estaba demasiado nerviosa. Esos ojos azules tan extraños me ponían de los nervios.

Esa había sido la última vez que lo había visto. Bueno, hasta ahora.

Ahora yo estaba fuera de la estación. Él estaba fuera de la estación. Los dos estábamos fuera de la estación. Lo miré por un instante. Palpitaciones masivas.

Giré la cabeza en su dirección disimuladamente, como haciendo ver que miraba un punto detrás del señor Ojos Bonitos para

comprobar si venía Henry. En realidad solo intentaba echar un vistazo al *chicombre*, que estaba apoyado en la pared.

Se me aceleró la respiración. Me había visto. Moví los pies por la acera y empecé a tararear, intentando disimular y fracasando estrepitosamente. Sostuve el libro delante de mi cara.

—«Duda que sean fuego las estrellas, duda que el sol se mueva, duda que la verdad sea mentira, pero no dudes jamás de que te amo» —citó.

Se me cayó el libro. Miré al señor Ojos Bonitos, confundida.

—Calla.

Su sonrisa desapareció y su rostro adoptó una expresión de disculpa.

—Oh, lo siento. Es que he visto que estabas leyendo…

—*Hamlet*.

Se rozó con el dedo el labio superior y se acercó. Palpitación. Palpitación. Corazón. Corazón.

—Sí… *Hamlet*. Perdona, no quería interrumpirte —se disculpó, y tenía una voz muy dulce. Sonaba casi como sonaría la miel si tuviera voz. Pero no necesitaba una disculpa. Solo me hacía feliz que hubiera más gente en el mundo capaz de citar a William.

—No, no lo has hecho. No… no quería decirte que te callaras en el sentido de «cierra la boca y deja de hablar». Era más en el sentido de «¡cáspita, calla! ¡¿Sabes citar a Shakespeare?!» Era más bien ese tipo de «calla».

—¿Acabas de decir «cáspita»?

Se me hizo un nudo en la garganta. Me puse derecha.

—No.

—Eh… creo que sí.

Volvió a sonreír, y por primera vez me di cuenta del tiempo tan espantoso que hacía. Fuera estábamos a más de treinta grados. Me sudaban las manos. Tenía hasta los dedos de los pies pegajosos. Incluso tenía algunas gotas de sudor en la frente.

Vi como abría la boca y yo abrí la mía al mismo tiempo. La cerré de inmediato, porque quería oír su voz más que la mía.

—¿Vienes de visita o piensas quedarte? —preguntó.

Lo miré parpadeando.

—¿Eh?

Él se echó a reír y asintió con la cabeza.

—¿Vienes a visitar el pueblo o vas a quedarte un tiempo?

—Oh —respondí, y me quedé mirándolo demasiado tiempo sin decir nada más. ¡Habla! ¡Habla!—. Me he mudado. Aquí. Me estoy mudando. Soy nueva aquí.

Arqueó una ceja, mostrando interés.

—¿Ah sí? Bueno. —Arrastró la maleta que llevaba con la mano derecha, acercándose más a mí. Una enorme sonrisa apareció en su rostro, y extendió la mano izquierda hacia mí—. Bienvenida a Edgewood, Wisconsin.

Le miré la mano y luego volví a mirarle a la cara. Coloqué el libro contra mi pecho y lo rodeé con los brazos. No podía tocarlo con las manos sudadas.

—Gracias.

Él suspiró levemente, pero no perdió la sonrisa.

—Bueno, encantado de conocerte. —Retiró la mano y empezó a alejarse hacia el taxi que acababa de llegar.

Me aclaré la garganta, sintiendo cómo el corazón golpeaba las páginas de Hamlet y Ofelia, y mi cabeza se llenó de pensamientos vertiginosos. Los pies me exigían que me levantara, así que me incorporé de un salto y al hacerlo tiré mi maleta al suelo.

—¿Eres músico? —le grité al *chicombre* que se alejaba. Se volvió para mirarme.

—¿Cómo lo has sabido?

Di unos golpecitos con los dedos en el libro de la misma manera que lo había hecho él en el tren.

—Solo me lo preguntaba.

Entrecerró los ojos y me preguntó:

—¿Te conozco?

Arrugué la nariz y negué con la cabeza. Me pregunté si habría visto las gotas de sudor que habían salido volando de mi frente.

Esperaba que no.

Se mordió el labio inferior lentamente. Vi que levantaba y dejaba caer los hombros al suspirar.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

Él asintió y se pasó la mano por el pelo.

—Vale. Tienes que ser mayor de dieciocho para entrar. Te harán llevar un sello y te pedirán el carnet de identidad en el bar, pero puedes ir a escuchar. Eso sí, no intentes comprar alcohol. —Ladeé la cabeza sin dejar de mirarlo. Él se echó a reír. *Ohh, qué sonido tan maravilloso*—. El bar de Joe, el sábado por la noche.

—¿Qué es el bar de Joe? —pregunté. No estaba segura de si se lo preguntaba a él, a mí misma o a esas malditas mariposas que me rasgaban las entrañas.

—¿Un bar? —dijo en un tono agudo, y luego se echó a reír—. Toco con mi grupo a las diez. Deberías venir. Creo que te gustará. —Y entonces me dirigió la que, sin ninguna duda, era la sonrisa más amable en el mundo. Era tan dulce que me hizo toser nerviosamente y ahogarme.

Sonrió y me dijo adiós con la mano. Y con eso, cerró la puerta del taxi y desapareció.

—Adiós —susurré, viendo como el coche arrancaba. No aparté la mirada hasta que el taxi rodeó la esquina del aparcamiento y se alejó. Bajé la vista al libro que tenía entre las manos y sonreí. Iba a empezar de nuevo.

A Gabby le habría encantado aquel momento tan extraño.

Estaba segura.

Capítulo 3

Ashlyn

No voy a mirar atrás,
no voy a llorar.
Ni siquiera voy a preguntarte por qué.

Romeo's Quest

El motor de la camioneta amarilla oxidada de 1998 rugía como si fuera a explotar cuando Henry aparcó en la estación de Amtrak. La estación estaba llena de familias que se iban o venían de viaje, de gente que se abrazaba y lloraba y reía. Todos sumergiéndose en el arte de la conexión humana.

Me hacía sentir incómoda.

Estaba sentada encima de mi maleta con la caja de madera de Gabby en el regazo. Me pasé los dedos por el pelo, deseando evitar las mismas conexiones que el resto de la gente parecía buscar.

Me estaba derritiendo debajo del vestido corto negro que llevaba, y el aire caliente de la noche de Wisconsin me subía por las piernas de forma desagradable. Me estaba quemando el culo allí sentada, pero no se me había ocurrido que Henry tardaría más de

una hora en venir a recogerme. Debí haberlo sabido pero, ay. A veces me pregunto si escarmentaré.

Esperé a que Henry se acercara a la acera. El neumático frontal pasó por encima de una botella de agua vacía. Vi que la botella de plástico temblaba bajo la presión de la rueda, y el tapón salió disparado hacia la acera hasta aterrizar en mi pie. Me levanté de la maleta de flores *vintage* que mamá me había regalado por mi decimosexto cumpleaños, apreté el botón y tiré del asa, haciéndola rodar hasta la camioneta.

Buf, ¿por qué es tan ruidoso este coche?

Henry se bajó de la camioneta y la rodeó para saludarme. Llevaba una camiseta verde medio remetida en los pantalones vaqueros. Se le había soltado el cordón del zapato izquierdo, y noté un débil olor a tabaco en su barba, pero por lo demás tenía buen aspecto.

Por un segundo, pareció que quería abrazarme y experimentar la misma conexión humana en la que estaba participando la gente que nos rodeaba, pero cambió de idea al ver como me movía nerviosamente sobre mis tacones. Soltó una risita.

—¿Quién lleva un vestido y tacones en un tren?

—Eran los favoritos de Gabby.

Se hizo el silencio, y una enorme oleada de recuerdos empezó a llenar mi mente. Seguro que Henry también estaba recordando. Recuerdos diferentes de la misma chica extraordinaria.

—¿Eso es todo lo que tienes? —preguntó, señalando mi vida dentro de la maleta. No respondí. Qué pregunta más estúpida. Claro que era todo—. Déjame llevarla… —Dio un paso para cogerla, pero yo titubeé.

—Yo me encargo.

Suspiró y se pasó la mano por la barba entrecana. Parecía mayor de lo que debería, pero me imaginé que el remordimiento y la culpa eran capaces de hacerle eso a una persona.

—Vale.

Dejé la maleta en la parte trasera de la camioneta y me dirigí al asiento del copiloto. Tiré de la puerta y puse los ojos en blanco. No

debería haberme sorprendido que esa chatarra estuviera rota. Henry era un profesional a la hora de romper y arruinar cosas.

—Lo siento, chiqui. Esa puerta me ha estado dando problemas. Puedes subir por mi lado.

Volví a poner los ojos en blanco y caminé hasta el asiento del conductor. Me subí esperando no enseñar la ropa interior a los coches que pasaban.

Condujimos en silencio, y me imaginé que así serían los próximos meses. Silencios incómodos. Interacciones extrañas. Encuentros raros. Puede que su nombre figurara en mi partida de nacimiento, pero cuando se trataba de ser mi padre, no destacaba por su habilidad para hacer acto de presencia.

—Siento que haga tanto calor. El maldito aire acondicionado se estropeó el fin de semana pasado. No esperaba que hiciera tanto calor. ¿Sabes que esta semana vamos a alcanzar casi los cuarenta grados? Maldito cambio climático —decía Henry. Yo no respondí, así que imagino que lo interpretó como una invitación para seguir hablando. No era una invitación de ningún tipo. Me gustaría mucho que dejara de hablar por hablar. Odio hablar por hablar—. Gabby me dijo que estabas trabajando en un libro, ¿eh? Te he apuntado a clase de Lengua con un profesor estupendo. Sé que la gente dice que contratamos a lo mejor de lo mejor, pero para ser sincero, hay unos pocos cabeza huecas por ahí. —Se echó a reír.

Henry era el subdirector del instituto Edgewood, que iba a convertirse en mi tercer instituto cuando acabaran los últimos días de vacaciones de verano. Pasaría los últimos ciento ochenta días de instituto con mi padre biológico dando vueltas por los pasillos. Genial.

—Da igual, Henry.

Vi que hacía una mueca al oírme usar su nombre de pila, ¿pero qué otra cosa iba a llamarle? «Papá» parecía demasiado personal, y «padre» demasiado… mojigato. Solo quedaba Henry. Abrí un poco la ventanilla, sintiéndome abrumada ante la idea de esta nueva vida. Henry me miró y se aclaró la garganta.

—Tu madre me ha dicho que has tenido ataques de pánico.

Puse los ojos en blanco, un gesto muy adolescente. La verdad era que había tenido ataques de pánico horribles desde que descubrimos que Gabby estaba enferma. Pero Henry no tenía por qué saber eso. Una vez más, cambió de tema.

—Nos alegra mucho que vayas a quedarte con nosotros —dijo.

Me giré rápidamente, y mi mirada atrapó la suya antes de que volviera a fijarla en la carretera. Me quedé de piedra. Necesitaba respuestas.

—¿Quiénes son «nosotros»?

—Rebecca…

—¿Rebecca? ¿Quién es Rebecca?

—… y sus hijos —murmuró, carraspeando de forma desagradable.

Eché los hombros hacia atrás y lo miré con los ojos muy abiertos.

—¿Cuánto hace que viven contigo?

—Hace un tiempo. —Su voz sonaba dulce, como si me rogara que no le hiciera más preguntas. Pero me daba igual lo que él quisiera. Además, sabía que cuando usaba ese tono dulce era porque estaba mintiendo.

—O sea, ¿vivían contigo antes de que nos llamaras para felicitarnos este año por nuestro cumpleaños, tres días más tarde? —Su silencio respondió a mi pregunta—. ¿Y el año pasado? ¿Vivían contigo cuando te olvidaste por completo de felicitarnos?

Me respondió incómodo:

—Joder, Ashlyn. ¿Qué importa eso? Es cosa del pasado.

—Sí, y ahora parece ser cosa de mi presente. —Me di la vuelta en el asiento, mirando hacia delante.

—Solo unos meses… —susurró—. Llevo viviendo con ellos solo unos meses. —Tras varios minutos de silencio, intentó entablar conversación—. ¿Y qué cosas te gustan ahora?

Estaba cansada del largo trayecto en tren, y del estado actual de mi vida. Suspiré quitándome el poco esmalte negro que me quedaba en las uñas desde el funeral de Gabby.

—Henry, no tenemos por qué hacer esto. No tenemos que intentar compensar el tiempo perdido. Después de todo, está perdido, ¿sabes?

Tras eso no habló mucho más.

Me colgaba un hilo suelto del vestido. Tiré de él y sonreí. Gabby me habría dicho que no hiciera eso, que destrozaría todo el vestido. En un segundo, una oleada conmovedora de dolor se apoderó de mí. Cerré los ojos e inhalé aire caliente.

Habían pasado casi tres semanas desde que la había perdido, y no había habido un solo día en que no hubiera llorado. Había llorado tanto que me sorprendía que aún me salieran lágrimas.

Cuando pierdes a alguien la gente siempre dice que se hará más fácil. Que con el tiempo mejoran las cosas. Pero no podía entender cómo era eso posible, porque cada día que pasaba se me hacía más difícil. El mundo se volvía más oscuro. El dolor se hacía más intenso.

Incliné la cabeza hacia la ventanilla, y cuando abrí los ojos me sequé la lágrima que me había caído por la mejilla derecha. Me tembló el labio inferior por la tristeza contenida. No quería llorar delante de Henry, ni de nadie. Prefería llorar sola en la oscuridad.

Deseé que Gabby estuviera viva.

Y deseé no sentirme tan muerta.

* * *

Henry aparcó la camioneta en la entrada de su casa, mi lugar de residencia temporal. Noté de inmediato que había otros dos coches aparcados: un bonito Nissan Altima negro que parecía nuevo, y un Ford Focus más viejo.

La casa era enorme comparada con el apartamento de dos habitaciones en el que había vivido toda mi vida. Los arbustos frontales estaban perfectamente podados, y una bandera americana ondeaba mecida por una ligera brisa.

Había una valla de madera blanca. En serio. ¡Una valla de madera blanca!

Había tres ventanas en el segundo piso de la casa, y en una de ellas vi a un chico que llevaba unos cascos, mirando a través de las cortinas. Cuando nuestras miradas se encontraron, desapareció rápidamente.

Dios mío. Henry realmente vivía con otra gente. Se bajó de la camioneta y yo me deslicé hasta el asiento del conductor para salir. Antes de que pudiera sacar el abrigo, una mujer —supuse que se trataba de Rebecca— apareció delante de mí y me abrazó.

¿Por qué demonios me tocaba esa desconocida?

—¡Ay, Ashlyn! ¡Nos alegramos tanto de que estés aquí! —Me estrujó y yo mantuve los brazos pegados al cuerpo—. Gracias a Dios que has venido hasta nosotros. Es un regalo de Dios, estoy segura.

La miré perpleja y di un paso atrás.

—¿Dios mató a mi hermana para que yo pudiera quedarme con la nueva familia de mi padre?

Se hizo un silencio doloroso hasta que Henry soltó una risita incómoda. Rebecca lo imitó, visiblemente inquieta.

—Bueno, cariño, déjame coger tu equipaje. —Rebecca se dirigió a la parte trasera de la camioneta. Henry la siguió. Empezaron a hablar en voz baja como si yo no estuviera a pocos centímetros de ellos—. ¿Dónde está su equipaje, Henry? —susurró.

—Esto es todo lo que tiene.

—¿Una maleta? ¿Nada más? Señor, no puedo ni imaginarme cómo vivía en Chicago. Tendremos que comprarle algunas cosas.

Estaba escuchándolos pero no reaccionaba a sus palabras. Desconocidos. Eso eran todas las personas que estaban detrás de la camioneta. Y que me juzgaran e intentasen averiguar qué tipo de vida tenía con mi madre y Gabby solo hizo que entendiera mejor su ignorancia.

Henry se acercó a mí con la maleta en la mano. Rebecca lo seguía de cerca.

—Vamos, Ashlyn. Déjame enseñarte la casa.

Al entrar en el vestíbulo me sorprendió encontrar un retrato enorme de su bonita familia colgado en la pared. Había una chica

morena que era la viva imagen de Rebecca, con los mismos ojos de corderito.

Parecía de mi misma edad, pero mucho más mojigata a juzgar por el chaleco y la falda que llevaba por debajo de las rodillas. Junto a Henry estaba el chico que había visto en la ventana. Tenía una sonrisa forzada y la mirada confusa.

Henry notó que estaba mirando la foto, y vi que se le hacía un nudo en la garganta. Abrió la boca, pero la cerró enseguida al ver que no le salían las palabras.

—Tienes una familia adorable, Henry —dije secamente. Me dirigí a la sala de estar. La chica morena de la foto estaba sentada en un sillón enorme y esponjoso leyendo un libro. Al oírnos entrar se levantó del sillón y me dirigió una enorme sonrisa.

—Hola, tú debes de ser Ashlyn. Soy Hailey. Hemos oído hablar mucho de ti. —Parecía sincera, pero yo no podía devolverle la sonrisa.

—¿Sí? Me gustaría poder decir lo mismo.

No se inmutó al oír mi comentario, sino que siguió sonriendo.

Rebecca se puso detrás de mí y colocó las manos sobre mis hombros. Estaba deseando que dejara de tocarme.

—Hailey, ¿puedes enseñarle a Ashlyn vuestra habitación?

—¿Vamos a compartir habitación? —pregunté. Lo odiaba con solo pensarlo, porque realmente necesitaba tener espacio propio.

—Sí, espero que no te importe. No te preocupes, no soy una puerca. —Hailey sonrió y le quitó a Henry mi maleta de la mano. Intenté cogerla y le dije que yo me encargaba, pero se negó—. No pasa nada, tranquila. Seguramente empezaremos a odiarnos pronto, así que podemos ser amables hasta entonces —bromeó.

Su habitación era rosa. *Muy* rosa. Cuatro paredes rosas, edredones rosas, cortinas rosas. Había una estantería con trofeos y premios de todo tipo. Equitación, fútbol, concursos de ortografía. Era evidente que Hailey y yo habíamos tenido una vida muy diferente.

¿Te lo imaginas? Una estantería sin un solo libro.

—He despejado los dos cajones de arriba y el lado derecho del armario para que pongas tus cosas. —Hailey se sentó en su cama, que estaba justo enfrente de la mía. Yo también me senté y pasé las manos por lo que parecía ser una manta hecha a mano—. Papá me ha dicho que eres de Chicago, ¿no?

Hice una mueca al oír esa palabra.

—¿Llamas a Henry «papá»?

Esta vez fue ella quien hizo una mueca.

—¿Llamas a papá «Henry»?

Todo esto empezaba a ser demasiado. Quería preguntarle cosas como cuánto tiempo hacía que vivía con Henry o cuándo empezó a llamarle papá, pero no quería saber las respuestas.

Cogí la maleta, la coloqué sobre el colchón y crucé las piernas. Al abrir la cremallera suspiré cuando el olor del perfume favorito de Gabby salió flotando del interior.

Rebusqué en la maleta y saqué todos los vestidos favoritos de Gabby y su ropa cómoda preferida. Luego saqué la colección de CDs con sus canciones favoritas. Las ponía a todo volumen en el comedor los domingos por la mañana mientras comía cereales y nubes.

—¿Estabais muy unidas? —preguntó Hailey. Luego puso los ojos en blanco al oír sus propias palabras—. Qué pregunta más estúpida. Lo siento. Quiero decir… te doy mi más sentido pésame.

Eché un vistazo a las fotos que tenía Hailey colocadas en la pared. Eran fotos de su familia y amigas —bueno, una amiga— y un chico que le rodeaba la cintura con los brazos.

—Ese es Theo, mi novio. Bueno, algo así. Nos hemos tomado lo que queda de verano para pensar qué queremos hacer con nuestra relación. Y cuando empiecen las clases, veremos si nuestros espíritus aún vibran juntos.

Le dirigí una mirada tan confusa que se echó a reír.

—Theo estudia budismo, y yo he aprendido un poco. Algunos de nuestros encuentros más poderosos consisten en hacer yoga juntos para soltar toda la energía negativa de nuestros cuerpos.

Mi madre estuvo muy interesada en el yoga durante un fin de semana. Luego lo dejó, pero decía que esos días se había sentido más ella misma que nunca. No sabía qué decirle a Hailey porque era un poco extraño. No extraño como yo, sino como ella.

Estaba convencida de que todo el mundo tenía alguna rareza. Y lo más guay, o al menos eso esperaba, era la idea de que había alguien ahí fuera tan extravagante como tú. La idea de encontrar a tu otro bicho raro me atraía mucho.

Aún lo estaba buscando.

—Quiere que me acueste con él —espetó Hailey, y sentí como me ruborizaba. ¡Ay dios mío! Ella siguió hablando—. Estoy esperando. En parte por eso nos hemos tomado un descanso.

No sabía qué decirle, porque era un comentario muy personal y yo ni siquiera sabía su apellido. ¿La gente de Edgewood, Wisconsin, era tan directa como Hailey? ¿Las chicas hablaban de sus experiencias sexuales y cosas así como si no fuera un tema privado?

Me dejé caer en la cama. En el techo había un mural pintado de un cielo con nubes y pájaros. Hailey también se recostó y miró al techo.

—Theo me ha echado una mano. Dice que ayuda a equilibrar mi energía y da paz a mi espacio personal.

—Hailey, no te ofendas… pero eres una persona muy rara para ser tan guapa.

—Lo sé, pero creo que ahí está mi gancho.

Tenía razón. Ser guapa y esnob es muy típico, ¿pero ser guapa y un bicho raro? Eso es más interesante.

El chico que me había mirado desde la ventana entró en la habitación con los ojos puestos en Hailey.

—¿Puedo usar tu coche?

—¿A dónde vas? —preguntó Hailey a su… ¿hermano pequeño? Parecía menor que ella, pero no por mucho.

—Fuera.

Alcanzó el cepillo que tenía en la mesilla y empezó a peinarse sus largos mechones de pelo.

—Ryan, ¿has conocido a Ashlyn?

Ryan me dirigió una mirada tan desinteresada que habría sido insultante si yo no lo hubiera mirado con la misma expresión aburrida. Lanzó un largo suspiro y volvió a dirigirse a su hermana.

—Hails, las llaves.

—¿Te ha dado permiso papá?

Ryan se sacó una cajita de cartón de los vaqueros, la abrió y sacó un cigarrillo invisible. Luego lo encendió con un mechero invisible. Genial. Me había tocado vivir con unos locos.

—No es nuestro padre, Hailey. ¡Jesús! Es *su* padre. —Me señaló con la mano.

—No me había dado cuenta —murmuré, sacando todo lo que llevaba en el bolso.

Ryan se giró hacia mí, esta vez con una sonrisa placentera. Parpadeó y volvió a mirar a Hailey.

—¿Eso es un sí o un no?

—No.

—Uf, me estás arruinando la vida. —Caminó hasta ella y se dejó caer en su cama.

—Ay, Ryan, madura de una vez. —Hailey siguió cepillándose el pelo y me miró—. No le hagas caso. Está en su fase rara de fumeta adolescente de «odio el mundo».

Bueno, al menos tenía algo en común con una de las personas de esa casa. Salvo por lo de fumeta.

—No la escuches. Está en una fase rara de hippie adolescente de «amo el mundo». —Ryan sonrió y se incorporó—. Soy Ryan Turner.

—Ashlyn.

—Un nombre chulo.

—A mi madre le gustaban los nombres Gabrielle, Ashley y Lynn, y no se decidía. Así que llamó a Gabby Gabrielle y a mí Ashlyn. —Miré a los dos hermanos y entrecerré los ojos—. ¿Quién es el mayor?

—Yo. —Hailey sonrió.

Ryan puso los ojos en blanco.

—En edad emocional, tal vez. Pero en edad física, yo me llevo la corona.

—Yo estoy en tercero y él en cuarto. Nacimos con nueve meses de diferencia. —Hailey se echó a reír y dio un empujoncito en el hombro a su «hermano emocionalmente menor».

—¿Por qué no tienes coche, Ryan?

—Porque mi madre me odia.

—No te odia —replicó Hailey.

Él le dirigió una mirada sarcástica, y Hailey frunció el ceño como si su hermano estuviera diciendo la verdad. Ryan se encogió de hombros.

—¿De verdad no vas a dejarme tu coche?

—No.

—Pero… no he visto a —Ryan hizo una pausa y me miró— ya-sabes-quién desde hace días.

Levanté una ceja.

—¿Quién es ya-sabes-quién?

Ryan y Hailey se miraron, manteniendo una conversación profunda con los ojos y unos pocos gestos con la mano. Observé a los hermanos interactuar en silencio y me sentí como si estuviera viendo una película de Charlie Chaplin.

Me recordaba a cómo Gabby y yo solíamos comunicarnos sin palabras, solo con miradas. Me pregunté si Ryan y Hailey sabían lo afortunados que eran de llevarse tan bien. Y a la vez me pregunté si eran conscientes de que eso era una maldición.

Ryan levantó las manos en un gesto de frustración y se levantó.

—Me voy a la cama —dijo, ignorando mi pregunta—. Encantado de conocerte, Ashlyn.

—Igualmente. —Y desapareció. Miré a Hailey confundida. Ella se encogió de hombros.

—Es muy selectivo con quién comparte detalles. —Hizo una pausa—. Tiene muchas cosas en la cabeza.

—Está bien saber que tu familia no es tan perfecta como vuestro retrato —dije soltándome el pelo para después volver a recogerlo en

un moño despeinado.

—Ninguna familia es perfecta.

Abrí la boca para responder, pero entonces Henry asomó la cabeza por la puerta. Muy oportuno.

—¿Estáis bien, chicas?

Hailey asintió.

—Sí. Nos estamos preparando para irnos a la cama.

Él sonrió y se volvió hacia mí.

—Hay pizza en el frigorífico si tienes hambre, Ashlyn. Y si necesitas algo…

—No necesitaré nada —dije rápidamente para que se fuera.

Las arrugas de su frente se hicieron más profundas al pasarse las manos por ella.

—Vale. Buenas noches.

Salió de la habitación y Hailey dejó escapar un silbido.

—Sois el prototipo de las conversaciones incómodas.

—¿Se te hace raro que sea el subdirector del instituto? Es que apenas lo he visto a lo largo de mi vida, y ahora vivo con él y va a estar en el instituto conmigo también. Eso son prácticamente veinticuatro horas al día viéndolo. Es como una sobrecarga de Henry.

—No es tan malo como piensas cuando lo conoces. Dale una oportunidad.

¿Cuando lo conoces?

La desconocida me estaba dando consejos sobre mi padre biológico.

¿Qué fallaba en esa escena?

Capítulo 4

Daniel

No pensé que me importaría cuando te rechacé.
Pero hace días que solo pienso en ti.

Romeo's Quest

Aparqué en la casa del lago con mi compañero de la banda, Randy, sentado en el asiento del copiloto. Me había mudado a la casa después de graduarme en la universidad en mayo para ayudar a cuidar a papá. Había sido un año duro desde que mi madre murió, y solo había empeorado al pasar el tiempo, cuando mi padre perdió la batalla contra su insuficiencia hepática.

—¿Estás seguro de que puedo quedarme? —preguntó Randy sacando su bolsa y su guitarra acústica.

Le sonreí y me encogí de hombros. Randy era mi mejor amigo y lo había sido durante años. Había salido con su hermana Sarah durante tres años cuando éramos más jóvenes. Seguramente aún seguiría con ella si no hubiera sido por el accidente.

Tenía que recoger a mi hermano Jace de alguna fiesta en la que se había quedado atrapado, pero estaba en el trabajo. Le había mandado un mensaje a Randy para ver si podía recogerlo él, pero

no respondía, así que llamé a Sarah y ella aceptó. De camino a casa, un conductor borracho los embistió por el lateral. Ella murió en el acto.

Me culpé a mí mismo por pedirle que recogiera a Jace.

Jace se culpó a sí mismo por estar en la fiesta.

Randy se culpó a sí mismo por perder a su hermana pequeña.

Los tres lidiamos con la pérdida de Sarah de forma diferente. Yo me sumergí en mi música y mis estudios. Jace empezó a tomar drogas y a venderlas, tratando de evitar recordar la experiencia que había vivido en el coche. La había visto morir, pero nunca hablaba de eso. Y Randy…

Randy prácticamente se convirtió en un ente salvaje que probaba de todo. Nunca sabía en qué pensaba o en qué cosas raras se metía cuando no estábamos haciendo música. Se convirtió en una persona volátil: aprendía cosas allá donde iba. Nunca nos culpó a Jace o a mí por lo que le pasó a su hermana. No albergaba odio o venganza en su corazón.

Pensé en la pregunta que me había hecho, si me parecía bien que se quedara conmigo. ¿Cómo no iba a parecerme bien?

—No seas tonto. Necesitas un lugar donde quedarte —eché un vistazo a la casa— y yo tengo un lugar en el que puedes quedarte.

—Gracias, tío. Significa mucho para mí. Seguramente solo necesito unos meses para aclararme. —Hizo una pausa y se me quedó mirando—. ¿Estás bien, Dan?

Le dirigí una sonrisa cansada y asentí.

—Tengo unas cuantas cervezas en el frigorífico, si quieres. Yo saldré a correr por el lago. Los demás llegarán en unas horas para ensayar.

—Danny, estoy preocupado por ti. Todos lo estamos. —Su tono de preocupación era evidente. Se sentía mal por el estado de mi vida.

—¿Por qué? —pregunté, estirando los brazos para prepararme para correr.

Me miró como si me hubieran salido tres cabezas.

—Tu padre murió la semana pasada y te comportas como si no pasara nada.

—Randy, la gente muere. Los dos lo sabemos.

Randy había perdido a su madre hacía tiempo, y su padre nunca había estado presente en su vida. Solo tenía a Sarah hasta el día del accidente. Si alguien sabía cómo era la muerte, éramos nosotros.

—Sí, es solo que… Después de lo de tu madre y lo que pasó con Jace… —Guardó silencio—. Solo quiero que sepas que nos tienes aquí. Si nos necesitas. Sé que durante un tiempo mi mente estuvo llena de pensamientos negativos por la muerte de Sarah. Antes de que muriese mi madre, me pidió que la cuidara y no pude hacerlo. Eso me consumía. Aún lo hace de vez en cuando. —Hizo una pausa y se movió nerviosamente—. Así que, ya sabes. Si quieres hablar, estoy aquí.

Hay dos tipos de luto. Está el tipo en que una persona abre su corazón entero al mundo, sin dar nada por hecho, y vive cada día de su vida al máximo. Luego está el tipo de luto en que la persona se cierra en banda y vive en su propio mundo, incapaz de conectar con los demás.

Desde luego, yo no formaba parte del primer grupo.

Tragué saliva y dije:

—Deberías practicar los acordes de *Ever Gone*. Sonó un poco desafinada la última vez que la tocamos. —Miré el reloj—. Volveré dentro de un rato.

Me dirigí hacia la caseta del bote en un trote ligero, pero no tardé en ganar velocidad.

* * *

Después de correr, siempre acababa en el mismo punto: en el muelle, observando el lugar en el que tuvo lugar el peor momento de mi vida. Me había restregado los brazos tantas veces que me sorprendía que no me hubiera levantado la piel. Me arrodillé y contemplé la hierba.

Deseaba poder olvidar.

Deseaba poder olvidar.

¡Ojalá pudiera olvidar, joder!

Pero en lugar de eso, cerré los ojos, inhalé profundamente, y recordé.

* * *

Fuimos al hospital, pero mamá había muerto antes incluso de que llegara la ambulancia. Jace estaba vendado y le habían dado puntos en el ojo, pero estaba vivo. Todo aquello era una mierda. Acababan de asesinar a nuestra madre por su culpa, pero a él solo le daban unos cuantos puntos.

Se sentó en la sala de espera mientras papá hablaba con unos cuantos policías. No había dejado de llorar en todo el tiempo. Nunca había visto a mi padre llorar. Ni siquiera cuando descubrió que estaba enfermo.

Me acerqué a Jace y él se levantó. No dijimos nada. Tenía la garganta seca, rasposa. Me dio un abrazo.

—Voy a descubrir quién ha hecho esto, Danny. Te juro por Dios que no se van a librar de esta.

Lo abracé con fuerza y asentí.

—Lo sé, Jace.

—Es culpa mía. Pero te prometo que voy a arreglarlo.

Agarré la cabeza de mi hermano pequeño y apoyé mi frente contra la suya.

—Lo siento, Jace… —murmuré. Él se apartó y me miró confundido.

—¿Qué? —dijo antes de girarse y ver a los policías que se dirigían a él.

Uno de los oficiales le cogió las manos y se las esposó. Oí como le leía sus derechos. Todo se volvió borroso cuando se lo llevaron arrestado por tráfico de drogas. Habían reunido pruebas gracias a

mí. Jace me miró confundido, pero entonces entendió lo que estaba pasando y empezó a gritar.

—¡¿Me has delatado?! ¡Nuestra madre acaba de morir, Danny! ¡Mamá está muerta! —exclamó con el rostro encendido—. ¡Soy tu hermano! —Se le quebró la voz, pero seguía gritando con fuerza—. ¡Eres una rata! ¡Mamá está muerta y tú haces que me encierren!

Su voz hacía eco en las paredes.

Su voz hacía eco en mi alma.

* * *

Los recuerdos dan miedo. Pueden derrumbarte solo con tus propios pensamientos.

Parpadeé y aparté la mirada del punto en el que había muerto mamá. El sol caliente caía a plomo sobre mi piel. Avancé hasta el borde del muelle y me quité las zapatillas de correr y también los calcetines. Metí los pies en el agua fría y me tumbé en el muelle de madera, que chirriaba bajo mi peso.

Tenía pensado arreglar el muelle pronto. En realidad quería arreglar la casa entera, pero no sabía cómo la habrían querido papá y mamá.

Aún no le había permitido a mi cerebro lidiar con la muerte de papá. Todavía estaba conmocionado por la de mamá. No importa cuántas veces te enfrentes a ella: la muerte nunca se hace más sencilla.

No había nadie con quien pudiera hablar de ello. Mis amigos no lo entenderían ni aunque intentara explicarlo. Además, no quería hacerles sentir como una mierda, que era como me sentía yo a diario.

Pero había habido un momento en que había visto a alguien que podría entenderlo, a juzgar solamente por sus ojos. Tenía unos ojos como de sueño, casi fantasmales. Unos ojos verdes y poderosos que parecían muy tristes. Rotos. Hermosos.

Cerré los ojos y me la imaginé: la chica del tren. Me dolían los músculos de la carrera, e inhalé profundamente varias veces, intentando recordar todos los detalles sobre ella. Sabía lo que era ser como yo: sentirse perdido, solo. Lo había visto cada vez que parpadeaba, y también en sus largas y espesas pestañas.

Debería haberle preguntado su nombre. Debería haberme sentado encima de mi maleta junto a ella. Sonrió cuando cité a Shakespeare, pero aún había cierta tristeza en la comisura de sus labios. Sentía algún tipo de aflicción, y había visto cómo la devoraba, del mismo modo en que mi tristeza me destrozaba a mí. Y nada ni nadie podía evitarlo.

Una parte de mí no quería que parase. Una parte de mí pensaba que merecía ese sufrimiento. Pero realmente no podía creer que esa chica mereciese estar tan triste. En secreto esperé que, algún día, alguien la hiciera sonreír sin que aparecieran arrugas de preocupación.

Esperé que algún día estuviera bien.

Capítulo 5

Ashlyn

Tócame cuando te hayas ido.
Déjame cuando estés cerca.
Ámame con mis pedazos rotos.

Romeo's Quest

Durante los días siguientes hice lo posible por aislarme. No hablaba mucho, pero permitía a mi mente correr por esa maldita cinta sin parar. Resultaba que a la familia de Henry le encantaba cenar todos juntos cada noche, y yo pensé que era muy amable por su parte pedirme que me uniera a ellos.

Pero sabía que no cabía en esa mesa para cuatro. Rebecca sacó una silla plegable del trastero para que pudiera sentarme. Había un trozo de metal en el asiento que se me clavaba en la pierna izquierda, pero no me quejé.

Rebecca hizo mucha comida. Suficiente para alimentar a un ejército. Fui directa a la comida nada más sentarnos, pero Rebecca levantó la mano y dijo:

—Cariño, primero hacemos una oración. —Me sonrió con amabilidad, pero vi que le decepcionaba un poco que ni siquiera se

me hubiera pasado por la cabeza—. Henry, ¿quieres empezar tú otra vez?

Solté una risita ahogada.

—Sí, claro. —Todos los ojos se posaron en mí. Miré a Henry, completamente confundida—. ¿Tú rezas?

—¿Tú no? —intervino Rebecca.

Me sentí como una pecadora ante aquella sencilla pregunta.

La respuesta era no.

La situación era muy extraña, y llegué a una conclusión. No sabía nada sobre Henry y esta familia parecía saberlo todo.

Sabía que era una tontería, pero parte de mí se entristeció por eso. ¿Por qué queremos que aquellos que nos ignoran sean los que más nos quieran?

Henry rezó una oración mientras todos los demás cerraban los ojos y se cogían de las manos. Bueno, casi todos. Yo me quedé allí sentada, mirándolos durante la oración. Ryan tampoco cerró los ojos.

—Amén —murmuró el grupo al unísono, y luego abrieron los ojos y se volcaron en la carne que tenían delante.

El plato de Hailey no llevaba carne. Nunca comía carne. El otro día me contó que matar y comer animales inofensivos era un acto terrible. Decía que iba contra el orden natural de las cosas, que las personas no tenían por qué comer carne. Así que dejó de hacerlo.

Me imaginé que nunca había estudiado el hecho de que los leones no dudaban en comerse una gacela si tenían hambre.

—Ah, Ryan y Hailey… que no se os olvide. Mañana por la mañana dais catequesis. —Puede que ella no se diera cuenta, pero yo vi como sus dos hijos ponían los ojos en blanco.

El día siguiente era domingo, con lo cual ese día era sábado. Casi había olvidado la invitación al bar de Joe para oír actuar al señor Ojos Bonitos. Y por «casi» me refiero a que había estado pensando en él desde que lo vi. Sobre todo estaba muy emocionada por saber su nombre, ya que hasta el momento solo podía llamarle señor Ojos Bonitos.

—Creo que subiré arriba a prepararme para irme.

Henry levantó una ceja.

—¿Irte a dónde?

Le lancé una mirada de «en serio te preocupa a dónde vaya» y él suspiró. Entonces yo solté un suspiro de «en serio no le preocupa a dónde voy».

—Te he hecho una llave. Está colgada en la entrada —dijo Henry cuando me levanté de la mesa.

Bueno, era un detalle.

* * *

Una vez vestida y lista para salir, abrí la cajita de madera y saqué la lista de cosas por hacer antes de morir. Miré todas las opciones. Sabía que necesitaba una nota de Gabby. Solo tenía que encontrar una manera sencilla de leer una sin romper sus reglas de no abrir las cartas sin más.

El reloj de la cómoda marcaba las nueve y media. Hailey entró en la habitación y me sonrió.

—¿Llegaste hace unos días y ya intentas escapar? —Se echó a reír.

—No… no es eso. Es solo que…

—¿Demasiados cambios? —preguntó, formulando mi pensamiento antes de que llegara a pensarlo.

Asentí y no pude evitar sonreír cuando ella se levantó y me dio sus llaves.

—Llévate mi coche. Es el Ford Focus. No voy a preguntar a dónde vas porque soy horrible mintiendo. Y si tuviera que delatarte, me sentiría mal.

—Gracias. —Cogí un par de CDs de mi colección para el coche y me preparé para salir sin encontrarme con Rebecca o Henry.

—De nada. Ah, y oye, Ashlyn. —Su voz sonó más aguda al coger el bote de crema hidratante y empezar a aplicársela en la cara—. No está tan mal esto.

—Ya, es solo que echo de menos aquello. Volveré más tarde.

* * *

Estaba escuchando la música a todo volumen en el coche de Hailey. Me giré para mirar el asiento del copiloto y por un segundo habría jurado haber visto a Gabby allí sentada, cantando conmigo. En las últimas semanas, me había sentado a menudo a hablar con ella como si estuviera allí, tratando de imaginar lo que diría y cómo me consolaría.

—Mamá no ha llamado. Me da igual… No importa. ¿Te puedes creer que Hailey llama a Henry «papá»? —murmuré a mi hermana invisible—. No estoy celosa ni nada por el estilo. Es que es… raro. —Miré el asiento vacío y me mordí el labio.

Ella no respondió.

Porque cuando la gente muere, se llevan sus voces con ellos. Me pregunté si sabrían que la gente que dejan atrás mataría por oírlos una última vez.

Al conducir por la avenida principal, vi que había varios fumadores fuera de un bar. El bar de Joe. Aparqué junto al bordillo y me bajé del coche.

Había una pizarra cerca de la puerta que ponía «Música en vivo. Chupitos a mitad de precio. 2$ la cerveza». Habían atado unos globos azules y morados a la pizarra. Vi como uno de los fumadores bromeaba con sus amigos y desataba uno de los globos para soltarlo en el aire caliente. Flotó hacia arriba, hacia arriba, hacia arriba y muy lejos, dejando que el viento guiara su camino.

Fruncí los labios y dejé escapar un poco de aire hacia el objeto volador. A veces desearía que fuera así de fácil: levantarte y salir volando. Miré mi lista y leí la única cosa que esperaba conseguir esa noche.

#14. Bailar en un bar.

Eso podía hacerlo —a pesar de que no quería— si a cambio podía leer una carta de mi hermana.

El portero me miró, me pidió el carnet y me puso un sello negro enorme y feo en la mano: un signo de que era menor de edad y no debía tomarme una copa, o cinco. Ya me lo esperaba. El señor Ojos Bonitos me lo dijo desde el principio.

Lo que no esperaba eran las emociones que me inundaron al entrar. El simple hecho de estar dentro del bar me trajo muchos recuerdos instantáneos. El grupo estaba preparándose en el escenario, y me atraganté con las lágrimas que luchaban por salir. ¿A qué venía eso? ¿Por qué tenía ganas de llorar?

—Voy a hacerlo. —Gabby sonrió, mirando el escenario al pasar junto a la barra—. Cuando me recupere, lo primero que voy a hacer es actuar en este bar.

Puse los ojos en blanco y me reí de mi hermana.

—¿Lo primero que quieres hacer cuando te recuperes es cantar en un bar sucio?

—¿Qué puedo decir? Me encanta vivir al límite.

En un segundo, volví a estar fuera del bar. Me dirigí al lateral del edificio. Tenía las manos sudorosas y los ojos llenos de lágrimas. Era demasiado, se habían producido demasiados cambios en mi vida. Me habían arrebatado tantas cosas. No podía respirar. Ya no podía moverme. Me encogí, llorando sin parar.

El aire me llenaba los pulmones, pero no podía exhalar lo suficientemente rápido y acababa hipando entre lágrimas. Estaba segura de que dentro de poco mi cuerpo se derrumbaría sobre el cemento caliente. Mis rodillas empezaron a confirmar mis pensamientos, pero antes de que pudiera caerme, oí una voz al otro lado de la esquina.

—Eh, ¿estás bien? —susurró una voz grave y masculina, acercándose a mí.

Me tensé al oír sus pasos cada vez más cerca. Vi que extendía las manos hacia mí y di un respingo. No quería que me tocara. Debió de notar mi reacción, porque retrocedió inmediatamente.

—Perdona —se disculpó. Se me doblaron las rodillas, acercándome más al suelo.

Cuando le vi la cara, el tiempo se detuvo. El mundo guardó silencio, pues tenía frente a mí unos ojos azules que ensombrecían los océanos más radiantes del planeta.

Ojos azules.

Preciosos.

Impresionantes.

Radiantes.

Era el señor Ojos Bonitos, y un leve suspiro escapó de mis labios.

—No voy a tocarte —aseguró—. No voy a hacerte daño. —Había tanta sinceridad en su tono que casi le creí. Se mantuvo a bastante distancia de mí, pero a la vez lo sentía muy cerca. Me gustaba lo cerca que parecía estar—. Shhh… —Aquellos agradables suspiros me proporcionaron el alivio que necesitaba.

Olía su colonia y su crema de afeitar desde lejos, lo cual estimuló mis sentidos, haciendo que quisiera inhalar su olor más profundamente. Me pasé la mano por la boca, y una vez hube recobrado la compostura, volví a incorporarme.

Bajé la mirada al suelo y lo observé mientras se incorporaba él también. Me sentía muy estúpida.

—¿Estás bien? —preguntó, pero por la forma como lo había dicho sonaba más como una afirmación.

Asentí, pero aún notaba que las lágrimas me caían por las mejillas.

—Sí.

Él frunció el ceño y se palpó los bolsillos.

—Lo siento, no tengo pañuelos ni nada parecido.

Las lágrimas cayeron con más fuerza, seguramente por la vergüenza que sentía.

Se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó la cartera. Del interior extrajo una navaja y yo me quedé sin aliento y retrocedí un paso. Al ver mi reacción, sus ojos azules se llenaron de un sentimiento de culpa.

—No voy a hacerte daño, ¿recuerdas?

Había cierta vulnerabilidad en su voz, una suavidad que casi me hacía querer mirarlo a los ojos para contemplar en ellos la eternidad. Aquel desconocido me hacía sentir el infinito, algo que no sabía que se podía sentir. ¿Quién eres?

Abrió la navaja y cortó la manga de su camiseta blanca. Luego volvió a guardar la navaja en la cartera y se la metió de nuevo en el bolsillo de los vaqueros. La manga quedó en sus manos hasta que me la ofreció. Lo miré confundida, preguntándome qué estaba haciendo.

—Para las lágrimas —explicó. Lo miré durante largo tiempo y él suspiró. Entonces cogió el borde de la manga entre el pulgar y el dedo índice y alargó el brazo hacia mí—. No voy a tocarte.

Cogí la manga con cuidado, me sequé las lágrimas y le oí soltar un suspiro de alivio.

Respiramos al unísono, y él no se movió hasta que mi respiración se relajó y adoptó el mismo ritmo que la suya.

—Estás bien… —repitió metiéndose las manos en los bolsillos. Casi podía ver su cuerpo musculoso debajo de la camiseta. Casi podía abrazar su alma, que parecía guardar debajo de la manga, listo para sacarla.

Literalmente…

—Estoy bien… —respondí, todavía notando cómo las rodillas estaban a punto de ceder. Echaba tanto de menos a Gabby que me dolía estar de pie. Me dolía llorar. Me dolía estar viva. Hice lo posible por dejar de llorar, pero cuando me miró e inclinó la cabeza hacia la izquierda mientras entrecerraba los ojos, noté que se despertaba otra oleada de emociones dentro de mí.

—Pero no pasa nada si no estás bien —susurró.

Lloré sobre la manga de su camiseta varios minutos más, sumergiéndome en la tristeza. Él no se movió. No se cansó de mi colapso emocional. Tan solo se quedó allí de pie, y por alguna razón, sentí un abrazo que no llegó a darme.

Recobré la compostura.

Estaba bien. Al menos por el momento. Me encogí de hombros y me soné la nariz, haciendo un sonido muy poco atractivo. Él soltó

una risita. Me sentí bastante tonta.

—Tengo que volver… —dijo. Parecía como si sintiera tener que marcharse, pero sabía que era el momento perfecto para desaparecer—. ¿Te veo dentro? —preguntó.

¿Todavía quería verme? ¡¿Después de aquello?!

No pude hacer más que asentir con la cabeza, y eso era todo lo que él necesitaba. Dobló la esquina sin detenerse y desapareció en el interior del bar. Lo seguí con la mirada, dándole las gracias en silencio por ser el muro lejano que necesitaba para sostenerme.

* * *

Una vez me hube recuperado, volví a entrar en el edificio, me abrí paso hasta la barra y pedí agua con limón. La actuación ya había empezado, y a juzgar por el sonido que inundaba mis oídos, el señor Ojos Bonitos no se equivocaba. Sí que iba a disfrutarlo.

Vi los CDs que estaban a la venta en la barra del bar. Cogí uno y me giré hacia el camarero.

—¿Cuánto cuestan?

—Diez pavos.

Dejé el dinero en la barra y le di las gracias al camarero por la bebida y el CD. Se me hacía raro estar en un bar siendo menor de veintiún años. Había una cierta sensación de rebeldía en mi interior, a pesar del sello que me habían puesto en la mano.

Me giré y me acerqué al escenario para ver a la banda. Me encantaba la atmósfera que transmitían. Todos los miembros del grupo parecían sentirse cómodos, en su zona de confort.

Fijé la mirada en el cantante: mi abrazo en la distancia. Allí estaba, como un pájaro liberado, cantando sentado en un taburete. Cantaba como si nunca fuera a volver a cantar, poniéndole emoción a cada nota y sentimientos a cada pausa. Las luces del bar brillaban sobre él. Cerró los ojos y sostuvo el micrófono cerca de los labios. Cuando abrió los ojos de nuevo, había en ellos el amor y la dulzura de las estrellas guía.

Estaba tan guapo ahí arriba. No guapo en el sentido de deslumbrante, sino más bien de un modo discreto y tranquilo. Iba vestido de forma sencilla, con su camiseta blanca, medio mojada de sudor, y a la que le faltaba una manga. Llevaba unos vaqueros oscuros y una cadena colgada del cinturón a la que iba enganchada la cartera que tenía guardada en el bolsillo trasero. No tenía tatuajes en los brazos, pero la manera como cogía el micrófono, con tanta fuerza, resaltaba su físico.

Y esos labios. *Ay, esos labios*. Me sonrojaba solo con mirarle la boca.

La música se desvanecía hasta casi hacerse el silencio, pero de pronto estallaba como una riada contenida. Cuanto más alta sonaba, más excitante se volvía su voz. Vivía las palabras que cantaba, adoptaba los ritmos que creaba el grupo como si fueran sus propios hijos, y eso me inspiraba. Su voz era tan ligera como la lluvia, pero sabía que podía crear una tormenta repentina si quería.

Agarraba el micrófono con sus grandes manos y lo acunaba como si fuera su amante, y cuando sus ojos se posaron en el público, se encontraron con los míos. Yo no aparté la mirada. No podía. Me había hipnotizado, dejándome aturdida. Secretamente, me parecía perfecto quedarme atrapada en esos ojos.

Seré tu mejor amigo, cariño, si me dices tu nombre.
Seré tu sol cuando te canses de la lluvia.

Elevó las comisuras de los labios y siguió cantando. El mero hecho de ver su sonrisa me hacía sonreír a mí. ¿Cuándo había sido la última vez que había sonreído? Me hizo un gesto con la cabeza, y cuando cantó los últimos versos de la canción, me sentí como si estuviera dándome un concierto privado.

Si te vas estaré bien, estoy seguro.
Pero debes saber que soñaré contigo esta noche…

Bajé la mirada. El colorete que llevaba en las mejillas aumentó aún más el tono rosa de mi piel al sonrojarme. Mantuve los ojos fijos en el suelo durante las siguientes canciones, mientras daba golpecitos con el pie siguiendo el ritmo.

Oía su sonrisa en la voz al dar las gracias al público después de la sexta canción.

—Vamos a tomarnos un descanso de quince minutos. Gracias por estar aquí con nosotros esta noche, y recordad que tenemos CDs a la venta en el bar. Echadles un vistazo, tomaos una o dos copas más y quedaos por aquí para el resto de la actuación. Somos Romeo's Quest y estamos la hostia de contentos de que haya venido tanta gente fantástica esta noche.

Romeo's Quest. ¿Cómo se les había ocurrido ese nombre? ¿Quién les había enseñado a tocar los instrumentos? ¿Cómo conseguía el batería hacer sonreír a mi corazón con sus habilidades?

¿Y quién demonios era el cantante?

Sonreí mirando el CD que tenía en las manos y me dirigí a uno de los reservados que había al fondo. En el apartado de agradecimientos del CD ponía que se llamaba Daniel Daniels, y no pude evitar sonreír aún más ante semejante idea.

—Ay Dios… No me digas que has comprado uno de esos horribles CDs. —Levanté la vista y me encontré a Daniel mirándome, y no pude hacer más que quedarme mirándolo. Se sentó enfrente de mí con una cerveza en la mano. Era como estar en un sueño: sonrió y me quedé sin habla.

De pronto, intimidada por una extraña y vibrante timidez, me froté el lóbulo izquierdo de la oreja y dije:

—¿Te llamas Daniel Daniels?

Sonrió con tanta facilidad como brilla el sol y se cruzó de brazos.

—Mi padre quería llamarme Jack, pero a mi madre le preocupaba que tuviera un serio problema con la bebida. En cuanto a mi nombre, bueno… Mi madre siempre tenía un problema doble.

—¿Un problema doble?

Se echó a reír y se frotó la mandíbula con la mano.

—Un problema doble es cuando tienes una cosa que te gusta mucho, así que vas y compras un segundo ejemplar por si el primero se rompe o algo. Cuando se casó con mi padre, le encantaba la idea de adoptar su apellido, así que supongo que tiene sentido que yo fuera el segundo ejemplar del nombre que tanto le gustaba.

Observaba inmóvil cómo sus labios formaban las palabras, y la curiosidad se apoderó de mí. Quería saber más. Más sobre el problema doble. Más sobre sus padres. Más sobre él. Quería saberlo todo, cualquier cosa sobre aquel desconocido cuya música tenía el poder de hacerme sentir bien por un rato.

Quería saber más sobre aquel desconocido cuyas letras me habían envuelto hasta arrancarme de las garras de la tristeza. Su cercanía misteriosa me atrapaba, y su naturaleza amistosa captaba toda mi atención.

—Siento lo de tu camiseta —dije mirando la parte en la que faltaba la manga.

—Solo es una camiseta. —Sonrió.

Pero yo sabía que era mucho más que eso.

Volvió a hacerse el silencio, y bajé la mirada hacia el vaso de agua. Me quedé mirando el limón durante un buen rato. Cuando volví a levantar la vista, él seguía sonriendo. Rebusqué en mi mente en busca de algo que decir, algo que no me hiciera parecer una chica de diecinueve años sentada en un bar.

—¿De dónde sacasteis el nombre del grupo? —pregunté.

—Shakespeare. La búsqueda del amor de Romeo.

—La obra termina de una forma bastante trágica.

—Sí, pero no sé, las tragedias de Shakespeare tienen algo. Es como si todos supiéramos cómo van a acabar, pero la aventura hace que valga la pena. Y la historia es complicada, pero no tanto como las otras. Romeo quiere a Julieta, y ella lo quiere a él. La vida es lo que se interpone entre ellos. Me gusta pensar que la búsqueda hace que el destino valga la pena.

—Eso es deprimente. —Me eché a reír. Madre mía… ¿Cuándo había sido la última vez que me había reído? No me había reído en

tanto tiempo que parecía hasta antinatural. Y cálido. Y emocionante. Y liberador.

—Soy músico. Deprimente es mi segundo nombre. —Se reclinó contra el respaldo acolchado del reservado, acomodándose. Sus palabras eran casi un susurro que tropezaba en su lengua—. Hablando de nombres… ¿Cómo te llamas?

Por algún motivo, quería impresionarlo. Coloqué la mano que tenía sellada debajo de la otra y sonreí. Quería borrar de su mente la idea de que estuviera sentado con una chica que estaba en un bar gracias a que llevaba un sello que indicaba su edad.

Me aclaré la garganta y me preparé para hacer el ridículo.

—Con un nombre no sé decirte quién soy. Mi nombre, santa mía, me es odioso. —Cuando no sepas qué decir, acude a Shakespeare. Él siempre tenía una o dos buenas ideas que expresar.

—Porque es tu enemigo. Si estuviera escrito, rompería el papel —dijo él, terminando mi cita. Y en un segundo, aquel hermoso desconocido me cautivó. Esbozó una sonrisa—. ¡Jesús! Mentiría si dijera que no es la mar de *sexy* oír a una mujer bonita citar a Shakespeare.

—Me encanta Shakespeare —respondí con entusiasmo—. *Otelo* fue la primera obra que leí en quinto. —Daniel pareció algo sorprendido al oírme—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

Se pasó las manos por el pelo y se inclinó.

—Nada, es solo que… No suelo sentarme en un bar a hablar de Shakes. Mi colección de libros es bastante impresionante, pero no me proporciona muchas citas.

—Ya, yo igual. La mayoría de la gente cree que es raro… mi amor por Shakespeare. Mi hermana era la única que lo entendía realmente, pero nadie más. Ella lo llamaba mi dorado.

—¿Tu dorado?

—Todo el mundo tiene un dorado. Puede ser cualquier cosa: una canción, un libro, una mascota, una persona. Cualquier cosa que te hace tan feliz que tus entrañas gritan de pura felicidad. Es como si estuvieras drogado, pero mejor, porque es un subidón natural. Shakespeare es mi dorado.

—Me gusta cómo funciona tu cerebro.

Noté las mejillas calientes al oír su comentario. ¿Estaba ligando conmigo? Porque si había algún momento en el que quisiera que alguien ligara conmigo, desde luego era mientras hablaba sobre leer. No había nada más *sexy* que un *chicombre* inteligente, sobre todo cuando lograba hacer que mi corazón diera volteretas.

—Tu música me ha hecho sonreír —dije bebiendo un sorbo de agua—. No había sonreído así en mucho tiempo.

Daniel colocó los brazos en la mesa y entrelazó los dedos. Observó mi cara en silencio por un instante. Su sonrisa tierna llenaba el silencio como un discurso perfecto. Sus ojos atravesaron mi espíritu antes de apartar la vista y levantar la cerveza para dar un trago.

—Es una verdadera pena.

—¿Por qué?

—Porque cuando el mundo le da a una persona una sonrisa como esa, debería ser la única actividad en la que participaran esos labios.

Me sonrojé y me pasé los dedos por el pelo. Hablar de mis labios me hacía pensar en los suyos, y eso me hacía pensar en cosas que no debería pensar. Hora de cambiar de tema.

—¿Todas tus canciones tratan de obras de Shakespeare o es que he sido una *hipster* total mientras escuchaba las letras? —pregunté.

Daniel ladeó la cabeza y abrió la boca. Me miraba completamente asombrado. Me gustaba esa mirada. Vale, la verdad es que me gustaban todas sus miradas.

—Eres un caso, ¿eh? La mayoría de la gente no lo pilla, pero sí. Todas las canciones están basadas de alguna forma en obras de Shakes.

—Eso es tan friki y a la vez tan atractivo… No estoy segura de cómo manejarlo.

—¿Qué puedo decir? Soy un semental friki.

Me reí y bebí de mi vaso.

—Estaba *Romeo y Julieta*, por supuesto. Luego iba… —Hice una pausa, intentando recordar el orden exacto de las canciones—. *¿Hamlet, Ricardo III, La tempestad, El sueño de una noche de verano* y *Otelo?*

Daniel se llevó la mano al corazón y se dejó caer hacia atrás.

—Cásate conmigo —bromeó. Casi me lo planteé y todo. Separó los labios y juraría que suspiré solo con verlos—. Bueno, dime, chica sin nombre. ¿A qué te dedicas?

—¿Qué hago o qué me gustaría hacer? Creo que son dos cosas diferentes. Ahora mismo estoy estudiando para, con suerte, poder considerarme una autora el día de mañana.

—¡Vaya! ¿En serio? —Su interés parecía sincero.

—En serio, en serio. Doblemente en serio.

Se rio y yo suspiré al oír su risa. La manera como su sonrisa se ensanchaba me hacía pensar que era encantadora y todo.

—Pues hazlo. Conviértete en una autora.

Me tocaba a mí reírme.

—Sí, claro, como es tan fácil.

Daniel negó con la cabeza y adoptó un aire sombrío. Levantó la cerveza y dijo:

—No he dicho que sea fácil, solo que lo hagas. Además, las mejores cosas en esta vida no son fáciles. Son duras, son dolorosas y crudas. Eso hace que llegar al destino final sea mucho más dulce.

—Sí, es solo que… —Me callé, pero Daniel parecía interesado en la conversación, como si mis pensamientos nunca lo aburrieran—. Tenía una coautora.

—¿Tenías? —preguntó.

—Sí, y no puedo imaginarme terminando el libro sin ella. —Cerré la boca y apreté los dientes con fuerza, intentando contener las lágrimas.

Daniel percibió mi emoción y extendió la mano por encima de la mesa para coger la mía. El tacto me envió una oleada de calor a los dedos.

—Siento tu pérdida.

Tres palabras. Tres palabras de un desconocido y un simple roce me hicieron sentir más viva que nunca. Aquella humanidad tan sincera que demostraba era especialmente bien recibida aquella noche.

—Gracias.

No sostuvo mi mano por mucho tiempo, y eché de menos el tacto cuando la soltó.

—A lo mejor la clave es empezar a escribir otra cosa.

—Tal vez, pero creo que no estoy preparada para aparcar el libro actual.

Se llevó la mano a la nuca y se la frotó, riéndose.

—Entonces cerraré el pico respetuosamente. —Era tan sumamente encantador—. Siento haberme acercado a ti de esa manera cuando estabas fuera. Es solo que… cuando te vi entrar en el bar la primera vez, parecías como si…

—¿Como si qué? —pregunté con impaciencia. Él frunció el ceño.

—Como si todo lo que hubieras amado en tu vida estuviera en llamas y no pudieras alejarte hasta que se hubiera reducido a cenizas. Y yo solo quise abrazarte.

Lo miré perpleja. Era raro por mi parte mirarlo así, pero no sabía qué otra cosa hacer. Me aclaré la garganta y asentí. Mantuve la mirada fija en él, incapaz de apartarla.

Daniel sonrió y se giró para ver que uno de los miembros del grupo se acercaba a nuestra mesa. *¿Nuestra mesa?* Qué pensamiento tan interesante.

Su compañero le dio unas palmaditas en los hombros y me sonrió. Tenía el pelo rubio enmarañado, y le caía sobre las cejas. Y tenía los ojos marrones más dulces que había visto nunca. Llevaba el símbolo de la paz colgado del cuello, y una camisa de manga larga color verde oscuro desabrochada encima de una camiseta blanca.

—Espero que este matado no te esté dando la brasa —bromeó.

—No mucho. —Sonreí.

Extendió la mano hacia mí y se la estreché.

—Randy Donavon. Toco la guitarra acústica.

—Un placer. Has estado genial ahí arriba.

Daniel suspiró pesadamente.

—No le infles el ego todavía más.

Randy retrocedió y se llevó las manos al pecho.

—¿Ego? ¡¿Yo?! Ni hablar. Soy superhumilde. —Juntó las manos como si fuera a rezar y se inclinó hacia mí—. Gracias, preciosa.

Me eché a reír por sus excentricidades, y porque Daniel estaba poniendo los ojos en blanco.

—No me gustaría robarte a Danny, pero tenemos que continuar con la actuación… —Randy sonrió y volvió a dar unas palmadas a Daniel en la espalda—. Preciosa —me cogió de la mano y la besó—, ha sido maravilloso conocerte.

—Lo mismo digo, Randy.

Randy dio un codazo a Daniel en el brazo y susurró:

—Está buena.

Y luego se marchó de vuelta al escenario. Se me encendieron las mejillas. Daniel se reía de su amigo.

—No hagas caso a Randy. Es un poco… único.

—Me gusta lo único —dije.

Se levantó del asiento y me sonrió.

—Eres intrigante. Me gusta eso de ti.

—¿Sabes lo que me ha gustado de ti hasta ahora? —pregunté removiéndome en el asiento. Me hacía sentir como si no hubiera nada más perfecto que ese reservado en la parte trasera del bar de Joe.

—¿Qué?

—Todo. —Al oírme, se le iluminó la cara, lo cual me envió una oleada de calor desde la punta de los dedos del pie hasta la cabeza —. Diviértete ahí arriba —dije señalando con la cabeza el escenario.

—¿Te quedarás por aquí? —preguntó con un tono dulce. Sonaba como un colegial pidiéndole a una chica que fuera a escuchar a su banda *amateur* por primera vez.

—Sí.

—¿Lo prometes? —Se metió las manos en los bolsillos y balanceó la cadera de un lado a otro.

Me froté la ceja con los dedos y sentí como si las mejillas fueran a romperse por lo mucho que había sonreído esa noche.

—Prometido.

Capítulo 6

Ashlyn

Hace cinco minutos estaba solo.
Hace cinco minutos caminaba en soledad.
Cinco minutos después te conté los secretos de mi alma
y cuando te giraste susurré: «Por favor, no te vayas».

Romeo's Quest

Reanudaron la actuación, y yo no pude apartar la vista de Daniel durante el resto de la noche. Se notaba que le encantaba lo que hacía, y esa simple idea me hacía sentir feliz por él. Cuando acabó la última canción, me quedé entre el público, aplaudiendo completamente asombrada. Era increíble. La banda estaba exultante. A Gabby le habría encantado.

Cuando Daniel me miró, sonreí y le di las gracias. Él entrecerró los ojos, confundido, pero lo ignoré. Salí fuera, consciente de que llevaba más tiempo fuera de lo que Hailey pensó que estaría, y seguramente estaba teniendo un ataque de pánico pensando que le había robado el coche.

El aire caliente se abrió paso entre mi pelo. Me saqué las llaves de Hailey del bolsillo, preparada para volver al lugar que tenía que

llamar hogar.

—¡Sin nombre! —gritó una voz detrás de mí. Me giré para ver al cantante que corría hacia mí con aspecto cansado—. ¿Qué ha pasado? ¿Conectamos y sales corriendo? ¿Te vas sin despedirte?

Abrí la boca y me encogí de hombros.

—Te he dado las gracias.

Se metió las manos en los bolsillos. La suave brisa debía de ser una sensación agradable sobre sus brazos desnudos después de pasar horas debajo de las luces calientes del bar. Se acercó a mí y mi cuerpo se tensó.

—Pensaba… —Hizo una pausa y se rio. Supuse que se estaba riendo de sí mismo, porque yo no había hecho nada gracioso—. Da igual. Ha sido un placer conocerte. —Me tendió la mano y se la estreché.

—También ha sido un placer para mí. Ve dentro a tomarte una copa para celebrarlo. Has estado genial. —Solté una risita.

No sonrió, pero sus ojos resplandecieron con preocupación.

—¿Es tu hermana? ¿La persona a la que perdiste?

Me puse tensa, sorprendida por sus palabras.

—¿Cómo lo has sabido?

Se acercó un poco más a mí, todavía sin soltarme la mano.

—Cuando me contaste lo de tu dorado, hablaste de ella en pasado.

—Ah. —Eso fue todo lo que alcancé a decir. No sabía qué otra cosa podía decir, y pensar en Gabby en esa acera hizo que volvieran a entrarme ganas de llorar.

—¿Una herida reciente?

—Aún abierta y fea.

—Mi madre murió hace un año. Y el viernes perdí a mi padre por culpa de una insuficiencia hepática. —Se acercó un poco más. Lo miré boquiabierta.

—¿Acabas de perder a tu padre y estás actuando en un bar?

—Estoy bastante tocado —susurró, dándose unos golpecitos en la cabeza con el dedo. Conocía muy bien esa sensación—. Era

profesor de Lengua y Literatura. El grupo fue idea suya, de hecho: una banda inspirada en Shakespeare. Solo a papá se le podía ocurrir algo así. —Hizo una pausa—. La gente te dice que con el tiempo se hace más fácil, pero…

—Se hace más difícil —dije. Lo entendía muy bien. Me acerqué unos centímetros más a él.

—Y se convierte en algo recurrente para los que te rodean. A la gente le acaba cansando que saques el tema. Le agobia tu tristeza, así que finges que ya no te duele, solo para que dejen de preocuparse por ti. Solo para no molestar a nadie con tu pena.

—¿Quieres que te diga algo que te sonará a locura? —Me sentí un poco demente por estar hablándole a un completo desconocido sobre la pérdida de un miembro de la familia, pero la verdad es que él era la primera persona que parecía entenderme—. Cuando venía en el coche, habría jurado que mi hermana gemela estaba sentada junto a mí.

Vi que sus ojos adoptaban una mirada de desesperanza, seguramente causada por las palabras «hermana gemela». Me sentí mal por haberle hecho sentir mal. Una persona como él debería sentirse bien siempre.

—No pasa nada —susurré—. Estoy bien.

Movió los pies nerviosamente.

—A veces juraría que huelo en el aire la marca de tabaco favorita de mi padre.

Silenciamos nuestros pensamientos por un momento y ambos miramos nuestras manos, que todavía seguían unidas desde que nos dimos las buenas noches. Soltamos una risita nerviosa. No estaba segura de si la risita era suya o mía.

Fui la primera en retroceder. Miré sus ojos azules y pestañeé una vez, esperando no perderme demasiado su mirada.

—Ashlyn —dije. Él dio unos pasos torpes hacia atrás con una amplia sonrisa.

—Ashlyn —canturreó—. Justo cuando pensaba que no podías ser más asombrosa, vas y me sueltas un nombre así.

Me metí las manos en los bolsillos y contemplé el cielo nocturno. Todo parecía tan sencillo. Un bar con música que me tocaba el alma. Un chico que sabía lo que era perder parte de su alegría. Una suave brisa que refrescaba todo mi ser.

—Si hubiera un Dios, algo que dudo, ¿crees que esta noche sería una especie de disculpa por habernos quitado las cosas que queremos?

Exhaló y se frotó la boca con la mano.

—No lo sé, pero creo que es un buen comienzo.

De nuevo guardamos silencio. No sabía que un silencio podía resultar tan familiar. Daniel no podía parar de sonreír, y yo tampoco. Eran sonrisas intensas y cursis que se me antojaban de lo más naturales.

Rompió el silencio y retrocedió un paso.

—Joder, esta noche ha sido de lo más rara.

—Estoy de acuerdo.

—Bueno, dejaré de molestarte para que puedas irte.

—Sí, claro. Es que… —Dejé la frase a medias, y él me miró entrecerrando los ojos, esperando a que la acabara—. No estoy preparada para irme aún. Porque sé que cuando me vaya, todo esto habrá terminado. Toda la magia de esta noche que me había despejado la mente durante unas horas desaparecerá, y volveré a ser la triste Ashlyn.

—¿Me estás pidiendo que mantenga viva la fantasía contigo un rato más? —preguntó.

Asentí con una mirada esperanzada, rezando para que no pensara que estaba loca de remate. Cogió mi mano y la levantó. Luego me dio un golpecito en el hombro.

—Vamos a dar un paseo —sugirió.

* * *

Dimos vueltas alrededor de la manzana. No sabía por qué, pero empezamos a intercambiar historias sobre nuestras vidas. En la

tercera vuelta, Daniel me habló de su padre y me contó que no habían estado unidos hasta que su madre murió. Luego estuvieron muy unidos, y se arrepintió de los años que había perdido por estar distante. Se detuvo en la esquina de la calle Humboldt con la avenida James e inhaló profundamente. Contempló el cielo, entrelazó los dedos detrás de la nuca y cerró los ojos. No dije nada porque el remordimiento que veía en su lenguaje corporal decía todo lo que se podía decir.

Supe que tenía un hermano, pero cuando le pregunté por él, se tensó.

—No hablamos. —Sus palabras sonaron más frías que nada que le hubiera oído decir antes. No le pregunté más sobre el tema.

En la cuarta vuelta, nos reímos de lo increíblemente cansados que estábamos y lo mal que dormíamos. En la sexta vuelta, lloré. Empezó con unas pocas lágrimas, pero al cabo de un rato se convirtieron en lagrimones, y Daniel no me pidió que explicara nada. Me rodeó con sus brazos y me acercó contra su pecho, hablándome con suavidad.

Intenté decirle que estaría bien, pero él me detuvo. Decía que no pasaba nada por estar mal. Me explicó que no tenía nada de malo estar roto durante un tiempo y no sentir más que dolor. La sexta vuelta que dimos fue la más larga de todas. Acercaba la boca a mi pelo y me susurraba que, algún día, de algún modo, la felicidad eclipsaría el dolor.

Más tarde le hablé de la lista de cosas por hacer antes de morir que Gabby había confeccionado para mí, y me pidió que se la enseñara. Saqué del bolso el papel doblado y se lo tendí. Lo sostuvo con mucho cuidado y lo desdobló despacio. Observé sus ojos moverse de izquierda a derecha y de arriba abajo.

—¿Hacer *hulahop* en un centro comercial? —preguntó arqueando una ceja.

Me eché a reír y asentí.

—¿Cantar una canción de Michael Jackson en un karaoke, incluyendo movimientos de baile?

—¡Lo sé! Eso es más propio de Gabby que mío —respondí.

Sonrió mirando la lista antes de doblarla y dármela. Me preguntó cuántas había cumplido y suspiré.

—Todavía ninguna. Esta noche tenía que haber bailado en el bar… pero como has visto, he tenido una pequeña crisis nerviosa.

—¿Entonces no has leído aún ninguna carta de tu hermana?

—Todavía no. Tengo ganas de abrirlas todas de golpe pero…

Se rio y echó a andar otra vez.

—Pero no quieres ser ese tipo de chica.

—¿Ese tipo de chica? —Lo miré sin moverme.

—Ya sabes, el tipo de chica que desobedece a su difunta hermana gemela.

Sonreí. Sabía que era retorcido, y algunos pensarían que lo que había dicho estaba mal, pero sonreí porque, qué diantre, era divertido. Echaba de menos vivir momentos divertidos.

—Tienes razón. No podría ser ese tipo de chica.

—Además… —Se giró hacia mí y se mordió el labio inferior. Se acercó y me dio un golpecito en el hombro—. Estás a punto de completar una de las tareas. —Al oírle decir esto, arrugué la nariz y arqueé las cejas.

Él se rio al ver mi expresión de asombro. Cuando acercó su cara a la mía, dejé escapar el aire por la boca, un aire que rozó sus labios. Nuestras bocas permanecieron a pocos milímetros la una de la otra durante lo que pareció una eternidad, pero solo fueron unos segundos.

Sus labios no solo parecían suaves y besables: también parecían talentosos. Como si fueran capaces de besar a alguien aunque estuviera en la otra punta del mundo y hacer que esa persona se derritiera. No tardé en descubrir lo talentosos que eran.

Nuestros labios conectaron de una forma que no había experimentado nunca. Tendrían que inventar una nueva palabra para ese tipo de beso. Terapéutico. Conmovedor. Comprensivo. Dichoso. Todos esos sentimientos diferentes tan hermosos al unísono. Las emociones abrumadoras que me recorrían el cuerpo electrizaban la energía que viajaba de mi cuerpo al suyo.

Sabía que nunca querría besar a otro hombre por la manera como lo había besado a él. No sabía que besar podía ser tan sencillo y a la vez tan complicado. Él había hecho todo el trabajo descubriendo mis labios con los suyos.

Me llevó al lateral del bar y me colocó de espaldas contra la pared de piedra, pero no era la pared lo que me sostenía, sino más bien su tacto. Se inclinó hacia mí y noté como su lengua se abría paso entre mis labios hasta encontrar la mía lista para fusionarse con la suya.

Cuando sus brazos me rodearon con fuerza, levanté una pierna hasta colocarla sobre su cadera. Di un grito ahogado cuando sus fuertes manos me agarraron por debajo y me levantaron todavía más arriba, provocando que mi deseo egoísta de rodearlo con mis piernas se convirtiera en una necesidad desesperada para luchar contra la gravedad.

Como una estrella errante, mi cuerpo se hundió en las profundidades del deseo, y empecé a suplicar a los cielos que aquello no fuera una fantasía provocada por la depresión; y si lo era, esperaba no volver a encontrar la realidad.

Apartó su boca de la mía, dejándome con los ojos cerrados y el corazón abierto. Sentía los latidos de su corazón golpeando con fuerza su camiseta, y él colocó la mano encima del mío. No había necesidad de decir nada porque todo lo sentíamos por dentro, esparciéndose por los dedos del otro.

Una vez más, sus labios rozaron los míos, casi sin tocarlos, como una ceremonia de cierre. Cuando abrí los ojos, lo vi mirándome, y entonces me sonrió y empezó a explicarse.

—Número veintitrés.

Lentamente, me bajó hasta el suelo. Miré la lista que aún llevaba en la mano y busqué rápidamente el número veintitrés.

#23. Besar a un desconocido.

Vaya, he besado a un desconocido.

Miré a Daniel y lo encontré sonriéndome. Dio tres largos pasos hacia atrás e hizo una reverencia.

—De nada —bromeó.

No podía contener mi felicidad, y era inútil intentarlo. Empecé a dar vueltas en círculos con los brazos extendidos, dejando que el aire de la noche me bañara. ¡Podía abrir una carta! Tenía ganas de llorar, pero sabía que serían lágrimas de felicidad.

Mis pies se dirigieron corriendo hacia Daniel, y seguramente lo pillé desprevenido cuando me lancé a sus brazos para darle un abrazo muy fuerte. Él no titubeó: me levantó en el aire y dio varias vueltas, devolviéndome el abrazo sin pensarlo.

—No sabes lo mucho que significa esto para mí —susurré, deseando besarle una y otra vez.

Él se apartó un poco y me miró sonriendo.

—Hora de volver a casa para que puedas leer un poco.

Me colocó en el suelo, y los dos avanzamos hasta la entrada del bar. Daniel me frotó los hombros por un instante. Sus labios se acercaron a los míos, y cuando tocaron la comisura de mi boca sentí que una oleada de calor me recorría todo el cuerpo.

—Buenas noches, Ashlyn —dijo, rozando la punta de mis dedos antes de retroceder y dedicarme otra sonrisa.

—Buenas noches, Daniel Daniels. —Mi corazón se perdía en un mundo de deseo, y le permití viajar a ese territorio desconocido. Abrí el bolso y saqué su CD—. Ah, y para que lo sepas… Esta noche te llevo a mi cama.

—Vaya, soy un tío afortunado. —Me guiñó el ojo y sentí como si mi mundo se tambaleara. Se pasó las manos por el pelo, dirigiéndome una amplia sonrisa—. Creo que ahora viene cuando intercambiamos números. —Me ofreció su teléfono y yo le di el mío. Después de apuntar nuestros números, nos devolvimos los teléfonos.

—Seguramente no te llamaré primero porque no quiero parecer desesperada. —Sonreí.

—Y yo no te llamaré primero porque quiero que contemples la idea de que pueda estar hablando con otras chicas.

Ay, esto que me hace sentir… no lo había sentido en mucho tiempo.

—Bueno, está claro que no hay otras chicas. ¿Te has mirado al espejo? Eres espantoso.

—¿Ah sí?

—Sí. A las chicas no les gustan las sonrisas encantadoras, los brazos musculosos ni las deliciosas tabletas de… —Me cogió las manos y las pasó por su abdomen. Suspiré. Me dolieron los muslos al sentir el tacto de su cuerpo— … chocolate. —Me sonrojé, pero esperaba que no lo hubiera notado.

—¿Y qué gusta a las chicas? —Se cruzó de brazos.

—Cosas normales, ya sabes. Un poco de pelo en la nariz, unos cuantos mentones para poder besarlos, un pezón adicional… o tres. Cosas normales.

Se echó a reír, y deseé acurrucarme con él para sentir la risa expandiéndose por su cuerpo.

—Trabajaré en ello. No quiero ser… ¿qué palabra has usado?

—Espantoso.

—Eso. No me gustaría parecerte espantoso. —Hubo una última ronda de sonrisas, y entonces se giró y yo empecé a caminar en dirección opuesta.

—¡Eh, Ashlyn! —gritó. Me di la vuelta en su dirección y esperé a que dijera algo, mirándolo con curiosidad—. ¿Te gustaría pasar otra noche de lo más rara conmigo en otra ocasión? ¿Digamos, por ejemplo, el martes por la noche?

¡Sí! ¡Sí! ¡Por todos los santos, SÍ!

—¿Sabes qué? Creo que puedo hacer un hueco para ti.

—¿Conoces la biblioteca de la calle Harts?

No, no la conocía, pero nada más llegar a casa la buscaría en internet para ver dónde estaba.

—La encontraré.

—Vale. Encuéntrala sobre las… seis de la tarde.

—Vale, pues tenemos una cita. —Me di cuenta de lo que acababa de decir y guardé silencio, llevándome la mano al costado. Se me encendieron las mejillas y me apreté la cintura con las manos —. Quiero decir, una… Eh… Allí estaré. Nos vemos.

Él se echó a reír y se dio la vuelta.

—Muy bien. Tenemos una cita, cita.

Repitió la palabra dos veces.

Y yo estaba oficialmente enamorada.

* * *

Cuando entré en la habitación encontré a Hailey tumbada en el suelo, encima de su esterilla de yoga. Había puesto una música que sonaba como un bosque tropical en movimiento.

Inhalaba profundamente y exhalaba por la boca, entreabierta. Tan solo verla de esa guisa me hizo sonreír.

—Eh… ¿Hailey? —murmuré cerrando la puerta.

—Shh —susurró, y dio unas palmaditas en una segunda esterilla de yoga que había junto a la suya.

Lo interpreté como una extraña invitación y acepté. Tras quitarme los tacones y dejar la chaqueta y el bolso en la cama, me tumbé en la esterilla.

—Cierra los ojos —indicó con los ojos todavía cerrados. Levanté una ceja y la miré como si estuviera loca, y ella sonrió un poco—. No me mires como si estuviera como una cabra. Cierra los ojos y ya está.

Los cerré y respiré profundamente. El aire de la habitación era frío, y de inmediato me entraron escalofríos en los brazos. Eché un vistazo a Hailey y vi que seguía inhalando profundamente y exhalando con alivio.

—¿Notas la diferencia después de tumbarte y reconectar con el mundo durante solo unos pocos segundos? ¿Toda la energía negativa que sale de los dedos de las manos y los pies? —preguntó Hailey, y a continuación empezó a canturrear.

—Eh… ¿no? —dije confundida. Solo sentía que estaba tumbada en una esterilla, en una habitación a oscuras, escuchando los truenos y los sonidos de la jungla de un reproductor de música.

Hailey dejó de canturrear y se incorporó.

—Uf, yo tampoco. En serio, he probado esto de la meditación durante mucho tiempo, pero sigo sin pillarlo.

Me reí y me senté en la esterilla, cruzando las piernas.

—¿Entonces para qué te molestas?

—Theo… —Me recordó a su novio y volvió a tumbarse. Se colocó las manos debajo de la cabeza—. ¿Cómo lo has pasado?

Sonreí. Hailey lo notó.

—¡Has conocido a un chico! —dio un gritito.

La miré sorprendida.

—¿Cómo…?

—Ashlyn, te fuiste de aquí cabreada, y has vuelto sonriendo y sonrojada. Está claro que has conocido a un chico.

Se equivocaba. No era un chico. Me tumbé en la esterilla, mirando las nubes pintadas en el techo, escuchando el canto de los pájaros y los monos del CD.

—Me lo he pasado muy bien.

Hablamos un rato más hasta que a mi nueva compañera de habitación le entró sueño. Me quedé tumbada en la esterilla hasta que oí a Hailey roncar ligeramente. Me levanté, cogí una manta y la tapé.

Sobre las dos de la madrugada, la pantalla de mi teléfono se iluminó. Sonreí al ver el nombre de Daniel.

Daniel: Es británico. Le encanta ondear un bastón largo. Tiene una colección de jerséis alucinante.

Yo: ¿Qué es esto? ¿Un juego de preguntas sobre libros de madrugada?

Las palpitaciones y las mariposas volvieron a aparecer con fuerza.

Daniel: Claro.

Yo: Bueno, vas a tener que esforzarte un poco más. *Harry Potter*. Me toca. Se fue de casa para evitar una maldición. Se casa.

Tiene problemas con su madre. Hay bastantes probabilidades de que la madre de su hijo sea también su madre.

Daniel: ¿Me has retado con *Edipo?* Pista: Tiene un problema con los roedores. Tiene una extraña obsesión con el festival de tres días. Sus hermanastras se cortan los talones.

Yo: *Cenicienta,* al estilo de los hermanos Grimm. Me lo estás poniendo demasiado fácil. Pensaba que no ibas a llamarme primero.

Daniel: Pensé que había sido inteligente con lo del festival de tres días. La mayoría de la gente no sabe eso. Esto no es llamarte, es mandarte un mensaje. Mi novia está durmiendo a mi lado ahora mismo. Le extrañaría oírme hablar. Eres preciosa.

Me hacía reír y me embelesaba al mismo tiempo. Un auténtico don.

Yo: En una escala del 1 al 10, la pista del festival era un 1,5. Qué aburrido. No finjas que el señor Espantoso tiene novia. No me halagues con cumplidos: tus pistas siguen siendo horribles.

Daniel: Eres preciosa.

Yo: Eres muy teatral.

Daniel: Eres preciosa, Ashlyn. No lo digo solo por tu físico. Lo digo por tu inteligencia, por tus lágrimas, por tu espíritu quebrantado. Creo que todo eso es precioso.

Cada vez que respondía, sentía como me ruborizaba. No estaba jugando a ningún juego; no intentaba actuar como si tuviera algo mejor que hacer a las dos de la mañana. Respondía enseguida, y en cada mensaje le daba tanta calidez a sus palabras.

Yo: Para ya…

Daniel: Eres tan fea que hasta duele. Me recuerdas a la porquería de la suela de mis zapatos. Si pudiera, te tiraría basura. ¿Por qué eres tan repulsiva?

Yo: Ahora sí que estás siendo romántico.

Daniel: Buenas noches, Ash.

Suspiré y me llevé el teléfono al pecho.

Buenas noches, Daniel Daniels.

Cogí la caja de madera y utilicé la luz del móvil para rebuscar entre los sobres hasta que encontré la carta número veintitrés. Me recosté en la esterilla y abrí el sobre lentamente.

* * *

#23. Besar a un desconocido

Ash,

Dios mío. ¡Mi hermana es un zorrón! ¿En serio? ¿Has besado a un DESCONOCIDO? ¿Puedo decirte lo secretamente orgullosa que estoy de ti? Y si esta es una de las primeras cartas que has abierto, eso significa que te estás portando mal porque me echas taaanto de menos. ¡Esa es mi chica! Dime, ¿fue un mal beso? ¿El chico tenía aliento de burro? ¿Usó la lengua? Ay Dios, quiero saber tantas cosas. ¿Te gustó? ¿Hizo que las entrañas se convirtieran en gelatina? Mientras no hayas besado a Billy, estoy contenta. Creo que este número estaba en tu lista principalmente para enseñarte que tienes que correr riesgos. Besar al chico equivocado en el momento adecuado. Besar al chico adecuado en el momento equivocado. Vive cada día como si no hubiera limitaciones. Hay tantas cosas que me gustaría haber hecho, pero siempre me lo pensaba dos veces. Por ejemplo, un día debería haberme puesto lunares con cuadros escoceses. O comer sushi. O perder la virginidad con Bentley durante la fiesta en la playa como me apetecía.

Sigue zambulléndote.

Lo estás haciendo genial, hermanita.

Gab

Capítulo 7

Ashlyn

Uno, ¿puedes darme tu número?
Dos, ¿puedes darme tu sonrisa?
Tres, ¿quedarás conmigo?
Cuatro, ¿te quedarás un tiempo?

Romeo's Quest

La luz del sol entraba a raudales por la ventana y me desperté en el suelo. Vi que la manta con la que había tapado a Hailey ahora estaba encima de mí. Hailey se arreglaba el pelo delante de su espejo de cuerpo entero.

Me froté los ojos y me levanté, bostezando contra la palma de la mano.

—Gracias por la manta.

—Lo mismo digo. —Se giró hacia mí, sonriendo—. Esto de compartir habitación está funcionando bien, ¿verdad?

Me encogí de hombros y me subí al colchón. Hacía poco que vivía allí, así que todo era bastante nuevo para mí.

No hizo mucho caso a mi respuesta y se sentó junto a mí en la cama.

—¡Genial! Oye, te explico… Theo celebra una fiesta dentro de unas semanas, cuando sus padres se vayan a Bora Bora, y necesito que vengas conmigo.

Arqueé una ceja y me reí.

—No, gracias.

Hailey hizo un mohín y se cruzó de brazos.

—¡Venga, por favor! Mi madre no me deja ir a menos que vaya con amigos. Mi mejor amiga, Lia, no soporta a Theo por algún motivo, y como mi otro único amigo es mi hermano, que odia mucho a Theo, mi madre se opone a que vaya. Necesito que venga conmigo una chica… Te necesito a ti. Y a mamá le encantará porque pensará que estamos creando un vínculo. ¡Y así será! —Juntó las manos y me suplicó—. Por favor, Ashlyn. ¿Por favor!

—No me van mucho las fiestas.

—¡No pasa nada! No pasa absolutamente nada. Pero… —Sonrió y cerró los ojos—. ¡Tal vez así puedas tachar algo de tu lista de cosas por hacer antes de morir!

La miré boquiabierta y me puse derecha.

—¿Cómo sabes lo de la lista?

—Hablas en sueños. —Abrió uno de los ojos y me miró, temiendo que me hubiera enfadado con ella. Todavía estaba debatiendo si era así—. Además, dejaste la última carta encima de la cama.

Me levanté de un salto, con el corazón latiéndome con fuerza, y me crucé de brazos.

—¡¿Has leído mi carta?! ¡¿Has estado registrando mis cosas?!

Hailey se levantó de inmediato y abrió mucho los ojos, atemorizada.

—¡No! Estaba ahí encima. Y… Vale, sí, he leído la carta. Soy una compañera de habitación horrible. ¡Déjame compensarte invitándote a una fiesta!

La miré conmocionada durante un buen rato, sin pestañear.

—No puedo hacer esto ahora mismo. —Me dirigí hacia la puerta para alejarme de la loca de mi «compañera de habitación», pero

Hailey me detuvo colocándose delante de la puerta.

—¡Espera, vale! Lo siento. Me he pasado. No tenía que haber leído tus cosas, y te hago una promesa de meñiques de que nunca volveré a hacerlo. —Levantó un meñique y yo la miré sin comprenderla. Dejó caer lentamente la mano y suspiró—. No tengo muchos amigos. Y estoy a punto de perder a mi primer novio. No soy como tú, ¿vale? No tengo unas tetas enormes ni un físico que deslumbra a los chicos. Theo es mi única oportunidad. Y si no puedo ir ese sábado a la fiesta para darle a Theo mi flor, entonces me dejará. ¡Y entonces tendré este maldito jardín aquí abajo durante el resto de mi vida! —Exclamó en un susurro. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

No pude evitar sonreír.

—¿Tu flor? —pregunté observando el dramatismo exagerado de Hailey. Lo que me asustaba era que parecía hablar en serio—. Pensaba que no estabas preparada para perder tu… rosa… orquídea… venus atrapamoscas.

Levantó la comisura de los labios y se puso las manos en las caderas.

—Ah, ¿te hace gracia? Bueno, qué bien. Me alegra tanto que mi vida de fracasos te parezca divertida.

—Sí que es un poco divertida.

Puso los ojos en blanco y fue hasta su cama para dejarse caer en ella.

—Voy a morir virgen.

El corazón me dio un vuelco al pensar en la carta de Gabby, y cómo había querido perder la virginidad con Bentley pero nunca había podido. Me mordí el labio y arrugué la cara.

—Está bien, iré.

Se incorporó y me miró.

—¡¿Vendrás?!

—Solo si me prometes que nunca volverás a tocar mis cosas.

—¡Lo prometo! —gritó levantándose de un salto.

—Y tenemos que buscar la manera de tachar una de las cosas de mi lista. —La saqué del bolso. Hailey me la quitó de las manos y le echó un vistazo.

—¿Tu hermana hizo esto? Vaya. Parece asombrosa.

—Lo era.

Hailey se detuvo y me dirigió esa expresión triste que había empezado a odiar. Luego volvió a mirar la lista y se aclaró la garganta.

—Número doce. Dar a los necesitados.

Me eché a reír y puse los ojos en blanco.

—Dudo que se refiriera a ayudar a una chica a perder la virginidad.

Hizo una mueca y siguió repasando la lista.

—¿Número dieciséis? —Me tendió la hoja de papel y sonreí.

#16. Fiesta en casa.

—Bueno… supongo que vamos a ir a una fiesta pronto. —Eché los hombros hacia atrás y bostecé—. Pero de momento, necesito que me dejes tu dentífrico. Se me ha acabado.

—¿Dejártelo? No hace falta ni que me lo devuelvas —respondió Hailey, y me indicó que estaba en el botiquín del cuarto de baño—. Y date prisa. Mamá odia que llegue tarde a catequesis.

* * *

Ir a misa un domingo tras haber dormido solo unas pocas horas me parecía de lo más penoso, y encima Hailey y Ryan tenían que estar ahí muy temprano para dar catequesis. Rebecca había dicho que sería una bendición que yo fuera, pero lo que quería decir realmente era: «Vas a ir a misa». Algo que había aprendido de Rebecca era que exigía cosas con una sonrisa, y eso te hacía pensar que eran peticiones.

A veces observaba a Henry interactuar con ella y me preguntaba cómo habían llegado a ser pareja. Eran tan diferentes que me

parecía un enlace extraño. Hasta noté que Henry se iba a su coche a fumar para asegurarse de que Rebecca no lo veía.

Pero en ocasiones me daba cuenta. La manera como la miraba cuando ella no estaba mirando. El brillo en sus ojos. La forma en que ella le cogía la mano como si fuera la suya propia.

Le sonó el teléfono justo antes de entrar en la iglesia, y Rebecca arqueó una ceja.

—¿Quién te llama tan temprano?

Henry miró el teléfono e hizo una mueca.

—Entro enseguida.

Rebecca mantuvo la puerta de la iglesia abierta para que entráramos y le dijo a sus hijos:

—Recuerda, Hailey, una oración primero y una oración después para los más pequeños. Tienen que aprender.

—Vale —dijo Hailey poniendo los ojos en blanco.

—Y, Ryan, en cuanto a los mayores… Ya no tienes que preocuparte de las interrupciones del hijo de los Avery. Lo han sacado de la clase.

—¿Por qué? —preguntó Ryan con curiosidad.

Rebecca arrugó la cara adoptando una expresión de disgusto.

—Digamos que hizo algunas cosas inconvenientes. Ahora su familia va a otra iglesia.

Ryan levantó una ceja pero no pidió más explicaciones.

—Y métete la camisa por dentro. Pareces un desaliñado. Recordad, Dios está mirando. —Cuando su madre se giró y avanzó por la iglesia, Ryan sacó su caja de cigarrillos falsos. Al observar ese hábito tan extraño, me volví hacia Hailey.

—¿Qué hace? —susurré, avanzando con ella hasta la clase en la que enseñaba. Ella miró a su hermano durante un segundo y se encogió de hombros.

—Es una estrategia de enfrentamiento.

¿Enfrentamiento *a qué?*

Hailey debió de leerme la mente, porque me miró con una sonrisa.

—No eres la única que tiene problemas con su padre, Ashlyn.

Capítulo 8

Ashlyn

Hay dos cosas que tienes que ver.
Una vive en ti y la otra en mí.

Romeo's Quest

El lunes empecé el último curso. Fui con Hailey y Ryan en el coche de Hailey al instituto, y Henry me prometió que haría lo posible por no cruzarse conmigo. Cuando el coche se detuvo en el aparcamiento, Ryan salió de un salto y se colgó la mochila.

Salí del coche con la mochila puesta, y apretando una novela contra el pecho. El plan era llevar siempre un libro encima. Así tal vez los tíos no me mirarían como lo hacían en mi antiguo instituto.

Me resultaba mucho más fácil sentirme cómoda conmigo misma cuando tenía una gemela idéntica a mi lado. Ahora me sentía sola.

—Déjame ver tu horario, Chicago. —Ryan me dio un codazo sonriéndome. Supuse que era mi nuevo apodo. Se lo di y él desplegó el papel para mirarlo de arriba abajo—. Vaya, tienes a la señorita Gain en Química a primera hora. Qué duro.

Hailey frunció el ceño.

—La señorita Sudada. Su clase huele como el culo de un caballo.

—Y puntúa como si fuéramos estudiantes de Harvard. —Ryan puso los ojos en blanco—. Tendré suerte si consigo entrar en Formación Profesional. —Parecía estar hablando más consigo mismo que conmigo, así que no hice ningún comentario—. Al menos estamos juntos en la tercera hora. Literatura con el señor D. Es fácil sacar un sobresaliente con él.

—¿Por qué pensaba que no conseguiría entrar en la universidad si estaba yendo a clases avanzadas de Literatura?

—Eso es porque es nuevo. Es fácil sacar sobresalientes con los profesores nuevos. —Hailey sonrió y luego se apresuró a buscar su taquilla.

Ryan me devolvió el horario y se fue rápidamente a clase. Inhalé profundamente y eché un vistazo al edificio. Había tanta gente moviéndose alrededor como si supiera exactamente a dónde iba y cuál sería su siguiente paso.

Avancé lentamente, buscando, explorando, y esperando salir lo menos dañada posible. La primera hora se me hizo larga, y mis nuevos compañeros de piso no se equivocaban. La clase de la señorita Gain olía como el culo de un caballo.

—Muy bien chicos, bienvenidos a Química. Me alegra veros a todos tan cómodos en vuestros asientos. Qué lástima, porque voy a asignar las mesas. La persona con la que os toque será vuestra compañera durante el resto del semestre. Así que, una vez os levantéis, os invito a acomodaros de nuevo.

La clase se inundó de quejidos y protestas, pero a mí me daba igual. No conocía a nadie, así que no me importaba quién me tocase al lado.

—Ashlyn Jennings se sentará con Jake Kenn en la mesa cinco. —Cogí los libros, fui hasta mi mesa, y vi como un chico se sentaba junto a mí. Me dirigió una sonrisa amistosa, pero noté cómo se le iban los ojos a mi pecho.

Los ojos de los chicos siempre se iban a mi pecho.

—Hola. Ashley, ¿verdad? —Jake me tendió la mano y sonrió.

—Ashlyn —corregí. Jake era guapo y algo musculoso, todo lo musculoso que puede ser un chico que va al instituto, supongo. Pelo

rubio, ojos marrones.

—Bueno, encantado de conocerte, *Ashlyn*. —Puso énfasis al pronunciar mi nombre y eso me hizo sonreír.

—Igualmente.

—¿Eres la chica nueva de la que todo el mundo habla? ¿La hija del director?

¿Todo el mundo hablaba de mí? Solo de pensarlo se me revolvía el estómago. Me encogí de hombros.

—Del subdirector. ¿Todo el mundo habla de mí? Acaba de empezar el curso.

—Pronto te darás cuenta… de que aquí a la gente le gusta hablar. Es prácticamente lo único que hacen. —Asintió y echó otro vistazo a mi cuerpo—. No te pareces en nada al señor Jennings.

—Lo tomaré como un cumplido. —Sonreí tímidamente y alejé un poco mi silla de él. Al ver que me alejaba, soltó una risita y se volvió hacia la profesora.

—Créeme, lo es.

La clase continuó, y después Jake me preguntó si necesitaba ayuda para encontrar mi siguiente clase. Sonreí y dije que no. La segunda hora pasó igual que la primera: despacio.

Al avanzar por el pasillo, me sentí atrapada. Miré el reloj de la pared. El sonoro tictac nos recordaba a los estudiantes que debíamos apresurarnos, o de lo contrario podríamos perdernos nuestra propia vida. Seis horas más. Seis horas largas y horribles para poder huir del encarcelamiento de aquel edificio.

Mientras caminaba vi a Henry en el pasillo, mirándome con media sonrisa en la cara. Suspiré y me giré hacia el otro lado, pero al hacerlo choqué con una persona. Se me cayeron los libros y el horario y puse los ojos en blanco.

—Mira por dónde vas, melones.

Levanté la vista a tiempo para ver que había chocado con un tío que llevaba una chaqueta del equipo del instituto. Un jugador de fútbol, y a juzgar por cómo lo rodeaban los chicos que lo seguían,

estaba segura de que era el capitán del equipo. Vi a Jake entre ellos y le dirigí una sonrisa cansada.

Él se encogió de hombros con una sonrisa pesarosa y se alejó andando. *Gracias por tu ayuda, compañero de Química.* Varios de los chicos se quedaron cerca de mí mientras recogía los libros del suelo.

—Eso no son melones. Son sandías. Me gustan las sandías *grandes* y *jugosas.* —Un chico se echó a reír al pasar junto a mí, burlándose del tamaño de mi pecho.

Una vez recogidos los libros, los sostuve con fuerza contra mi pecho. No era capaz ni de levantar la cabeza para mirar a los matones a los ojos.

Una de las desventajas de llevar los vestidos de Gabby era la forma como resaltaban mi cuerpo. Pero por algún motivo, me gustaba ponérmelos.

—No te hace falta leer con ese par de melones que tienes. Puedo enseñarte todo tipo de cosas —dijo el jefe del equipo. Uno de los otros lo llamó Brad. Sentí sus ojos recorriendo mi cuerpo y me alejé de él, lo cual hizo que me chocara con otro. ¿No tenían nada mejor que hacer el primer día de clase? Como, por ejemplo, ¿ir a clase?

—Déjame probar un poquito —murmuró uno de los chicos acercándose a mi oreja y acariciándome los hombros. Entonces se oyó la voz severa de un profesor.

—Bueno, ya está bien. Volved a clase. —La voz inundó mis oídos. Mantuve la cabeza gacha. Vi cómo los pies de todos esos capullos se alejaban a toda prisa. Me encogí cuando una mano pasó cerca de mí.

Notaba la necesidad imperiosa de darme una ducha. Me sentía violada. Las palabras y los roces de los chicos me habían violado y me habían hecho sentir como si me hubieran tocado entera de la forma más insensible. Quise volver a Chicago, donde al menos conocía a los matones. Quería irme a casa.

—Se te ha caído esto —dijo la voz, ofreciéndome mi horario. Cuando levanté la vista, se le cayó el papel al suelo y dejó escapar

un grito ahogado—. Ashlyn.

Ojos azules.

Preciosos.

Impresionantes.

Radiantes.

Al principio, una extraña sensación reconfortante se apoderó de mí al darme cuenta de que había sido él quien había echado a los matones. Pero entonces caí en la cuenta. Había *echado* a los matones.

—¿Qué haces aquí, Daniel? —Parecía tan… adulto. Tan diferente de cuando lo vi en el bar de Joe.

Llevaba unos pantalones color caqui con un cinturón marrón que hacía juego con los zapatos. Una camisa azul claro cubría su cuerpo atlético, e iba bien peinado.

—No —siseó. Frunció los labios. Echó un vistazo alrededor y se llevó el dorso de la mano derecha al cuello—. No me llames así, Ashlyn —susurró.

Una taquilla se cerró con fuerza cerca de nosotros, y el ruido me sobresaltó. Todo empezó a dar vueltas dentro de mí, y tuve que contener las lágrimas que se estaban abriendo paso.

¿Cómo podía ser?

Daniel se aclaró la garganta y volvió a recoger mi horario del suelo. Esta vez lo miró, y su mirada se llenó de preocupación.

—Eres una alumna. —Cerró la mano con fuerza y se dio varios golpecitos en la boca—. Eres *mi* alumna.

Abrí mucho los ojos, confundida y horrorizada. Sobre todo horrorizada. Sonó el timbre con fuerza, y el ruido retumbó por los pasillos.

—Y llegas tarde.

Colocó el horario en mis manos. Levanté la vista y vi a Ryan corriendo por el pasillo en dirección a nosotros. Sonrió.

—Ya estoy, ya estoy. No se enfade, señor D. Mi clase de gimnasia está al otro lado del edificio; es una mierda. —Hizo una pausa—. Es decir, es un rollo.

Se marchó rápidamente, dejándonos a Daniel y a mí congelados en el tiempo y el espacio. Ryan se giró, esbozó una amplia sonrisa y me hizo un gesto con la cabeza.

—¿Vienes, Ashlyn?

Apreté los labios y miré a Daniel… al señor Daniels. Me dirigí a la clase y suspiré al oír que se cerraba la puerta detrás de mí. Ryan me sonrió y dio unos golpecitos en el asiento que había a su lado. Le di las gracias en voz baja.

Cuando levanté la vista, vi a Daniel intentando poner en orden sus pensamientos. Se situó al frente de la clase y estaba segura de que había mirado a todos los estudiantes a los ojos salvo a mí. No intercambiamos miradas en ningún momento. Lo único que necesitaba era una mirada que me indicara que todo iba bien, que encontraríamos una solución a aquella situación.

Ni una mirada.

Sentí náuseas.

La clase continuó. Daniel sacó un rotulador y escribió en la pizarra lo que veríamos durante el semestre. Microrrelatos. *La odisea*. *Macbeth*. Me daba igual. El aire estaba espeso y sucio, lleno de confusión. No podía respirar.

—Vale, para mañana quiero un trabajo de una o dos páginas respondiendo estas tres preguntas. Tres preguntas que prácticamente conformarán todo el semestre. Volveremos a ellas a menudo, así que reflexionad bien.

La clase protestó. Guiñé los ojos para leer sus palabras. Había escrito en la pizarra tres preguntas que me hicieron sentir todavía peor.

1. ¿Quién eres hoy?

2. ¿Dónde te ves dentro de cinco años?

3. ¿Qué quieres ser de mayor?

Quería echar a correr, y no sabía cómo detener el impulso de huir. Me levanté de la silla y me quedé inmóvil. La voz de Daniel se detuvo en mitad de la frase y todo el mundo se me quedó mirando.

Daniel arqueó una ceja y puso el tapón al rotulador. Me miró desconcertado.

—¿Sí, Ashlyn?

—Tengo… —Tengo ¿qué? No podía pensar. No podía respirar. No podía evitar desear que me abrazara. Tengo ¿qué?—. Tengo… que ir al baño.

Sonó el timbre y oí risitas por toda la clase ante mi salto repentino de la silla. Daniel me dirigió una sonrisa cansada e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Bueno, eso es todo por hoy.

Cerré los ojos y oí los pasos de todo el mundo a mi alrededor. Solo a mí se me ocurriría decir que tenía que ir al baño delante de toda la clase justo antes de que acabara la clase. Me froté la cara con la mano y suspiré pesadamente.

Ryan me dio una palmadita en la espalda y me sonrió.

—Corren rumores de que la gente llama a tus pechos sandías.

Me quedé boquiabierta.

—¡¿Cómo puede ser un rumor ya?! ¡Ocurrió justo antes de clase!

Me tendió el teléfono para mostrarme una foto de mi cara y mi pecho.

—La tecnología es la nueva aliada de los capullos de los matones. Quizá no deberías llevar cada día esos vestidos tan sensuales que enseñan el pecho y las piernas.

Fruncí el ceño al mirar la foto. Qué vergüenza.

—Los vestidos eran de Gabby.

Ryan hizo una mueca y me dio un empujoncito en el hombro.

—Vamos… No dejes que te afecte. Además, es un buen par de tetas. —Volvió a sonreírme amablemente y se colgó la mochila—. No formas parte del instituto Edgewood hasta que alguien te etiqueta como algo que no eres.

—¿Qué etiqueta te pusieron a ti?

—Un mujeriego que practica demasiado sexo —dijo con naturalidad.

—¿Y no lo eres?

—Pues no. No exactamente. —Hizo una pausa—. No existe el concepto de demasiado sexo.

Era bastante guapo. Iba vestido con una camiseta gris y unos vaqueros oscuros que se le ajustaban a las caderas a la perfección. Llevaba unas zapatillas negras y una cruz en el cuello que le daban un aspecto sencillo y a la vez *sexy*. No me sorprendía que las chicas se sintieran atraídas por él.

Ryan se metió la mano en el bolsillo y volvió a sacar su cajita de cartón. ¿Qué le pasaba a ese chico?

—Almorzamos en la mesa que hay en la esquina, junto a los trofeos de tenis. Justo enfrente de las camareras del comedor.

—¿Quieres que coma contigo? —Ya había planeado pasar mi primer almuerzo en el instituto encerrada en el baño llorando.

Me miró entrecerrando los ojos.

—No, solo me gusta decirle a la gente dónde almuerzo. —Muy sarcástico. Qué mono—. Claro que comerás con nosotros. Pero no lleves a la mesa el pastel de carne de la cafetería. A Hailey le da urticaria y probablemente te dé diarrea. Ah, y… —Me cogió la cola y le quitó la goma elástica— como tienes el pelo tan largo, si te lo sueltas tus sandías no llamarán tanto la atención. Nos vemos a la hora del almuerzo.

—Vale. Hasta luego.

—Otra cosa, Ashlyn. —Ryan me sonrió abiertamente—. Sigue llevando esos vestidos hasta que no quieras hacerlo más, ¿vale?

Y con eso, desapareció por el pasillo en dirección a su próxima clase. Miré a Daniel, que estaba sentado en su escritorio, fingiendo no haber escuchado mi conversación con Ryan.

Cuando el último estudiante salió de la clase, me coloqué la mochila y cogí los libros. Me acerqué al escritorio y solté una risita patética.

—Supongo que esto significa que no nos veremos mañana por la noche, ¿no?

Cada línea de su rostro parecía reflejar una gran intensidad. Por un momento, no estaba segura de si estaba enfadado conmigo o con la situación. Tal vez un poco de ambas.

Me respondió de forma escueta.

—No tiene gracia, Ashlyn.

No, no la tenía.

—Dijiste que tenías diecinueve años. —Hablaba en una voz tan baja que casi no podía oírle.

—¡Y así es! ¡Así es! —Lo dije dos veces levantando un poco la voz. No sabía si era para recordarle a él que había sido sincera o a mí misma. Hundí los hombros—. Estuve enferma… —Hice una pausa —. Mi madre me hizo perder un curso. —Me sentí como si estuviera disculpándome por ser yo misma. Por haber nacido el año que nací. Por ir al colegio el año que fui al colegio. Ningún estudiante entró en la clase, así que supuse que era su hora libre—. ¿Y cuántos años tienes tú?

—Los suficientes para saber que tengo que actuar con cabeza —murmuró, frotándose la nuca con los dedos.

Se me secó la garganta y tosí un poco.

—¿Pero no los suficientes como para que no te importe?

Soltó un gruñido.

—No. —Cerró la mano en un puño y golpeó la mesa enfadado—. Los suficientes como para actuar con cabeza. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Tengo veintidós años.

No estaba bien, pero oír su edad no me asustó. Ni lo más mínimo. Si la situación y el momento fueran diferentes, podríamos haberle dado una oportunidad a lo nuestro. Tres años de diferencia no causaban ningún problema en la mayoría de las relaciones. No era la edad lo que se interponía entre nosotros: era su ocupación.

Estaba a punto de echarme a llorar, pero contuve las lágrimas. Bajé la voz hasta convertirla en un susurro.

—¿No crees que deberíamos hablar… sobre esto?

Su mirada se suavizó un poco y señaló la puerta con la cabeza.

—Si quieres puedo hablar con esos tipos que te estaban molestando.

Incliné la cabeza hacia él y resoplé, molesta. Si no podía llorar delante de él, al menos me enfadaría delante de él.

—¿Hablar con ellos? —La rabia nubló mi mente—. ¡Ohhh! Hablar con *ellos*. Por favor, *señor Daniels.* Por favor, hable con ellos. Eso es *exactamente* lo que necesito para que mi vida mejore en un cien por cien. —Dejé caer con fuerza los libros en su mesa y lo miré a los ojos—. Porque mi hermana está muerta. Mi madre no me quiere. Mi padre es mi subdirector y tiene una familia propia. Ya soy una marginada en el instituto. Los chicos ya se están burlando de mi cuerpo. ¿Y lo mejor de todo? Hace unos días me enrollé con mi profesor de Literatura y ahora ni siquiera es capaz de mirarme. ¡Venga! Hable con ellos. Eso hará que todo sea perfecto.

Observé la tensión de su rostro al frotarse la nuca.

—Ashlyn… —susurró con expresión preocupada. De pronto me miró con ansiedad—. Espera, ¿Henry es tu padre?

Se me rompió el corazón al oír que eso era lo que más le preocupaba.

—De todo lo que he dicho… ¿eso es lo que te importa?

Frunció el ceño.

—Deberías ir a tu siguiente clase.

No me moví enseguida, a pesar de que el silencio era insoportable. Me movía nerviosamente y me enredaba los dedos en los mechones de pelo. Lo miré un momento más y entonces me marché.

No era el hombre atractivo que me había levantado el ánimo unas noches atrás con sus letras románticas. No era el hombre que me había hecho reír y me había dejado llorar sobre él. No era el hombre que me había recordado que aún seguía viva cuando sus labios triunfantes encontraron los míos.

No, ya no era Daniel.

Era el señor Daniels.

Y yo era su estudiante inocente, a la que había despachado con frialdad.

Capítulo 9

Ashlyn

Y te haré una pregunta.
Puedes decirme la verdad.
¿Piensas en mí cuando lucho por ti?

Romeo's Quest

Me pasé dos horas encerrada en el baño llorando, agobiándome con la idea de que Daniel fuera mi profesor.

También lloraba por los matones que me habían atacado, porque ¿qué podía ser más divertido que tratar mal a la hija del subdirector?

Lloraba porque me sentía sola y triste y echaba mucho de menos a mi madre, incluso a pesar de que ella seguramente no me echaba de menos a mí.

Lloraba porque Gabby estaba muerta.

Y luego lloré porque parecía ser lo único que sabía hacer.

Lloré tanto que me sorprendía que aún me quedaran lágrimas. Después de sonarme la nariz por vigésima vez, me sequé los ojos y fui a la cafetería.

El lado bueno del día era que no me veía obligada a comer sola. Hailey estaba sentada en la mesa de atrás, cerca de los trofeos de tenis. Me sonrió y me saludó con la mano.

—Hola, Ashlyn. Veo que has encontrado nuestra mesa. —Dio unos golpecitos en el asiento libre a su lado y me dijo que dejara la bandeja en la mesa. Con un rápido movimiento, alargó la mano hacia mi plato, cogió mi hamburguesa de pollo y la tiró al suelo—. No es carne de verdad.

Miré la hamburguesa, que ahora estaba sucia, y fruncí el ceño. No me importaba comer carne que no fuese de verdad cuando tenía tanta hambre. Me rugía el estómago. Cogí una de las patatas de mi plato y me la metí en la boca.

—¿Cómo está yendo tu primer día?

—Bien. Estoy bien. —Quería decirle que solo tenía ganas de hacerme un ovillo porque el instituto podía ser muy duro a veces, que ya tenía acosadores, y que mi profesor era el chico por el que estaba colada… Pero no quise asustarla.

—Ya, es un asco, ¿verdad? El pueblo entero es un asco, pero te acabas acostumbrando.

—Eso da miedo. Acostumbrarse al asco.

—Bueno, no es el asco lo que da miedo. Tragárselo es la auténtica putada. —Ryan sonrió al unirse a nuestra conversación—. ¿Qué tal, golfas? —Acercó una silla a nuestra mesa y me cogió patatas.

Me volví para ver a Daniel sentado en medio del comedor. Por supuesto, tenía que tocarle vigilar la hora del almuerzo. Puse los ojos en blanco, dejé caer los hombros y me metí un puñado de patatas en la boca.

—Eh, frena, Chicago, o te pondrás como una vaca —dijo Ryan alejando la bandeja de mí. Luego procedió a robarme más patatas.

Estaba claro que Ryan y Hailey eran hermanos —su pelo castaño ondulado y sus ojos azules eran una señal de lo más reveladora— pero eran totalmente opuestos. Hailey era callada y reservada. Ryan era un maldito mono, en el mejor de los sentidos.

—He roto con Tony. —Ryan hizo una mueca. Parecía bastante afectado, pero entonces se giró hacia la camarera que estaba a pocos metros de nosotros—. ¡¿Se han acabado los nachos?! ¡Rwanda, cariño! ¡Te dije que me guardaras nachos! ¡Jolín! Es tan duro vivir en un mundo así. —Dejó caer la cabeza en la mesa de forma dramática y empezó a emitir un llanto falso.

—¿Has roto con Tony? ¡Pensaba que te gustaba! —exclamó Hailey, confundida ante el repentino cambio de opinión de su hermano.

Estaba intentando asimilar la idea de que a Ryan le gustaban los chicos. A menos que Tony fuera en realidad Toni, que podía ser la abreviatura de Antonia, Catriona, Antonina, Antonietta…

—Sí, me gustaba mucho. Pero luego el muy idiota tuvo que estropearlo todo diciendo que me quería. ¿Te lo puedes creer? *Que me quería*. ¿Cómo se puede ser tan exagerado y dramático? Por Dios. Lujuria a los diecisiete, claro que sí. Amigos con derecho a roce a los dieciocho, joder, sí. ¿Pero, amor? El amor no aparece en tu vida hasta que cumples los cuarenta y dos, engordas veinte kilos y empiezas a quejarte de las nuevas generaciones. Si alguien puede soportarte a ti y tus apestosos pedos a los cuarenta y dos, entonces sabes que es amor de verdad. —Hizo una pausa—. ¿Quedan Hot Pockets, Rwanda, cariño? ¿Nada? —exclamó Ryan. Rwanda parecía espantada por haberle decepcionado. Ryan dejó caer los hombros y le tiró una servilleta hecha una bola a la pobre trabajadora detrás del mostrador—. Además, me acosté con Tony y por algún motivo a Tony le ralló eso.

Un momento, ¿había dos Tonys? Era difícil seguir el hilo.

Hailey sacudió la cabeza mirando a su hermano, pero no me pareció que le impactara la noticia.

—Mantenla dentro de los pantalones, Ryan.

Él se llevó la mano al pecho y entornó los ojos como si estuviera asustado.

—¿Por qué demonios haría eso cuando los demás me invitan amablemente a que me meta en los suyos? Además, la idea de que

me salgan telarañas ahí abajo como a mi hermanita no es muy agradable.

Me eché a reír. Me gustaba lo sucia que era la mente de Ryan. Hailey se sonrojó y me dio un empujón.

—¿De qué te ríes? Dudo que tu papaya vea más acción que la mía.

Abrí la boca para protestar, pero la cerré rápidamente. No se equivocaba.

Ryan soltó un gruñido.

—Hails, no digas papaya. Es una *vagina*. También es un lugar en el que a algunos chicos les gusta meter el *pene* —algo que, la verdad, no puedo entender, pero ellos sabrán—. Ya no tenemos doce años.

Hailey se sonrojó aún más.

—Ya lo sé…

—Pruébalo. Vamos a jugar al juego del pene y la vagina. —La retó, golpeando la mesa con el puño. Ella puso los ojos en blanco. No sabía por qué, pero me daba la sensación de que se trataba de una interacción normal entre los dos hermanos. Me recliné en la silla y los observé.

Hailey vio que su hermano insistía y aceptó, aunque era probable que perdiera. Ryan me explicó que habían jugado al juego del pene y la vagina en muchos lugares diferentes. Empezaba con un susurro: Ryan decía pene, Hailey murmuraba vagina, y el tono iba en aumento hasta que uno de los dos gritaba la palabra o se echaba atrás.

—Pene —susurró Ryan con los ojos marrones fijos en su hermana.

—Vagina —canturreó dulcemente Hailey, demostrando que era capaz de decir la palabra.

—Pene —siseó él, aumentando el volumen.

Vi que a Hailey se le tensaba el cuerpo y miraba a su alrededor para ver cuánta gente había.

—Vagina —dijo un poco más alto.

El juego continuó hasta que llegó el momento de gritar.

—¡PENE, PENE, PENE! —gritó Ryan levantándose. Agitaba los brazos triunfalmente, porque la expresión de Hailey le indicaba que no iba a superar eso de ningún modo.

—*¡Ryan!* —Daniel le lanzó una mirada severa.

Ryan le guiñó el ojo y se dejó caer en la silla, satisfecho tras haber llamado la atención. Eché la espalda hacia atrás en la silla, sintiéndome nerviosa al pensar que Daniel estaba mirando en nuestra dirección.

—Eres un imbécil, Ryan —murmuró Hailey cruzando los brazos, enfadada.

—Sé que me quieres, jovencita —dijo frotándose las manos por encima de su cabeza, recordándole sutilmente que era mayor que ella.

Yo seguía confundida.

—Entonces… ¿eres gay?

Los dos se giraron para mirarme. Me moví en el asiento, sintiéndome incómoda bajo el peso de sus miradas. Hailey se aclaró la garganta.

—No usamos etiquetas en esta mesa, Ashlyn.

—Eso. ¿Te gustaría que te llamáramos hetero? ¿O blanca? ¿O comelibros? ¿O sandía? —dijo Ryan quitándome más patatas.

—Lo… lo siento, no quería decir… —tartamudeé, sintiéndome culpable por haber dicho algo equivocado.

—No pasa nada. No nos disculpamos en esta mesa, porque sabemos que nunca tenemos la intención de hacer daño. —Hailey sonrió, cogió todas las patatas que quedaban en su bandeja y las puso en la mía.

—Entonces… ¿puedo hacerte otra pregunta? —dije cautelosamente.

Ryan me dio un empujoncito en el hombro.

—Adelante.

—¿Tony se enfadó contigo porque te acostaste con Tony?

Ambos se echaron a reír, y Ryan cogió las patatas que me había dado Hailey. *Recuerda: no te sientes al lado de Ryan.*

—Tony es el nombre que le doy a todos los chicos con los que salgo. A la mayoría le incomoda que la gente de Edgewood sepa lo que hacemos… y no quiero obligar a nadie a salir del armario. Además, yo ni siquiera he salido del armario.

Hailey se apresuró a explicar el porqué.

—Nuestra madre es un poco…

—Cerrada de mente —terminó diciendo Ryan—. Viene de una familia muy religiosa, y ser gay no es algo que sume muchos puntos en su lista de bendiciones familiares. Ni siquiera sabe que Hailey…

—Estudia budismo. —Esta vez fue Hailey quien terminó la frase de su hermano sonriendo. Me pregunté si harían eso a menudo sin darse cuenta—. Cree que mi techo está así pintado para poder estar más cerca de Dios.

—Sois bastante complicados los dos. —Hice una pausa—. Entonces no eres un mujeriego.

—Soy un *hombreriego*. —Ryan sonrió—. Ya te lo he dicho, te etiquetan como algo que no eres. Me etiquetaron como a un tío al que le gustan las vaginas. Qué asco, ¿verdad?

Me reí.

—¿Y cuántos Tonys hay?

—Si te lo digo, pensarás que soy un zorrón. —Ryan sonrió.

—Si no me lo dices, pensaré que eres un zorrón aún peor. —Cogí un puñado de patatas de su bandeja y me las metí en la boca. Me miró entrecerrando los ojos y luego se volvió hacia su hermana.

—Me gusta esta chica.

Hailey sonrió, se cruzó de brazos y se reclinó en la silla.

—Sí, a mí también.

—Voy a por más comida. Ahora vengo. —Ryan se levantó, pero no fue a la cola para pedir comida. Fue mesa por mesa, donde la gente lo saludó dándole abrazos y chocándole los cinco. Al parecer, a todo el mundo le gustaba Ryan, y podía entender perfectamente por qué.

Hailey frunció el ceño cuando su hermano se alejó de la mesa.

—No dejes que su personalidad tonta y escandalosa te engañe. Es mucho más sensible de lo que aparenta. Y dudo que engañara a Tony.

—¿Por qué lo dices?

Se encogió de hombros.

—Porque nunca he visto a dos personas quererse de una manera tan silenciosa.

No sabía qué quería decir con eso, pero supuse que con el tiempo me lo explicaría.

—¿Y tú qué, Hailey? ¿Qué etiqueta te pusieron? —pregunté.

—Ah, la de la chica que tiene una extraña fascinación con su hermano. —Guardó silencio y puso los ojos en blanco—. Hace dos años, cuando empecé el instituto, estaba obesa, era rara y no tenía amigos. Comía sola en la cafetería cada día. Hasta que Ryan dejó a sus amigos y se sentó conmigo.

Vaya… era lo más bonito que había oído nunca. Tal vez empezara a gustarme Ryan, vista la atracción que sentía por los hombres que no estaban disponibles.

—Luego hice amigos y me eché novio. Pero me sentía segura comiendo con Ryan… No sé qué haré el año que viene cuando se gradúe.

Cuando Ryan volvió, tenía una expresión totalmente diferente. Dio un golpe en la mesa con los puños.

—¿Es esa Lia, Hailey?

Ella apretó los labios al mirar al otro lado del comedor y localizar a alguien. Seguí su mirada y vi a un tipo con el pelo despeinado que no paraba de tocar a una chica. La besaba en el cuello, en los labios… toda clase de toqueteos.

Hailey asintió con los ojos humedecidos.

—Sí.

—¿Quién es Lia? —Me resultaba familiar, pero no sabía por qué.

—Mi… eh… mejor amiga. —A Hailey se le escapó una lágrima y se la secó rápidamente. Observamos cómo Lia echaba la cabeza

hacia atrás tras oír algo que el chico le había susurrado al oído.

—Voy a matarlo —murmuró Ryan apartándose de la mesa. Se le empezaron a marcar las venas del cuello cada vez más al darse cuenta de lo que pasaba. Yo todavía estaba intentando entenderlo. Hailey agarró a su hermano del brazo para detenerlo.

—No, Ryan —ordenó—. Sabes que hará público que eres gay.

—No me importa —dijo. La ira nublaba su juicio.

—Pero a mí sí —insistió Hailey, y le hizo sentarse.

—¿Quién es? —pregunté.

Hailey suspiró.

—Mi novio, Theo. Y mi mejor amiga, con la que me ha engañado.

Por eso le sonaban. Salían en las fotos que tenía Hailey junto a su cama. Reproduje sus palabras en mi mente. *Capullos*.

—¿Cuándo lo descubriste?

—Hace unos… dos segundos.

En un momento de revelación, vi lo que era Lia: una chica que no tenía respeto por la palabra «amistad». Ser amigas implicaba seguir unas reglas, ¿verdad? Eran básicamente las mismas reglas que implicaba tener una gemela. Como odiar siempre al tío que le rompía el corazón a tu mejor amiga. Defender a tu amiga en público, incluso si estaba equivocada. Y no salir *jamás* con el novio de tu mejor amiga. Lia no era una mejor amiga: era una serpiente esperando abrirse paso hasta meterse en la relación de Hailey.

Ya los odiaba a ella y al chico.

Mis ojos se desplazaron hasta Daniel, que me estaba mirando. El corazón me dio un vuelco.

¿He mencionado lo mucho que odiaba que Daniel siguiera ignorándome? ¿Y que le importara más que Henry fuera el subdirector que mis sentimientos? ¿Y que no quisiera hablarme, pero se sintiera mal por mí porque me estaban acosando?

¿Y he mencionado lo mucho que odiaba que se metieran conmigo por mi cuerpo, algo sobre lo que no tenía ningún control? Odiaba las sandías. Odiaba no poder ser invisible para los

acosadores. Odiaba a los tíos por los que había llorado en el baño antes.

Odiaba oficialmente a los chicos, a los *chicombres* y a Lia.

Y a Gabby.

La odiaba por haberse muerto.

Ay… No odiaba a Gabby. La echaba de menos.

No estaba bien. Nada de esto estaba bien. Pero sentía que solo había una cosa de la que pudiera hacer algo al respecto. Me levanté de la silla y caminé en dirección a Theo. Cerré el puño como lo había hecho Ryan un momento antes.

Miré a Daniel durante un breve segundo. Me estaba mirando confundido. Ver sus ojos perfectos hizo que se me alteraran las pulsaciones y se disparase mi enfado. Cuando llegué junto a Theo, le di un golpecito en el hombro.

Se giró hacia mí. Tenía un aspecto ridículo con sus pulseras y collares hippies y el pelo sucio.

—¿Te conoz…?

Cogí su botella de agua y se la tiré en la cara. Todo el mundo que estaba en la cafetería soltó un grito ahogado y se giró para mirarnos.

—*Esto* es por ser un putero. —Cogí su ensalada vegana y se la tiré por la cabeza—. *¡Esto* es por mentir y engañarla con su ex mejor amiga enfrente de ella! —Luego cogí el sándwich tostado de queso de Lia y lo abrí con la intención de restregárselo por la cara, pero alguien me agarró de las manos.

—¡Ashlyn! ¡Para! —gritó Daniel detrás de mí.

—¡Suéltame! —grité intentando liberarme. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Le tiré el sándwich a Lia en la cara—. ¡Todavía te considera su mejor amiga, puta! Hay unas reglas. ¡Hay unas reglas que cumplir si eres la mejor amiga de alguien, y escogiste al sucio hippie en lugar de una chica que tiene tu foto enmarcada en su cómoda! ¡Tú no eres una amiga! ¡Eres una puta!

Theo levantó las manos sin comprender. Un trozo de lechuga le colgaba cerca de la boca.

—¿Quién demonios eres tú?

—¡Soy una chica con sentimientos, gilipollas! —grité antes de que Daniel tirase de mí.

—¡Ashlyn! ¡Al despacho del director! ¡Ahora! —voceó Daniel en el comedor, que se había quedado en silencio.

Lo miré con las mejillas cubiertas de lágrimas. Pestañeé y habría jurado haber visto a Gabby detrás de él, esbozando una sonrisa triste. Las lágrimas cayeron con más fuerza al liberarme de los brazos de Daniel y dirigirme al despacho.

* * *

—¡¿Que qué?! —exclamó Henry cuando me senté delante de su escritorio. Debía de haberse escapado a su coche para fumarse un cigarrillo, porque olía el tabaco impregnado en su ropa. Me hundí en el asiento y puse los ojos en blanco.

—Pensaba que iba a ver al director —dije con insolencia. Odiaba lo insolente que era con él, pero no podía evitarlo.

—Sí, bueno, está ocupado con otras cosas que no tienen que ver con niñas de dos años —replicó Henry paseándose por el despacho.

Miré su escritorio, donde tenía fotos de Rebecca, Ryan y Hailey. Henry se dio cuenta y suspiró. Se sentó en su silla y juntó las manos.

—Mira, Ashlyn. Ya lo sé. Echas de menos a tu hermana. Estás lidiando con muchas cosas tras la mudanza. Estás de luto… —Guardó silencio—. ¿Crees que yo no la echo de menos?

Nuestras miradas se cruzaron. Él no sabía lo que significaba echar de menos a Gabby porque, para empezar, no había estado ahí.

Me llevé la mano al bolsillo del vestido y saqué la lista de cosas por hacer antes de morir. La puse en su escritorio.

—Eres el número tres en su lista. De todas las cosas que quería hacer, lo que más deseaba era perdonarte. —Levanté la foto familiar de su escritorio y la observé—. Yo no.

Cogió el papel y lo miró. Después de leerlo, volvió a dejarlo en la mesa y se frotó las sienes.

—Sé que estás enfadada. —Suspiró con una mirada solemne—. Estás cabreada. Pero no lo pagues con el resto del mundo.

No lo entendía, ¿verdad? Mi anhelo de llamarlo papá.

Hice lo posible por ocultar mi corazón roto al ver que no tenía fotos de Gabby o de mí en su escritorio. Hice lo posible por ocultar mi corazón roto por el hecho de que sabía que en realidad el número tres de la lista de Gabby era para que yo perdonara a Henry, no ella. Odiaba ser tan cabezota como para no poder hablar del tema con él. *¡Di algo!,* gritaba mi mente. *¡Habla!,* exclamaba. Pero dudaba que tuviéramos el tipo de relación en que las palabras pudieran arreglar nada.

—Vale. Lo que tú digas. —Miré los dientes de león amarillos que se mecían al otro lado de la ventana de su despacho. Parecían tan libres a juzgar por el movimiento, pero sabía que las raíces los sostenían con fuerza, asegurándose de que no se alejaban mucho. *Ni siquiera lloró en su funeral*. ¿Qué clase de padre no lloraba en el funeral de su hija?— ¿Hemos terminado?

Me miró severamente y luego parpadeó.

—Sí, hemos terminado. Sigue con tu almuerzo.

Me levanté y salí de su despacho. En el pasillo dejé escapar un suspiro al ver a Daniel frente a su aula. Nos miramos y yo me giré para ir en dirección opuesta, pero al oír sus pasos acercándose me quedé quieta.

—¿Puedo ayudarle? —pregunté con hostilidad. En la historia de los peores primeros días de clase, el mío debía de ser un récord.

—Theo Robinson va a mi clase a primera hora y ya me he dado cuenta de que puede ser un auténtico capullo. Y no es que sea muy listo precisamente. —Daniel se frotó el puente de la nariz con el pulgar. Miró a nuestro alrededor para asegurarse de que nadie nos estaba mirando y se alejó de mí un poco por si acaso—. Pensaba que Macbeth era un nuevo tipo de bocadillo del McDonald's y se quejó porque le obligara a estudiar la matanza de las vacas. —Soltó una risita, pero parecía muy triste.

—¿Qué estás haciendo? —susurré.

Se pasó la mano por la cara y soltó una palabrota. Estaba hundido en una tristeza y una confusión indescriptibles. Se encogió de hombros.

—No lo sé. —Frunció el ceño, perplejo—. Ni siquiera sé lo que significa esto.

—¿Y crees que yo sí? ¿Crees que esto me resulta fácil?

—Claro que no.

—Mira, tampoco es que pasara nada entre nosotros realmente —mentí—. Fingiré que nunca pasó —volví a mentir—. Solo si me prometes que dejarás de evitar mirarme como si no existiera. Puedo lidiar con los matones, pero no soporto que tú me ignores.

Se pasó la mano por la boca y luego se cruzó de brazos y se acercó a mí unos centímetros.

—Tienes los ojos hinchados. Te he hecho llorar.

Estaba tan cerca que me hormigueaba la piel.

—La vida me ha hecho llorar. —Abracé mis libros con fuerza y cerré los ojos—. «Lloramos al nacer porque venimos a este inmenso escenario de dementes». —Cité *El rey Lear* de Shakespeare.

—Eres la persona más inteligente que he conocido nunca.

Suspiré.

—Tú eres la persona más inteligente que he conocido yo. —Guardé silencio—. No soy idiota, Daniel. Sé que no podemos… ser nada. Y me cambiaría de clase para no estar en la tuya, pero Henry se aseguró de que me pusieran allí.

—Ya… —dijo—. Es que desearía que no me gustases tanto.

No sabía por qué, pero al oírle decir eso me entraron ganas de llorar. Porque a mí también me gustaba. Habíamos conectado el sábado. Al menos yo lo había hecho… Él me había despertado tras un sueño muy largo.

—Nunca pondría en peligro tu trabajo —le aseguré. No sabía cómo había pasado, pero de pronto vi que estábamos más cerca, tanto que podía oler en su piel el jabón con el que se había duchado esa mañana. ¿Había dado yo un paso adelante o había sido él? En

cualquier caso, ninguno de los dos iba a retroceder. Cerré los ojos y dejé que su olor me bañara en fantasías y falsas esperanzas.

Cuando volví a abrir los ojos, vi su mirada, fuerte y decidida. Me cogió del brazo y me condujo al otro lado de la esquina. Entramos por una puerta y salimos a una escalera vacía. Miró hacia arriba y hacia abajo y entonces presionó sus labios contra los míos. Mis labios se separaron de inmediato y mi lengua se enrolló a la suya.

Pasé los dedos por su pelo, trayendo de vuelta a mi Daniel del bar de Joe y haciendo que el señor Daniels desapareciera por un momento. Él me agarró rodeándome la espalda. Besarle en aquella escalera silenciosa era peligroso, pero a la vez me sentía segura. Era aventurero aunque fuese una estupidez. Era deprimente, pero real.

Cuando se apartó y retrocedió, los dos sabíamos que lo que acabábamos de hacer no podía volver a ocurrir. Se mordió el labio y meneó la cabeza.

—Lo siento mucho, Ashlyn. —Sonó el timbre antes de poder responder, y él se fue por su lado y yo por el mío.

¿Qué era lo más triste de todo?

Que lo echaba de menos antes de que se hubiera marchado.

Capítulo 10

Daniel

No seas quien eres hoy.
Sé la persona que vi ayer.

Romeo's Quest

Sentí que algo me atraía hacia ella en cuanto la vi en el tren. Sentí una atracción aún mayor cuando la encontré llorando detrás del bar de Joe. Pero nada de eso me hizo sentir tan bien como cuando me encontré con ella en el instituto, a pesar de que sabía que estaba mal. *Todo* estaba mal.

No cabía duda: los profesores no salían con los estudiantes. La ética que respaldaba esta norma era contundente, algo con lo que nos habían machacado en la universidad. Jamás me lo habría planteado.

Al menos hasta que apareció Ashlyn Jennings.

Mi mente había empezado a considerar locuras. Me hacía pensar en romper las reglas, en encontrar alguna fisura, en abrazarla en los pasillos ocultos y leerle Shakespeare en los pasillos abandonados de la biblioteca.

Me pasé una hora después de las clases recorriendo el edificio, analizando todas las esquinas para localizar escondites secretos, lugares en los que podríamos encontrarnos y, tal vez, abrazarnos entre clase y clase. Era una locura, ¿verdad? Estaba loco. Pero miré, busqué y me decepcioné muchísimo a mí mismo al acabar.

Cuando llegué a la casa del lago, Randy estaba dormido en el sofá. Fui a la cocina, cogí una cerveza del frigorífico y me senté en la mesa de la cocina. Miré por la ventana que había encima del fregadero. El cielo se estaba oscureciendo y se acercaban nubes. El olor del aire indicaba que en breve llegaría un chaparrón.

Me senté allí durante largo rato, lo suficientemente largo como para presenciar el baile de la primera gota de lluvia en el alféizar. Lo suficientemente largo como para presenciar el primer rayo que iluminó el cielo.

Tal vez podríamos ser amigos. Suspiré. Era una idea estúpida. Estaba claro que no podíamos ser amigos. Era alumna mía. Además, después de ese beso, no había ninguna parte de mí que quisiera ser simplemente su amigo. Y su vida ya era lo bastante compleja. No podía complicársela más.

Cuando nos encontramos fuera de mi aula, vi su mirada confundida. Luego, cuando esperé a que saliera del despacho de Henry, vi que la tristeza inundaba sus ojos.

—¿El primer día de clase y ya estás bebiendo solo? —bromeó Randy, que sacó dos cervezas del frigorífico y me pasó una.

—Sí —murmuré, mirando por la ventana.

—Necesitas echar un polvo.

Miré a Randy y levanté una ceja.

—Estoy bien.

—No. —Negó con la cabeza. Cogió una silla de la mesa, le dio la vuelta y se sentó—. Necesitas sexo. ¿Qué pasó con esa muñeca que vino al concierto el sábado?

Me estremecí.

—No la llames muñeca. —Muñeca es como llamas a una chica que no te importa una mierda. Ashlyn no era una muñeca. Era muchísimo más que eso.

Era inteligente.

Era divertida.

Era intrigante.

Era mucho, muchísimo más que una muñeca.

—En serio, tu aura está mal. —Movió las manos alrededor de mi cabeza y solté un suspiro. Randy y sus chorradas espirituales—. Es la hostia de deprimente.

Di un trago a la cerveza y la puse en la mesa.

—Y tu sugerencia para arreglarla es…

—Sexo. Mucho, mucho sexo. —Lo dijo tan serio que tuve que reírme—. En serio, Dan. ¿Cuándo fue la última vez que echaste un polvo? Ya no estoy seguro ni de si sigues teniendo una polla. En serio, no es sano. Yo lo sé muy bien. Lo estudié en la universidad.

—*Un* curso, Randy —dije—. ¿Hiciste *un* curso online sobre la sexualidad humana y ya eres un profesional?

Dio una fuerte palmada y se incorporó en la silla.

—¡Una fiesta de música desnuda!

—No —dije señalándolo.

—¡¿Qué?! ¡Venga ya! ¡Hace años que no celebramos una!

—Exacto. —Cuando éramos más jóvenes y vivía solo en mi primer piso, Randy y yo hacíamos *jam sessions* con mujeres preciosas que… iban desnudas. Después de la muerte de Sarah, estaba un poco perdido, y Randy estaba convencido de que la mejor forma de distraer mi mente de la muerte era sustituirla con sexo y música. Una de sus muy diversas creencias. No era un momento de mi pasado del que me sintiera demasiado orgulloso—. Nada de fiestas de música desnuda.

Se echó a reír.

—Vale, vale. Bueno, también hice un curso de aromaterapia. Puedo recetarte unos aceites esenciales que te ayudarán a reducir tus niveles de estrés.

—No estoy estresado —repliqué.

—Un poco de aceite de eucalipto, romero y aceite de almendra dulce en un baño te sentaría de maravilla. En el armario del baño

tengo jarras con diferentes tipos de flores que puedes poner en el agua para que floten. Cada una lleva una descripción de sus propiedades curativas.

Me quedé boquiabierto y entrecerré los ojos.

—¿Estás tú seguro de tener una polla?

Se rio encogiéndose de hombros.

—Echo un polvo al menos cinco veces por semana. Tengo la piel saludable y un estilo de vida tranquilo y pacífico. Y en la cama soy…

—Calla. Deja de hablar. Por favor.

—Vale, vale… ¿Qué te parece… —levantó las manos— un masaje 101? De hetero a hetero. Deja que te relaje los músculos de la espalda.

—Vaaale, después de esto último… —Me bajé de la silla de un salto y dejé la cerveza en la mesa—. Me voy a correr.

—¡Está diluviando! —replicó Randy.

—Se corre mejor con lluvia —dije, y me dirigí a mi habitación para cambiarme de ropa.

—Ah, sí. Claro que sí. Oye, si por casualidad te encuentras con una vagina, dile que te invite a pasar para charlar un poco. ¡Y por charlar me refiero a *tener relaciones sexuales!*

* * *

Las nubes de lluvia se alejaron, dejando unos charcos por los que corrí hasta que volví a casa. Me detuve frente al barco de papá y abrí las puertas. El barco no había salido del cobertizo desde la muerte de mamá. Había pensado en venderlo varias veces. Qué demonios, hasta pensé en vender la casa.

¿Pero quién vendería el sueño de sus padres?

Aquel lugar ya estaba en peligro con todo el tema de los impuestos. Mi empleo como profesor y los conciertos de los fines de semana eran lo único que me ayudaba a mantener la propiedad. Sentía que había decepcionado a mis padres tantas veces que no podía perder su casa además de perderlos a ellos.

No era una opción.

Entré en aquel espacio oscuro. Mis dedos recorrieron el borde del barco y fruncí los labios sin querer. Aquella belleza no debía estar encerrada y alejada del único lugar que la hacía sentir libre y viva. El agua era su hogar. Pero la mantenía encerrada, atrapada dentro de una caja de madera.

—Lo siento, chico —murmuré dando unos golpecitos con la mano en el lateral—. Tal vez el próximo verano.

Tal vez.

Sin promesas.

Capítulo 11

Ashlyn

Estoy bien con mis amigos.
Me da igual si el mundo decide acabar.

Romeo's Quest

—No entiendo por qué vamos —dije a Hailey, que me estaba arrastrando a la fiesta que se celebraba en casa de Theo. Lo había pillado engañándola en el comedor del instituto, y aun así tenía la necesidad de llevarme con ella a su casa dos semanas después.

Me asomé al interior de las ventanas y vi a un montón de gente del instituto bebiendo, enrollándose y haciendo todo lo que uno espera encontrar en una fiesta de instituto.

¿Por qué nadie celebraba fiestas para leer?

Me encantaría ir a algo así.

—Te lo he dicho. Me escribió anoche pidiéndome disculpas. Creo que lo malinterpreté. —¿Malinterpretó que le metiera la lengua en la boca a su ex mejor amiga?—. Además, Ryan también está aquí.

—Pensaba que odiaba a Theo.

—Y así es, pero le gusta Tony. Y este tipo de sitios son la única ocasión que tiene de estar con Tony.

Me agarré el bolso que llevaba al hombro al entrar. Olía como si estuvieran quemando salvia, pero estaba segura de que no era salvia lo que olía.

—*¡Ashlyn!* —Jake avanzó hacia mí sonriendo. Seguía pronunciando mi nombre con énfasis desde que nos conocimos—. ¡No sabía que ibas a fiestas! —Se le fueron los ojos a mi pecho, pero esta vez por poco tiempo.

—En efecto. —Esbocé una leve sonrisa. Estar en la fiesta de Theo me hacía sentir incómoda. El ruido, el alcohol, el sorprendente mal gusto en la música. Gabby estaría avergonzada.

Jake se echó a reír y me puso la mano en la parte baja de la espalda, conduciéndome hacia el interior de la casa.

—Bueno, seré tu guía. —Miró a Hailey, quien le dedicó una sonrisa recelosa. Él arqueó las cejas. Olía un poco demasiado a salvia quemada—. ¡Ah! Eres la hermana de Ryan, ¿verdad?

Ella asintió.

—*Hailey* —le corregí, enfatizando su nombre. Merecía algo más que ser etiquetada como la hermana de Ryan.

Jake se rio y le dio un codazo.

—Eso. *Hailey*. Me alegra que estés aquí. Acabo de fumarme una ronda con tu hermano. Si os interesa, puedo conseguir más. Yo invito. —Nos estaba pidiendo que nos colocáramos con él, y por un segundo me pareció que Hailey se lo pensaba.

—No, gracias, Jake. No nos va mucho eso.

—Podríamos darle una oportunidad —dijo Hailey. En sus ojos había emoción.

La miré severamente y me giré hacia Jake.

—No, gracias, Jake. Pero luego nos vemos, ¿vale?

Volvió a echar un vistazo a mi cuerpo, recorriendo mi escote con los ojos. Sonrió y dijo que vendría a vernos más tarde.

Hailey frunció el ceño.

—¡¿Por qué has hecho eso?! Jake es mono. Creo que le gustas.

No me costó poner los ojos en blanco.

—Lo dudo. Mira, si vamos a estar aquí, hay que cumplir unas reglas.

—Sí, madre —se mofó—. ¿Cuáles son esas reglas?

—Regla número uno: nada de drogas.

—Theo dice que la marihuana es una hierba. Igual que el té.

—Theo es idiota —dije monótonamente—. Regla número dos: dos bebidas como máximo. —Abrió la boca para protestar pero la detuve—. Regla número tres: nada de sexo. —Hizo un mohín y le tapé la boca—. ¡Nada de sexo!

—Eres una cortapuntos —murmuró alejándose para buscar a Theo.

Me reí y le respondí alzando la voz.

—¡Ni siquiera estás con el punto!

La casa empezó a llenarse cada vez más a medida que avanzaba la noche. Odiaba los olores, odiaba los toqueteos… Odiaba *todo* lo relacionado con ese lugar.

Y por eso era la chica que vivía en sus libros. Las fiestas de las novelas siempre parecían más entretenidas.

Tras dar una vuelta por la casa, fui hasta la puerta trasera y la abrí para salir al porche a tomar aire fresco. Empezaba a dolerme la cabeza por los olores a marihuana y a vómito mezclados.

Unos escalones conducían a un patio grande. Puse la mano sobre el pasamanos y me senté. La luz del porche brillaba de forma tenue e intermitente; le quedaba poca vida.

Pero era suficiente.

Saqué del bolso la novela que estaba leyendo. Tenía pensado sentarme allí hasta que Hailey hubiera tenido su ración de desamor de la noche. Abrí el libro y mis dedos viajaron por las páginas, sintiendo la textura. Levanté el libro a la altura de la cara y lo olí, recreándome en el olor de las palabras sobre el papel.

No había nada más romántico que la sensación de tener un libro entre las manos.

Salvo Daniel.

Él era bastante romántico.

Parpadeé y moví la cabeza de lado a lado. *No*. Nada de pensar en Daniel.

El problema de no pensar en Daniel era que mi mente pasaba a centrarse en Gabby.

Lo cual era peor.

Las palabras empezaron a desdibujarse en el papel. Las páginas del libro empezaron a humedecerse. Vaya, qué sorpresa… Estaba llorando otra vez.

—No puedo creer que esté aquí —murmuré para mis adentros, para Gabby. Bajé la voz—. Hailey me recuerda a mí cuando salí con Billy. Eso no puede ser bueno.

Esperé una respuesta que no llegó.

—Mamá aún no ha llamado. Pensé en llamarla yo, pero no lo hice. El otro día me enfadé contigo por morirte. Lo siento. —Me eché a reír, sintiéndome como si estuviera un poco loca por hablar sola, pero siempre me hacía sentir un poco mejor.

Una chica salió a trompicones de la casa, y por la forma como se tambaleaba, habría jurado que la había mordido un zombi. Se llamaba Tiffany Snow. Estaba en mi clase de Historia. Tenía que admitir que parecía mucho más guapa durante el horario de clase: el *look* rímel corrido no le sentaba muy bien. No me vio.

Inhaló profundamente el aire fresco e intentó mantener el equilibrio, poniendo los brazos a ambos lados. Exhaló y se echó a reír, satisfecha con su habilidad para calmarse.

Entonces corrió al lado izquierdo del porche y vomitó por encima de la barandilla. Se dejó caer al suelo y sonrió para sí misma.

Qué elegancia.

—Shhh —oí un susurro a mi izquierda. Me giré y vi unos arbustos que se estaban moviendo… y hablando—. ¡Calla!

¡Ziiip!

Era el sonido de una cremallera al subirse. Me sonrojé y centré mi atención en el libro. Cuando vi a Ryan salir de los arbustos, colocándose bien la camisa y abrochándose el cinturón, me sonrojé aún más.

—¡Chicago! —dijo con los ojos rojos y vidriosos. Olía mucho a salvia quemada—. ¿Qué haces aquí?

—Hailey —dije señalando la puerta.

Hizo una mueca y se sentó a mi lado.

—Theo es un capullo. —Guardó silencio—. Pero tiene la mejor hierba. —Sonreí a Ryan y él apoyó la cabeza en mi hombro y me susurró—: Hay un chico en los arbustos.

—Me lo imaginaba.

—No está listo para salir todavía.

Tanto significado en tan pocas palabras.

Ryan miró a Tiffany, que se había quedado dormida en el porche.

—¡Tiffany! —Dio un puñetazo en los escalones de madera para llamar su atención—. ¡Tiffany! ¡Arriba, marmota!

Ella abrió un ojo y se rio.

—Ryan —susurró levantando las manos en el aire con entusiasmo—. Tengo taaantas ganas de follarte ahora mismo.

Siguió riéndose, pasándose las manos por la cara. Me estaba esforzando mucho por ver las ventajas de ir de fiesta… pero estaban haciendo que me resultara muy fácil querer seguir leyendo.

Ryan soltó una risita y se giró hacia mí.

—Y yo tengo taaan pocas ganas de follármela. —Habría jurado que por un segundo sus ojos parecían muy tristes.

—Hay mucho más en ti de lo que se ve a simple vista, ¿verdad?

—Podría decir lo mismo de ti. —Hizo una pausa—. A veces tengo la sensación de que te escondes en tus libros para evadirte de la realidad.

Me estremecí al oír sus palabras, porque eran ciertas. Él no lo notó.

—¿Puedo contarte un secreto? —preguntó, sacando su caja de cigarrillos falsos y «encendiendo» uno—. Porque creo que puedo, ya que no conoces a la gente del instituto ni nada. Eres una forastera. Necesito una forastera.

—Claro.

Tenía la mirada fija en los arbustos, y una lágrima le rodó por la mejilla.

—No soy tan feliz como finjo ser.

—¿Por qué finges? —pregunté.

Bajó la cabeza y se miró los zapatos.

—Porque fingir ser feliz es casi como ser feliz. Hasta que recuerdas que solo estás fingiendo. Entonces te pones triste. *Muy* triste. Porque llevar una máscara cada día de tu vida es de lo más difícil. Y al cabo de un tiempo te asustas un poco, porque la máscara se convierte en ti.

—Ryan… no estás solo. —Le di un empujoncito en el hombro—. Y nunca tendrás que ponerte una máscara cuando estés conmigo.

Sonrió un poco y susurró «igualmente» contra mi mejilla antes de darme un beso.

Hailey salió por la puerta trasera de la casa, se sentó a mi lado y colocó la cabeza en mi hombro.

—Le odio —susurró muy bajito. Ryan ni siquiera la oyó.

Fue en ese momento cuando supe que estaba en el lugar correcto. Estaba perdida, pero ellos también lo estaban.

No había mapas para nosotros.

Al menos no caminaba sola.

Capítulo 12

Daniel

Mentiré para mantenerte a salvo,
mentiré para mantenerte en calor.
Mentiré para alejarte de las putas peores tormentas.

Romeo's Quest

Habían pasado unas pocas semanas desde que Ashlyn y yo descubrimos la verdad de nuestra situación. A principios de octubre, me sorprendió lo mucho que seguía deseándola.

Una mañana entramos en el edificio al mismo tiempo. Nos miramos solo durante uno o dos segundos. Fue tan solo un instante en que intercambiamos miradas, pero vi cómo se alteraba, cómo los nervios se reflejaban en su rostro. Cuando se dio la vuelta, quise seguirla.

Pero eso estaba mal, ¿verdad?

¿Qué me pasaba?

Pensaba que eliminando todo tipo de interacción en un entorno íntimo mis sentimientos acabarían desvaneciéndose, pero no fue así. No hacían más que ir en aumento cada vez que la veía entrar en mi aula. A veces entraba con Ryan, y la manera como sonreía cuando

hablaba con él me hacía sentir como si estuviera flotando. Sus sonrisas eran adictivas, y deseé que me las dedicara a mí.

Odiaba no poder decirle lo bonita que estaba cada día. Odiaba, cuando entraba en mi clase, tener que fingir no estar pensando en ella. Odiaba que no participara en los debates de clase aunque supiera todas las respuestas.

Odiaba cómo la miraban mis otros estudiantes. Cómo la deseaban con lujuria. Cómo se burlaban de ella. Cómo la acosaban. Odiaba que tuviera que lamentar la muerte de su hermana ella sola. Odiaba que se sintiera sola pero nunca lo demostrara.

Odiaba lo mucho que echaba de menos sus labios. Su risa. Su sonrisa.

Odiaba lo cerca que estábamos y lo lejos que parecíamos estar.

* * *

Me encantaba lo bonita que estaba cada día. Me encantaba que, cuando entraba en mi clase, estaba en mis pensamientos.

Me encantaba que, cuando puntuaba sus trabajos, no fuera subjetivo. Era sencillamente brillante. Me encantaba que cuando salía a correr, ella me acompañaba en mi mente. Me encantaba cómo a veces en clase la pillaba mirándome con asombro.

Me encantaba cómo ignoraba los insultos de los demás estudiantes. Cómo no dejaba que los acosadores salieran triunfantes. Cómo no flaqueaba nunca. Me encantaba que fuera tan bonita sin tener que esforzarse. Que llevase vestidos que se le ajustaban, a pesar de que ir más tapada habría hecho callar a esos capullos.

Me encantaba que llevase esos vestidos porque pertenecían a su hermana. Me encantaba cómo honraba la memoria de su hermana con esos sencillos gestos. Me encantaba cómo caminaba con confianza a pesar de estar nerviosa.

Me encantaba cómo se movía, cómo se levantaba, cómo se sentaba.

Me encantaba lo lejos que estábamos pero lo cerca que parecíamos estar.

Capítulo 13

Ashlyn

¿Cómo puedo mostrarte lo que siento?
De principio a fin, somos reales.

Romeo's Quest

Estaba bastante satisfecha conmigo misma. Aunque los tíos del instituto seguían ligando conmigo y metiéndose con mi cuerpo, yo los ignoraba. Ignoraba los rumores que corrían por ahí sobre que me acostaba con cualquiera (a la primera, debo añadir). Sonreía a Daniel a veces para demostrarle que la situación no tenía por qué ser incómoda (aunque tenía muchas ganas de llorar, debo añadir).

Estaba bien. En lugar de ahogarme en un pozo depresivo, decidí que sacarme el carnet de la biblioteca era una mejor elección. Zambullirme en mis fantasías parecía más prometedor. Iba a la biblioteca cada tarde, paseando bajo el sol cálido justo después de clase, y volvía a casa al anochecer.

Una mañana antes de ir a clase, Hailey se estaba cepillando el pelo cuando de pronto soltó el cepillo y dijo:

—Theo ha vuelto a pedirme salir.

Me giré hacia ella, asqueada. No había hablado de él desde la fiesta a la que habíamos ido hacía unas semanas.

—Menudo imbécil —murmuré.

—Sí. —Hizo una pausa—. Estoy pensando en decirle que sí.

La miré con los ojos muy abiertos.

—¿Estás de broma?

No lo estaba. Dejó caer la cabeza y los hombros.

—No soy como tú, ¿vale? A mí no se me tiran los tíos encima como a ti. Ni siquiera me miran. Theo es mi única oportunidad de tener una relación.

—La gente que se me «tira» encima es gilipollas. Créeme, no te gustaría. Además, tienes diecisiete años, no ochenta y tres. Habrá más tíos.

Guardó silencio, pensando en mis palabras. Suspiré al verla negar con la cabeza.

—Me pidió disculpas por lo que hizo con Lia.

—Puedes disculparte por pegarle a alguien, pero eso no le aliviará la hinchazón.

—¿Leíste eso en uno de tus libros? —Soltó una risita.

—Hailey…

Sacó una bolsita llena de pastillas.

—Quiere que las pruebe. Me dijo que si teníamos algo en común, funcionaríamos mejor.

La miré como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Quiere que tomes drogas para estar más cerca de él?

—¿Eres virgen?

Me froté la clavícula con los dedos y negué con la cabeza. La pregunta me había cogido por sorpresa. Eran poco más de las seis de la mañana y estábamos hablando de drogas y sexo. Necesitaba una taza de té urgentemente.

—No. Mi último novio me utilizó hasta que encontró algo nuevo. —Hice una pausa y pensé en Billy y en cómo me había hecho llorar.

—¿Tuviste miedo? —susurró.

Estaba aterrorizada.

—Tenía dieciséis años. Entonces era bastante tonta. No de manera exagerada, sino más bien del tipo «soy una niña y no sé nada de la vida». Me acosté con Billy pensando que eso significaba que me quería. Tuve miedo, me dolió, y no fue para nada romántico. Así que lo hicimos una y otra vez. Esperaba que acabara gustándome porque lo quería… Entonces descubrí que estaba haciendo lo mismo con Susie Kenner. Mi hermana Gabby se sentaba junto a mí en la cama y tocaba la guitarra mientras lloraba. Me decía que Billy era un capullo monstruoso que seguramente tenía el pene pequeño. Tenía razón sobre el pene. Era prácticamente inexistente.

Hailey se echó a reír.

—¿Y qué pasó luego?

—Billy me llamó diciéndome que me echaba mucho de menos y que quería que solucionáramos nuestros problemas, pero yo no podía dejar de llorar durante la llamada. Le dije que le quería, y él dijo que le gustaba lo suficiente como para intentar que funcionara. Lo único que tenía que hacer era dejar que me tocara las tetas de vez en cuando y acostarme con él cuando sus padres no estuvieran en casa. Mi hermana me dijo que no volviera con él, porque no le gustaba realmente. Que estaba más interesado en el tamaño de mis pechos que en el tamaño de mi cerebro. Y Gabby me prometió que el tamaño de mi cerebro era algo por lo que merecía la pena interesarse.

Guardamos silencio y miré al suelo.

—Hailey, el tamaño de tu cerebro es algo por lo que merece la pena interesarse.

Suspiró de forma casi inaudible.

—Me parece que tu hermana era una gran persona.

—La mejor —dije en voz baja—. Piénsalo, ¿vale? Lo de Theo.

Me prometió que se lo pensaría, pero había visto la mirada esperanzada en sus ojos al hablar de él. Yo tenía la misma esperanza cuando volví con Billy, pensando que sería diferente. No fue así. Mamá solía decir: «Deja el pasado atrás para que el futuro pueda encontrarte». De las expresiones que decía, era mi favorita.

Después de que Henry la engañase, le costó mucho dejar el pasado atrás. Pero lo hizo finalmente cuando conoció a Jeremy.

—¿Cuántas cosas has tachado de tu lista? —preguntó Hailey, cambiando de tema.

—Solo dos. —Parpadeé, y en un instante, en mi mente apareció la imagen de los labios de Daniel. *Besar a un desconocido.* Volví a parpadear y borré su recuerdo.

Hailey extendió la mano.

—Déjame ver la nota.

Fui hasta mi cómoda, cogí la carta y la puse en sus manos. La abrió y la leyó.

—Mmm… —dijo para sí, recorriéndola con la mirada—. La número catorce ya la has completado.

—¿Qué es? —pregunté con algo de impaciencia.

—Hacer una nueva amistad. —Sonrió.

—¿Eres mi amiga? —pregunté en voz baja, sin saber muy bien qué decir. Hailey se rio.

—Bueno, si no lo soy, entonces esto es un poco raro. —Asintió una vez—. Claro que soy tu amiga. La manera como me defendiste hace unas semanas… Tu odio hacia Theo… Creo que eso es amistad. —Sonreí ampliamente y ella me dio un golpecito en el hombro—. ¡¿Dónde está esta nota?!

Fui hasta la caja de tesoros y rebusqué rápidamente entre los sobres. Al encontrar la carta, leí lo que ponía y dejé escapar un suspiro. Gabby había escrito que esa carta no era para mí, sino para mi nueva amiga. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Eché un vistazo al resto de las cartas, y para mi sorpresa vi que no todas iban dirigidas a mí. Apreté los labios y el corazón.

Se la coloqué a Hailey entre las manos y me encogí de hombros.

—Es para ti.

—¿Para mí? —Le había dejado de piedra la idea de que no fuera yo quien leyera las palabras. Pero confiaba en Gabby, y sabía que había algún tipo de lógica en aquello—. Puedo escoger otro número

de la lista —añadió—. No somos amigas realmente —dijo en broma. Yo me reí.

—Sí, Hailey. Lo somos.

—Bueno, pues quédate. Vamos a leerla juntas.

* * *

#14. Hacer una nueva amistad

Querido/a amigo/a:

Espero que no te importe que me dirija a ti de esta manera. He pensado que si eres amigo/a de Ashlyn, también eres mi amigo/a. Ojalá pudiéramos conocernos en mejores circunstancias, pero esto de morirse me pone bastantes trabas a la hora de causar una buena impresión.

Quiero darte las gracias. Gracias por hacerte amigo/a de una chica que probablemente está bastante rota, pero al mismo tiempo es tan increíblemente perfecta. Gracias por hacerte amigo/a de una chica que es un poco diferente y cita demasiados libros. Gracias por hacerte amigo/a de una chica que no habla mucho de sus sentimientos, pero créeme, lo siente todo.

Gracias por estar ahí para ella.

Te prometo que yo también estaré ahí para ti. No sé cómo, y seguramente no debería hacer este tipo de promesas… pero quiero que sepas que cuando veas cómo el viento sopla entre las flores, seré yo dándote las gracias y abrazándote durante tus días más oscuros.

Gracias, amigo/a.

Lo estás haciendo genial.

Gabrielle

Hailey dobló la nota y suspiró.

—Me gusta mucho tu hermana. —La manera como había dicho «me gusta» en lugar de «me habría gustado» me hizo sentir como si Gabby aún estuviera allí. Aquella sensación permaneció conmigo como un destello cálido de felicidad al saber que una parte de Gabby no se había marchado. Con esas cartas, había vencido a la muerte de alguna manera. De alguna manera había sobrevivido.

* * *

Hailey, Ryan y yo fuimos al instituto en coche y acordamos vernos para almorzar como siempre. De camino a mi taquilla, Jake vino corriendo hasta mí y me dio un toque en el hombro.

—Hola, Ashlyn.

Sonreí levemente.

—Hola, Jake.

—Estás muy guapa hoy —dijo, mirándome de arriba abajo.

Levanté la vista y vi que Daniel nos estaba mirando con una expresión de enfado. Tenía la mandíbula apretada y sus ojos casi lanzaban dardos. Entorné los ojos, confundida. Entonces apartó la mirada. ¿Había sido yo la causante de eso? ¿Lo había puesto celoso?

—Gracias, Jake —murmuré, mirando todavía a Daniel.

Ojalá no fuera tan guapo, incluso enfadado. Hacía que me resultase muy difícil fingir que no me atraía. Desapareció doblando la esquina en dirección a mi taquilla. Esperaba poder verlo al llegar a la esquina. Era complicado. Él era lo mejor de mi día aunque fuese lo peor de mi día.

¿Cómo podía ser eso?

Jake siguió caminando a mi lado, demasiado cerca como para sentirme cómoda.

—Estaba pensando… —Se acercó aún más. Olía la enorme cantidad de colonia que se había echado en su camiseta, lo cual me dio náuseas—. Celebro una fiesta de Halloween el fin de semana

que viene después del partido. Mis padres están fuera, y deberías venir. Hay que ir disfrazado.

Me estremecí, pero esperaba que no lo hubiera notado.

—No soy precisamente una chica muy fiestera. La última a la que fui no acabó muy bien.

—Ya… —sonrió—. Pero carpe dama, ¿no? —Fruncí el ceño. Estaba convencida de que quería decir *carpe diem*—. Venga, Ashlyn. No puedes ser siempre la hija del subdirector. Tienes que enseñarle a la gente quién eres realmente. O si no, seguirán comiéndote viva.

—No… —Me detuve—. No me interesa, Jake. —Frunció el ceño y me sentí mal—. ¿Tal vez la siguiente? —Sonreí amablemente y le di un codazo en el brazo. Eso le reavivó y asintió.

—¡Vale! Serás la primera en la lista de invitados. Te veo en clase, ¿vale? —Se fue rápidamente con una sonrisa en la cara. Esperaba que no se estuviera haciendo ilusiones.

Cuando doblé la esquina para ir a mi taquilla, vi a Daniel delante de ella, arrancando cosas.

—¿Qué haces? —pregunté.

Al verme empezó a arrancarlas más rápido.

—Malditos niños —murmuró—. Descubriré quién lo ha hecho y…

—¿Quién ha hecho qué? —Me acerqué y vi las fotos. Eran imágenes recortadas de pechos pegadas por todas partes. Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero me mordí el labio inferior cuando oí unas risitas detrás de mí. No iba a llorar. Eso era lo que querían. Me daba mucha vergüenza que él hubiera visto eso.

—Daniel… —murmuré. Se agachó para recoger las fotos, ignorándome—. ¡Señor Daniels! —dije un poco más alto. Las chicas se rieron aún más. Las ignoré—. Por favor, apártate de mi taquilla.

Su mirada era fría.

—Esto… no voy a permitirlo. No voy a permitir que le hagan esto a nadie en este instituto. Y menos a… —Guardó silencio al verse rodeado de gente.

Me quedé sin aire.

—¿A quién? —pregunté.

Cuando sus ojos encontraron los míos, la dulzura y comprensión de su mirada hizo que se me encogiera el estómago. *Y menos a mí.* Se movió nerviosamente antes de girarse y alejarse, ordenando a los estudiantes que se fueran a clase. Cogí una de las fotos del suelo y suspiré.

Mis tetas no eran *tan* grandes.

* * *

Daniel se disculpó por la forma como había reaccionado antes. Me dijo que había sido poco profesional. *No quiero que seas profesional*. Me encogí de hombros y me senté. Él se sentó en el borde de su mesa. Llevaba las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, y tenía un rotulador en las manos.

Era tan guapo, y mi cuerpo se estaba volviendo loco. A pesar de que intentaba librarme de la atracción que sentía por él, parecía crecer aún más sin que nos comunicáramos. Resultaba que nos comunicábamos mejor en silencio. Unas pocas miradas por aquí, unas sonrisitas por allá. Tal vez nuestra conexión no necesitaba palabras ni sonidos. Tal vez existía sin más.

Y era tan inteligente.

Era tan listo que me daban ganas de meterme en su mente y quedarme a vivir en ella. No me estaba enamorando de Daniel durante las clases. Me estaba enamorando del señor Daniels.

La mitad de mis compañeros seguramente no tenían ni idea de lo intelectual que era. Para ellos no era más que otro profesor aburrido. Pero a mí me fascinaba cómo su mente encontraba diferentes maneras de enseñarnos. Cómo nos empujaba, o me empujaba a probar nuevos conceptos.

Estábamos viendo poesía: sonetos, haikus, y mi favorito…

Se apartó de su escritorio y fue hasta la pizarra, donde escribió: microrrelatos.

—¡Vamos, damas y caballeros! Uno de vosotros tiene que tener alguna idea de lo que son los microrrelatos. Quiero una lluvia de ideas.

—¡Relatos sobre Microman! —Ryan sonrió.

—Casi… —Daniel se echó a reír—. Pero no exactamente. —Levanté la mano por primera vez desde que había empezado el curso. Daniel me miró y me sonrió dulcemente—. ¿Sí, Ashlyn?

—Son relatos ficticios muy breves… como historias cortas. Normalmente cuentan una historia completa en unas pocas frases o palabras.

Avery, uno de los únicos jugadores de fútbol que no se metía conmigo, se rio.

—Eso es imposible. —Era el mismo tío al que habían echado de catequesis. Me pregunté qué habría hecho para que lo expulsaran. Tendrías que ser bastante implacable como para que la gente de Dios se volviera contra ti.

—No lo es —repliqué en voz baja.

Daniel levantó una ceja y dio un paso hacia su escritorio. Volvió a sentarse en él con las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos.

—¿Le gustaría explicárnoslo, señorita Jennings? —Utilizó mi apellido, y por algún motivo eso hizo que se me acelerara el pulso de emoción.

Quería impresionarle. Quería que supiera cuánto sabía. Tenía las palmas de las manos húmedas y pegajosas, y me las pasé por las piernas. Notaba mi vestido sin mangas verde azulado pegado al cuerpo, pero me sentía como si estuviera desnuda.

¿Era malo que me gustase sentirme así delante de él?

Daniel me excitaba con su música, su voz, sus sonidos y su tacto. Su dulzura y su sentido del humor. Pero el señor Daniels hacía que me temblaran los muslos de un modo completamente diferente. De un modo prohibido. Seductor. Fantaseaba con que acababa la clase y él me retenía diciendo que teníamos que revisar algo. Entonces cerraba la puerta de la clase y me empujaba contra ella mientras su mano me subía lentamente el vestido. Abría la boca al sentir su tacto, sus caricias.

Me imaginaba sus dedos encontrando mis braguitas y frotando la tela de atrás hacia delante lentamente, haciéndome jadear y desear

más. Sus dedos empujaban la tela antes de abrirse paso hacia dentro. «Señor Daniels…», susurraba contra su oreja, mordiéndole el lóbulo entre gemidos.

Me besaba el cuello, lamiéndome lentamente. Tocándome de forma seductora mientras me excitaba respirando contra mi escote. Me reñía, diciéndome que había sido una chica muy mala. Yo gemía ligeramente cuando él me elevaba presionándome contra el muro. Me bajaba los tirantes finos y me agarraba los pechos. Reivindicaba mi pecho y mi cuerpo como si fueran suyos y solo suyos.

Entonces, en mi imaginación, alguien entraba en el aula y yo me escondía detrás de la puerta. Respiraba de forma rápida y entrecortada, sintiendo cómo la adrenalina me recorría todo el cuerpo. No me bajaba el vestido del todo para que cuando él mirase detrás de la puerta pudiera ver mis braguitas mojadas, incitándole, abriéndole aún más el apetito.

Oh, sí. El señor Daniels me excitaba sobremanera. Y eso era solo en mi mente. Me pregunté qué sería capaz de hacerme si me tocara de verdad en la clase.

—Eh… ¿Ashlyn? —Ryan me tocó en el brazo.

Desperté de mi fantasía. Toda la clase me estaba mirando a mí y a mi boca abierta. La cerré de golpe. Se me enrojecieron las mejillas.

—Eh… sí. Sí. —Me aclaré la garganta y mis pensamientos y continué—. Hay una historia que se cuenta desde hace mucho tiempo. La gente la atribuye a Ernest Hemingway, pero es difícil asegurar que ocurriera de verdad. En cualquier caso, el rumor es que retaron a Hemingway a contar una historia utilizando siete palabras.

—Lo que yo he dicho. —Avery se rio—. Imposible.

Los ojos de Daniel estaban fijos en mí. Levantó una ceja y sonrió. ¿Sabía que había estado fantaseando con él? ¿Soñaría él también conmigo?

—¿Imposible? —murmuró Daniel—. ¿Tú crees? —Volvió a acercarse a la pizarra y escribió: «Se vende: zapatos de bebé, sin usar». La historia de Hemingway.

La clase se quedó en silencio. Las palabras de la pizarra me daban escalofríos a pesar de que ya conocía la historia.

Ryan fue el primero en hablar.

—¡Menudo planchazo te ha dado el profesor, Avery!

Todos estallaron en carcajadas, y yo no podía dejar de sonreír. Quería que me sorprendiera que Daniel supiera exactamente a qué historia me refería, pero por supuesto, tenía que saberlo. Era tremendamente inteligente.

Daniel levantó las manos para hacer callar a la clase.

—Vale. Sí. Lo que quiero que hagáis ahora es coger los trabajos que me entregasteis al comenzar el curso sobre vuestros objetivos en la vida. Os he hecho anotaciones. —Levantó una pila de papeles y empezó a devolvérnoslos—. Quiero que lo resumáis de tres formas diferentes. La semana que viene, un soneto. La siguiente, un haiku. Y dentro de tres semanas, un microrrelato. Al final de cada semana, presentaréis vuestro poema en clase. No voy a exigiros un nivel Hemingway y daros solo siete palabras para el microrrelato. Os doy diez. —Puso mi trabajo en mi mesa y me sonrió. Era la misma sonrisa amable que me había dirigido hacía tiempo en la estación de tren—. Haced que cada palabra valga la pena.

Cuando le devolvió a Ryan su trabajo, Daniel se detuvo y dijo:

—Esta podría ser la mejor redacción que he leído nunca, Ryan. Sigue así. —Ryan sonrió y le dio las gracias.

Sonó el timbre y todo el mundo salió del aula apresuradamente. No entendía por qué tenían tanta prisa en marcharse. Esa era mi clase favorita y me recreaba en ella. Antes de levantarme noté que había un papelito junto a mi trabajo. Le di la vuelta y leí las palabras que me había escrito Daniel.

Excelente. Sencillamente excelente.

Vas a ser una escritora increíble.

Leeré cualquier cosa que escribas.

Te echo tanto de menos que me cuesta respirar.

Cuando levanté la vista, tenía los ojos fijos en mí. Parecía como si se hubiera quitado un peso de encima cuando nuestras miradas se encontraron. Yo también sentí que un peso abandonaba mi cuerpo. Aún seguía ahí. Daniel no era simplemente el señor Daniels: seguía siendo él mismo. Y yo seguía estando en sus pensamientos, del mismo modo que él vivía en los míos.

Tal vez no había dos Daniels diferentes. Tal vez el señor Daniels solo era otra parte de él, así que no era de extrañar que me hubiera enamorado de ambas caras de la moneda. Me volvía loca todo en él: lo bueno, lo malo y los pedazos rotos.

Creo que los pedazos rotos eran lo que más me gustaba.

Ni siquiera sabía lo que implicaba para nosotros aquella nota, ni mi mirada. Pero no me importaba. Por el momento era suficiente. Pensé que la mejor forma de llamarlo era esperanza. Me encantaba la esperanza que había en sus ojos.

Sus labios formaron media sonrisa y los míos los imitaron, dándole la otra mitad. Hacíamos sonreír al otro sin tan siquiera pronunciar palabra.

Esas eran mis sonrisas favoritas.

Me levanté de la silla y guardé todo en la mochila salvo mi lectura actual. Abracé el libro contra mi pecho, como siempre, y cuando pasé junto al escritorio de Daniel le oí decir mi nombre. No me giré, pero me quedé quieta.

—¿Estabas pensando lo que creo que estabas pensando durante la clase? —susurró. Me puse colorada. Él se rio—. Yo también pienso en eso.

Me giré para mirar sus ojos azules y sonreí.

—¿En serio?

—En serio, en serio.

Me di la vuelta, y cuando estuve fuera del alcance de su vista, sonreí aún más.

Sonreía tanto que empezaban a dolerme las mejillas.

Capítulo 14

Ashlyn

Oye, no te olvides
de cómo gimo tu nombre
ni del sabor de mis labios.

Romeo's Quest

Después de clase fui directamente a la biblioteca y me quedé allí leyendo hasta tarde. Al fondo de la biblioteca encontré una mesa a la que nadie se acercaba. Poco a poco se estaba convirtiendo en mi santuario personal.

Pero no siempre leía. La mayor parte del tiempo escribía motivos por los que Daniel y yo podríamos hacer que funcionara. Cómo, si empezábamos como amigos, para cuando acabase el instituto, podríamos convertirnos en algo más que amigos. Solo quedaban unos ciento y veintipico días de clase.

Ciento veinticuatro para ser exactos.

No es que llevara la cuenta.

Así que, más que nada, escribía mis sueños. Fantasías que deseaba que se hicieran realidad algún día. Estaba atrapada con mis ensoñaciones creativas y mis esperanzas de algo más.

Cogí unos cuantos libros nuevos y me fui a casa. Debería haber cogido un jersey. Estaba congelada llevando solo mi vestido de verano. Era evidente que el otoño cálido de Wisconsin estaba dando paso a un invierno frío. Las farolas brillaban con intensidad, y el cielo empezaba a dormirse.

Al pasar por el cementerio de la calle May, miré la zona del aparcamiento y me detuve. Primero vi su coche aparcado. Luego lo vi a él. Sentí como si mi corazón se detuviera, pero al mismo tiempo latía más rápido. Daniel hacía que mi corazón hiciera cosas raras.

Estaba allí solo, mirando dos lápidas.

Una herida reciente.

—Oh… —murmuré para mis adentros, y me llevé las manos al pecho.

Parecía como si hubiera salido a hacer deporte. Llevaba unos pantalones cortos, una camiseta negra y zapatillas de correr. ¿Era corredor? Quería saberlo. Quería saber mucho más sobre él.

Se agachó para acercarse a las piedras. Movió los labios y se pasó el dedo por el labio superior antes de echarse a reír. Se reía, pero parecía como si estuviera frunciendo el ceño.

Esas risas tristes eran las más dolorosas.

Eché un vistazo a mi alrededor para ver si alguien más lo estaba mirando. No era así. Claro que no. ¿Por qué iban a mirar a alguien que estuviera en un cementerio? Me temblaron las manos y las froté contra mi nuevo libro.

Debí haber seguido caminando. Debí haber fingido no haberlo visto.

Pero lo había visto.

Nadie debería estar en un cementerio a solas.

Y menos Daniel.

En unos segundos, estaba de pie a su lado. No estaba muy segura de cómo había llegado hasta él. Era como si me hubiera deslizado flotando en su dirección. Me hacía elevarme.

—Hola —susurré, haciendo que se girase hacia mí.

—Ashlyn —dijo sorprendido al mirarme. Casi había olvidado lo mucho que me gustaba la manera como me miraba.

Parpadeé e hice un gesto con la cabeza.

—Siento molestarte. Te he visto aquí y he pensado… —¿Qué he pensado?— No he pensado nada —murmuré.

—Nadie me acompaña nunca cuando vengo aquí.

—Yo no soy nadie —susurré.

Observó mi cara durante unos segundos y luego se agachó y esbozó una pequeña sonrisa.

—A mí me pareces alguien.

Miré a uno y otro lado, consciente de la oscuridad que nos rodeaba. No estaba segura de si debía quedarme o marcharme, pero mis pies me decían que no tenían intención de retroceder.

—¿Por qué te llaman sandías? —preguntó Daniel.

Sonreí cuando levantó la vista para mirarme. Lo interpreté como una invitación para que me quedara. Me agaché hasta sentarme junto a él. Miré mi pecho y me eché a reír.

—¿Me lo preguntas en serio?

Levantó las comisuras de los labios.

—No, si lo pillo. —Pasó los dedos por las briznas de hierba que nos rodeaban y arrancó unas pocas—. Tienes un cuerpo precioso. Eso no es un secreto. ¿Pero cómo es que eligen solo ese pequeño detalle en lugar de hablar de esos ojos tan alucinantes que tienes? ¿O de ese cerebro tuyo tan jodidamente increíble?

Bajé la vista hacia sus manos. Hacía rodar la hierba entre los dedos. No respondí, pero él siguió hablando.

—Me cabrea tanto cuando alguien te mira mal. O te dice algo malo. O pega fotos en tu taquilla. O si te sonríen. O si te llaman preciosa. O… ¡lo que sea! —Dejó escapar un suspiro e inhaló profundamente—. Cada vez que alguien intenta hacerte daño o hacerte sonreír, me dan ganas de atacarle. —Exhaló—. Y eso no es muy ético precisamente.

Me mordí el labio inferior. No estaba segura de qué decir. Él percibió mi mirada y se pasó las manos por la cara.

—Lo siento, Ashlyn. No debería decir en voz alta la mierda que se me pasa por la cabeza.

—Estoy trabajando en mis amistades —dije mirándole a la cara. Abrí uno de mis libros y saqué un trozo de papel. Se lo coloqué en las manos y sonreí—. He estado investigando un poco en Wikipedia.

Desdobló el papel y lo leyó en voz alta.

—Cuatro fundamentos básicos para hacer amistad. —Dejó de leer—. Eres una friki.

No se equivocaba.

—¿Qué puedo decir? Soy una semental friki. Sigue leyendo.

—Número uno. Proximidad. Consiste en estar lo suficientemente cerca como para verse o hacer cosas juntos.

Fruncí los labios y me froté la barbilla.

—Bueno, dado que me siento en la segunda fila en la tercera hora de clase, eso es como estar dentro de la misma proximidad, ¿no?

Me miró entrecerrando los ojos y leyó el fundamento número dos.

—Encontrarse con esa persona repetidas veces de manera informal y sin hacer planes especiales para verse.

—Caramba, eso es como, no sé… encontrarme contigo detrás del bar. O encontrarme contigo en el instituto. O… encontrarme contigo en el cementerio. No estaba planeado en absoluto. Tengo que admitir que lo último es un poco deprimente.

La forma como sonrió me hizo pensar que era algo carismática, aunque yo me sentía bastante tonta.

—Número tres: oportunidades para compartir ideas y sentimientos personales.

—Uf. Bueno, para ser sincera, creo que todavía estamos trabajando en eso. ¿Cuál es el último punto?

—Ashlyn —gruñó al leer el paso final—. ¿Ponía esto en la Wikipedia? —Arqueó una ceja y yo asentí—. ¿Prometido, prometido?

Sonreí y me mordí el labio.

—Lo prometo, pero no doblemente. Venga, léelo.

Se aclaró la garganta y se puso derecho.

—Y por último, pero no por ello menos importante, el número cuatro. Llamarse Daniel Daniels y Ashlyn Jennings. —Dobló el papel y volvió a guardarlo en mi libro.

—¡¿Qué?! ¡¿Dice eso?! Vaya, cáspita. Hemos cumplido tres de los cuatro pasos. Creo que está muy bien.

—Pero no es perfecto —replicó. Se pasó los dedos por el pelo, despeinándoselo un poco. Ya no parecía el señor Daniels. Solo Daniel. El Daniel guapo y talentoso.

—Los humanos no estamos hechos para ser perfectos, Daniel. Estamos hechos para meter la pata, joderlo todo y aprender cosas nuevas. Nos hicieron perfectamente imperfectos.

Entrecerró los ojos y se acercó a mí. Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. El roce despertó todo lo que había estado dormido dentro de mí.

—¿Por qué tenías que ser mi alumna?

Esbocé una sonrisa.

—Porque Dios tiene un sentido del humor retorcido. —Miré las flores que debía de haber comprado para su madre. Era un ramo de margaritas, mi flor preferida—. A mí también me gustan mucho —dije, señalando las flores.

—A mamá le habrías gustado mucho. Estoy seguro. Papá habría pensado que eres demasiado lista para mí.

—Era un hombre sabio —dije, sonriendo. Temblé un poco al notar el aire frío y él frunció el ceño.

—Tienes frío.

—Estoy bien.

Me cogió las manos y empezó a frotarlas para calentarlas. Me pregunté si sabría lo mucho que significaba para mí que me tocara. Lo mucho que echaba de menos su tacto.

—¿Puedo contarte un secreto sin que suene raro? —susurré mientras observaba cómo su pecho subía y bajaba a cada respiración.

—Sí —murmuró.

Relajó la cara, y cuando se giró para mirarme, sentí que me ardía el corazón. Esos fuertes sentimientos innegables de deseo, esa ansia tan evidente que tenía… Solo quería besarle. Tenía tantas ganas de besarle que ni siquiera me importaría si nunca llevara a nada más. Solo sus labios tenían el poder de hacerme vivir para siempre. *¿Cómo podría ser solo tu amiga?*

—Me gusta cogerte de la mano —dije—. Me gusta *mucho* cogerte de la mano. Me hace sentir… importante.

—Eres importante. —Sus palabras eran tan francas que casi me rompen en millones de pedacitos.

Empezó a dibujar círculos con el pulgar en la palma de mi mano, y se me bloqueó el cerebro. Sentí sus manos debajo de mis piernas al levantarme y colocarme en su regazo. Rodeé su cintura con las piernas.

Encajaba con su cuerpo de manera perfecta. Tan perfecta que estaba casi segura de que habíamos sido creados el uno para el otro. Él era la pieza que le faltaba a mi rompecabezas. Nuestras caras estaban tan cerca que no estaba segura de si los labios estaban conectados como si fueran uno solo o no. Sus palabras hicieron el amor con el aire al repetirlas.

—Joder, eres muy importante.

Me pregunté si era consciente de cómo controlaba mis latidos.

Dejé escapar un suspiro. Coloqué las manos en su pecho y apoyé la cabeza en su hombro. Le besé el cuello suavemente y sentí cómo sus manos me rodeaban la espalda y me acercaban más a él. Puso la barbilla sobre mi cabeza. Sentí cómo aumentaba la velocidad de sus latidos. Me encantaba la idea de acelerar su corazón.

—Háblame de ellos, amigo.

Inhaló profundamente.

—Mamá era profesora de música. Papá era profesor de Lengua y Literatura.

—Eres una mezcla de ambos.

—Soy una mezcla de ambos.

—Sé lo que le pasó a tu padre… ¿pero qué le ocurrió a tu madre?

Dejó caer los hombros y volvió a inhalar profundamente.

—La asesinaron.

Me quedé sin aliento. Levanté la vista y pasé los dedos por su pelo. Luego me tranquilicé.

—Lo siento mucho —dije. No sabía qué otra cosa decir.

Sonrió con tristeza y se encogió de hombros. Sus ojos azules hacían el amor con los míos. Puse mis labios sobre los suyos para besarle ligeramente.

—Creo que eres precioso —susurré, repitiendo lo que me había dicho en un mensaje hacía semanas—. Y no lo digo solo por tu físico. Lo digo por tu inteligencia, por tu actitud protectora, por tu espíritu quebrantado. Creo que todo eso es precioso.

Me agarró por la nuca y me atrajo más hacia sí. Su sabor cubrió mis labios y el calor de su cuerpo aumentó la temperatura del mío.

—No quiero ser tu amigo —dijo. Inhalábamos a la vez y exhalábamos en armonía—. Quiero ser tuyo, quiero que seas mía, y odio que no podamos ser nosotros. Porque creo que estamos destinados a ser *nosotros*.

—¿Cómo es posible que nunca pasemos tiempo juntos, y aun así sienta como si me conocieras mejor que nadie? ¿Cómo es que sigo enamorándome de ti cada vez más?

La mirada de sorpresa en sus ojos era hermosa. Era como si él se hubiera estado preguntando lo mismo acerca de mí.

—No lo sé. Tal vez porque cuando nuestros corazones arden, ninguna complicación puede apagar la llama.

—Puede ser un secreto —dije en voz baja—. Nuestro secreto… nuestro al cien por cien.

Apretó sus labios contra los míos, y el mundo entero se quedó en silencio. El universo se detuvo. Me hizo viajar a un lugar de pura emoción, llevándose consigo toda la tristeza y reemplazándola con consuelo.

Sus labios eran más suaves de lo que recordaba, pero tenían más pasión, más intensidad. Pasé la mano por el borde de su camiseta de algodón y la deslicé por debajo para tocar sus músculos.

—Ash —murmuró. Su lengua se abrió paso entre mis labios y buscó la mía. Abrí la boca y mi respiración se aceleró. Su boca viajó hasta mi cuello, donde empezó a darme besos moviendo la lengua en círculos. Sentí cómo se me endurecían los pezones debajo del vestido al soplar la brisa entre nuestros cuerpos, y él volvió a poner su boca contra la mía. Deslizó los dedos hasta el tirante de mi vestido y lo bajó por el hombro, dándome besos por toda la zona hasta abajo. Sentí como sus manos me agarraban los pechos por encima del vestido y gemí un poco. Me encantaba cómo me abrazaba, cómo me tocaba, cómo me conocía.

—No deberíamos —dijo, pero no estaba segura de si era una advertencia para sí mismo o para mí.

Le tapé la boca antes de que intentase evitar que ocurriera. Nunca había estado más segura de nada en toda mi vida. No podía saber por qué, pero nunca me había sentido tan segura como en ese momento en la oscuridad, a solas con alguien que vivía con tanto dolor como yo. Siempre que estaba cerca de él, notaba una profunda sensación de seguridad y consuelo. Daniel Daniels me hacía sentir como en casa.

Capítulo 15

Ashlyn

Y me besó con sus ojos
y después con sus caderas.
Y vaya si podían besar sus caderas.

Romeo's Quest

Las semanas siguientes se llenaron de emociones secretas. Daniel y yo hablábamos sobre todo por mensajes de texto. En los pasillos nos encontrábamos por casualidad —que nunca era casualidad realmente—. A veces me pedía que me quedara un momento después de clase para robarme unos besos. Me gustaba aquella relación secreta. Me sentía como si fuera una espía que estuviera haciendo lo posible porque no la atraparan.

Cuando entré en clase un viernes, había tres margaritas en mi mesa. Ryan entró en el aula y vio las flores.

—¿Ahora los matones te dan regalos?

Sonreí y me llevé las margaritas a la nariz para olerlas.

—Ya conoces a los matones. Son complicados.

Se rio y se sentó a mi lado.

—¿No lo somos todos? Por cierto, Hailey me habló de tu lista de cosas por hacer antes de morir. —No me sorprendió. Continuó diciendo—: Y por lo que he averiguado después de curiosear en tu habitación mientras estabas en la ducha… esta Gabrielle parecía ser una auténtica monada.

Sonreí ante su comentario.

—De ser así, seguramente dejaría de salir con Tonys con Y para salir con Tonis con I.

—¿Saldrías con mi hermana —fruncí el ceño en broma— pero no conmigo?

—Perdona, ¿acaso te has muerto y has dejado cartas a tu gemela para cada ocasión?

—No.

—Entonces está claro que no saldría contigo. Los fantasmas que dejan notas para sus seres queridos tienen algo muy *sexy*.

Me eché a reír y asentí.

—Así que solo te ponen las chicas fantasma, no las chicas vivas.

—Ohhh, me encanta cuando dices eso. Dilo otra vez…

Arqueé una ceja.

—¿Decir qué? ¿Chicas fantasma? —Se estremeció de gusto al oírlo. Bajé la voz y me acerqué a él—. Chicas fantasma, chicas fantasma, chicas fantasma —susurré una y otra vez. Él cerró los ojos y se pasó las manos por todo el pecho como si estuviera tremendamente excitado.

—¡Mmm! Así es como me gusta.

—Eres un idiota —me reí.

—Pero tú quieres a este idiota. —Era verdad—. Volviendo a cosas importantes: Theo celebra otra fiesta pronto y… —Sonrió ampliamente y se metió la mano en el bolsillo trasero. Sacó una tarjeta de plástico y su sonrisa se hizo aún más amplia—. Tengo un carnet falso.

Se lo quité de las manos y sonreí.

—¡¿De dónde demonios has sacado esto?!

Lanzó una mirada a Avery.

—Conozco a gente que conoce a gente.

—¿Pero, Summerstone? —pregunté leyendo el nombre en el carnet.

Me lo quitó y se lo guardó en el bolsillo.

—No se trata del nombre, nena. Es la fecha. Oficialmente soy un alumno de instituto de veintiún años. Y oficialmente vamos a emborracharnos para tachar ese número de la lista. Inclinaos, perras. —Sacó un carnet falso para mí y le sonreí.

Summer Burtstone. Qué creativo.

—Pero odio a Theo. —Fruncí el ceño. Había tratado fatal a Hailey.

—Razón de más para aparecer allí y hacerle un corte de mangas. —Ryan sonrió—. Yo lo hago todo el tiempo.

Ryan tenía facilidad para hacer sonreír a todo el mundo. Era un don suyo. Me sentí afortunada de haberme mudado a Wisconsin y vivir con Hailey y con él. No sabía si lo habría conseguido de no ser por los compañeros de piso que venían con la casa.

Recordé lo desagradable y dura que había sido con Henry cuando llegué a la ciudad. Cómo odiaba estar aquí al principio. No lo había llamado hogar desde que había llegado, pero últimamente pensaba que podría ser mi hogar. Porque tal vez tu hogar no es una localización. Tal vez es sencillamente la gente que te rodea que te hace sentir como si pudieras ser quien tú quisieras.

Tal vez el hogar sea la amistad.

* * *

Después de clase, sonreí al señor Daniels —que en realidad solo era Daniel vestido con un traje—. Mi Daniel. Mi Daniel guapo y cariñoso de ojos azules. Me devolvió la sonrisa. Los alumnos salieron por la puerta y guardé todos mis libros en la mochila. Me la colgué a la espalda y me levanté.

—¿Hoy no llevas uno de sus vestidos? —preguntó Daniel, sentándose en su escritorio. Sus ojos recorrieron mi cuerpo hasta

encontrarse con los míos y sentí una calidez que me inundaba. Me encantaba cómo me miraba, como si cada parte de mí fuera perfecta. Como si yo fuera imperfectamente perfecta para él.

—No, hoy no. —Llevaba unos vaqueros azules y un jersey grande que me dejaba al descubierto el hombro izquierdo. Por primera vez desde que el curso había empezado, el atuendo que llevaba era el mío… y me sentía bien siendo yo.

—Este es mi *look* favorito —dijo. Miré mi ropa y sonreí.

—El mío también.

—Mi compañero de piso no estará en casa esta noche.

Solté una risita.

—Gracias por la información.

—Quiero prepararte la cena.

Levanté una ceja y me reí.

—¿Tú cocinas?

—Yo cocino. —Sus palabras eran sencillas y a la vez como de ensueño, y me di cuenta de que me comería cualquier cosa que preparase—. Pero hago muchas más cosas aparte de cocinar… —Miré sus labios. Me encantaban esos labios. Me encantaban tantas cosas de él.

Me mordí el labio inferior y lancé una mirada a la puerta del aula para asegurarme de que nadie pasaba cerca.

—¿Está intentando seducirme, señor Daniels?

Se llevó el pulgar a los labios y me miró de arriba abajo.

—Supongo que tendrá que esperar a descubrirlo, señorita Jennings.

—¿Nos encontramos detrás de la biblioteca después de clase? —sugerí.

—Allí estaré.

La manera como sus ojos bailaban por todo mi cuerpo me hacía sentir tranquila, cómoda. Lo que más me gustaba era que nunca me había mirado así antes. Me estaba viendo tal y como era realmente, y la manera como sus labios y sus ojos me sonreían me hizo darme cuenta de que le gustaba más cuando era yo misma.

Era Ashlyn Jennings al cien por cien.

Y era suya al cien por cien.

* * *

Nunca había estado en su casa. Tampoco me había montado nunca en su Jeep. Era un día lleno de primeras veces. Tenía que admitir que últimamente mi mente había estado pensando en otras cosas que nunca habíamos hecho. Nunca habíamos tenido una cita. Nunca habíamos bailado. Nunca habíamos practicado sexo. Nunca nos habíamos dicho «te quiero».

Me subí al Jeep y aguanté la respiración al ver a Daniel. Llevaba una gorra de béisbol, y me sonrojé ante mis pensamientos. *Nunca lo había visto llevar una gorra hasta ahora*. Había tantas facetas, aspectos y características de él que no había descubierto aún. Me sonrió, me cogió de la mano y me besó la palma. Bajé la vista hasta los tapetes y solté una risita.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Levanté la cabeza y la sacudí.

—Nada. Es solo que… tenemos tantas cosas por delante tú y yo, ¿verdad?

—Sí, eso creo. —No me había soltado la mano después de besarla. La sostuvo mientras salía de la acera de la biblioteca.

—Cuéntame los datos aburridos —dije, acomodándome en el asiento—. Dime las cosas que dormirían a la mayoría de la gente.

Arqueó una ceja.

—¿Los datos aburridos?

—Tu color favorito, tu helado favorito, tu película favorita. Ya sabes, las cosas aburridas.

—Ah, claro. Mi color favorito es el verde. Eh… —Arrugó la frente, concentrándose—. Mi helado favorito es ese que tiene trozos de barquillo y chocolate. No me preguntes si me he comido alguna vez un envase entero de una sentada; no quieres saber la respuesta. Y mi película favorita está entre *Arma letal* y *Resacón en Las Vegas*.

—A mí también me gusta mucho el helado con trozos de barquillo —dije sin respirar. Me apretó la mano.

—¿Qué más? ¿Qué más cosas te gustan a ti? ¿Cuál es tu animal favorito, tu estación favorita, tu desayuno favorito?

—Los panda. Una vez vi un programa en Discovery Channel, y creo que hay un sitio en China donde puedes pagar un montón de dinero para acariciar bebés panda. Mi estación favorita es la primavera. Escribo mejor cuando hay tormenta, me parece. Y si me pusieras delante un cuenco de cereales Cap'n Crunch con nubes, seguramente tendría un orgasmo solo de verlo.

Se echó a reír y sentí que me acariciaba la palma de la mano con el dedo.

—Eso es lo más obsceno que te he oído decir nunca —murmuró.

—¿El qué? ¿Orgasmo? —Me mordí el labio inferior, estirándolo.

Me miró con sus ojos azules.

—No, acariciar bebés panda. —Me zafé de su mano y le di un tortazo fuerte en el brazo, pero me reí con más fuerza aún—. ¡Au! —aulló de forma dramática como si le hubiera hecho daño de verdad, pero sabía que no era así. Volvió a extender la mano y la agarré.

Aparcamos en su casa, que por lo que me dijo era la de sus padres, y me quedé sin aire al ver su belleza. La casa del lago parecía como si hubiera sido un verdadero hogar para alguien, y no solo una casa. Había mucho amor en aquella propiedad.

El porche frontal estaba hecho a partir de piedras pulidas con escalones cubiertos de guijarros. Sobre el porche había dos sillas de roble y una mecedora a juego. Daniel no me dejó mucho tiempo para observar la casa. Pasamos al patio y suspiré ante semejante vista. El sol brillaba en el lago. Fui hasta el muelle y metí los dedos en el agua fría.

—Es precioso —dije mirando el horizonte. Me senté en el borde del muelle y me quité los zapatos y los calcetines. Pasé los dedos de los pies por la superficie del agua, formando suaves ondas.

—Sí —dijo Daniel en voz baja. Se sentó a mi lado—. Lo es.

Se quitó los zapatos y los calcetines, se remangó los pantalones y metió los pies en el agua. Los dos movíamos los pies atrás y adelante, provocando grandes ondas.

—Cuéntame los datos raros —dijo—. Tu peor cita. Tu libro favorito más extraño. Algo raro que te excite.

—Pues… —Inhalé los olores frescos del otoño junto al lago—. No he salido con muchos chicos, pero mi último novio me llevó al cine en nuestra primera cita, y pensó que sería romántico enseñarme su… —Me sonrojé. No podía creer que le estuviera contando esto—. Su pene. Y me reí y le pedí que me dejara sus gafas 3D para aumentarlo, porque no tenía pinta de que fuera a cobrar vida.

—Au —aulló Daniel, agarrándose el pecho—. ¡Qué cruel!

—¡Me enseñó el pene! ¡En la primera cita! —grité.

—Nota mental: no enseñarle a Ashlyn el pene esta noche.

Me sonrojé y le dediqué una sonrisa tímida.

—Ya tuvimos una primera cita en el bar de Joe. Puedes enseñarme cualquier cosa.

Sonrió ampliamente y me salpicó un poco de agua.

—Sigue.

—Mi libro favorito más extraño es uno de zombis. Al final los zombis resultan ser el gobierno corporativo, y la gente a la que intentaban convertir y corromper eran los individuos creativos del mundo. Transformaban a Steven Spielberg en uno de ellos y él documentaba su transformación antes de que el poder de los zombis lo dominase por completo. Luego convertían a Ellen DeGeneres, pero el gobierno corporativo salía perdiendo porque era tan divertida de zombi como cuando era humana. Y hacía reír a los demás zombis. A veces se reían tanto que perdían las narices y los brazos se les caían de lo divertida que era. La verdad es que es un bonito libro sobre la llegada a la adultez que explora el ámbito de la verdad, la aceptación y sentirte bien contigo mismo, incluso cuando estás podrido.

—Vaya —dijo Daniel tras escuchar mi historia.

—¡Lo sé! —Hice una pausa—. Pero todos mueren.

Se acercó más a mí y nuestras piernas se tocaron.

—*El vecindario zombi.*

—No puede ser —dije—. ¡¿Lo has leído?!

—Tercer año en la universidad. Es el mejor libro del mundo. —Sonrió y lo miré embelesada—. Y ahora dime, ¿qué es lo que más te excita?

—Ah, eso es fácil. Lo que más me excita es que un chico me lea.

Me acarició la cara con el dedo.

—Yo leo.

—Entonces supongo que tú me excitas.

Me rodeó la cintura con la mano y me colocó en su regazo.

—¿Supones? —Me mordió el labio inferior y tiró de él ligeramente. Mi cuerpo respondió inmediatamente a su tacto. Puse las manos en su pecho, y cuando me soltó el labio, le di un suave beso.

—Bueno, todavía no me has leído a mí.

Sonrió y se levantó conmigo en brazos. Mis piernas rodeaban su cuerpo.

—Vamos a hacer la cena.

Negué con la cabeza.

—Yo no voy a hacer la cena. Vas a hacerla tú.

Juntó las manos por debajo de mi trasero y me llevó hasta la casa. Deseé en secreto que nunca me bajara, pero cuando lo hizo, aterricé sobre la encimera de la cocina. Empezó a trastear por la cocina, sacando los ingredientes para la «cena de todos los tiempos», como la llamaba.

Me reí al ver una caja de preparado de macarrones con queso junto a los fogones. Sacó una navaja del bolsillo trasero y abrió la caja con ella.

—¿Siempre usas navajas para abrir cajas de macarrones con queso?

—Mi padre siempre lo hacía. Llevaba esta navaja a todas partes. Decía que nunca sabías cuándo podrías necesitarla, así que se inventaba excusas para utilizarla. Abría cajas, sobres, cajas de

botellas de agua. —Se rio—. Supongo que cuando me quedé con la navaja, se me pegaron sus manías.

Guardó silencio por un momento, recordando a su padre.

—Cuéntame el dato más triste —susurré mirando cómo llenaba de agua una cacerola para hervirla. La colocó en el fogón y encendió el fuego.

Se giró hacia mí, me separó las piernas y se colocó en medio.

—Es un tema un poco fuerte para la cena.

—Todavía no estamos comiendo.

Se hizo el silencio. Daniel me miraba, y yo lo miraba a él. Me puso un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Veintidós de marzo del año pasado. —Dirigió la mirada a la ventana que había encima del fregadero y observó el patio. Su voz era cortante como un cuchillo—. Mi madre murió en mis brazos. —Le cogí la cara con las manos y lo atraje hacia mí—. Y mi padre lo presenció.

Mis ojos rezumaban dolor por él, y los suyos remordimiento. Le besé con intensidad, llenándolo de disculpas por el peor día de su vida, deseando poder disipar el dolor.

Su pelo castaño le cayó sobre la cara y se lo peiné hacia atrás. Cuando separamos los labios, eché de menos su sabor. Me imaginé que él también echaba de menos el mío, a juzgar por cómo volvió a posar su boca sobre la mía.

—¿Cómo superas algo así? —pregunté. Él se movió nerviosamente y se encogió de hombros.

—Fácil. No lo superas.

—¿Sabes quién lo hizo?

Volvió a removerse, inquieto. No solo se alteraba su cuerpo, sino también su personalidad. Se hizo más oscura al retroceder alejándose de mí.

—Eso no importa. No la traerá de vuelta. —Fue hasta el fregadero y miró en dirección al patio.

—Pero puede hacerle justicia.

—¡No! —Su grito sonó como un trueno que espantaría a los gorriones de las ramas de los árboles. Se me erizó la piel ante aquella explosión repentina y me quedé sin aire. Cuando se giró hacia mí, tenía la cara roja de ira… ¿o tal vez era culpa?

—Ven aquí —ordené. Dejó caer los hombros y le entró un tic en el ojo.

—Lo siento —murmuró acercándose a mí—. No hablo de ella. No quiero pensar en la persona que le hizo aquello. Quiero pasar página. —No respondí, y me limité a atraerlo hacia mí entre mis piernas—. ¿Podemos hablar de ti en lugar de mí? —preguntó en voz baja.

Nunca quería hablar del accidente, y eso me entristecía.

Quería saberlo todo.

Pero no quería asustarlo. Cuando asentí, suspiró aliviado.

—¿Cuál es tu dato más triste? —susurró, colocando las manos en mis caderas.

—Leucemia. —Era solo una palabra, pero era muy poderosa. Una palabra que había puesto un límite de tiempo para Gabby y mi relación con ella. Una palabra que me había hecho llorar cada noche durante meses. Una palabra que no desearía ni a mis peores enemigos. Una lágrima me rodó por la mejilla y él la besó. Me dio el mismo beso intenso que le había dado yo antes. Sus besos sabían a infinito empapado de siempre.

—¿Cuál es tu dato más feliz? —preguntó.

Levanté la mano y él colocó la suya contra la mía.

—Esto —susurré, mirando nuestras manos. Levantó la otra y yo puse mi palma contra la suya. Entrelazamos los dedos.

—Esto —dijo sonriendo.

Pegué las caderas a su cuerpo y él empezó a besarme el cuello lentamente, con ternura.

—Daniel. —Cerré los ojos y sus besos me recorrieron el hombro.

—¿Sí? —murmuró contra mi piel.

—Eso me hace sentir muy bien —susurré cuando su lengua subió y bajó lentamente por mi hombro.

—Quiero que siempre te sientas bien. —Me miró con sus ojos azules y sonrió ampliamente. Sus labios aterrizaron en mi frente—. Estoy loco por ti, Ashlyn Jennings.

Inhalé profundamente y solté el aire.

—Y yo estoy loca por ti, Daniel Daniels. —Nos miramos riéndonos ante la locura de nuestra situación. ¿Estaba saliendo con mi profesor de Literatura? ¿De verdad era poco ético lo que estábamos haciendo? ¿Enamorarnos? ¿Acaso podía estar mal enamorarse?—. Estamos locos, ¿verdad?

Se inclinó hacia mí y le rodeé el cuello con los brazos.

—De remate.

Locos de remate. Ese podría haber sido mi dato favorito de nosotros aquella noche.

Los dos estábamos *locos de remate.*

Capítulo 16

Ashlyn

Si huimos hoy,
ganaremos a los atardeceres.

Romeo's Quest

Juntos tachamos cosas de la lista.

No hablamos de su pasado, pero aprendí mucho de su presente. También nos besamos mucho, porque nos encantaba besarnos.

Capítulo 17

Ashlyn

Si huimos demasiado tarde
perderemos el atardecer.

Romeo's Quest

~~#23. Besar a un desconocido~~
- ~~#16. Ir a una fiesta en una casa~~
- ~~#14. Hacer una nueva amistad~~
- ~~#21. Aprender a hacer malabares~~
- ~~#15. Correr ocho kilómetros~~
- ~~#6. Intentar tocar la guitarra~~
- #1. Enamorarse

Capítulo 18

Ashlyn

He estado pensando en algo que deberíamos hacer,
deberíamos enamorarnos cerca de las dos.
Y cuando sean las cuatro,
empezaré a quererte aún más.

Romeo's Quest

Nuestras visitas se hicieron cada vez más frecuentes. Nuestra conexión se hizo más fuerte, porque solo le dimos la oportunidad de crecer. Cada día, después de clase, esperaba detrás de la biblioteca con un libro que había encontrado para compartirlo con él.

Me leía mientras hacíamos macarrones. Yo le leía mientras colgaba diferentes tarjetas de muestra de pintura por la casa, intentando decidir de qué colores pintarla. Se tumbaba cabeza abajo en el sillón del comedor y me leía mientras yo hacía los deberes. Le recitaba novelas mientras él corregía trabajos.

Las palabras sonaban mucho más dulces y tenían mucha más profundidad cuando viajaban de sus labios a mis oídos. Alzaba la voz cuando los personajes se enfadaban y la bajaba cuando mostraban sus temores más profundos.

Ese día estaba sentado con la espalda apoyada en la mesita mientras me leía, y yo lo observaba durante largo rato. Miraba cómo pestañeaba y cómo movía los labios. Estudiaba sus dedos cuando pasaban las páginas y los golpecitos de sus pies en la alfombra. Y lloraba. No era por las palabras de las páginas; eran lágrimas de esperanza. Por tener una oportunidad real de ser feliz.

—Daniel —susurré acercándome a él. Coloqué la mano encima del libro para que dejase de leer. Él me miró con una sonrisa. Cogí sus manos y me las llevé al corazón—. Lo estás consiguiendo.

—¿El qué?

—Revivirme.

* * *

A veces, cuando nos veíamos, yo no era tan fuerte como el día anterior. Había momentos en que los recuerdos hacían lo posible por tirar de mi corazón al pensar que Gabby ya no estaba, y entonces Daniel dejaba de leer, metía uno de sus CDs *hipsters* en el reproductor y ponía la música a todo trapo.

—Pausa para bailar —decía, sacándome de mi tristeza.

—Daniel —protestaba, pero nunca me negaba. Hacía unas pocas semanas que le había dicho lo mucho que me gustaba bailar.

—Venga, muévete —dijo meneando las caderas y poniendo morritos. Parecía un maldito payaso, y eso me hizo enamorarme de él todavía más. Levanté las manos en el aire y empecé a moverme lentamente hacia atrás y hacia delante. Me cogió del brazo y me dio vueltas en círculo, acercándome a él—. Dime tu dato más feliz.

Sonreí mientras bailábamos juntos por la sala de estar.

—Bentley Graves.

—Cuéntame el dato más tonto —dijo.

Me mordí el labio inferior y reflexioné.

—Le encantaban los bocadillos de mantequilla de cacahuete y pepinillo. Cuando éramos niñas, puso una parada fuera de casa para

vender limonada y esos bocadillos. No hace falta decir que no se hizo rica con ese negocio.

Daniel arrugó la nariz.

—¿Lo probaste alguna vez?

—Puaj, no. Gabby era la rara, no yo.

—Disiento. Comes cereales con nubes. Eres un bicho raro. —Me rozó la nariz con el dedo y se marchó en dirección a la cocina. Cuando volvió, trajo consigo pepinillos, pan y mantequilla de cacahuete.

—No —dije contundentemente. Él arqueó una ceja.

—Está en tu lista. Probar algo nuevo.

Suspiré. Sabía que probar algo nuevo estaba en la lista, pero ¿tenía que ser algo tan asqueroso?

Hicimos un bocadillo cada uno y le di un mordisco al mío. Era asqueroso tal y como imaginábamos, pero a la vez era el mejor bocadillo de mi vida, porque era una parte de Gabby que pude compartir con Daniel.

—Sé lo que estás haciendo —dije, soltando el bocadillo—. Con esto de bailar conmigo.

Él sonrió y se encogió de hombros.

—A veces, cuando echas de menos a una persona, solo puedes pensar en lo triste que te pone que ya no esté. Otras veces es mejor centrarse en los recuerdos felices que te hacen reír.

Sonreí mirando el bocadillo y le puse más mantequilla de cacahuete.

—Eres un profesor estupendo.

—Eres una alumna muy lista. —Metió el dedo en la mantequilla y me la extendió por el cuello.

—Daniel —susurré mientras pasaba la lengua por mi piel, lamiendo la mantequilla de cacahuete. Respiraba contra mi piel, enviándome escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Sí?

—Enséñame más.

Me miró a los ojos. Pasé los dedos por sus labios. Sus ojos sonrieron al cogerme en brazos y llevarme a la habitación para la siguiente lección.

* * *

—No… pares… —Estaba tumbada en la cama de Daniel y respiraba pesadamente, suplicándole— … de leer… No pares de leer.

Tenía los ojos cerrados y me había quitado el enorme jersey que llevaba, y me había quedado solo con una camiseta blanca sin mangas y los vaqueros ajustados. Él estaba sobre mí, sin camiseta. Recorría su pecho musculoso con los dedos de arriba abajo, sintiendo cómo inhalaba y exhalaba cada vez.

Se apoyó en la mano izquierda y con la derecha abrió un libro. Sonrió y me leyó la siguiente frase de *Mucho ruido y pocas nueces.*

—«No tiene de honrada sino la señal y apariencia». —Su voz sonaba rígida y áspera a cada palabra que pronunciaba, y me provocaba oleadas de deseo—. «¡Mirad! Se sonroja como una virgen». —Me besó suavemente la oreja—. «¡Oh, con qué autoridad y apariencia de verdad» —me besó el cuello— «puede encubrirse arteramente…» —Puso sus suaves labios en la curva de mis pechos. Arqueé las caderas hacia las suyas, deseando sentir su cuerpo contra el mío. Me bajó los tirantes de la camiseta y siguió el contorno del sujetador con la lengua—. «… El pecado».

Agarré la trabilla de su pantalón y tiré de él para acercarlo a mí, presionando mi cuerpo contra el suyo. Lo sentía a través de mis pantalones, y estaba claro que leer también era lo que más le excitaba.

—Daniel —susurré.

—¿Sí? —Enterró la cara en mi pecho, en mí.

Me temblaba la voz a causa de mi evidente deseo.

—Cierra el libro. —Enseguida oí que lo cerraba de golpe. Cuando abrí los ojos, vi que su mirada era intensa. Tenía las pupilas dilatadas. Le besé la barbilla, notando cómo aumentaba la velocidad de mis latidos—. Te deseo… —Se sentó y llevó las manos al filo de

mi camiseta. La levantó lentamente y deslizó la boca por mi ombligo, besándome por todas partes. Mis caderas ansiaban su atención—. Por favor, Daniel…

—Eres perfecta —susurró contra mi piel—. Iremos despacio. —Me quitó la camiseta y la lanzó al otro lado de la habitación. Colocó la mano en mi pecho y sintió cómo mi corazón latía para él. *Solo para él.*

Me incorporé un poco, apoyándome en los codos, y le rodeé el cuello con la mano, atrayéndolo hacia mis labios. Presionó su boca contra la mía, y gemí su nombre sin aliento. Me satisfacía dándome vida, dándome significado, entregándose a mí. Me sorprendió su habilidad para despertar mi espíritu cada vez que estábamos cerca el uno del otro. Estaba descubriendo todas mis debilidades y fortaleciéndolas.

Deslicé la mano hasta la cremallera de sus pantalones y se los desabroché. Al rozarle con los dedos, me recompensó con un suave gemido. Se los quitó del todo y yo seguí con el dedo en el borde de sus calzoncillos. De su garganta salió un gruñido profundo, y me encantó cómo sonaba. Adoraba haber sido yo la causante. Me desabrochó los pantalones y me ayudó a quitármelos, lo cual no era tarea fácil. Se rio al ver que tardaba un rato en poder sacarlos. Yo me reí porque nunca me había sentido tan cómoda desvistiéndome delante de alguien.

—No vamos a tener sexo, Ashlyn —me advirtió.

Hice una mueca al oírle, porque nadie me había excitado nunca tanto. Quería sentir su cuerpo contra el mío. Quería sentirle dentro.

—No estoy asustada, Daniel. Lo prometo.

—Lo sé, pero quiero ir despacio contigo, con nosotros. Además… —Deslizó sus dedos por mis braguitas de algodón. ¡Ay dios mío! Abrí la boca para coger el aire que se había escapado de mi cuerpo—. Podemos hacer muchas cosas aparte de practicar sexo. —Bajó la cabeza hasta colocarla entre mis piernas, y yo cerré los ojos, con el estómago lleno de nervios.

Nunca había tenido a nadie ahí abajo. Billy nunca me había dado placer de ningún modo. Todo se reducía a él, a sus deseos, a sus

necesidades. Pero Daniel era diferente en todos los sentidos. Quería hacerme sentir bien. Quería darme placer. Me quería a mí.

Sentir su respiración caliente contra mi piel me transportaba a otro mundo.

—Voy a besarte, Ashlyn —susurró.

Clavé los dedos en las sábanas que me rodeaban y empezó a besarme por abajo. Noté sus labios húmedos presionar el borde de mis braguitas hasta que las agarró con los dedos y empezó a bajarlas más y más.

—Dan… —murmuré en voz baja, incapaz de terminar su nombre. Arqueé las caderas hacia él, pidiéndole más, mucho más. Los besos no cesaron, como tampoco lo hicieron mis gemidos.

A cada centímetro que bajaba mis braguitas, recibía un beso cálido, seguido por un lametón, luego otro beso, y luego un lametón largo y hambriento cuando llegó al centro.

—Daniel —gemí, esta vez más fuerte, sabiendo que todo lo que había deseado alguna vez estaba allí conmigo. Me lamió más profundamente, con más fuerza, con más amor.

Estaba al borde del éxtasis, a punto de entregarme a él por completo. Me temblaba el cuerpo, mis caderas se mecían contra su boca una y otra vez. Me separó más las piernas.

—Eres perfecta —susurró mientras yo hundía los dedos en las sábanas—. Tan perfecta.

Enterré la cabeza en la almohada, jadeando mientras sus dedos me tocaban y me frotaban siguiendo un ritmo perfecto con su lengua. Inhalábamos y exhalábamos al mismo tiempo.

Al aumentar la velocidad, mi respiración se hizo más pesada y más hambrienta de él. Pasé los dedos por su pelo, tirando de él con suavidad. Un beso más pequeño de Daniel fue todo lo que necesité para dejarme llevar, y mi cuerpo voló hasta el espacio, dejándome jadeando con él tumbado sobre mí. En ese momento supe que nunca había experimentado el placer de esa forma —o de ninguna forma— antes de que él entrara en mi vida. Daniel me había proporcionado otra primera vez. Mi primer orgasmo.

Seguía jadeando cuando él subió hasta mi cuello para besarlo.

—Gracias —susurró, abrazándome—. Gracias por confiar en mí.

Nos quedamos allí tumbados durante lo que pareció una eternidad. Estaba acalorada y cansada, pero no demasiado cansada.

—Daniel —susurré, rozando su espalda con los dedos arriba y abajo. Él se mordió el labio, apoyado sobre mi hombro, haciéndome suspirar.

—¿Mmm?

—¿Puedes hacer eso otra vez?

Capítulo 19

Daniel

No tengas celos; sangra rojo.
Confía en el corazón que hay en tu cabeza.

Romeo's Quest

Sabía que era estúpido, y sabía que no debía molestarme, pero lo hacía. Jake le tiraba los tejos a Ashlyn cada vez más a menudo. Pasé junto a la taquilla de Ashlyn, donde Jake la estaba rondando, y me detuve lo suficientemente cerca como para escuchar la conversación. Me sentí como un idiota hojeando mis papeles, actuando como si estuviera ocupado.

—Estaba pensando que… el baile de instituto se celebra antes de las vacaciones de Navidad, y me preguntaba si… —Se le quebró la voz de los nervios y sonrió a Ashlyn—. ¿Podríamos ir juntos, quizás?

Ashlyn me miró y apretó el libro contra su pecho. Frunció el ceño y rechazó la propuesta de Jake. En ese momento sonó el timbre. Su rostro reflejaba la decepción que sentía, sobre todo su mirada.

Pasó una pareja riéndose cogidos de la mano, y los ojos de Ashlyn se quedaron fijos en sus manos. Se me hizo un nudo en el estómago. Ella creía que no me daba cuenta, pero sí me daba.

Miraba a las parejas que caminaban juntas por el instituto con envidia. No se le escapaba ninguna muestra de afecto en público. Ansiaba cogerme de la mano al descubierto, no solo en las sombras.

Después de la tercera hora, le pedí que se quedara un momento para poder hablar con ella. Tenía los ojos ligeramente cerrados; parecía cansada.

—Puedes ir. Ya sabes, al baile, con Jake.

—No, no me importa —mintió meciendo sus libros.

—Pero te encanta bailar —dije.

—Contigo. Me encanta bailar contigo, Daniel.

—Estás decepcionada.

Dejó caer la cabeza y asintió lentamente.

—Es solo que… tus manos están aquí, mis manos están aquí… pero no se nos permite tocarnos.

Le rodeé el dedo meñique con el mío y sentí que su cuerpo se estremecía levemente.

—Lo siento, Ashlyn.

—No es culpa tuya. Así es la vida, supongo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Si quieres que lo dejemos, dilo. Te prometo que no pasa nada.

Abrió mucho los ojos. Tenía la mirada vidriosa.

—No. Quiero hacer esto, Daniel. Es solo que tengo un mal día.

Entendía lo que me decía, pero sabía que tenía que echar de menos las cosas que hacían las parejas normales. Salir a cenar. Al cine. De escapada de fin de semana.

—Romeo's Quest toca en el bar de Joe pronto… —dije, perdiéndome en sus ojos verdes—. Deberías venir.

Su sonrisa se hizo más amplia y vi que se le iluminaban los ojos.

—¿Ir a un sitio que no sea la casa del lago? —Hizo una pausa y se rio—. No me malinterpretes, es una casa muy bonita y tal, pero…

No dejé que terminara la frase. Sin dejar de rodear su meñique con el mío, cerré un poco la puerta del aula con el codo. La cogí de la mano, la atraje hacia mí y apreté mis labios contra los suyos. Fue un beso rápido pero profundo. Ella me acarició el labio inferior y me

devolvió el beso con más fuerza mientras sonaba el timbre que anunciaba el inicio de la cuarta hora.

—Llegas tarde a clase.

Sentí su sonrisa contra mi boca al decir en voz baja:

—Vale la pena el retraso.

* * *

Tocábamos en el bar de Joe el fin de semana antes de Acción de Gracias. Randy acordó con ellos que la gente pudiera traer comida enlatada para donarla a una ONG que lucha contra el hambre. Pensé que era algo propio de Randy: buscar una manera de restituir.

Ashlyn me esperaba detrás de la biblioteca para que la recogiese. Llevaba dos latas de maíz y un cuaderno en la otra mano. Tenía un aspecto adorable con las latas y su bonita sonrisa. Aparqué junto a la acera y ella se subió al coche.

—Hola. —Se inclinó y me besó en los labios antes de ponerse el cinturón de seguridad—. Voy a escribir esta noche mientras escucho.

—¿Has empezado a escribir otra vez? —No había hablado de su novela desde la noche que nos conocimos en el bar de Joe, así que me sorprendió que lo mencionara.

—Solo cosas aleatorias. Nada grande.

—Muy grande —dije.

Llegamos al bar y Randy se acercó a nosotros dando saltos.

—¡Hola! Has venido a verme —le dijo a Ashlyn, llevándose la mano al corazón—. Me siento halagado. De veras. Pero creo que mi amigo Danny está un poco colgado de ti.

Ella se echó a reír.

—¿De veras?

—Sí. El otro día entré en su habitación. Estaba hablando en sueños y abrazando la almohada llamándola Ashlyn.

Abrí mucho los ojos y me giré hacia ella.

—Eso no es verdad.

Randy asintió rápidamente.

—Sí lo es.

Ashlyn me cogió la mano y se rio.

—Es completamente cierto, ¿no? Eres adicto.

No podía negarlo.

Sonó el teléfono de Randy y se disculpó para cogerlo, dejándome a solas con Ashlyn.

—Pronto tendré que prepararlo todo. ¿Quieres algo de beber?

Ashlyn me agarró la camiseta y corrió detrás de mí.

—¡Ay dios mío! —gritó tapándose la cara.

—Eh, no es para tanto… Un simple no habría bastado.

—Mierda, mierda, mierda —susurró. Era muy mona la forma como decía palabrotas. Me entraban ganas de besarla aún más.

—¿Qué pasa? —pregunté, intentando girarme para mirarla.

—Henry —susurró contra la manga de mi camiseta, señalando hacia el bar.

Levanté la vista y lo vi sentado bebiendo.

—¡Oh, mierda! —susurré, empujándola fuera del edificio. Corrimos al lateral del bar e hicimos unas cuantas respiraciones—. ¡¿Qué hace aquí?! ¿Sabía que vendrías?

—¡No! ¡No! No se lo he dicho a nadie.

—¿Y dónde cree que estás ahora? —pregunté. Se encogió de hombros.

—Nunca me pregunta. Dudo que le importe. —Vi que le temblaba un poco el labio inferior.

—Estaría loco si no le importara. —Hice una pausa—. No puede saberlo, ¿verdad? No lo sabe. No puede ser. —Se me revolvía el estómago ante la idea de que su padre, mi jefe, descubriera lo nuestro.

Ashlyn se apretó contra mí para darme un beso intenso.

—Tengo que irme antes de que me vea. Creo que voy a irme a casa. Solo para estar segura.

Le devolví el beso. Me encantaba su sabor. Saqué las llaves de mi coche del bolsillo trasero y se las lancé.

—Coge mi coche y vete a casa. Puedes aparcarlo más abajo de tu casa, y mañana me devuelves las llaves.

Aquella noche empezó a caer la primera nevada de la temporada. Miré al cielo y unos copos me cayeron en la cara. Luego observé cómo caían sobre sus largas y bonitas pestañas y le besé la nariz.

—Escribe un rato. Querré leer lo que se te haya ocurrido.

—Veré lo que puedo hacer. —Se quedó inmóvil un instante—. Esto es divertido, ¿no? ¿Que casi nos pillen? —Arrugó la nariz y empujó con la lengua el carrillo.

—Estás completamente loca. —Atrapé su labio inferior con la boca y lo succioné con suavidad—. Completamente loca.

—Solo por usted, señor Daniels. Solo por usted.

Mis manos bajaron hasta su trasero y le di un beso en el cuello.

—«¡Buenas noches, buenas noches! Partir es tan dulce pena…» —dije, citando *Romeo y Julieta.*

—«Que diré buenas noches hasta que amanezca». —Soltó un leve gemido seguido de una risita—. Mmm, me encanta cuando me dices cochinadas.

Solo a nosotros podría excitarnos William Shakespeare.

—¡Ah! Esto es para ti. —Me dio una carta de Gabby y se encaminó hacia el coche. Luego se detuvo y se giró para mirarme—. Parecía un poco triste, ¿verdad? —preguntó, señalando el bar con la cabeza—. ¿Crees que puedes echarle un ojo?

—Sí, claro.

—Gracias. —Y con eso, se marchó.

En ese breve instante me enamoré de ella todavía más. Creía que a Henry no le importaba su paradero, que no le importaba ella en absoluto, pero aun así se preocupaba por su bienestar.

* * *

—¿Henry? —dije al acercarme a la barra.

Tenía un aspecto muy diferente al habitual durante el horario escolar. Llevaba un polo gris arrugado, y el pelo despeinado. Me miró con sus ojos verdes, y al principio le sorprendió encontrarme junto a él. Luego su cara se relajó.

—Dan, hola. ¿Qué haces aquí?

Me senté en el taburete que había a su lado, tomándome la licencia de charlar aunque él no pareciera estar de humor para hablar. Agarraba un vaso de whisky, y el aliento le olía a tabaco. Por un momento inhalé el aroma para recordar a mi padre.

—Estoy en el grupo, Romeo's Quest. ¿Qué tal estás?

Me miró sorprendido y se rio.

—¿Quieres la respuesta profesional o la verdad?

Le hice una seña al camarero con la mano y pedí un whisky para los dos. Cuando los sirvió, deslicé uno hacia Henry.

—La que quieras compartir.

Guardó silencio mientras pasaba el dedo por el borde del vaso.

—Estoy bien —mintió. Le pesaban los ojos. Parecía como si no hubiera dormido desde hacía semanas, incluso meses—. Esa es la respuesta profesional.

—¿Y la verdad? —pregunté, sintiéndome mal por él.

—La verdad es que… me estoy derrumbando. —Dio un largo trago—. Mi hija murió hace unos meses.

Le puse la mano en el hombro.

—Lo siento mucho.

—No estuve muy presente en su vida ni en la de Ashlyn. —Miró su vaso, con la cabeza inclinada a causa de la vergüenza—. Cuando Kim me dejó y se mudó a Chicago, me alejé de ellas mentalmente. No volví a acercarme hasta agosto. Y para entonces, era el funeral de mi hija. —Se ahogó al decir las últimas palabras y se pasó las manos por la cara.

No sabía qué decir, así que no dije nada. Todavía tenía la mano sobre su hombro. Sentía como le temblaba el cuerpo por los nervios a medida que hablaba.

—Y ahora Ashlyn está aquí, y siento que tengo una oportunidad para conectar con ella, pero no lo intento. Casi no sé nada sobre ella. Lo que le gusta, lo que no le gusta. Ni siquiera sé cómo iniciar una relación con mi propia hija.

Me pasé las manos por la boca y luego cogí el vaso de whisky. Me lo llevé a los labios para dar un trago.

—Vaya, es una situación difícil.

Se giró hacia mí, con los ojos rojos y llenos de emoción, y se echó a reír.

—Debí haberte dado solo la respuesta profesional, pero parece que el whisky está sacando lo mejor de mí.

—¿Dónde está Ashlyn ahora? —pregunté. Sabía la respuesta, pero me preguntaba qué diría él.

—No lo sé —dijo cabizbajo—. No le pido que me diga a dónde va porque, ¿qué derecho tengo de saberlo? Sería un poco capullo si empezara a jugar a hacer de padre cuando nunca lo he sido.

—Pero creo que a ella le gustaría. —Arqueó una ceja ante mi comentario—. Perdí a mi padre hace unos meses. Nuestra relación no era siempre perfecta, pero era buena. Aun así, si tuviera la oportunidad, me esforzaría más. Debería haber jugado más a hacer de hijo. Perdiste la oportunidad de conectar con Gabby. No la pierdas con Ashlyn.

Asintió lentamente, asimilando mis palabras y pensamientos. Me levanté y fui hacia el escenario.

—Oye, Dan.

Me giré hacia él.

—¿Sí?

Frunció el ceño.

—¿Cómo sabes su nombre? El de Gabby.

Mierda.

Sentí como si el corazón se me hubiera subido a la garganta. Miré a aquel hombre triste y mi mente se puso en marcha, buscando una excusa a toda velocidad.

—Lo has mencionado.

El alcohol hacía que le pesaran los párpados. Repasó nuestra conversación en su mente.

—Ah, vale. Claro —murmuró.

Suspiré pesadamente.

—Parece gustarle mucho la música, Henry. En clase, Ryan y ella siempre hablan de eso. Y de libros. Le encantan los libros.

—Libros y música. —Me dirigió una sonrisa triste—. Es un buen comienzo, ¿eh?

—El mejor —asentí, metiéndome las manos en los bolsillos.

Randy vino hasta mí y me dio una palmada en los hombros.

—¿Dónde está la dama? —exclamó. Me puse pálido.

—Oh, ¿está aquí tu novia? —preguntó Henry, incorporándose y mirando a nuestro alrededor.

—Sí —respondió Randy.

—¡No! —grité. Randy arqueó una ceja y le di un empujón en el hombro—. Henry, un placer verte. ¡Quédate para el espectáculo! —dije mientras alejaba a Randy de allí.

—¿Qué demonios ha sido eso? —protestó.

—Es el padre de Ashlyn —susurré.

—¿Ya estás conociendo a los padres? —sonrió, dándome un empujoncito en el hombro.

—No —siseé. Randy observó mi repentino cambio de humor y esperó a que me explicara. Me llevé la mano a la sien y fruncí el ceño—. Es mi jefe.

—Ahhh, ya veo.

Asentí.

—Y Ashlyn es mi alumna. —Esa fue la frase que dejó boquiabierto a Randy. Abrió mucho los ojos y le expliqué que no lo sabíamos de antemano—. Sé que debería dejarlo, pero…

—Joder —espetó Randy, que se llevó la palma de la mano a la nuca.

—¿Qué?

—La *quieres*.

—¡¿Qué?! —Me reí nerviosamente, frotándome las manos—. Eso es ridículo. Casi no la conozco y…

—Tío, no me vengas con esa mierda de «soy un hombre y no puedo expresar mis sentimientos». La quieres. No te he visto sonreír tanto por una chica desde lo de mi hermana.

—Yo… —Sabía que tenía razón, pero eso me asustaba. ¿Cómo podía querer a Ashlyn y no ser capaz de enseñarle al mundo lo mucho que la quería? Ni siquiera podíamos estar juntos esa noche durante mi concierto, y tenía la sensación de que las cosas no resultarían más fáciles en el futuro.

—Confucio dijo: «Adonde quiera que vayas, ve con todo tu corazón», Danny. —Randy colocó la mano en mi hombro.

—¿Acabas de citar a Confucio?

—Sí. Y ha sido cojonudo. —Me sonrió y me dio un empujón—. Venga, vamos a prepararnos.

* * *

Al llegar a casa me tumbé en la cama, agotado después del concierto. Randy había conseguido traerse dos chicas a casa con él, y oía cómo se divertían un poco demasiado en la sala de estar. Últimamente le gustaba celebrar sus propias fiestas de música desnuda.

Cogí el teléfono y escribí a Ashlyn. Seguramente estaba ya dormida, pero por si acaso, no quería perder la oportunidad de hablar con ella.

Yo: Todo bien. Henry no tiene ni idea.

Ashlyn: Ha entrado dando tumbos en casa hace unos minutos. ¿Qué tal el concierto?

Yo: Bien. Te he echado de menos en la mesa de la esquina.

Ashlyn: Pues sí que eres adicto a mí. Deja de abrazar tu almohada.

Me reí al leer su comentario, deseando que estuviera tumbada desnuda a mi lado. Ni siquiera tendría que hacerle nada a ese cuerpo desnudo salvo abrazarlo. Me encantaba sentirla contra mí.

Yo: Pararé cuando dejes de acariciar bebés panda.

Ashlyn: Pensaba que te gustaba cuando acariciaba tu bebé panda.

Me estremecí.

Yo: Este panda no tiene nada de bebé.

Ashlyn: Acabo de reírme en voz alta. Eres un idiota.

Yo: Cópiame algo que hayas escrito esta noche. Algo de tu libro.

Ashlyn: Él nunca se metía en sus peleas. A la mayoría de las mujeres les habría repelido un comportamiento tan poco caballeroso, pero a Julie le excitaba. Le encantaba que la dejara ser fuerte por sí sola. Le encantaba que creyese que ella tenía la fuerza de todas las diosas combinadas. Le encantaba que le permitiera ser un individuo al cien por cien. Y por eso precisamente, quería amarlo hasta el fin de los tiempos.

Leí sus palabras una y otra vez, asimilando cada una de ellas.

Yo: Mi padre habría tenido razón. No soy lo suficientemente bueno para ti.

Ashlyn: Yo creo que eres perfecto para mí.

Yo: ¿Es ese el libro en el que estabais trabajando tú y Gabby?

Ashlyn: No. He empezado algo nuevo.

Se estaba encontrando a sí misma. Era algo hermoso de presenciar: Ashlyn descubriendo quién era por sí sola. Me sentí privilegiado por poder presenciar su crecimiento.

Ashlyn: Henry ha entrado en mi habitación y se me ha quedado mirando durante un buen rato… ¿Qué le dijiste?

Sonreí al leer el mensaje y me froté la frente.

Yo: Le pregunté cómo estaba. Quizá tú también deberías. Buenas noches, corazón.

Ashlyn: Buenas noches :)

Me di la vuelta y empecé a leer la carta que había recibido de Gabby. Sabía que había escrito aquella carta para reconfortarme, pero por algún motivo, solo me trajo más dudas.

* * *

#1 Enamorarte.

Al chico querido por una chica:

Me pregunto si sabes lo afortunado que eres. Mi hermanita no lo sabe, pero construye muros a su alrededor. Su corazón está cerrado a cal y canto, aislado del mundo. Se esconde detrás de sus libros y no deja que pase nadie. Me imagino que es porque un día nuestro padre se marchó, y nunca ha querido volver a sentirse así, abandonada.

Pero aquí estás. Has encontrado la llave.

¿Puedes hacerme unos cuantos favores?

Muéstrala al mundo. Grita desde los tejados. Llévala a citas. Le encanta bailar, aunque es muy mala. Haz que otras parejas se pongan celosas.

Sé su dorado.

Porque te prometo que ella será el tuyo.

Lo estás haciendo genial.

Gabrielle

* * *

Después de leer la nota de Gabby me sentí fatal. La hermana de Ashlyn tenía razón. Merecía que presumieran de ella, y merecía tener citas. Merecía que la quisieran a gritos.

Y yo no sabía cómo hacer eso.

Capítulo 20

Ashlyn

No pares hasta que hayamos acabado.
Y entonces, sal corriendo.
Sin mirar atrás, sin mirar atrás.

Romeo's Quest

—¿Siempre vas a pasear a los cementerios solo? —dije con una risita al ver a Daniel.

Se giró para mirarme y me ofreció una amplia sonrisa.

—Solo cuando espero ver una chica bonita.

Puse los ojos en blanco.

—Eres un cursi. —Me atrajo hacia sí y me lamió lentamente el labio inferior antes de besarme—. Mmm —murmuré contra su boca. Me aclaré la garganta—. Jake me ha enviado un mensaje para invitarme a salir otra vez— susurré mordiéndome el labio.

Daniel arqueó una ceja.

—Ese tío no pilla una indirecta, ¿eh? —Hizo una pausa y bajó la voz—. ¿Quieres salir con él?

Di un paso atrás.

—¿Qué?

—Es que… él puede salir contigo de verdad, Ashlyn. Esto no está bien, encontrarnos detrás de los edificios, en los cementerios…

—¿Qué quieres decir con eso? —Se me humedecieron los ojos. ¿Por qué había dicho una cosa así? Era feliz con él. Los dos éramos felices. Lo único que se me ocurría que pudiera haber provocado ese cambio en Daniel era la nota que le había dado la noche anterior.

No debería haberle dado el sobre. Había sido demasiado lanzada. Había sido demasiado directa.

Miré al suelo.

—¿Es por lo que decía la nota? Porque… lo siento si es demasiado pronto pero…

—No, Ash… —Su rostro se suavizó, y todo rastro de su cambio de humor repentino desapareció—. No es nada. Olvídalo. ¿Por qué lo has mencionado? Lo del mensaje de Jake.

Me planteé preguntarle qué pensaba, pero temía alejarlo de mí. Respiré profundamente e intenté despejar la niebla que había entre nosotros.

—Sé que no puedo decir que estoy saliendo contigo… pero tal vez… —Me coloqué el pelo a un lado, mostrándole el cuello—. ¿Tal vez podrías dejar una marca que indicara que soy tuya?

Se echó a reír.

—¿Quieres que te haga un chupetón? —Asentí y él suspiró—. Pero eso es tan…

—¿Tan típico de instituto? —Me reí—. No lo olvides, nene. Tu novia todavía es una estudiante.

—Mmm… novia. Me gusta cómo suena eso. —Daniel puso los labios sobre mi cuello y empezó a succionarme la piel lentamente, tentándome. Su lengua se movía despacio de atrás hacia delante, y luego aumentó la velocidad y succionó de manera más intensa. Arqueé el cuello en su dirección, agarrándome a sus caderas. Cuando se separó de mí, me dio un suave beso en el cuello—. Supongo que eso te hace mía.

Negué con la cabeza.

—Era tuya antes de que nos conociéramos.

—Ese extraño momento cuando encuentras a dos personas enrollándose delante de las tumbas de tus padres.

El corazón se me salió del pecho al oír otra voz por encima de nosotros. Me aparté de Daniel, asustada. Él dirigió la mirada al tipo que había aparecido cerca de nosotros y me quedé sin aliento.

Si no supiera que era imposible, podría haber estado mirando a Daniel. Lo único que los diferenciaba era que aquel tipo iba rapado y sus ojos azules eran mucho más fríos, y estaban mucho más perdidos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Daniel. Tenía una mirada que nunca había visto en él. ¿Odio? ¿Amor? ¿Se podía odiar y querer al mismo tiempo?

—Bueno, estaba por el pueblo y pensé en venir a saludar a mamá y papá. Te preguntaría qué estás haciendo tú aquí pero… —Me miró con una sonrisita, y crucé los brazos alrededor de la cintura —. Creo que está bastante claro.

Daniel me miró y luego volvió a fijar los ojos en su… ¿hermano? Sentí como se me enrojecía el rostro. ¿Cuánto tiempo había estado observándonos?

—Me alegra que hayas encontrado una chica. Es mona —dijo el desconocido—. Seguramente te ayuda a dormir mejor por la noche, ¿eh?

—Vete a casa, Ashlyn —exigió Daniel. Lo miré confundida. ¿Por qué me mandaba a casa?

—¿Qué…? Espera…

—*Ahora*. —Su tono era severo e hiriente.

De inmediato, me preocupó cómo me había hablado. Nunca se había mostrado tan arisco, tan distante, ni siquiera cuando descubrió que era su alumna. El corazón me dio un vuelco, y la mirada de Daniel se suavizó cuando me miró a los ojos.

Di un paso hacia él para intentar consolarlo tras aquel repentino cambio de personalidad, pero él se apartó.

Eso me dolió.

Me giré hacia aquel tipo, que me miraba con una sonrisa pícara. Gabby estaba de pie entre los dos chicos, tocando la guitarra, cantando *Let It Be* de los Beatles. Fruncí el ceño, suplicándole en silencio que me ayudase a entender lo que estaba pasando.

Luego desapareció.

Porque realmente nunca había estado ahí.

Tras una eternidad de dudas e indecisiones, me marché, despidiéndome de ellos sin decir palabra y sintiéndome vacía por dentro.

Esperé hasta salir del cementerio, y entonces empecé a llorar. Odiaba lo mucho que había llorado en el último año. Tenía que ser más fuerte.

* * *

Me apresuré a volver a casa de Henry y entré directamente en mi habitación. Intenté no pensar demasiado. Me escribiría. Me daría una explicación. Hailey estaba en la ducha, así que podía llorar sola en mi cama. Saqué el teléfono y esperé a que me enviara un mensaje.

Y esperé.

Y esperé.

Pasaron horas, me salté la cena, y mi mente empezó a llenarse de pensamientos oscuros. Seguía sin escribirme.

Yo: ¿Qué ha pasado?

Tenía el estómago lleno de nervios mientras esperaba el sonido de mi teléfono que no llegaba.

Yo: Por favor, no me ignores.

Nada.

Yo: No hagas esto… por favor…

Le estaba suplicando que me contestase, que me diera una respuesta.

Yo: ¿Hablamos mañana?

Nada. No había respuesta. Me llevé las manos a la cara y empecé a llorar de forma incontrolable.

* * *

—Por tu culpa tengo que escribir este maldito microrre… —Ryan entró en la habitación a trompicones, pero se detuvo cuando me vio llorando en la cama—. Ashlyn, ¿qué pasa? —Se acercó a mí y empecé a llorar incluso más al oír el tono de preocupación en su voz.

Deseé poder contárselo. Deseaba poder contárselo a alguien, a quien fuera. Pero sobre todo deseaba poder hablar con Gabby. Ella habría sabido qué decir. Habría sabido qué hacer. Ella era la lógica, no yo.

Ryan pasó por encima de mí y se tumbó a mi lado, rodeándome con sus brazos. Lo atraje hacia mí llorando contra su camiseta.

—Por Dios, niña, ¿qué pasa? —susurró.

No podía responder, y dudaba que él esperase una respuesta. Antes de que pudiera darme cuenta, noté otro par de brazos que me rodeaban y otro cuerpo que me abrazaba. *Hailey*.

No hablamos. Se limitaron a quedarse abrazados a mí, asegurándose de que supiera que no estaba sola. Más tarde, Henry se asomó a la puerta. No dijo nada, pero entró y se sentó a los pies de mi cama.

Ese era el mayor consuelo que había recibido por su parte en toda mi vida.

Capítulo 21

Ashlyn

Me gusta cómo mientes
cuando te pido que te quedes.
Me gusta cómo tonteas
cuando necesito marcharme.

Romeo's Quest

—Sería mejor que te soltaras el pelo —me dijo Ryan al oído durante el desayuno—. Si Henry ve ese chupetón enorme que tienes en el cuello, se pondrá de los nervios.

Dejé escapar un gritito al oír su comentario y me solté el moño para taparme el cuello. Ryan se echó a reír.

—Hoy vamos a tener una charla muy intensa en el coche de Hailey. —Me lanzó una mirada—. Con que ibas a la biblioteca, ¿eh?

Hailey entró en la cocina. Parecía una zombi. Cogió una taza, se sirvió zumo de naranja y volvió a salir tambaleándose.

—No le gusta mucho madrugar, ¿no? —pregunté.

—Ni lo más mínimo. —Ryan guardó silencio—. ¿Estás bien? Anoche estabas un poco…

—¿Hecha un desastre?

—Un completo desastre. —Me sonrió. Siempre estaba tan guapo, y parecía no costarle ningún esfuerzo. Llevaba un sencillo polo azul, su cruz colgada al cuello y unos vaqueros. No se había peinado; simplemente se había pasado los dedos por el pelo, y aun así parecía como si acabara de salir de una sesión de fotos de la revista *GQ*. Cada. Puñetero. Día.

—Sí, estoy bien. Son las cosas de la vida.

Se rio y me sirvió una taza de té.

—La vida puede ser muy cabrona a veces.

No mentía. Le di las gracias por el té y me bajé del taburete. Me dirigí a la sala de estar, donde vi a Rebecca sentada en el sofá, viendo las noticias. Me aplasté el pelo contra el cuello.

—Ah, hola, Ashlyn. —Me sonrió cálidamente y sorbió el café—. Ven aquí. Quiero hacerte una pregunta. —Dio unas palmaditas en el sofá.

Aterricé en el sofá y me hundí en él. Rebecca colocó nuestras tazas en la mesa, me sonrió y se me acercó, cogiéndome las manos.

—¿Cómo estás?

¿Cómo se suponía que debía responder a eso?

Bien. Odio a casi todos los chicos del instituto.

Bien. Me encanta almorzar con tu hijo gay y tu hija budista.

Bien. No he sabido nada de mi madre, y Henry no tiene fotos mías en su despacho que prueben que existo.

Bien. Anoche me enrollé con mi profesor en el cementerio delante de sus difuntos padres, y tengo marcas que lo demuestran. Luego me apartó sin darme explicaciones.

—Estoy bien —murmuré—. Todo va bien.

Dejó escapar un suspiro de alivio y me dio unas palmaditas en las manos.

—Dios es bueno, ¿verdad?

La miré con los ojos entrecerrados y asentí lentamente.

—Claro. —Guardé silencio, preguntándome hasta qué punto era comprensiva Rebecca en todos los aspectos. Nunca me había parecido demasiado avasalladora ni cerrada de mente, y me

preguntaba por qué Ryan y Hailey tenían esa necesidad de guardar secretos. La noche anterior me habían apoyado, y eso me hacía querer ayudarles también.

—Oye, Rebecca… ¿qué dirías si te dijera que me gustan las chicas?

Me soltó las manos de golpe y se le escapó una risita.

—¿Qué? —Entonces sucedió. Vi como le cambiaba la personalidad por completo. Sonrió de forma tirante y se levantó—. Voy a comprobar que Hailey se haya levantado.

—Está levantada. Ryan y yo la hemos visto.

Rebecca apagó el televisor y se dirigió a la escalera.

—Sí, pero solo para asegurarme. Nunca puedes estar segura del todo.

Subió las escaleras apresuradamente. Intenté analizar todas las emociones distintas que había visto reflejadas en sus ojos. ¿Miedo, culpa, ira? No cabía duda de que había cierta furia contenida en su mirada. Pero esa no era la emoción principal que había notado.

No, de todas sus expresiones, la más prevalente era la tristeza.

¿Pero por qué la habría entristecido algo así?

Oí gritos procedentes del piso superior, que hacían eco en los pasillos de la casa. Rebecca y Henry parecían competir para ver quién gritaba más fuerte. Henry bajó las escaleras a trompicones, haciendo bastante ruido, y se detuvo frente a mí. Se frotó la barba canosa y suspiró.

—¿Eres lesbiana?

Me quedé boquiabierta ante su pregunta tan directa.

—*¡Henry!* —susurré con aspereza.

—¿Lo eres? —Esperó y se movió nerviosamente—. Porque no me importa. En serio. —Dio un resoplido y se cruzó de brazos—. Y si no te sientes a gusto aquí, buscaremos otro lugar.

Se hizo el silencio. Incliné la cabeza hacia él y me quedé inmóvil. Sus ojos verdes estaban tan llenos de pasión y sinceridad.

—¿Te mudarías? ¿Por mí?

Se pasó los dedos por los labios y suspiró.

—Claro que sí, Ashlyn. Eres mi… —Vaciló y se aclaró la garganta —. Eres mi hija. Y me importa un pimiento a quién quieras. Ya has pasado por mucho este año y…

—No soy lesbiana.

Henry guardó silencio y arqueó las cejas. Mis palabras le habían sorprendido mucho. Era como si ya hubiera decidido que íbamos a mudarnos a causa de mi orientación sexual.

—¿No eres lesbiana?

—No soy lesbiana —repetí.

—¡Por Dios, Ashlyn! —Suspiró y se dejó caer en una silla—. Está bien, pero si pudiéramos intentar evitar estos temas para no enzarzarnos en discusiones antes de las siete de la mañana, estaría muy bien.

Henry estaba bastante aliviado de que no tuviéramos que hacer las maletas. Me alejé sonriendo.

Me había escogido a mí.

Nunca habría pensado que me escogería a mí.

* * *

Durante el trayecto hasta el instituto hubo un silencio extraño después de la pelea entre Rebecca y Henry. La tensión era palpable. Hice lo posible por hundirme en el asiento trasero.

Ryan me miró por el espejo retrovisor y suspiró.

—Oye, sé lo que intentabas hacer cuando le preguntaste a mi madre eso pero… —Murmuró algo entre dientes—. La conozco, ¿vale? Sé cómo reaccionaría. Ni lo intentes. Para empezar, no lo aprobaría, y yo no estoy preparado para su desaprobación.

Pasé los dedos por los asientos grises, notando que me latía el corazón con fuerza en el pecho. Me sentí fatal por haber sacado el tema con Rebecca.

—Lo siento, Ryan. —Realmente lo sentía. No tenía derecho a mencionar ese tema.

Nos detuvimos en el aparcamiento del instituto y salimos los tres del coche. Observé a Hailey bajarse del coche y mirar a Theo, que la saludaba a lo lejos con la mano.

—Luego os veo, chicos. —Avanzó en su dirección y yo traté de detenerla, pero Ryan colocó las manos sobre mis hombros.

—Tiene que aprender por sí sola, Chicago —dijo. Luego bajó la voz—. Yo ya lo hice.

—Ryan, lo siento mucho de verdad. No quería provocar una discusión a primera hora de la mañana. Ni a ninguna.

—No pasa nada —dijo, poniendo el brazo por encima de mis hombros—. Estaremos en paz si me dices de dónde ha salido ese chupetón.

Me reí y lo abracé.

—No me creerías si te lo contara. —Cuando levanté la vista, vi que Daniel pasaba por nuestro lado para entrar en el edificio. Me miró con una media sonrisa. La camiseta que llevaba resaltaba sus ojos azules.

—Buenos días, Ryan y Ashlyn —dijo.

—Buenos días, señor D. —respondió Ryan, aún rodeándome con el brazo.

Daniel observó cómo me agarraba Ryan y me miró por un segundo. Atraje a mi amigo aún más hacia mí y le dirigí a Daniel una mirada de odio.

—Buenos días, *señor Daniels.*

* * *

Empezó la clase de Literatura y Daniel no me miró ni una sola vez. No solo había ignorado mis mensajes de texto, sino que también me ignoraba en clase. Maravilloso: volvíamos a empezar de cero.

—Muy bien, ¿quién quiere ser el primero en presentar su microrrelato? —preguntó Daniel.

Nadie levantó la mano. Estúpido microrrelato. Maldito profesor estúpido por mandarnos hacer un microrrelato. Estúpida vida.

Daniel frunció el ceño y miró a su alrededor. Luego sonrió.

—Muy bien, Avery. ¡Gracias por ofrecerte! Te toca.

Avery protestó.

—Venga, señor Daniels. Yo no me he ofrecido —dijo resoplando.

—Ah… bueno, vale. Entonces has tenido la suerte de ser elegido. Ven aquí.

Avery se arrastró con pocas ganas hasta la pizarra y Daniel se sentó en una de las sillas abandonadas al fondo. Avery era un chico corpulento, y la idea de oírle leer un microrrelato me habría hecho sonreír la semana anterior, pero ese día tenía los ojos hinchados y el síndrome premenstrual y todo me molestaba.

Avery se aclaró la garganta y soltó una palabrota, expresando lo estúpido que era aquello.

—Tetas, birras, fútbol. Esto es vida. —La clase entera se echó a reír. Sus compañeros del equipo de fútbol se reían a carcajadas y hablaban a voces, pero vi que Avery fruncía el ceño. Daniel también debió de darse cuenta.

—Vuelve a intentarlo, Avery —dijo desde el fondo de la clase. No me giré para mirarlo.

Avery suspiró, se aclaró la garganta y leyó de su papel:

—En busca de algo más, pero no lo suficientemente listo para encontrarlo.

Ryan y yo empezamos a aplaudir y el resto de la clase se rio.

—Pardillo —espetó uno de sus compañeros del equipo.

—Gordo pardillo —bromeó otro. Él puso los ojos en blanco y les soltó un puñetazo al pasar junto a ellos.

Siempre eran las bromas lo que más dolía.

Avery empujó a uno de sus compañeros.

—Sí, pues este gordo pardillo liga más que tú.

Ryan se echó a reír.

—Lo dudo.

Avery miró a Ryan.

—¿Tienes algo que decir, Turner? —¿Por qué los jugadores de fútbol siempre llamaban a la gente por el apellido? ¿Sabía Avery

siquiera el nombre de Ryan?

Ryan puso los ojos en blanco y se reclinó en la silla.

—Nada de nada.

—Eso pensaba. Nunca tienes mucho que decir.

Avery volvió a su mesa. El resto de la clase continuó leyendo sus microrrelatos, pero el de Ryan era mi favorito.

—Las estrellas explosionaron y entonces nací yo. Por favor, llámame Tony. —Nadie lo entendió excepto yo. Ryan me guiñó el ojo y yo le sonreí.

Eso significaba que yo era la siguiente. Daniel ni siquiera dijo mi nombre, pero no me sorprendió. Cada vez se le daba mejor ignorarme. Me coloqué al frente de la clase sin ningún papel y miré a Daniel a los ojos.

—Gemelas idénticas salvo por la muerte. La misión de Romeo para encontrar a Julieta.

Observé su mirada incómoda. No sabía qué decir ni cómo reaccionar.

Cuando Daniel volvió al frente de la clase, Ryan le pidió que se inventara un microrrelato.

—Shakespeare, besos, listas. La visión antes de la realidad. Vuelve a soñar.

Le odié porque las lágrimas habían empezado a rodar por mis mejillas. La clase se rio al oírlo, pero no tenía gracia.

—¡Eso no significa nada! —replicó Ryan.

Sonó el timbre y Daniel soltó una risita.

—Muy bien, chicos. Hoy habéis hecho un buen trabajo. No os olvidéis de leer los tres primeros capítulos de *Matar a un ruiseñor* para mañana. Se rumorea que habrá un examen sorpresa.

Ryan protestó al colocarse la mochila.

—No es un examen sorpresa si nos avisa antes, señor D.

—No todos los rumores son ciertos, Ryan, pero a la hora de hacer planes, es mejor actuar como si lo fueran. —Daniel sonrió.

Puse los ojos en blanco. Odiaba sus sonrisas.

Ay.

Adoraba sus sonrisas.

Ryan me dijo que nos veríamos en el almuerzo. Solo quedaban unos pocos alumnos en el aula. Recogí mis libros de la mesa.

—Señor Daniels, tengo una pregunta sobre la lectura asignada. ¿Cree que puede ayudarme?

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Sí, claro. ¿Qué pasa? —Era la primera vez que me dirigía la palabra en la última hora. El último alumno salió del aula y entonces suspiró—. Ashlyn…

—¿Es por la carta que te di? ¿Sobre lo de quererte? Porque si es así…

—Ashlyn, no. No es eso. Te lo juro.

—¿Entonces es sencillamente porque eres un capullo? —Esperé una respuesta que no llegó a darme—. Tengo otra carta para ti de parte de mi hermana. —Arqueó una ceja.

La puse en su escritorio. Ponía:

#25. El club de los corazones rotos.

Daniel suspiró, la cogió y la abrió. Cuando vi que sacaba una foto de Gabby, me quedé sin aire. Al verla estuve a punto de perder los papeles allí mismo. Estaba mirando a la cámara, haciendo un corte de mangas con ambas manos. *Esa es mi chica.*

Detrás de la foto había escrito: «¡Que te jodan por haberle hecho daño!» con un rotulador permanente.

Quería reírme, pero no lo hice. Quería llorar, pero no lo hice.

Daniel sonrió.

—Tenía tu encanto.

Pero se equivocaba. Gabby tenía mucho más encanto que yo.

—Me dijiste que querías que fuera tuya… —susurré, acercándome al escritorio.

—Lo sé, Ashlyn. Y así es… Es solo que… Es complicado.

Puse los ojos en blanco.

—Para ser un tío listo, eres un completo idiota. Yo soy la definición de complicado, Daniel. ¿Qué pasa? Me ignoraste toda la noche porque tu hermano…

—¿Estáis hablando de mí?

Ahí estaba de nuevo, en la puerta, mirándonos. Me giré para mirarlo y vi su expresión de sorpresa al verme.

—Oh… Oh, vaya.

Oh no.

—Esto es nuevo, ¿eh? ¿Ahora vas a por las alumnas? —Entró en el aula y se sentó en el borde del escritorio de Daniel.

—No es lo que parece, Jace… —gruñó Daniel en voz baja.

Jace.

No sabía que el diablo tenía un nombre tan dulce.

—¿De veras? —Se acercó un poco más y le susurró a Daniel—: Porque parece que te estás follando a tu alumna.

Lo miré boquiabierta, conmocionada al oír sus palabras.

—No hemos…

—¡Ashlyn! —siseó Daniel, dando un golpe en la mesa con la mano—. No hables con él.

—No te preocupes. Solo he venido para saludar. Toma. —Jace sacó un papel y se lo puso a su hermano en la mano—. Llámame más tarde para celebrar una sesión de vínculo entre hermanos. Yo pongo las cervezas. ¿Tú pones las chicas? —Me dirigió una amplia sonrisa y ardí en deseos de golpearle—. Pero asegúrate de que las mías son legales. Ya he pasado demasiado tiempo entre rejas. —Y tras esto desapareció de la clase, dejándome atónita.

Daniel apretó la mandíbula y se quedó cabizbajo. Se frotó la nuca.

—Necesito que te vayas, Ash.

—¿Qué te pasa con él? —pregunté. Estábamos bien hasta que apareció su hermano. Por un segundo, habría jurado que estábamos… contentos.

Me ignoró. Solté una risita incómoda y me giré para marcharme. Había sido tan estúpida al pensar por un segundo que volvíamos a ser *nosotros*.

No debí pararme a hablar con él cuando lo vi solo en el cementerio hacía unas semanas.

Debí haber seguido caminando. Debí fingir que no lo había visto.

Pero lo había visto.

Y por un breve instante en el tiempo, él también me había visto a mí.

* * *

Hailey no vino a comer. Me fijé en que Theo tampoco estaba en la cafetería. Estaba sentada a la mesa, y suspiré cuando vi que Daniel me estaba mirando, pero apartó la vista rápidamente, antes de que nadie pudiera notarlo.

Ryan se acercó y dejó caer la bandeja.

—Vale, ya sé que dije que tenía que aprender por sí sola con lo de Theo, pero la verdad es que pensaba que elegiría mejor.

—Es lista. Estará bien —dije cogiendo algunas patatas de su bandeja.

—Si vuelve a hacerle daño… —Hablaba en un tono serio, y miró a nuestro alrededor por si aparecía Hailey—. Lo mataré. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó el paquete de cigarrillos falsos.

—Ryan, ¿qué es eso exactamente? —pregunté. Al fin la curiosidad me motivó lo suficiente para preguntarle por su costumbre de sacar cigarrillos invisibles.

Se miró los dedos, donde sostenía el cigarrillo invisible. Hizo una mueca y puso las manos en la mesa.

—A los trece años, le dije a mi padre que pensaba que era gay.

El corazón me dio un vuelco al oírle mencionar a su padre. Nunca había oído hablar ni a él ni a Hailey sobre su padre.

Ryan continuó explicando:

—Y lloré y lloré porque íbamos a la iglesia, ¿sabes? Y mamá creía en el infierno. Todavía cree. Nos decía que pecar está mal, que los que obran mal irán al infierno. Y sabía que lo que yo sentía no estaba bien. Que *yo* no estaba bien.

Ay, Ryan…

—Papá me dijo que no importaba. Nada importaba. Era su hijo y me quería. Me dijo que hablaría con mamá, y le supliqué que no lo hiciera. Le supliqué que quedara entre nosotros. Unas noches después, me senté en lo alto de la escalera de nuestra casa y oí que discutían. Sobre mí. Le había dicho que pensaba que yo podría ser gay, pero no llegó a afirmarlo. —Ryan entrecerró los ojos y se miró los dedos—. Lo llamó mentiroso y un montón de cosas más. Creo que hasta llegó a acusarlo de serle infiel. Lo cual era ridículo, porque él nunca… —Hizo una pausa—. Le dijo que se fuera de casa y que no volviera nunca. Me fui corriendo a mi habitación, me asomé a la ventana, y vi que salía de casa. Encendió un cigarrillo y empezó a fumárselo, pasándose las manos por el pelo. Luego se metió en el coche y se marchó.

—¿No volvió? —pregunté con el estómago encogido.

—Los titulares decían, eh… —Entrecerró los ojos, haciendo memoria—. Paul Turner, padre de dos hijos, muere en un terrible accidente de coche en el cruce de la avenida Jefferson con la calle Pine.

Podía palparse en sus palabras el sentimiento de culpa. Levantó el cigarrillo invisible y se lo llevó a los labios.

—No fue culpa tuya, Ryan.

Levantó los dedos y los observó.

—El paquete de cigarros me recuerda por qué mi secreto es un secreto. Lo único que consigue es hacer daño a la gente. Me llevo la caja allá donde voy.

Nuestra conversación se detuvo cuando Hailey apareció a toda prisa. Dejó caer la bandeja en la mesa.

—Siento llegar tarde.

Levanté la vista, vi a Theo entrar en el comedor y sentí náuseas. Seguía odiando a ese tipo.

—Hemos vuelto. —Hailey sonrió ampliamente—. Me disculpé por ser una novia controladora, y me dijo que nuestros espíritus aún podían viajar juntos.

—¡¿Que te has disculpado?! ¡¿Tú?! —exclamé perpleja.

—Tú no lo entiendes, Ashlyn. Le quiero.

¿Quererle? Empezaba a preguntarme qué significaba esa palabra. Por lo visto la gente la usaba con todo el mundo esos días. Yo incluida.

Ryan ignoró a su hermana, poco contento con su elección. Tenía que admitir que yo también estaba un poco decepcionada.

Ryan se volvió hacia mí.

—Fue Jake, ¿verdad? ¿Fue Jake quien te hizo ese chupetón? —Me sonrojé.

—No.

—¿Pero quiere hacerte un chupetón?

—Sí.

—Y… el chico que te lo hizo es…

Fruncí el ceño.

—Agua pasada.

Capítulo 22

Daniel

Perdido.

Romeo's Quest

Me senté en el muelle a observar cómo el sol brillaba en el lago. Me sentía derrotado, cansado, consumido. Parecía como si cada vez que llegaba un momento de felicidad, las sombras vinieran a engullirla. La vida no era justa, y me sentía como un idiota por pensar que debería serlo. Pero *quería* que lo fuera. Necesitaba que la vida fuera justa, solo por un tiempo. Porque la necesitaba a ella.

Ashlyn era lo único que ahuyentaba la oscuridad.

Oí unos pasos pesados detrás de mí. Sabía que era él antes de que dijera nada. Había sido yo quien lo había llamado para decirle que se encontrara conmigo allí.

—Se me hace raro estar aquí otra vez. —Me giré para ver a Jace acercándose a mí. Tenía las manos metidas en los bolsillos. Llegó hasta donde estaba y se sentó a mi lado—. No había vuelto desde que mamá… —Guardó silencio. Metió los dedos en el agua y el movimiento creó unas ondas. Infectaba el agua sin tan siquiera saberlo. Porque eso era lo que hacía Jace: destruía cosas, a la

gente. Nunca era su intención, pero lo hacía—. He visto a Randy dentro. ¿Vive aquí? —No respondí—. Me dijo que tocáis en el bar de Joe dos veces al mes.

Tosí y me aclaré la garganta.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? —pregunté. Notaba cómo me aumentaba la temperatura corporal desde que había llegado. Allá donde fuera Jace, la fatalidad le seguía de cerca.

Se volvió hacia mí y se secó las manos húmedas en los pantalones. Parecía sorprendido.

—He vuelto para averiguar quién mató a mamá, Danny. ¡Y me sorprende un poco que tú no hayas hecho nada al respecto después de encerrarme!

Alcé la voz de inmediato.

—¿Que yo te encerré…? —Suspiré y tomé aire. Había recreado nuestro reencuentro una y otra vez en mi mente durante meses. Esperaba que supiera por qué había llamado a la policía, por qué no había tenido elección—. Te encerré porque tú habrías sido el siguiente, Jace. Habrías ideado algún plan estúpido para vengarte y te habrían matado.

—No soy estúpido —siseó—. Podría haber conseguido…

—¡¿Podrías haber conseguido qué?! ¡¿Encontrar al cabrón que mató a mamá justo ahí?! —Me impulsé para levantarme de un salto. Jace se incorporó casi más rápido que yo—. ¡Tal vez habrías conseguido cabrear más a esos putos matones y lograr que nos mataran a papá y a mí antes de destrozarte a ti!

—¡Que te jodan, Danny! Fuiste tú quien me encerró. Fuiste tú quien me delató. ¡Soy tu hermano! —gritó. Veía el resentimiento en su mirada y en sus puños cerrados.

—*¡Eres mi hermano pequeño!* —grité con más fuerza, alzando las manos, irritado—. Eres mi hermano pequeño. Voy a decírtelo una vez, Jace. No hagas esto. No escarbes en este estropicio. —Lo miré cruzándome de brazos—. Ya he enterrado a mamá y papá. No me hagas coger otra parcela en el cementerio.

—Ni siquiera estuve ahí… para enterrar a mis propios padres. —Se sorbió los mocos y se frotó la nariz. Luego se llevó las manos a la

cintura—. Red vuelve a confiar en mí.

—Jace…

—No, no pasa nada. Tuve la oportunidad de delatarlos a él y a sus chicos cuando estuve dentro, pero no lo hice. Mantuve la boca cerrada. Y Red… confía en mí. Ha vuelto a aceptarme.

—¿No crees que es un poco raro que sea tan indulgente contigo?

Jace se encogió de hombros.

—No delaté a sus chicos cuando estuve encerrado. Se llama lealtad. Algo que tú no conoces.

Me llevé la mano al bolsillo trasero y saqué la cartera.

—Mira, Jace… Aquí tengo doscientos dólares. Podemos ir al banco y sacar más. —Le ofrecí el dinero—. Puedes ir a casa de la abuela en Chicago durante un tiempo. Aclararte las ideas.

—Tengo las ideas claras, Dan.

—No es verdad. —Me acerqué a él y rodeé su cabeza con las manos—. No las tienes claras si piensas por un puto segundo que Red confía en ti. Vete del pueblo, Jace. Por favor.

—Tengo que encontrar al culpable, Danny —susurró con los ojos llenos de lágrimas—. Tengo que encontrar al tío que mató a mamá, y la mejor forma de hacerlo es desde dentro.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes olvidarlo sin más? Ella ya no está. No va a volver.

—¡Porque lo hice yo! —gritó, señalando el punto en el que murió mamá—. Yo soy la razón por la que está… —Se llevó el puño a la boca—. Su sangre, su muerte. Es culpa mía.

—No —negué con la cabeza—. Es culpa del puto enfermo que llevaba esa pistola.

—No tenía que ser así, ¿sabes? —dijo en voz baja—. Yo también tenía que haber ido a la universidad. Papá pensaba que iría.

—Aún puedes.

—Quería volver. Quería volver a tocar con el grupo. Quería estar limpio. Quería detener todo esto.

—Jace…

Se mordió el labio inferior y me dio la espalda. Apoyó los antebrazos encima de la cabeza y juntó las manos.

—Red quiere que pase algunos de sus productos. Es bastante fácil. Los clientes son objetivos fáciles.

—¿Clientes? ¿Qué clientes?

Se giró hacia mí.

—Verás, Danny. Necesito un poco de ayuda. Hay unos chicos en tu instituto que…

—¿Le estás vendiendo a unos chicos? ¿Le estás vendiendo a *mis alumnos?* —Abrí mucho los ojos, horrorizado, y di un paso atrás.

—No soy yo, Danny. Es Red. Me está poniendo a prueba. Quiere comprobar si puede fiarse de mí de verdad. Y me ha dicho que si puedo pasar estas cosas a unos pocos de ellos, me dejará vengarme. Por mamá. Me dirá el nombre del tipo que la mató. Como tú eres profesor en Edgewood, tal vez… tal vez puedes ayudarme a conseguir los nombres de los chicos que las usan.

—Estás como una puta cabra. ¿Te estás oyendo? ¡Lo que hace es utilizarte, Jace! Se está burlando de ti, arrastrándote de un lado a otro como si fueras un juguete. ¿Crees que él no sabía que yo trabajo allí? ¿Crees que no sabe que eso me jodería la vida a mí también?

—¡No lo hará! —prometió y mintió al mismo tiempo.

—Ya lo ha hecho. —Hice una pausa—. No voy a ayudarte. Y si te veo cerca del instituto, haré que te encierren otra vez.

Soltó una risita incómoda.

—Así sin más, ¿eh?

No respondí.

—¿Me encerrarás otra vez por intentar averiguar quién asesinó a *nuestra* madre? —Guardó silencio y dio unas patadas al aire—. Vale. No necesito tu ayuda. Pero si te metes en mi camino, te despellejaré.

—Eres tú quien está intentando vender drogas a los alumnos, Jace. No yo.

—Tienes razón. Tienes toda la razón —dijo—. Pero tú eres quien se está follando a tus alumnas, no yo. ¿Cómo era? ¿Ashlyn? —Apreté los puños y sentí que se me aceleraba el pulso. Él también debió de notarlo—. Ohh, ¿es un tema delicado? Te has puesto rojo y todo.

—Jace —dije fríamente, pero no podía decir nada más.

—No te has equivocado en una cosa, Danny. —Sacó un cigarrillo y un mechero del bolsillo. Se llevó el cigarrillo a la boca y lo encendió. Luego movió los dedos hasta la sien y se dio unos golpecitos—. Estoy como una puta cabra. Así que no me cabrees. De lo contrario os destruiré a ti y a tu alumnita. Me pregunto qué dirían de ella los demás chicos. Ambos sabemos lo duro que puede ser el instituto.

—Jace, si esto es por lo de Sarah… —empecé a advertirle, pero me interrumpió.

—*¡No!* —Su tono se volvió más sombrío—. No la metas en esto. Hablo en serio. Te juro que le arruinaré la vida a tu novia.

Se giró para marcharse y suspiré pesadamente.

—¿Qué pensarían mamá y papá de lo que estás haciendo?

—Bueno —respondió sin darse la vuelta—, creo que estarían orgullosos de mí por acabar algo. Por dar justicia a la muerte de mamá.

Y así, como una enfermedad contagiosa, Jace se abrió paso de nuevo en mi vida. Me había librado de los problemas que causaba. Me había centrado en mi música. Me había centrado en enseñar.

Y de alguna forma, aquí estábamos de nuevo.

* * *

Entré en casa y oí el sonido de una guitarra. Randy estaba sentado en el sofá de la sala de estar, trabajando en una letra nueva. Levantó la cabeza y me preguntó sin dejar de tocar:

—¿Cuándo salió Jace?

—No lo sé, pero aquí está. —Me dejé caer en el sofá y me froté la cara con las manos.

—La verdad es que tiene buen aspecto. Parece limpio.

Era cierto. Siempre sabía cuándo Jace se había drogado: se volvía nervioso, agitado. Pero cuando lo había visto en el cementerio y en el instituto, parecía fuerte. Era el aspecto que tenía antes de empezar a drogarse.

Se había rapado y llevaba un atuendo profesional, seguramente algo que le había proporcionado Red. Pero conocía a Jace. Sabía lo sensible que era en el fondo, lo destrozado que se sentía. Y si la tentación de las drogas estaba ahí, no tardaría en introducirlas de nuevo en su vida.

—¿En qué estás trabajando? —pregunté, cambiando de tema.

Randy cogió un libro y me lo lanzó.

—*Otelo*. Intentaba sacar nuevo material. Pensé que podríamos abrir con esto el viernes en el concierto de The Upper Level. Sé que es un poco precipitado pero…

—Déjame ver la letra.

Me pasó el papel y lo leí de arriba abajo. Randy era un músico y escritor magnífico, así que no me cabía ninguna duda de que la letra sería buena. Pero aquella era más que buena. Era alucinante.

Susurros silenciosos de almas oscuras.
Mi lado humano está descontrolado.
Veo colores sin sentido,
pero en tus ojos, sé que existe la verdad.

Secuestrado, enloquecido, indómito.
Vuelve a mí. Toma mi mano.
Baila. Baila hasta las tierras prohibidas.

—Quería algo un poco más oscuro. Un poco más crudo. Shakespeare tenía muchas caras, ¿sabes?

—Pásame la guitarra —dije.

Empecé a rasguear las cuerdas, sintiendo cómo se movían bajo mis dedos. Cerré los ojos mientras tocaba, y como siempre, allí estaba Ashlyn. La música la acercaba más a mí, y los sonidos daban vida a mi imaginación.

No podía dejar que Jace le arruinara la vida, pero tampoco podía permitir que pensara que no me importaba. ¿Qué podía hacer?

Capítulo 23

Daniel

El aire es denso.
Mi mente está nublada.
Dime que no estamos a punto de perderlo todo.

Romeo's Quest

Los siguientes días en el instituto fueron difíciles. Estaba sumido en un estado de ánimo confuso y hastiado. Casi no dormía porque cuando no estaba pensando en Ashlyn, estaba preocupado por Jace. Podría hacer daño a alguien. Podría hacerse daño a sí mismo. Podría hacer daño a mis alumnos. Podría hacer daño a Ashlyn.

Después de que Ashlyn se pasara la clase sin levantar la vista de la mesa, supe que tenía que hablar con ella e intentar explicarle la situación. Justo antes del almuerzo la vi sentada con ese tal Jake. Había estado a su lado cada día, intentando ganarse su corazón, intentando robarme mi sitio. Pero no tenía que esforzarse mucho. Se lo estaba dando en bandeja. Ni siquiera estaba luchando por ella…

Ashlyn me miró un instante y luego se volvió hacia él y soltó una carcajada. Le tocó el pecho con la mano y él sonrió ampliamente. La

manera como se colocaba el pelo por encima del hombro y le reía las gracias me ponía enfermo. Y la manera como él se acercaba y la divertía me cabreaba.

Él estaba ligando con ella, y Ashlyn respondía positivamente.

Pero la conocía.

Solo estaba coqueteando para ponerme celoso.

Y funcionaba.

Aunque solo buscaba molestarme, sabía que le gustaba la idea en sí. Poder tocarse en público. Algo que yo no podía darle. ¿Qué clase de hombre no podía darle a su mujer el amor que ansiaba, que necesitaba?

Apreté los puños y di un paso, lleno de rabia. No sabía qué iba a hacer, pero tenía que hacer algo. No podía darme por vencido sin más y dejar que él la tuviera. Puede que no hubiera sido nunca mía. Puede que hubiera rechazado la idea de que fuéramos *nosotros* después de meter la pata e ignorarla en un extraño intento de protegerla, pero…

Yo era suyo.

Cada parte de mí.

Cada centímetro de mi ser pertenecía a Ashlyn Jennings.

Y cada vez que se reía de algo que decía Jake, cada vez que tocaba su hombro en vez del mío, una parte de mí se desvanecía. Una parte de mí desaparecía.

—¡Ashlyn! —la llamé. Me miró como si estuviera loco, entrecerrando los ojos—. ¿Puedo hablar contigo sobre tu trabajo?

Le dijo a Jake que lo vería en clase y vino hasta mí.

—¿Qué pasa?

La conduje a mi aula y cerré la puerta detrás de mí. Sin dejar de apretar los puños, me incliné un poco y susurré:

—¿Por qué estás encima de él de esa manera?

Ella se cruzó de brazos.

—No es asunto tuyo —dijo de mala manera. Solté un gruñido y me pasé las manos por el pelo.

—Lo haces para ponerme celoso.

—No estoy haciendo nada —dijo con una sonrisa pícara. Disfrutaba haciéndome perder la cabeza.

—*Sí que…* —Tomé una bocanada de aire y bajé la voz—. Ashlyn… Ahora no es el momento de empezar a comportarte conforme a tu edad.

—¿Me estás llamando infantil? ¡¿A mí?! ¿La única persona aquí que parece saber que la comunicación es lo que hace funcionar las cosas? —Abrió mucho los ojos ante mi comentario y se quedó boquiabierta—. Que le jodan, señor Daniels.

Apoyé las manos en sus hombros, suplicándole con la mirada que me concediera un momento para que pudiéramos ser *nosotros*.

—Ashlyn, soy yo. Daniel. Sigo siendo yo.

Vi que su mirada se suavizaba. Miró al suelo, y cuando levantó la vista, estaba a punto de echarse a llorar.

—Te echo de menos.

Sin pensarlo, apreté mis labios contra los suyos, rodeándole el cuello con la mano. Ella me devolvió el beso. Sus manos aterrizaron en mi pecho. La levanté y la sujeté en el aire contra mi taquilla. Agarré sus pechos a través de la camiseta y oí un gemido que escapaba de su boca y se introducía en la mía cuando empecé a hacer círculos alrededor de sus pezones endurecidos. Sujeté la parte inferior de su camiseta y la deslicé hacia arriba mientras ella me clavaba los dedos en la espalda, empujando mis caderas con las suyas.

Me contuve cuando oí que llamaban a la puerta. Sin pensarlo, abrí mi taquilla y la metí dentro de un empujón.

Se abrió la puerta y vi que Henry asomaba la cabeza, sonriéndome. El corazón me dio un vuelco. ¿Me había visto empujar a su hija?

Joder, había metido a Ashlyn en una taquilla de un empujón.

—Hola, Dan.

Esbocé una sonrisa cansada.

—Henry, ¿qué tal?

—Bien, bien. Me estaba preguntando… ¿Puedo verte en mi despacho rápido? Es sobre Ashlyn.

Sobre Ashlyn. Aquellas palabras resonaron en mi cabeza. El latido acelerado de mis pensamientos era aterrador. Todo mi cuerpo se puso en tensión. *Lo sabe.* Me pregunté si Jace se lo habría contado, si se habría rebajado a ese nivel. Me aclaré la garganta y dije:

—Estoy de guardia en la cafetería.

—No te preocupes —dijo—. Es solo un momento. —Se oyó un sonido fuerte procedente de la taquilla y Henry arqueó una ceja—. ¿Has oído eso?

Empecé a toser con fuerza, intentando tapar el ruido que estaba haciendo Ashlyn.

—¿Si he oído eso? Sí, hay que cambiar una de las bombillas. Últimamente hace un ruido raro, como un zumbido. Bueno, te veo en tu despacho en un segundo.

Frunció el ceño mirando al techo y me dio las gracias y se marchó. Me pasé las manos por la cara, intentando sacudir mis propios nervios del cuerpo. Abrí la taquilla y Ashlyn salió. Me metí las manos en los bolsillos.

—¿Lo sabe? —susurró. Me encogí de hombros.

—Está bien. —Sus ojos verdes se relajaron un poco. Le dirigí una triste sonrisa—. *Estamos* bien.

—No, no lo estamos. Sabes, me he imaginado esta situación antes… —Sacudió la cabeza—. Lo de que casi nos pillen en el instituto. Pensaba que sería *sexy* y una aventura, pero en realidad, acabas de meterme de un empujón en una taquilla.

Mi mente buscó una explicación a toda prisa.

—Lo sé, lo siento. Es que…

—Si descubrieran que tienes una relación con una alumna, habría problemas —murmuró—. Soy tan idiota.

—Ashlyn…

—Es culpa mía. Vivo en mis libros. Había idealizado todo. Pero lo cierto es que no tiene nada de romántico ser el secreto de alguien.

—Movió sus largas pestañas y cambió el peso de una pierna a otra —. No puedes hacer esto. No puedes volver a traerme aquí a tu clase.

—¡Lo sé! —exclamé un pelín demasiado alto, pero el corazón me latía agresivamente en el pecho. Quería golpear algo porque estaba muy confundido. Odiaba que no pudieran vernos juntos. Odiaba que, cuando estábamos juntos, mirara a otras parejas que iban de la mano con una mueca de envidia. Odiaba toda nuestra situación.

Fui al despacho de Henry, donde ya estaba esperándome, y cerré la puerta tras de mí. Se sentó detrás de su escritorio y se aclaró la garganta. Lo primero que noté fue la foto de Ryan y su hermana en el escritorio. Ashlyn y Gabby no estaban en ninguna parte.

—Gracias por venir… —Sonaba nervioso. Mucho más nervioso de lo que lo estaría un padre si supiera que su hija está liada con un profesor. No lo sabía. Joder, no lo sabía—. Quería pedirte un favor.

Levanté una ceja y me recosté en la silla.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Bueno, como ya sabes… —Cogió una foto enmarcada que tenía delante de él y se quedó mirándola. Cuando volvió a dejarla en la mesa, vi que era una foto de las gemelas. Habían estado allí todo el tiempo, de cara a Henry—. Ashlyn es hija mía. Lo ha pasado muy mal tras la muerte de su hermana…

—Lo siento mucho —susurré, y lo decía de corazón.

Se aclaró la voz. Le costaba hablar.

—Gracias. Pero la cuestión es que la madre de Ashlyn tiene que ocuparse de unos asuntos propios y necesita espacio. Por eso Ashlyn vino a vivir conmigo. Su madre, Kim, acaba de llamarme para decirme que ha llegado una carta de la universidad a la que Ashlyn quiere ir, en California. Le piden otra carta de recomendación. Ha sufrido tanto…

California.

Oía la palabra una y otra vez en mi cabeza. Se me impregnó en la piel, aplastándome con la verdad que conllevaba.

Asentí lentamente, ardiendo en deseos de salir corriendo de su despacho para buscar a Ashlyn y abrazarla. Quería decirle que no podía irse. Que podía quedarse conmigo. Que cuando acabara el instituto, podríamos estar juntos. Pero no podía. Henry siguió hablando.

—Y puede que sea pedir mucho pero… creo que no podría sobrellevar otra decepción. Sería demasiado. Quiero contarle lo de la carta esta semana. Pero, solo si te ves capaz, ¿crees… crees que podrías escribirle una carta de recomendación? No tienes por qué hacerlo, de verdad. Es solo que necesito que en sus altibajos haya más altos que bajos.

Apoyé las manos en el filo del escritorio. ¿Podía escribirle una carta para ayudarla a entrar en la universidad de sus sueños en California? Se me secó la garganta y noté que me ardían los ojos. Pestañeé varias veces, deseando gritar: «¡No! ¡No puede ir! ¡No puede dejarme!».

Cerré los ojos, y cuando volví a abrirlos, dije que sí. Accedí a ayudar a Ashlyn a alejarse de allí para vivir su propia vida.

—Sería un honor.

* * *

Al volver al comedor, vi que Ashlyn me estaba mirando. Suspiró aliviada al ver que todo iba bien con Henry. Mis pies me condujeron hasta su mesa, donde estaba comiendo con Ryan y Hailey.

—Eh, señor D., ¿va a comer con nosotros? —bromeó Ryan.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Ah, no. En una escala del uno a inapropiado… eso se saldría del gráfico. —Ashlyn se rio al oír mi comentario, y eso me hizo sentir que todo iba bien. Echaba tanto de menos ese sonido—. Ashlyn, tengo que llevarte al despacho del subdirector. —Hailey preguntó por qué, pero no tenía respuesta—. No lo sé. Solo me ha pedido que te lleve.

—A lo mejor Henry ha visto el chupetón. —Ryan sonrió.

Vi como Ashlyn se sonrojaba y se peinaba el pelo con los dedos para cubrirse el cuello. Se levantó de la silla, cogió la mochila y me siguió hasta que salimos del comedor.

—Sígueme —le susurré.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Me giré y vi su mirada confusa. Sus ojos mostraban curiosidad y tristeza.

—¿Confías en mí?

Suspiró, y sus bonitos labios formaron una sonrisa.

Pero no me siguió.

Caminaba junto a mí, y nuestros pasos estaban perfectamente sincronizados.

Bajamos por una escalera que nos condujo a otra hasta llegar al sótano. Aquel lugar estaba en completo silencio, salvo por el sonido de las tuberías y los armarios que contenían los cuadros eléctricos. Fuimos a una esquina oscura donde había unas cuantas puertas sueltas apoyadas sobre una zona cerrada.

Levanté la puerta que bloqueaba la entrada a esa zona y la aparté. Ashlyn bajó el libro que llevaba apretado contra el pecho y entramos en el espacio cerrado.

—¿Qué quería Henry? —preguntó.

Dudé sobre si contárselo. No quería decírselo, porque en cuanto lo hiciera, California se convertiría automáticamente en una elección.

—Has… —*Mierda*—. ¿Has solicitado plaza en una universidad de California? —pregunté.

Abrió mucho los ojos y me dio la espalda. Empezó a temblar de los nervios.

—Universidad de California del Sur. Gabby me convenció para que la solicitara. No pensé que me aceptarían. —Al volverse hacia mí, su largo pelo rubio flotó en el aire—. ¿Estoy dentro?

Entonces la vi. La expresión de puro júbilo en su cara. Sus ojos color jade parecían sonreír.

Puede que Gabby la hubiera convencido para hacerlo, pero era su sueño.

—Necesitan otra carta de recomendación —dije con voz ahogada. Pareció decepcionada—. Ashlyn, eso es genial. ¡Están interesados! —Quería que volviera a alegrarse. Me gustaba cuando sonreía—. ¡Es estupendo!

Esbozó una sonrisa. Era incapaz de contener su alegría.

—Es estupendo, ¿verdad? ¿Y tú qué tienes que ver con esto?

—Quiere que yo escriba la carta.

—¿Y lo harás? —preguntó nerviosamente.

—Claro que sí.

—No lo hagas porque… —Señaló el espacio que había entre nosotros—. No lo hagas por lo que sea que hay entre nosotros. Hazlo solo si crees que me lo merezco.

Me crucé de brazos y sacudí la cabeza.

—Dejando a un lado los sentimientos y nuestra situación… te lo mereces. Trabajas duro, y tienes un talento enorme. Te lo mereces.

Bajó la cabeza.

—¿Qué te está pasando, Daniel? ¿Qué nos está pasando?

Se merecía una respuesta, pero no estaba seguro de tener una buena.

—Cuando descubrí que eras alumna mía… me volví loco. —Suspiré—. Entonces apareció mi hermano Jace y mi mundo se derrumbó… y ahora te veo con otros chicos y eso me mata, Ashlyn. Me mata que lo hayas pasado tan mal y yo no pueda darte consuelo ni abrazarte. Me mata que haya otra gente que sí pueda consolarte y abrazarte.

Me escuchó tranquilamente y colocó la mochila y el libro en el suelo. Vino hasta mí y me cogió las manos. Rodeé su pequeño cuerpo con los brazos y la atraje hacia mí, inhalando su olor, su champú de fresa, su perfume. *A ella*.

—Estoy tan enfadada contigo —susurró contra mi pecho. Sonreí un poco.

—Lo sé. Yo también estoy enfadado conmigo mismo.

Levantó la cabeza y me miró.

—No, solo estoy enfadada contigo porque sé que estás intentando protegerme de algo. Pero no necesito que me protejas.

—No sé qué hacer, Ash. Todo es un desastre.

—Cuéntamelo. Compártelo conmigo.

Suspiré apretándola entre mis brazos.

—Te mereces mucho más que esconderte en los sótanos de un instituto. No mereces ser el secreto de alguien, Ashlyn. Mereces ser el estribillo de la canción favorita de alguien. Mereces ser la dedicatoria de su libro favorito. Y ahora mismo… Ahora mismo, no puedo ofrecerte eso. Te mereces la oportunidad de vivir el último año de instituto de forma normal. Y yo estoy complicando las cosas.

Se apartó de mí y frunció el ceño.

—Para, ¿vale? —Me miró con los ojos llenos de lágrimas—. Deja de decirme lo que merezco. Lo que es bueno para mí. Lo que es mejor para nuestra situación. Me da igual todo eso. —Las lágrimas le rodaban por las mejillas—. No hay nada normal en mi vida. Tengo una gemela muerta. Mi madre me repudia. Por Dios, hasta Hemingway me parece terapéutico. Y tú… ¡tú tocas en un grupo que basa las canciones en Shakespeare! Tu madre fue asesinada y actuaste en un concierto siete días después de que muriera tu padre. *No. Somos. Normales.* No quiero un último año de instituto normal. *Te quiero a ti.* Si he aprendido algo en los últimos meses, es que la vida es una mierda, Daniel. Es una mierda. O sea, es despiadada, y no tiene remordimientos. Es oscura y cruel. Pero a veces es tan bonita que destruye toda esa oscuridad dentro de ti con luz. Estaba tan sola… —Hizo una pausa y se dio unos golpecitos rápidos en el labio inferior—. Estaba tan sola antes de llegar al bar de Joe. Y entonces te sentaste en el escenario y me cantaste. Me diste luz en mis días más oscuros. Pero nunca te abres a mí. Nunca me dejas entrar.

Me acerqué a ella y pasé los pulgares por debajo de sus ojos.

—Venía de vuelta de Chicago cuando te vi por primera vez. Fui a pasar unos días con mi abuela, para asegurarme de que estaba bien después de la muerte de mi padre. Me senté en ese tren, a punto

de derrumbarme. Entonces levanté la vista y vi esos ojos verdes y supe que, de alguna forma, todo iría bien. —Cuando levantó la cabeza hacia mí, rocé sus labios con los míos—. Tú no me diste luz, Ashlyn. Tú *eres* la luz.

Me dirigió una de sus sonrisas perfectas y se echó a reír.

—De todas formas, lo normal está sobrevalorado. Que dejen paso a los bichos raros y los marcianos. —Hizo una pausa—. No tengo por qué ir a California. Puedo quedarme aquí contigo cuando acabe el instituto. Puedo ir a un centro formativo superior y podemos arreglar tu casa. Podemos estar juntos.

Bajé la cabeza y me aclaré la garganta. ¿Qué estoy haciendo? Sabía que estaba enviándole las señales equivocadas, sabía que estaba confundiéndola. Pero no la había llevado al sótano para que nos reconciliáramos. Pensé en la nota que me había dado Gabby, y en las amenazas de Jace. Y ahora estaba planteándose renunciar a su sueño por mí.

—No podemos seguir haciendo esto, Ashlyn —susurré.

Abrió mucho los ojos, sorprendida por mis palabras.

—¿Qué?

—No puedo seguir viéndote. —Me pregunté si mis palabras le estaban haciendo tanto daño como me lo hacían a mí.

—¿Qué haces, Daniel? —preguntó, apartándose de mí—. ¿Me has traído aquí abajo para… para romper conmigo? —Se le humedecieron los ojos, pero no se permitió llorar.

No respondí. Sentía que si pronunciaba esas palabras, albergarían más verdad de lo que estaba dispuesto a aceptar.

—¡Dilo! —aulló acercándose a mí. Me dio un empujón en el pecho—. ¡Dilo! ¡Di que no quieres estar conmigo!

—Ashlyn —dije ahogándome. Estaba haciéndolo. Estaba rompiéndola.

Empezó a llorar y a temblar.

—¡Di que ya no me deseas! ¡Dilo! —gritó golpeándome el pecho. A cada golpe, una parte de mí moría. Y con cada puñetazo, una parte de ella desaparecía.

La cogí de las muñecas y la atraje hacia mí para abrazarla.

—*Te dejé formar parte de mi mundo* —sollozó contra mi cuerpo, golpeándome con los puños—. Te dejé entrar en mi mundo y ahora tú me abandonas.

—Lo siento mucho —dije abrazándola. Intentaba consolarla, pero me parecía inútil, ya que era yo quien le estaba haciendo daño —. Te quiero tanto.

—No. —Se liberó de mis brazos—. No puedes hacer eso. No puedes hacerme daño y abrazarme al mismo tiempo, Daniel. —Inhaló profundamente y se secó las lágrimas que aún le caían de los ojos—. Y es la primera vez que dices esas palabras. No puedes decirme que me quieres y romperme el corazón. Así que di lo que tienes que decir. Dilo y me iré.

Tomé aire y miré al suelo. Cuando levanté la vista, vi su mirada de odio. Exhalé.

—Estoy rompiendo contigo, Ashlyn.

Dejó escapar un débil gemido y entonces palideció. Por un momento, su cuerpo se estremeció. Entonces se giró hacia la salida y se alejó.

—Vete a la mierda, Daniel.

Capítulo 24

Ashlyn

No te creas las mentiras.

Romeo's Quest

¿Qué clase de persona rompe con alguien después de darle falsas esperanzas? Necesitaba una ducha fría para calmarme, porque me había estado hirviendo la sangre durante todo el día. Fui al baño a echarme agua, pero me detuve cuando oí la voz de Henry dentro.

—Lo sé… No, no lo sabe. ¡Kim, da igual! Se queda aquí.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Kim.

¿Kim, mi madre?

—Vale, sí. Adiós.

Se hizo el silencio y entonces se abrió la puerta. Al verme se sobresaltó.

—Ashlyn, ¿qué haces?

—¿Desde cuándo usas el baño de arriba, Henry?

Pasó a mi lado y se encogió de hombros.

—Rebecca estaba en el de abajo.

—Ah. —Busqué cualquier rastro de emoción en su lenguaje corporal. Nada—. ¿Y por qué estabas hablando con mamá?

Se volvió hacia mí. Le dio un tic en el labio y miró de un lado a otro.

—La Universidad de California del Sur está interesada en admitirte como alumna. El señor Daniels va a escribir una carta de recomendación para ayudarte a entrar.

—¡No cambies de tema! ¡Y no quiero su ayuda! —grité como una niña pequeña. Sentí mi instinto de amargura adolescente martilleando mis emociones. A Henry debió de sorprenderle mi respuesta. Parecía perplejo.

—Cálmate, Ashlyn.

No podía. Era como si el mundo entero intentara empujarme hacia el abismo, y yo quería saltar. ¿Cómo era capaz mamá de llamar a Henry pero no a mí? ¿De no mandarme un mensaje siquiera?

—¡No voy a calmarme! Estoy cansada de que todo el mundo intente ayudarme cuando yo no pido ayuda. Vosotros no sabéis qué es lo mejor para mí. No quería venir a vivir aquí. No quería ir a tu estúpido instituto. No quería tener nada que ver contigo. ¿Por qué no podéis hablar conmigo sin más? ¡Tengo diecinueve años, no cinco! ¡Soy una adulta, joder! ¡Me estáis arruinando la vida! —Me fui corriendo, hecha un mar de lágrimas, y cerré la puerta de mi habitación de golpe.

Hailey estaba sentada en su cama con un paquete de pañuelos al lado. Había estado enferma los últimos días, y tenía la nariz más roja que nunca.

—Ashlyn, ¿qué pasa?

Antes de que pudiera responder, se abrió la puerta y entró Henry.

—Hailey, Ashlyn y yo tenemos que hablar.

—¡No quiero hablar contigo! —exclamé, sintiendo como las lágrimas me quemaban la cara. Me dejé caer en la cama y grité contra las almohadas—. ¡No entiendo por qué ninguno de vosotros me dice la verdad! ¡Que alguien se abra a mí!

—Está en rehabilitación, Ashlyn.

Sus palabras sonaron como si estuvieran empapadas de una pesada carga de culpa. Levanté la vista, con los ojos rojos, confundida. Hailey cogió sus pañuelos con los ojos muy abiertos.

—¿Eh? ¿Qué dices, Ryan? ¿Que me necesitas? Voy enseguida. —Pasó torpemente junto a Henry y desapareció.

—¿Qué? —murmuré. Tenía el estómago encogido. Me agarré tan fuerte a la almohada que estaba casi segura de que el relleno se saldría por la presión. Pestañeé rápidamente, intentando controlar mis pensamientos—. ¿Qué quieres decir con que está en rehabilitación?

Los pies de Henry se hundieron en la moqueta al avanzar hacia mí.

—Empezó a beber bastante más cuando supimos que Gabby estaba enferma.

—Lo tenía controlado —susurré. Él negó con la cabeza.

—No, no es verdad. En el funeral me dijo que se había apuntado en un programa de tres meses. Saldrá para Navidad. Ashlyn, que vinieras aquí no tiene nada que ver con que tu madre no te quiera. Fue idea suya porque quería convertirse en la madre que mereces.

Una oleada de rabia me recorrió el cuerpo.

—¡¿Y su idea fue mandarme con alguien a quien ni siquiera le importa dónde esté?! ¡Podría haberme quedado con Jeremy! ¡Él ha sido un padre más de lo que lo has sido tú nunca! —Saboreé en mi boca la crueldad de mis palabras. Me odié por gritárselas a Henry, pero era el único que estaba allí. Y siempre había sido tan fácil culparlo por todo lo malo que me había ocurrido en la vida.

Henry se aclaró la garganta y tragó saliva.

—Tiene gracia. Estabas suplicando que la gente hablara contigo, que se abriera a ti porque eres una adulta. Y cuando te enfrentas a la realidad de la edad adulta, te conviertes en la niña de cinco años que niegas ser.

Sabía que tenía razón, pero odiaba que la tuviera. Sí que era esa niña dolida de cinco años. Cada pensamiento que se me cruzaba por la mente se basaba en la idea de hacer daño a Henry. Porque él

me había hecho daño al tener razón. ¡No quería que tuviera razón! ¡Quería que fuera el padre vago que se había largado!

—¡Al menos yo no soy infiel!

Sus ojos se volvieron vidriosos y retrocedió unos pasos, sorprendido.

—Estás castigada. —Sus palabras no tenían sentido. ¿Podía castigarme? ¿Tenía ese derecho?

—Esta noche voy a salir. —Me crucé de brazos y me senté muy erguida.

—No. No vas a salir. Mientras vivas aquí, seguirás mis reglas. ¡Estoy harto, Ashlyn! —Cuando levantó la voz, me dieron escalofríos —. Estoy harto de esta actitud. Estoy harto de la culpa. Estoy harto de sentir que no puedo preguntarte a dónde vas porque podrías enfadarte. Estoy harto de todo. Es cierto, no estaba ahí cuando eras pequeña. No estaba ahí cuando más me necesitabas. Metí la pata. Pero, ¿ahora? Ahora no puedes hablarme como te dé la gana. Ahora mando yo.

—Pero…

—Nada de peros. La semana que viene irás a misa, al instituto y volverás a casa. Y así cada día. No hay más que hablar. Cenamos dentro de una hora.

—¡NO. TENGO. HAMBRE!

—¡ME. DA. IGUAL! —Se marchó apresuradamente, dejando la marca de sus huellas en la moqueta y cerrando la puerta de golpe. Grité contra la almohada de pura rabia.

* * *

Me senté a la mesa mientras todos rezaban sus oraciones. La silla plegable todavía me hacía daño en las piernas, y me removí incómoda en ella. Ryan se inclinó hacia mí.

—¿Cambiamos de sitio?

Rechacé su oferta. Me lo preguntaba prácticamente cada vez que comíamos.

—Amén —murmuraron.

Henry estaba sentado enfrente de mí, así que procuré no mirar en su dirección. Odiaba la idea de estar en la misma habitación que él. Ni siquiera sabía por qué estaba allí. ¡Levántate! ¡Vete! ¡Márchate! Mi cerebro me gritaba que saliera corriendo y gritara «¡que te den!» a Henry, pero mi corazón era estúpido, y en ese momento gritaba más fuerte que mi cabeza.

Una parte de mí se alegraba de que el muy idiota me castigara. Nunca había parecido tan padre como en ese momento.

—Ashlyn, he oído que estarás castigada un tiempo —dijo Rebecca sin emoción mientras comía su cena.

Miré los guisantes de mi plato y los empujé hacia el borde.

—Supongo.

—Bueno, tendrás compañía. Ryan también está castigado.

Ryan se apartó de la mesa de golpe, haciéndola temblar.

—¡¿Qué?! ¡¿Y yo qué he hecho?!

La voz de Rebecca era tranquila como de costumbre.

—¿Qué no has hecho, Ryan? He oído que estuviste en una fiesta la semana pasada.

Ryan se quedó boquiabierto y puso los ojos en blanco.

—¿En serio? ¿Me estás castigando porque estuve en una fiesta? ¡He ido a cincuenta fiestas este año!

—No, te estoy castigando por las drogas que he encontrado en la colada.

Miré rápidamente a Hailey, que se había quedado inmóvil. Ryan parecía totalmente confundido. Cuando se giró hacia Hailey, su expresión se suavizó y suspiró al darse cuenta de que eran de su hermana.

—Vale. Estoy castigado. Vaya cosa. —Se pasó las manos por el pelo y permaneció tranquilo. No sabía que podía querer más a Ryan hasta que lo vi asumir la culpa de su hermana pequeña.

—Todo el mes. —Rebecca estaba siendo muy dura, y el odio en su tono me hizo estremecerme—. O mejor dos meses.

—¡¿Qué problema tienes?! —gritó Ryan, alejándose más aún de la mesa—. En serio. ¡¿Qué coño te he hecho yo?!

—Vigila el tono. —Su madre estaba enfadada, pero parecía como si aquello no tuviera nada que ver con las drogas que había encontrado.

—¡¿Para qué?! Incluso si vigilara el tono e hiciera todas las cosas de «chico bueno» que quieres que haga, seguiría sin ser suficiente para ti. Por el amor de Dios, dilo y ya está. ¡Di que me culpas por la muerte de papá y entonces tal vez por un día consigas dejar de actuar como una auténtica zorra! —Las palabras salieron de su boca tan rápido como la bofetada que le propinó Rebecca.

Henry se levantó, aturdido, y se interpuso entre los dos.

—¡Ya está bien! ¿Vale? ¡Vamos a calmarnos todos! —Rebecca intentó esquivar a Henry, pero él la sujetó.

—Eres un niño desagradecido que no sabe lo mucho que le he ayudado. ¡Yo te salvé, Ryan! —Las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—¡¿Salvarme?! Estás loca.

Hailey se levantó de golpe de la silla.

—Las drogas son mías.

Se hizo el silencio y Rebecca se echó a reír.

—No encubras a tu hermano, Hailey.

—No lo estoy encubriendo. —Se volvió hacia su madre y palideció—. Theo me las dio. Pensé que ayudarían a nuestra relación porque quería acostarme con él antes de que se fuera a la universidad. Me dijo que me querría si yo probaba lo que le gustaba.

Rebecca abrió mucho los ojos, horrorizada. Se frotó los laterales del cuerpo con las manos y empezó a caminar de un lado a otro. Luego se quedó inmóvil y sacudió la cabeza.

—¡Esto es culpa tuya! —gritó a Ryan—. ¡Has… has sido un mal ejemplo para tu hermana con tus maldades!

—¡Rebecca! —rugió Henry, mirándola como si fuera un monstruo.

—¡Es verdad! ¡Mató a su padre y ahora está intentando matar a su hermana!

—¡Cállate! —grité, incapaz de contenerme tras oír las palabras odiosas que acababa de escupirle a Ryan.

La tensión llegó al punto más alto de la noche.

Ryan dejó caer los hombros, consternado ante las palabras de su madre. Empezó a aplaudir lentamente, con una sonrisa triste en la cara.

—Y ahí lo tenéis, amigos. —Hizo una reverencia y salió por la puerta principal, cerrándola de golpe tras de sí.

Nos quedamos todos inmóviles. Las odiosas palabras que se habían pronunciado resonaban en las paredes.

—¿Cómo has podido? —susurró Hailey—. La muerte de papá ya lo había destrozado. Le aterraba que tú le culparas.

Siguió a Ryan, y yo también me apresuré a ir al porche delantero.

Estaba allí sentado, con la caja de cigarrillos falsos en la mano, golpeándola contra su rodilla.

—Estoy bien, chicas.

Nos sentamos en el porche junto a él. El aire frío del invierno nos golpeaba la cara. Hailey tenía la nariz roja y se sorbía los mocos, y Ryan la rodeó con los brazos, intentando hacer que entrara en calor. Pero no sorbía por el frío. Era por las lágrimas.

Aquella noche, los tres encendimos un cigarrillo falso. Por los sufrimientos pasados y los dolores presentes.

Capítulo 25

Ashlyn

Nunca pierdas de vista las cosas que tienen sentido.

Romeo's Quest

Llegó diciembre, y trajo consigo una nevada considerable. Ryan y Rebecca no se habían dirigido la palabra desde la gran pelea. Habían pasado semanas desde que había visto a Ryan darse unos golpecitos en la pierna con la cajita de cigarrillos falsos.

Jake celebraba una fiesta esa noche, y a mí no me apetecía nada ir, pero iba por Ryan, que no había dejado de hablar de nuestros carnets falsos desde que los consiguió. Además, necesitaba salir una noche, aunque técnicamente estaba castigado.

También estaba mi gran problema, que no parecía tan grande teniendo en cuenta todo lo que había pasado, pero en mi corazón era gigantesco.

Echaba de menos a Daniel. Odiaba echarlo tanto de menos, pero así era. A veces lloraba en la ducha. Otras veces lloraba contra la almohada. También lloraba porque estaba segura de que él no lloraba por mí.

Antes de ir a casa para encontrarme con Hailey y Ryan para ir a la fiesta, pasé por la biblioteca para devolver unos libros y saqué otro para leerlo en una esquina en casa de Jake.

Mientras buscaba mi siguiente lectura, oí que me llamaban por mi nombre.

—¿Ashlyn?

Levanté la vista y encontré una cara familiar que me dio ganas de llorar aún más, porque estaba relacionada con Daniel.

—Hola, Randy. ¿Cómo estás? —susurré, esperando no llamar la atención de la bibliotecaria.

Apoyó la espalda contra la estantería y vi que las novelas se tambaleaban un poco. Se me hizo un nudo en la garganta al imaginar toda esa cantidad de páginas de historias cayendo al suelo.

—Bien. —Levantó un libro—. He venido a buscar material para las canciones. Hace tiempo que no te veo. ¿Os habéis peleado Dan y tú?

No. Era más una situación del tipo «no eres tú, soy yo».

—Ya no estamos juntos.

Randy pareció sorprendido.

—¡¿Qué?! No me había dicho que hubierais roto.

El corazón se me removió en el pecho.

Eso me había dolido.

—Ya, bueno… —Le dirigí una sonrisa cansada. Tenía un mal sabor de boca estando allí con Randy. No quería hablar con él sobre Daniel, y mucho menos sobre el hecho de que Daniel no estuviera pensando en mí.

Randy se cruzó de brazos y se inclinó hacia mí.

—Creo que me has malinterpretado, Ashlyn. Cuando Dan lo pasa mal, no habla de sus cosas. Se cierra. Y desde que sus padres murieron, tú has sido lo único que ha logrado hacer que se abriera de nuevo. ¿Es por el tema de ser profesor y alumna?

Lo miré. ¿Cómo sabía eso? Pensaba que Daniel no quería contárselo a nadie.

—Creo que no deberíamos hablar de esto. —Por primera vez desde que lo había conocido, lo miré de verdad. El pelo despeinado le caía sobre la frente. Sus labios finos se curvaban solo a medias cuando sonreía, y sus ojos eran más oscuros que una cueva.

Randy entrecerró esos ojos color cueva y frunció los labios.

—Ashlyn, ¿estás bien? Tienes pinta de estar a punto de desmayarte.

Las rodillas estuvieron a punto de fallarme, pero apoyé la mano en la estantería para mantener el equilibrio.

—Estoy bien.

Señaló con el pulgar la salida de la biblioteca.

—Puedo llevarte a casa en coche si lo necesitas.

—No, no pasa nada. —Miré a mi alrededor, sintiendo una gran ansiedad. Volví a mostrarle una sonrisa forzada—. Tengo que irme.

—Sí —dijo, levantando sus libros—. Yo también. Actuamos esta noche. Cuídate, ¿vale?

Cuidarme. Sí, claro.

* * *

Al volver a casa de Henry cerca de las cuatro y media, me encontré a Hailey llorando en los escalones mientras Ryan daba vueltas por el césped nevado.

—¿Qué ocurre? —pregunté al acercarme a la casa.

Ryan se echó a reír cuando me vio. Levantó las manos en el aire con una sonrisa enorme en la cara.

—¡Soy una estadística con patas! —gritó corriendo hacia mí.

Le sonreí brevemente, sin saber de qué hablaba, pero me encantaba su naturaleza excesiva.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mientras lo observaba saltar sin parar. Me cogió las manos y empezó a darme vueltas, obligándome a saltar arriba y abajo. No pude evitar reírme—. ¡¿Qué diantres pasa, Ryan?!

Su risa impregnó el aire y se inclinó para agarrarse el abdomen.

—Mi madre me ha cogido el móvil y ha encontrado todos los mensajes de texto. ¡Los mensajes de los Tonys! ¡Joder! Me ha maldecido, ha rezado por mí, y luego me ha echado. ¡Tengo dieciocho años, soy gay, y vivo en el coche de mi hermana pequeña! —Sonrió ampliamente y se volvió hacia Hailey, que no paraba de llorar—. Gracias otra vez por las llaves, Hailey.

Dejé de reírme, pero él siguió y siguió.

—Dios mío, Ryan, eso no tiene gracia…

Le caían lágrimas por la cara y movía la cabeza de un lado a otro, riéndose aún más fuerte.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Pero si dejo de reírme, tendré que aceptar lo jodido que es todo. Y tendré que aceptar que tengo esta bendita necesidad de dejar de respirar. En la última hora ha habido tantos momentos en los que he deseado dejar de hacerlo. Así que, por favor…

Siguió riéndose, pero esta vez oí el miedo en cada carcajada, y el dolor en cada destello de luz. Sonreí con tristeza y me reí. Me reí con él mientras me daba vueltas en círculos. Le hice un gesto a Hailey para que nos acompañara, y tenía las manos empapadas de lágrimas, pero nos cogió de las manos y dio vueltas con nosotros. Riéndonos por lo bajo, riéndonos a carcajadas. Al cabo de un rato, empezaron a dolerme las costillas, pero no paré, porque si paraba, tenía la sensación de que Ryan se desplomaría en el suelo y sus pulmones se rendirían.

Y necesitaba desesperadamente que respirase.

Solo que respirase.

* * *

—No vamos a ir a la fiesta —dije al sentarme en el asiento del conductor del coche de Hailey. Ryan estaba decidido a ahogar sus penas, pero yo tenía la fuerte sensación de que eso era lo peor que podía hacer.

—Sí que vamos —replicó.

—No, no vamos.

—Mi madre acaba de echarme de casa. Esta noche me voy de fiesta.

Hailey vino al coche con una maleta llena de cosas de Ryan. La dejó en el asiento trasero y luego se metió ella.

—Solo he cogido unas cuantas mudas, porque esto es temporal. —Hizo una pausa y nos miró a Ryan y a mí—. Todo esto es temporal, ¿verdad?

Ryan me miró y luego miró la casa.

—Deberías volver dentro, Hailey —dijo con un suspiro.

—¿Qué? ¡Ni hablar! ¡Mamá está como loca! —gritó levantando las manos, exasperada—. No voy a dejarte.

Ryan se giró para mirar a su hermana y rodearle la cabeza con las manos.

—Yo tampoco voy a dejarte. —Se acercó a ella y le besó la frente —. Ahora vete dentro, porque eres demasiado buena para Theo. Y demasiado buena para dejar a mamá esta noche.

—Pero la odio —dijo frunciendo el ceño.

—Ah, no la odies por los problemas que hay entre nosotros. —Ryan se echó a reír—. Ve a decirle que eres budista, y entonces podrás odiarla por su reacción.

Hailey soltó una risita y Ryan le secó las lágrimas.

—Cuando cumpla los dieciocho, me escaparé contigo y con Ashlyn.

—Nos mudaremos a California. Puedes hacerte profesora de yoga. Ashlyn será una autora de éxito, y yo seré un prostituto en el Hollywood Boulevard.

De nuevo, su hermana se echó a reír, y vi que él sonreía. Hailey se incorporó.

—O todo o nada, ¿no?

Ryan le dio un golpecito a su hermana en el hombro.

—Vete a casa, Hails.

Ella suspiró y asintió. Abrió la puerta y le sonrió a su hermano.

—Te quie…

—Ro —terminó su hermano.

—Ashlyn, ¿me prometes que cuidarás de él?

Se lo prometí.

Henry salió de la casa después de que Hailey entrara. Me miró y me hizo un gesto con la mano.

—Ahora vuelvo, Ry.

Salí del coche y me acerqué a Henry, cruzándome de brazos.

—¿Qué diablos ha pasado? —susurré, dándole la espalda a Ryan.

Henry tenía los ojos cansados. Se frotó la nuca.

—Rebecca… ha… —Bajó la cabeza—. ¿Cómo está Ryan?

—Todo lo bien que puede estar, supongo.

Henry se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes.

—Tengo trescientos. Dáselos a Ryan para que pase el fin de semana. Le buscaré un apartamento.

Cogí el dinero de Henry y asentí.

—No va a cambiar de opinión, ¿verdad?

—Lo culpa de la muerte de su padre. —Se frotó la barba canosa —. Esto no tiene nada que ver con que Ryan sea gay. Es porque Rebecca no ha llegado a enfrentarse a sus propios demonios. Habría encontrado cualquier otra excusa para echarlo.

Sabía lo que era que te echaran cuando necesitabas a alguien. Pensé en mi madre y en su elección de mandarme a casa de Henry. Luego me di cuenta de lo afortunada que era de tener un lugar adonde ir. Ryan no tenía nada ni a nadie.

—Quédate cerca de él, ¿vale? Y mantenme informado —dijo Henry.

—Sí, vale. —Retrocedí hasta el coche y luego me detuve—. Gracias, Henry. Por ayudarle.

Esbozó media sonrisa y entró en casa.

Volví al coche, me subí y me preparé para conducir.

—¿A dónde, compañero?

Ryan sonrió, se desplomó en el asiento y colocó los pies en el salpicadero. Entre los dedos llevaba el carnet falso.

—¡A la tienda de licores!

* * *

Recorrimos los pasillos de la tienda de licores, llenando el carrito con todo lo que se le antojaba a Ryan.

—No nos harían falta ni los carnets falsos —dijo Ryan—. El año pasado le hice al cajero su primera mamada.

No sabía si reír o llorar, así que no hice nada.

Cuando giramos la esquina para ir a buscar el vino, se detuvo. Había una pareja mayor delante de nosotros, y Ryan se quedó sin habla.

Al verlo, la pareja se quedó muy sorprendida.

—Ryan —dijo la señora con una sonrisa burlona. Miró nuestro carrito lleno de alcohol, pero trató de ocultar su preocupación—. ¿Cómo estás, querido?

Era preciosa. Pelo rubio a la altura del hombro, y los ojos marrones más dulces que hubiera visto. Sobre su pequeña figura descansaba un chaquetón de marinero.

A Ryan se le humedecieron los ojos.

—Me alegro de verlos, señor y señora Levels.

El hombre sonrió como lo había hecho su mujer.

—Avery te nombró la semana pasada. Iba a llamar para preguntar cómo esta…

Ryan lo interrumpió, inclinándose sobre el carrito.

—Estoy bien. Todo va bien.

El hombre asintió y frunció el ceño.

—Me alegro de verte. Si alguna vez necesitas algo, llámanos, ¿vale?

—Vale. Gracias. Ha sido un placer verles.

La señora Levels se acercó a Ryan, le dio un abrazo y le susurró algo al oído. Cuando se separaron, los dos estaban llorando.

—Usted también, señora Levels —dijo Ryan, sonriendo.

La pareja se alejó sin cuestionar que estuviéramos comprando alcohol. Sin cuestionar nada de nada.

—¿Quiénes son?

—Los padres de Avery. —Suspiró y siguió empujando el carrito. Se pasó el dedo por debajo de la nariz mientras se sorbía los mocos.

Cogimos las botellas, volvimos al coche y fuimos directamente a casa de Jake.

Pero ninguno de los dos tenía muchas ganas de fiesta.

Capítulo 26

Ashlyn

Mejorando cada día.
Digo con mentiras contra mi gusto.

Romeo's Quest

—Hace unos meses me dijo que quería salir del armario. Que no le importaba lo que dijera la gente. Me dijo que me quería y que le daba igual quién lo supiera. —Ryan soltó una risita y engulló otro chupito de vodka. Estábamos los dos sentados, apoyados en una pared.

La botella que tenía en la otra mano estaba casi vacía, y yo planeaba quitársela en cualquier momento. Había una pareja enrollándose a un metro de nosotros y la música tronaba por toda la casa. Aquel era el último lugar que necesitábamos Ryan y yo.

Avery dobló la esquina, y cuando vio a Ryan, percibí los pedazos rotos que formaban sus almas perdidas. A Avery le tembló el labio antes de darse la vuelta y marcharse. Ryan se giró hacia mí con los ojos humedecidos. Le temblaban las piernas.

—Le dije que no estaba preparado para eso, para salir del armario. Pero él quería decírselo a sus padres igualmente. El

resultado fue un montón de lágrimas, abrazos y comprensión. Joder, odio las familias comprensivas que te abrazan y se echan a llorar. A mí que me den los bichos raros disfuncionales. —Sonrió, pero yo miré más allá de su sonrisa y oí el dolor en sus siguientes palabras —. Lo echaron de catequesis porque unas cuantas personas de la iglesia lo descubrieron. Sus padres buscaron una iglesia nueva. Luego rompí con él. Porque me asustaba quererle, y no quería perder a mi madre. Lo quiero tanto que tan solo respirar me recuerda a él. Así que a veces aguanto la respiración e intento hacer que pare. Intento evitar ser así. —Sollozó con más fuerza. Su dolor se incrementó—. Quiero que pare esta mierda.

—Ryan… —Empecé a llorar porque me sentía totalmente inútil. Le quité la botella y el vaso de chupito y se los di a una persona que pasaba por ahí, quien los cogió sin rechistar.

Ryan se incorporó y giró la cabeza hacia mí. Me pasó los dedos por el pelo y sus ojos azules continuaron llorando. Se acercó a mí y presionó sus labios contra los míos, rodeándome con sus brazos. Yo no lo rechacé. Teníamos los labios cubiertos de lágrimas saladas.

—Haz que desaparezca, Ashlyn. Arréglame —susurró besándome sin parar.

—No puedo arreglarte, Ryan —dije—. No estás roto.

Siguió llorando un rato, temblando sin poder controlarse. Yo también lloraba, porque llorar solo siempre es de lo más deprimente.

* * *

—Nos vamos a casa —le susurré al oído. Ryan se echó a reír.

—¡¿A qué casa?! ¡Vivo en un coche!

Fruncí el ceño y le di un beso. Él asintió y se levantó tambaleándose a causa del alcohol.

—Quédate aquí. Voy a por nuestros abrigos.

Fui a la habitación de Jake y cuando abrí la puerta me encontré más gente enrollándose. Vaya sorpresa. Empecé a rebuscar entre

los abrigos apilados en la cama, y cuando me giré para volver con los nuestros, me encontré a Jake. Tenía los ojos rojos, el pelo despeinado, y estaba segura de que en su camiseta había más trozos mojados de cerveza derramada que secos. Pero, de alguna forma, parecía tan amistoso como siempre.

—¡Eh! ¡No te he visto en toda la noche! Pensaba que te habías perdido otra de las estupendas fiestas de Jake Kenn. —Me dirigió una dulce sonrisa y me dio un golpecito en el hombro. Hice lo posible por parecer contenta.

—Sí. ¡Ha estado genial! Pero tengo que llevar a Ryan a casa… —*¿A qué casa?*— Gracias por invitarnos.

—No hay nada que pueda hacer para gustarte, ¿eh? —espetó Jake. Mal momento. Debió de notar el impacto que me habían causado sus palabras—. Perdona. Estoy borracho y colocado, así que soy un poco directo.

—Jake, eres un gran amigo… —empecé a decir, pero él se rio.

—Pero…

Me encogí de hombros.

—Pero le presté mi corazón a alguien, y todavía no me lo ha devuelto.

Dio un largo suspiro y alzó las manos en el aire.

—No puedes culparme por no intentarlo.

Me reí y le di un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Jake.

—No va a devolvértelo, ¿sabes? Tu corazón. —Miró al suelo—. Porque cuando alguien consigue un corazón como el tuyo, se lo queda para siempre.

Para siempre.

Qué expresión más aterradora.

Salí de la habitación y vi a alguien que había deseado no volver a ver nunca.

—Jace —susurré para mis adentros. El hermano de Daniel estaba con un grupo de chavales. Tenía una bolsita de pastillas. Por cada pastilla que les daba, cogía otra para él.

Empecé a marearme. Notaba la cara caliente.

Levantó la vista y nuestras miradas se encontraron. Se me encogió el corazón y me di la vuelta rápidamente para buscar a Ryan. Le metí los brazos en el abrigo a toda prisa.

—Hora de irse. *Ya*.

* * *

Tal vez era una locura, pero no me importaba. Ryan necesitaba un lugar donde quedarse. Nos quedamos sentados en el coche enfrente de la casa de Daniel. Todavía no había vuelto a casa, pero me imaginé que llegaría pronto. El concierto debía de haber terminado hacía un rato.

Ryan se reclinó en el asiento del pasajero.

—Así que tú y el señor Daniels estáis…

—Estábamos —dije con un suspiro.

—Y el chupetón era…

—Suyo. —Volví a suspirar.

—Y rompió…

—Conmigo.

Esta vez fue Ryan quien suspiró.

—Será idiota. ¡¿Ha visto tus pechos?!

Sonreí al oír su comentario.

Apareció el Jeep de Daniel y las luces iluminaron nuestro coche. Me bajé para que pudiera ver que era yo. Detuvo el coche de inmediato y salió a toda prisa para encontrarse conmigo.

—Ashlyn, ¿qué… qué ocurre? ¿Estás bien? —Vio mis ojos hinchados y los tocó con los dedos. Me estremecí ante el tacto. Me rodeó con sus brazos como si no hubiéramos roto—. ¿Estás herida?

Negué con la cabeza.

—Es que… necesito tu ayuda. —Ryan salió del coche y sentí el miedo de Daniel a través de su cuerpo. Se tambaleó, invadido por una sensación de enfado.

—Ashlyn, ¿qué has hecho? —Hablaba en tono bajo, y su voz estaba llena de pánico.

Ryan levantó las manos como si se rindiera.

—No se preocupe, señor D. No vengo con malas intenciones. —Luego se rio—. ¡Joder, te acuestas con nuestro profesor!

—*¡Ryan!* —grité, lanzándole una mirada desaprobadora. Él siguió riéndose. Me volví hacia Daniel—. Está borracho.

—No me digas. ¡Por Dios! ¿Pretendes que nos pillen?

—Venga ya, Daniel. ¡Solo se lo he dicho a una persona! ¡Tú no tuviste ningún problema en contárselo a Randy! Así que estamos empatados.

—¿Qué dices? ¿Cómo sabes que se lo conté a Randy? —Me miró entrecerrando los ojos. Esos ojos azules tan bonitos. No. Espera. *No le mires a los ojos*. Seguía odiándole.

—Da igual. Total, ya no estamos juntos. —Hice una pausa—. ¿Puede quedarse aquí Ryan?

—¿Qué? —preguntó, confundido ante mi comentario repentino.

Tenía que admitir que estuve a punto de sonreír al ver su confusión, pero entonces recordé la razón por la que Ryan necesitaba un lugar donde quedarse. Informé a Daniel de nuestra situación y observé como su desconcierto se transformaba en una incredulidad absoluta.

—¿Qué va a hacer? —susurró, mirando a Ryan, que había llegado al porche. Me encogí de hombros—. Esto no es justo, Ash… —Guiñó los ojos, y cuando sus ojos azules miraron los míos, quise llorar—. Porque sabes que haré cualquier cosa por ti.

—Salvo quererme. —Solté una risita nerviosa. Él abrió la boca para protestar, pero no le di la oportunidad—. Mira, puedes negarte, ¿vale? Sé que puedes perder tu trabajo por hacer esto.

—Creo que perderé mucho más si no lo hago. —Daniel se encaminó hacia el porche y abrió la puerta principal—. Ryan, hay una habitación libre bajando por el pasillo a la izquierda. Vete a la cama.

Ryan sonrió y dio un golpe a Daniel en el brazo.

—Siempre me ha gustado, señor D. No lo digo en plan gay… —Se rio. Luego juntó el pulgar y el dedo índice—. Bueno, puede que un poquito sí.

Y con eso, Ryan entró a trompicones en la casa. Daniel señaló con la cabeza la puerta principal.

—Vamos. Hace mucho frío fuera.

No me moví.

Daniel me miró sorprendido. Levanté la cabeza para mirar la nieve que caía sobre nosotros. Di un paso hacia él.

—Esto no significa que haya dejado de odiarte. Te odio.

—Lo sé.

Di otro paso pequeño.

—Pero me gustas un poco por dejar que se quede esta noche.

En lugar de «odiar» quería decir «querer». Y en lugar de «un poco», quería decir «mucho».

Capítulo 27

Ashlyn

Encuentra una manera de estar mejor.
O encuentra una manera de estar bien.
Elijas lo que elijas, me mantendré al margen.

Romeo's Quest

Al entrar en la casa, no pude evitar sonreír cuando Daniel y yo fuimos a ver a Ryan.

—Giró a la derecha en vez de a la izquierda —susurró Daniel mirando a Ryan, que estaba dormido en su habitación—. Tú puedes dormir, si te parece, en la habitación de invitados.

—Dormiré en el sofá —dije.

Por supuesto, se negó. Fue a buscarme unas cuantas mantas y almohadas extra. Me dejé caer en la cama un instante. Tenía todo el cuerpo dolorido, cansado. Cogí el móvil y mandé un mensaje a Henry. Él ya me había enviado unos cuantos, pero hasta el momento no había podido responder.

Yo: Estamos a salvo. Estamos a cubierto. Estamos bien.

Henry: Gracias a Dios. Mañana te llamo. Buenas noches, Ash.

Yo: Buenas noches.

Unos minutos después, Daniel volvió a entrar en la habitación para colocar las almohadas y las mantas encima de la cómoda.

—Deprisa, sígueme —dijo. Sus ojos brillaban como brasas azules —. Tengo algo para ti.

Entrecerré los ojos, pero lo seguí. Me condujo por el pasillo hasta que nos detuvimos delante del baño. Abrió la puerta y dio un paso atrás.

—Un baño —dijo señalando con la cabeza—. Randy tenía unas bombas de baño raras en el armario. Cada semana intenta convencerme para que me dé un baño con aceites esenciales para desestresarme—. Se echó a reír, pero luego frunció el ceño—. He sacado una de mis camisetas y unos pantalones cortos para que puedas utilizarlos como pijama. Están encima del lavabo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué estás siendo tan amable conmigo?

No me respondió enseguida. Frunció el ceño, buscando en su mente las palabras adecuadas.

—No confundas mi distanciamiento con indiferencia. Es exactamente lo contrario. —Me condujo al interior del baño y cerró la puerta, dejándome dentro. Apoyé la mano contra la puerta cerrada y cerré los ojos.

—¿Sigues ahí? —susurré. Un débil gemido escapó de mis labios cuando no obtuve respuesta.

—Sigo aquí.

Suspiré y me quité la ropa. Me acerqué a la bañera y vi unas margaritas pequeñas flotando sobre las pompas.

—Daniel —susurré, llevándome la mano al pecho.

Metí los dedos en el agua caliente, y luego dejé que todo mi cuerpo se sumergiera en el agua llena de burbujas. Estaba caliente, pero no quemaba. Cada vez que me movía, creaba ondas en el agua.

Giré la cabeza hacia la puerta del baño al oír el sonido de una guitarra. El corazón me dio un vuelco cuando la voz de Daniel atravesó la puerta.

La eternidad siempre me asustó porque nunca llegaba.

Perdí todos mis miedos cuando susurró su nombre.

Era imposible luchar contra las lágrimas que me caían por la cara. Su voz sonaba tan dulce y tan lejana. Pero, al mismo tiempo, sentía las palabras en mi corazón, en mi alma.

El mundo gira más rápido,
pero ella detiene el tiempo.
No sé cómo, pero necesito que sea mía para siempre.
La perdí por carreteras equivocadas.
La perdí por secretos no desvelados.
La perdí, y con ella, me perdí a mí mismo.
Por favor, que alguien me ayude en esta búsqueda
para encontrar
encontrar, encontrar, encontrar
a mi Julieta.

Recosté la cabeza contra la bañera y relajé el cuerpo completamente. Él siguió rasgando las cuerdas de su guitarra. Una sensación cálida de paz me inundó al recordar cómo Gabby tocaba la guitarra para mí cuando estaba triste y agobiada.

Me habría gustado que tocara para Ryan. El pobre tenía la mente hecha un lío, y sabía que tardaría un tiempo en recuperarse.

Me froté los dedos, que después de una hora se habían convertido en pasas. Me levanté y observé cómo el agua goteaba por mi cuerpo. Me envolví en la toalla que estaba encima del tocador. Luego me miré en el espejo.

—Te echo de menos, Gabby —suspiré. Aún veía su reflejo dentro de mis ojos.

Me desenredé el pelo con los dedos y cogí la goma mojada que llevaba en la muñeca para hacerme un moño. Me sequé el cuerpo con la toalla y empecé a vestirme. Los pantalones de Daniel me quedaban demasiado grandes, pero al mismo tiempo eran

perfectos. Cuando desdoblé la camiseta, los recuerdos me golpearon.

Vi que le faltaba una manga y sonreí al recordar la primera noche, cuando Daniel la había cortado para mí. Había muchas cosas que no me estaba contando. Muchos secretos que me ocultaba.

Pero al fin y al cabo, dejando al margen aquel drama, seguía siendo el chico que había ayudado a una chica en la oscuridad.

Cuando abrí la puerta, me encontré con Daniel, que me sonrió. La guitarra estaba apoyada en la pared.

—Deberíamos hablar —dije.

Él asintió y se metió la mano en el bolsillo. Sacó la navaja de su padre y se acercó a mí. Arqueé una ceja, pero él siguió sonriendo. Con cuidado, cortó la otra manga de la camiseta.

—Hablaremos. Te lo prometo. Pero ahora… —Cogió la manga y me la puso entre las manos—. Ahora Ryan te necesita.

Miré el pasillo en dirección al sonido de un débil sollozo. Se me encogió el estómago y bajé la cabeza.

—¿Qué le digo?

—No tienes que decirle nada. Solo tienes que estar ahí con él.

Avancé lentamente, asustada por mi amigo. Cuando entré en la habitación, lo vi derrumbándose. Lloraba contra la almohada, perdiéndose entre las sábanas.

Me acerqué a él y me metí en la cama. Me miró con los ojos rojos y cansados. Le ofrecí la manga de la camiseta y él frunció el ceño. Cogió la manga y lloró contra ella, a fondo, dolorosamente, sinceramente. Lo rodeé con los brazos y lo atraje hacia mí. Sus lágrimas me empaparon y apoyó la cabeza en mi hombro.

—No pasa nada, Ryan —mentí, esperando que algún día mis mentiras fueran verdad—. Estás bien. Estás bien.

Estás bien.

Capítulo 28

Daniel

Intentaré que vuelvas a aceptarme.
He metido tanto la pata que entendería
que ni siquiera quisieras mi amistad.

Romeo's Quest

Iba a resultarme completamente imposible conciliar el sueño. Ashlyn y Ryan se habían dormido por fin alrededor de las tres de la mañana. Eran las cuatro. Estaba junto al fregadero, vaciando una botella de vodka. En la encimera había otras tres botellas vacías de whisky, ron y whisky escocés.

Todo lo que le había pasado a Ryan esa noche era peligroso. Cada emoción que había sentido era mortífera. Lo último que necesitaba era despertarse en mitad de la noche y encontrar una manera de intentar ahogar los ruidos de su cabeza.

Había visto que papá ahogaba sus problemas de la misma manera. Lo último que quería era ver a Ryan tomar el mismo camino oscuro. Era un buen chico. Algunos de los trabajos que había presentado en clase mostraban lo perdido que estaba, pero

también lo valiente que era. Solo esperaba que pudiera mantener esa valentía.

Levanté la cabeza de golpe cuando oí que se abría la puerta trasera. Entró Randy, seguido de cerca por Jace, que llevaba una mochila. Cuando Randy me vio, entrecerró los ojos.

—Dan, ¿qué haces levantado todavía? —Al ver las botellas vacías en la encimera, me miró confundido—. ¿Qué ocurre?

Suspiré. Miré a Jace, que tenía los ojos rojos y estaba sudando. Ni siquiera llevaba abrigo a pesar del aire frío de fuera. Me cabreó cómo jugueteaba con los dedos y parpadeaba con fuerza.

Volvía a drogarse.

Randy notó mi consternación.

—Me lo encontré caminando por las calles en Edgewood. No podía dejarle, ya sabes…

Jace se acercó a la mesa de la cocina, sacó una silla y dejó caer la cabeza en la mesa. Randy frunció el ceño y avanzó hacia mí.

—Hablaba sin parar de un tal Red. Danny, no estará vendiendo otra vez, ¿verdad? —No respondí. Mi silencio era suficiente respuesta—. Mierda. —Randy arrugó la frente.

—Randy, déjame solo con mi hermano unos minutos —dije con la voz cargada de ira. Él asintió y salió de la cocina.

Jace levantó un poco la cabeza y se rio.

—Joder. No me des una de esas charlas de hermano mayor, «me has decepcionado, Jace». Ahórratelo, por favor. —Volvió a reírse—. Por cierto, vi a tu novia en la fiesta. Es *sexy*, ¿eh?

Cerré las manos en un puño y di un golpe en el fregadero.

—¿A cuántos de mis alumnos has vendido droga esta noche? ¿O te la has tomado toda tú solo?

—Que te jodan, Danny —murmuró Jace, bajando la cabeza.

Sí. Que me jodan. Me acerqué a él y cogí la mochila, lo cual le hizo incorporarse de un salto.

—¡Suéltala! —gritó, intentando quitármela.

Puse los ojos en blanco. Sabía que Jace no podía contra mí cuando estaba en plena forma, así que la idea de que lo intentara

estando drogado era casi cómica. Lo senté en la silla de un empujón antes de que pudiera pestañear.

Abrí la mochila y dentro encontré montones de bolsas llenas de pastillas.

—¡Joder, Jace, eres tan imbécil! —grité, acercándome al fregadero. Había estado caminando por la calle, completamente colocado, con una mochila llena de droga. Era evidente que no estaba en sus cabales.

—¡Ni te atrevas! —chilló Jace. Se levantó rápidamente de la silla y la tiró al suelo.

Puse en marcha el triturador de basura y vacié una de las bolsas en el fregadero.

—¡Estás loco, Danny! ¡¿Sabes cuánto vale eso?! —gritó agarrando su mochila—. ¡Red me va a matar! ¡Me va a matar, Danny! ¡Por tu culpa!

—No… Esto es obra tuya, Jace. ¡No tienes derecho a culparme a mí! —Llené un vaso de agua y se lo tiré a la cara—. ¡Despierta, Jace! ¡Despierta de una puta vez!

Escupió a mis pies.

—Vete a la mierda.

—Sal de aquí.

—¡También es la casa de mis padres! —Se tambaleó pero no llegó a caerse—. ¡Puedo quedarme si quiero!

Le agarré el brazo y lo arrastré hasta la puerta trasera. Entonces lo saqué de un empujón.

—Puedes quedarte en el cobertizo. Pero te lo juro por Dios… si vuelves a traer esa mierda a casa de mamá y papá, haré que te arresten.

Movió los dedos con nerviosismo por su cuerpo y sacudió la cabeza de lado a lado.

—Espero que lo hayas pasado bien con tu alumna, porque si me pillan, también os pillarán a vosotros.

Cerré la puerta de golpe, dejé escapar un grito y tiré de una patada el cubo de basura.

—¡Maldita sea! —exclamé, pasándome las manos por la cara. Al levantar la vista vi a Ashlyn en la entrada de la cocina. Sus ojos estaban llenos de miedo y preocupación—. ¿Has conocido a mi hermano Jace drogado? —Me reí con sarcasmo. Ella frunció el ceño.

—Ojalá no lo hubiera hecho. —Vaciló un poco—. Te ha chantajeado, ¿verdad? ¿Para que te mantengas alejado de mí?

—Iba a destruir tu reputación, Ashlyn…

Avanzó hasta mí y me acarició la mejilla. Luego se puso de puntillas y me dio un beso largo y profundo. Rodeé su cuerpo con uno de los brazos.

—Vamos a la cama —sugirió.

—Ashlyn —empecé a protestar, pero ella puso un dedo contra mis labios.

—No. Ahora no. No vamos a buscar soluciones todavía. No voy a llorar, y tú no vas a rumiarlo todo. No voy a preocuparme por Ryan y tú no vas a estresarte pensando en Jace. Vamos a ir a la cama. Voy a poner uno de tus CDs. Vas a apagar las luces. Nos desvestiremos el uno al otro. Nos meteremos debajo de las sábanas. Y tú le harás el amor a cada centímetro de mi cuerpo, mente y espíritu hasta que salga el sol dentro de unas horas. Cuando amanezca, buscaremos soluciones. En la oscuridad simplemente nos aferraremos el uno al otro.

No sabía lo mucho que la quería. Las palabras no podían expresarlo, así que me prometí a mí mismo que usaría el lenguaje corporal para demostrarle el amor que sentía por ella. La querría de todas las maneras y estilos posibles. La querría en la cama, contra la pared, en la cómoda. La querría lentamente, profundamente, con agresividad. La querría con risas, con tristeza y con alegría hasta que el amanecer bailara contra nuestro alféizar.

* * *

Se acercó a mi colección de CDs, sacó uno y lo puso en el reproductor. Cuando apretó el botón de inicio, sonreí al oír la música de mi grupo en los altavoces.

—¿No has podido encontrar nada bueno? —Me reí.

Su cuerpo se movía en una danza hipnótica. Observé cómo seguía el ritmo, respondiendo a los sonidos. No tardé en tener la sensación de que la música formaba parte de Ashlyn. Se agarró la parte inferior de la camiseta y la levantó un poco, enseñándome su piel perfecta.

Fui a apagar la luz, pero ella negó con la cabeza.

—Déjala encendida.

La dejé encendida.

—¿Jugamos al juego de Shakes? —preguntó.

Me eché a reír y dejé caer la cabeza.

—¿En serio? ¿Ahora mismo?

Ella sonrió ampliamente y asintió. Arrugué la frente.

—Porque lo único que quiero es arrancarte la ropa y hacerte el amor una y otra vez —repliqué.

Volvió a sonreír ante mi comentario. Vi que se lo pensaba por la forma como le brillaron los ojos. Se pasó la lengua por el labio inferior y negó con la cabeza.

—Juego de Shakes.

El juego de Shakes era un juego que se había inventado Ashlyn. Solo había unas pocas reglas. Regla número uno: una persona cita algo de una obra de William Shakespeare. Regla número dos: la otra persona debe adivinar a qué obra pertenece. Si el segundo jugador acierta, el primero se quita una prenda. Si no acierta, permanece vestido hasta la siguiente ronda.

Nos pusimos uno enfrente del otro. Su cuerpo aún se balanceaba, y sus labios esbozaban una bonita sonrisa. Se levantó la camiseta seductoramente hasta más arriba del ombligo.

—«Los cobardes mueren muchas veces antes de su verdadera muerte; los valientes prueban la muerte solo una vez.»

Sonreí frotándome la barbilla.

—*Julio César.*

Siguió subiéndose la camiseta por encima de sus bonitos pechos hasta sacársela por la cabeza. La camiseta aterrizó en el suelo entre

nosotros. Me miró arqueando una ceja. Llevaba un sujetador rosa.

Por un momento me quedé mirando sus impresionantes curvas. Ashlyn Jennings era una diosa. Y yo no era más que un hombre, completamente sobrepasado por mi hermosa diosa. No me cabía duda: mi única labor en esta vida era amarla.

—Daniel. —Se rio, ruborizándose bajo mi mirada.

—«Si la música es el alimento del amor, tocad».

Se quedó pensativa y se pasó las manos por los laterales del cuerpo, arriba y abajo. Sentí cómo me apretaban los pantalones al observar sus dedos tocando su cuerpo.

—*Noche de reyes* —dijo con sencillez.

Me quité la camiseta y la tiré al suelo. Oí que se le escapaba un gemido al mirarme. Sus ojos parecían sedientos, y me prometí que cumpliría su deseo. Se mordió el labio inferior, y yo ardí en deseos de abrazarla muy fuerte, pero esperé pacientemente.

—«Hablad bajo si habláis de amor» —citó de *Mucho ruido y pocas nueces*.

Cuando le di la respuesta, asintió dos veces. Deslizó los dedos por dentro de los pantalones cortos y sacudió las caderas hasta que se deslizaron por sus piernas. Usó los dedos para colocarlos en la pila de ropa, que cada vez era más grande.

—«Mi generosidad es tan ilimitada como el mar, y mi amor tan profundo. Cuanto más te doy, más tengo, pues ambos son infinitos». —Me identificaba con las palabras más de lo que ella podría imaginar. Se le humedecieron los ojos y se llevó las manos al corazón—. No llores. —Sonreí.

Se rio y encogió los hombros cuando una lágrima le rodó por la mejilla.

—Lloro mucho. Aprende a aceptar eso de mí. —*Acepto*. Sus labios se abrieron y dejó escapar un suspiro—. *Romeo y Julieta.*

Me desabroché los pantalones, pero ella levantó un dedo para detenerme. La miré extrañado. Vino hasta mí de puntillas y me agarró los pantalones. Los deslizó por mis piernas, inclinándose cada vez más a medida que bajaban los pantalones. Sus labios

aterrizaron en el filo de mis calzoncillos y empezó a darme pequeños besos.

Sentía su aliento caliente contra mi piel. Mi cuerpo reaccionó al contacto, y respondió aún más cuando sacó la lengua y me bajó los calzoncillos un poco. Su lengua bailó alrededor de mis caderas, moviéndose arriba y abajo, aumentando mi deseo por ella. *Solo por ella.*

—Ash… —murmuré. Me encantaba cómo me conocía. La rodeé con los brazos y la levanté en el aire. Miré sus ojos verdes y acerqué mis labios a los suyos. Deslicé la lengua dentro de su boca y la suya bailó con la mía.

Le rodeé la cintura con las manos y la apoyé contra la pared. Gimió cuando presioné mi cuerpo contra el suyo. Sus braguitas rozaron mis calzoncillos y gritó cuando empujé su cuerpo con las caderas. Las suyas se movían contra mi cuerpo una y otra vez, haciéndome gemir dentro de su boca.

—¿Me quieres? —exhaló pesadamente.

—Sí. —Suspiré contra su cuello y deslicé los dientes contra su piel.

—Enséñamelo. —Se bajó las braguitas. Luego me quitó los calzoncillos—. Enséñame cómo me quieres.

Le rodeé la espalda con las manos y le desabroché el sujetador, que cayó al suelo. Puse la mano en su cadera derecha y le levanté la pierna para colocarla contra mi pecho. Ella me rodeó el cuello con los brazos. Presioné mi erección contra su cuerpo y ella gritó de placer.

—Te quiero lentamente —dije, entrelazando las manos debajo de sus muslos. La penetré, adorando la forma como ella me invitaba. Abrió la boca de golpe y yo me detuve hasta que ella se sintiera cómoda conmigo dentro—. Te quiero profundamente. —Le levanté la otra pierna y la puse alrededor de mi cadera, soportando todo su peso. Acerqué la boca hasta el lóbulo de su oreja y susurré mientras lo mordisqueaba—: Te quiero silenciosamente. —La empujé con las caderas. Mi respiración se volvió pesada, hambrienta—. Te quiero

poderosamente. —Dejó caer la cabeza contra la pared. Había pasado de respirar a jadear—. Te quiero incondicionalmente.

Mis labios descendieron hasta su pecho para besarlos, lamerlos, chuparlos. Le rocé el pezón izquierdo con los dientes y entonces empecé a mover la lengua rápidamente sobre él antes de chuparlo. Me encantaba la manera como gemía mi nombre. Sus movimientos aumentaron a medida que la embestía.

—Te quiero con dulzura y con dureza, despacio y rápido. Antes y después del tiempo. —La agarré por la nuca y la llevé a la cama, donde la tumbé conmigo aún dentro—. Te quiero porque nací para hacerlo. —Nuestras caderas se movían en armonía. Nuestros cuerpos se estaban convirtiendo en uno. Su amor daba vida a todo mi ser.

Antes de conocerla, no sabía lo que era vivir. Después de conocerla, nunca sabría lo que era morir.

Nuestros cuerpos alcanzaron un éxtasis completo aquella noche una y otra vez. Hicimos el amor entrelazando los dedos sobre el colchón. Nuestros corazones latían con fuerza contra el pecho.

Nada más importaba en el mundo. Silenciamos todos los problemas en esa habitación aquella fría noche de diciembre. Bloqueamos todo sonido, todo dolor.

Continué amando a la señorita Jennings hasta que nuestros ojos se cerraron para descansar.

Y entonces la amé en mis sueños.

Capítulo 29

Ashlyn

Te escribiré cuando estés sola
si tú me escribes cuando esté asustado.
Y te querré incluso cuando solo quede desesperación en el mundo.
Nuestro amor vive.
Nunca muere.
Siempre vuela, siempre vuela.

Romeo's Quest

Me entristeció ver el sol. La luz diurna señalaba que había que enfrentarse a la realidad. No estaba segura de estar preparada para eso. Moví mi cuerpo desnudo entre las mantas y cerré los ojos una última vez. Permití a mi mente recordar la noche anterior con Daniel. Lo segura que me había hecho sentir, lo liberador que había sido cuando me había querido.

El sonido de mi móvil me hizo abrir los ojos de nuevo. Había recibido un mensaje de texto. Me incorporé en la cama y me froté la cara. Miré el hueco de la cama a mi lado. *Sigue aquí*. Me sentía bien al saber que aún estaba allí, durmiendo tranquilamente. Observé su

respiración durante un rato, la manera como su pecho subía y bajaba entre las sábanas.

Ring. Ring. Ring.

Me incorporé más en la cama al oír que llegaban otros tres mensajes seguidos. Me levanté y fui hasta la cómoda que había junto a la cama. Entonces me quedé sin aliento.

La caja de cigarrillos falsos de Ryan.

Estaba al lado de mi teléfono. La cogí con cuidado, como si algo horrible pudiera pasar si se rompiera entre mis dedos.

La abrí, y dentro había una nota. El mundo empezó a dar vueltas. No podía leerla.

Volvió a sonar el móvil. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Daniel, despierta —susurré en voz demasiado baja. Él no se movió—. *Daniel* —dije más alto, incapaz de moverme—. ¡Despierta!

Ring.

Daniel se dio la vuelta y me encontró temblando con la caja en las manos. Sabía que tenía que leer los mensajes, pero no podía. Tenía miedo. Se levantó de golpe cuando vio mi mirada de preocupación.

—¿Qué pasa?

—Algo va mal —murmuré. Empecé a temblar todavía más, y el miedo se hizo más fuerte.

—Cariño… —Puso las manos sobre mis hombros—. Cuéntamelo.

—Mira mi móvil —supliqué.

Extendió el brazo para coger el teléfono y me rozó el abdomen. Cuando lo abrió, vi cómo sus ojos estudiaban las palabras.

—Son de Henry y Rebecca.

—Léemelos, por favor.

—Ash, Rebecca quiere que volváis los dos a casa —dijo—. Ash, ¿dónde estás? —Hizo una pausa—. Ashlyn, soy Rebecca. Por favor, dile a Ryan que venga a casa… —Otra pausa—. ¿Por qué no respondéis ninguno de los dos? Por favor, por favor. He llamado quince veces. Tráeme a mi niño a casa, por favor… —De nuevo, una pausa—. Ashlyn, ¿estáis bien? Estamos preocupados…

Los mensajes continuaban. Rebecca quería que volviera a casa. Le había dado vueltas a la cabeza al irse a dormir y se había dado cuenta de su error.

Pero ¿y si se había dado cuenta demasiado tarde?

—Se ha ido —grité. La caja tembló en mi mano.

Daniel me miró, confuso por mi reacción.

—Ash… no pasa nada. Quieren que vuelva. —Me pasó los dedos por el pelo y me besó la frente, pero yo sabía que no podía ser optimista.

—No, algo no va bien.

Seguí llorando, consciente de que algo iba mal, sintiéndome de la misma manera como me había sentido cuando Gabby…

Parpadeé con fuerza. No podía pensar en eso.

—Tenemos que vestirnos —ordenó Daniel.

Salió de la habitación y volvió con la ropa que llevaba el día anterior. Yo no podía moverme de la cama. Empezó a vestirme, poniéndome cada pieza de ropa, una a una. Cada vez que añadía una prenda, la situación se me antojaba más pesada.

Fuimos al otro lado del pasillo y, por supuesto, la cama de Daniel estaba vacía.

—Se ha ido, Daniel. Sé que se ha ido. —No respondió. Cuando miró por la ventana en dirección al patio y vio que el coche de Hailey ya no estaba, se le cortó la respiración. Cogió una mochila que estaba abierta en el porche delantero.

—¿Llevaba dinero? —exclamó Daniel.

Mi mente se paralizó, confundida. Él repitió la pregunta, esta vez con más dureza.

—Henry le dio trescientos dólares…

—Jace… —murmuró antes de salir corriendo en dirección al cobertizo.

Yo lo seguí a toda prisa. Abrió las puertas de par en par y entró en el barco, sin detenerse para respirar. Cogió el dinero que estaba en la cubierta. Trescientos dólares. Su hermano estaba durmiendo y Daniel empezó a sacudirlo.

—¡Jace! Te lo juro por Dios, si has hecho tú esto…

Jace abrió los ojos y se revolvió.

—¿Qué coño haces?

—¡Le has vendido a un niño! ¡A *mi alumno,* Jace! —Le tiró la mochila vacía a la cara. Empezó a arderme la cara. Notaba las piernas entumecidas. El estómago se me encogió—. El accidente de Sarah no fue culpa tuya. La muerte de mamá no fue culpa tuya. ¡Pero te juro por Dios que si le pasa algo a ese chico, tú serás el culpable! ¡Tú serás el culpable, Jace!

Jace se incorporó, sin saber muy bien dónde estaba.

—¿De qué coño hablas? Danny, yo no he hecho nada…

—Tenemos que irnos —dijo Daniel. Me agarró del brazo y tiró de mí para salir del cobertizo—. Si muere, Jace… ¡Si muere, será culpa tuya! ¡Será culpa tuya!

¿Si muere?

Volví a echarme a llorar.

Porque sabía que ya estaba muerto.

Capítulo 30

Ashlyn

#56. Déjalo marchar.

Ashlyn,

Anoche oí al señor Daniels discutir con su hermano por un asunto de drogas. Le cogí unas pastillas al tipo. Por favor, dile que le he dejado el dinero.

Quería despertarte, pero parecías feliz a su lado. Él parecía más feliz. No dejes que esa felicidad desaparezca. Si hay alguien que la merece, eres tú.

¿Puedes quemar la cajita por mí? Ya no necesito ese recordatorio.

Por favor, dile a Hailey que sigo aquí.

Siempre aquí.

Ryan

Capítulo 31

Ashlyn

Las estrellas explosionaron y entonces nací yo.
Por favor, llámame Tony.

Ryan Turner

El titular de la noticia era un eco de la de su padre.

Ryan Turner, hijo de Rebecca Turner, muere en un terrible accidente de coche en el cruce de la avenida Jefferson con la calle Pine.

A veces la historia se repite.
Esa noche, las almas gritaron tanto en la Tierra como en el cielo.

Capítulo 32

Ashlyn

No importa lo que sientas.
Solo debes saber que los sentimientos son reales.

Romeo's Quest

El funeral fue como cualquier otro. Triste, doloroso y envuelto en desesperación. Rebecca estaba en una esquina, hablando con el cura, y Henry estaba saludando y dando las gracias a los invitados que iban apareciendo. Y eran muchos, porque vino la mayor parte de nuestra clase.

Eché un vistazo a mi alrededor y vi a Avery en pie junto a Hailey, cubierto de lágrimas. Hailey lo abrazó pero no se atrevió a decirle que todo iría bien.

—Hola a todos. Soy el padre Evans. Podemos entrar; creo que estamos listos para que empiece el servicio.

Me alisé el vestido negro que había llevado al funeral de Gabby, y me enorgullecí de no haber llorado en lo que llevaba de día. Había vertido tantas lágrimas en la habitación del hospital, en el coche y en casa. Así que me prometí que haría lo posible por ser la persona

fuerte en la iglesia. Cuando los demás se derrumbaran, yo sería fuerte por ellos.

Comenzó el servicio y se vertieron muchas lágrimas. Estaba sentada entre Hailey y Rebecca, en el primer banco. Rebecca no había hablado mucho desde el accidente, pero me senté allí, apretándole la rodilla, y ella no paraba de mover la pierna. Hice lo posible por interpretar sus emociones. Debía de sentirse culpable por haber echado a Ryan. Por haberlo aislado de semejante modo. Debía de desear que hubiera sido ella la que fuera en el coche en lugar de su hijo. Debía de estar muerta por dentro.

Pero la culpa no ayudaba a nadie.

No ese día.

Llegó el momento de que la gente dijera unas palabras sobre Ryan y la breve vida que había vivido en este planeta, y muchos se levantaron. Algunos hicieron bromas, mientras que otros lloraron. Me giré hacia Hailey, que me había dicho antes que tenía pensado decir unas palabras, pero bajó la vista al suelo.

—No puedo… No puedo. —Se enjugó una lágrima y salió de la iglesia.

No sabía si debía seguirla o si debía quedarme para ayudar a Rebecca, que cada vez temblaba más. Empezó a acelerarse su respiración, y sentí como si fuera a tener un ataque de pánico. Me acerqué a ella y le susurré al oído:

—Él te quería. Todavía te quiere. No pasa nada si lloras.

Las lágrimas le rodaron por las mejillas y asintió. Su respiración pesada se hizo más suave hasta que volvió a estabilizarse.

Me giré y vi a Jake sentado en uno de los bancos, con los ojos llenos de lágrimas. Le hice un gesto con la mirada y él asintió antes de salir para ver cómo estaba Hailey.

El padre Evans pidió una última persona para hablar, y cuando levanté la vista y vi a Daniel avanzar, me quedé sin aire. Cuando llegó al atril, me miró directamente. Sus ojos eran pozos profundos de tristeza compasiva. Se llevó la mano al bolsillo del traje y sacó un trozo de papel. Entonces lo desdobló.

—No estaba seguro de si podría estar aquí de pie hoy. Eh… solo hace un semestre que conocí a Ryan, pero ya sabéis que con Ryan no hacía falta más que un día para enamorarse de él. Era un bromista, pero también un chico inteligente y lleno de sabiduría. Cuando me entregó el primer trabajo que hizo en mi clase de Literatura, me di cuenta de lo profunda y compleja que era la mente de Ryan Turner. A principios de curso mandé un trabajo a la clase… —Daniel hizo una pausa y se aclaró la garganta, luchando por contener las lágrimas. Se movió un poco para intentar controlar las emociones, pero estaba perdiendo la batalla—. Lo siento —murmuró, y se apartó del micrófono y se frotó la cara con las manos.

Cuando volvió, vi la rojez de sus ojos, que se estaba apoderando de todo su ser.

—Les mandé un trabajo a principios de curso… Pregunté a mis alumnos dónde se veían en cinco años. Quiénes querían ser. Y he traído el trabajo de Ryan y me gustaría leéroslo. —Echó los hombros hacia atrás y se irguió, sosteniendo el papel entre las manos—. «¿Qué quiero ser cuando sea mayor? Señor D., esa pregunta me parece muy intensa para alguien de mi edad. La vida es dura y los adultos siempre están diciéndonos a los "chavales" que solo va a peor a medida que pasa el tiempo. He hecho lo posible por entender qué motiva a la gente a seguir adelante, qué hace que busquen algo más grande en este mundo. ¿La fe? ¿La esperanza? ¿La pasión? Soy gay, señor D. Nunca le he dicho estas palabras a un profesor, pero la manera como entró en clase el primer día, con tantos nervios, me hizo darme cuenta de que puedo confiar en usted. Tiene tanto miedo de algún secreto como yo. Así que he pensado en compartir el mío con usted. Pero mi sexualidad no debería definirme, ¿verdad? Hay muchos otros aspectos de mí. Me gusta la tormenta. Me encanta el béisbol. Creo que el rock es el mejor género musical. Tengo los ojos azules. Odio los guisantes. Mi sangre es roja y mi corazón llora a veces, igual que el suyo, supongo. ¿Sabe lo que no puedo entender? No puedo entender cómo la gente que debe quererte incondicionalmente es la que se

vuelve en tu contra en un segundo. Últimamente he tenido que convencerme a mí mismo de que no era yo la persona contra la que se volvía. No era a mí a quien culpaba de la muerte de papá. Ella me quiere. Sé que me quiere. Es solo que no es capaz de comprender las diferentes maneras en que puede funcionar el amor. Maneras que solo los adolescentes podemos entender antes de que la tierra de los adultos se lleve nuestra magia y nuestro asombro. Ser adolescente es una maldición y un regalo. Es la edad en que los cuentos de hadas dejan de existir y Papá Noel ya no es real, pero algunas partes de nuestros corazones desean poder decir "y si…". Es la edad en la que lo sientes todo, pero la gente te dice que exageras. Usted y la oficina de orientación escolar y la sociedad lanzan preguntas que los adolescentes no sabemos responder. ¿Quiénes somos? ¿Dónde nos vemos dentro de cinco años? ¿Cómo queremos estar? No hay nada que me aterre más que elegir una carrera, elegir un camino a una edad tan temprana y tan inocente. A nuestra edad, nadie sabe quién es. Nadie tiene ni idea de dónde estará dentro de cinco años. La última pregunta es mi favorita: ¿cómo queremos estar? Esa es la fácil».

Daniel hizo una pausa y me miró antes de citar la última parte de la poderosa carta de Ryan.

—«Vivo. Quiero estar vivo, y viendo lo horrible que es la vida a veces, no tengo ni idea de por qué. Tal vez sea la fe, la esperanza y la pasión juntas, envueltas en una figura que yace dentro de mi pecho. Tal vez mi corazón esté rezando para que unos mañanas mejores reemplacen todos los ayeres de mierda. Así que, respondiendo a su pregunta de un modo muy deprimente y propio de la amargura típica de un adolescente, cuando sea mayor quiero estar vivo. Y ahora le pregunto a usted, señor D. ¿Cómo quiere estar usted cuando sea mayor? Porque nunca dejamos de crecer, y los sueños rara vez cesan».

Se hizo un silencio que incluso a los dioses de la Tierra les parecería inestable. Daniel dobló la hoja y volvió a guardársela en el bolsillo. Se acercó al micrófono y sonrió con tristeza.

—No sé cómo quiero estar cuando sea mayor, pero si hay alguien a quien quiera parecerme el día de mañana, es ese joven que escribió estas palabras. No quiero temer las consecuencias de la vida. Quiero acordarme de empaparme de risas y estimar las lágrimas. Quiero sumergirme en la esperanza y aterrizar en el amor. Cuando sea mayor quiero estar vivo porque… no he estado vivo en toda mi vida. Y creo que lo mínimo que podemos hacer, en honor a Ryan, es empezar a vivir hoy. Y perdonarnos a nosotros mismos por todos los ayeres de mierda.

* * *

Hailey y Jake estaban en los escalones de la iglesia. La brisa invernal resultaba molesta para la piel desnuda. Vi que Jake le susurraba algo y ella asentía.

—Jake. —Se volvió hacia mí al oír mi voz. Le hice un gesto para que se acercara. Él la miró y luego vino hasta mí. Se aproximó para hablarme.

—Está muy mal, Ashlyn.

—Lo sé.

La sonrisa triste que me dedicó casi me partió el corazón.

—Te culpa a ti.

—Lo sé.

Miró el horizonte con las manos metidas en los bolsillos.

—Prácticamente toda la clase ha venido al funeral. Todo el mundo le quería. ¿Sabes que fue el rey del baile de fin de curso el año pasado? —Inhaló profundamente—. ¿Cómo llegas al punto de sentirte tan solo?

No había una respuesta para esa pregunta. Pensé que eso era lo que le dolía más a la gente: las preguntas sin respuesta.

Se pellizcó el puente de la nariz con el dedo índice y el pulgar y cerró los ojos.

—Mira, Ashlyn. Sé que no es el mejor momento pero… —Suspiró —. El tipo al que le diste tu corazón… ¿Por qué no está aquí?

Se me quebró la voz y desvié la mirada.

—Tienes razón, Jake. No es el mejor momento.

—Ya, bueno. Pero… —Le tembló la voz—. Ryan ha muerto. Y cuando la gente muere, te paras a pensar en las cosas que no has dicho y las cosas que temías decir. Y estoy a punto de irme a pasar las vacaciones de Navidad con mis abuelos en Chicago, así que voy a decirlo ahora…

—Jake…

—Le odio. Sea quien sea el tipo que no está aquí contigo. Le odio por dejarte sola en este día. —Se me llenaron los ojos de lágrimas al oír sus palabras. Levantó la mano para aflojarse la corbata—. Sé que debes de pensar que voy detrás de ti por tu cuerpo. Sí, al principio era ese el motivo. Eres preciosa, Ash. Pero luego aparecías cada día en clase de Química y hablabas. Y entonces me di cuenta de lo mucho que me gustaba tu forma de hablar. Y vi la cantidad de cosas que tenías por decir y cómo el mundo se merece conocer tus pensamientos. Y luego pensé en lo mucho que te querría si me dejaras. Entonces pensé que tal vez si me reformaba, si dejaba de fumar marihuana o iba a la universidad o me sacaba el carnet de la biblioteca o algo así, entonces tal vez me querrías.

—Yo te quiero, Jake.

Se echó a reír.

—No me sueltes ese rollo de la amistad. No pasa nada, en serio. Es que… necesitaba decirlo. Sin remordimientos, ¿eh?

Me incliné hacia él, le di un beso en la mejilla y susurré:

—Ahora abrázame, por favor. —Me rodeó con los brazos. Tomé aire y me agarré a él con fuerza—. No me sueltes todavía, ¿vale? —Él me apretó con más fuerza.

Después del abrazo, Jake volvió a entrar en la iglesia. Mis pies aterrizaron en la nieve al avanzar en dirección a Hailey.

—Hola, Hails.

Ella tensó los brazos. Los tenía estirados a ambos lados del cuerpo. Apretó los labios. Parecía estar concentrada en algo que había al otro lado de la calle. Seguí hablando.

—Siento mu…

—¿Sabes lo que no entiendo? —me interrumpió—. Se suponía que estabas con él. —Se giró hacia mí como si fuera una aparición —. Se suponía que ibas a vigilarlo esa noche. ¡Por una noche! ¡¿Dónde demonios estabas, Ashlyn?!

Palabras. Había tantas palabras diferentes, tantas frases distintas en el mundo, y aun así, no podía formular ninguna. Ella dejó escapar un resoplido.

—Exacto.

—Hailey… cuando Gabby murió… —empecé a decir.

—¡No! —gritó levantando la mano—. Hoy no toca hablar de la culpa de Ashlyn. Hoy no toca hablar de Gabrielle. ¡Ryan está muerto! ¡Lo prometiste! —exclamó, ahogándose en su propia respiración, en su propia desgracia—. ¡Prometiste que lo vigilarías y ahora está muerto! —Su llanto hacía que las palabras sonaran medio rotas, como simples murmullos—. Ha… haces daño a todo el que te… te… acercas —tartamudeó. Luego miró al suelo. No quería decir eso. Sabía que no quería.

Si había algo que recordaba del funeral de Gabby, era que a veces resultaba más fácil enfadarse que sentir el dolor.

—¿Con quién voy a almorzar ahora? —susurró. Se llevó las manos a la boca cuando un gemido de tristeza y dolor escapó de sus labios. Siguió llorando, temblando sin parar—. Lo siento, Ashlyn. No quería decir lo que he dicho.

La abracé y sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Aquí no nos disculpamos —dije en referencia a la primera vez que me senté en su mesa en el comedor—. Porque sabemos que nunca tenemos la intención de hacer daño.

—Theo no está aquí —sollozó en mi hombro—. Es el peor día de mi vida y no ha aparecido. Dice que va contra su sistema de creencias. Menuda gilipollez. —Se secó los ojos y se apartó—. Lo más triste es que no creo en esto, ¿sabes? En venir a una iglesia a lamentarnos así. Sé que Theo no es budista de verdad… pero estoy empezando a entender los textos. La verdad es que me encanta. Y esto —señaló la iglesia— no tiene ningún sentido para mí.

—Yo puedo ayudar. —Se oyó una voz profunda, y al girarnos vimos a Randy, que se aproximaba a nosotras. Había venido para asegurarse de que Daniel no tuviera que estar solo después de perder a otra persona más en su vida. Se acercó a nosotras despacio, sin querer interrumpir—. Sé lo que es, lo dolorosamente innecesaria que puede parecer la muerte. Te da ganas de vengarte del mundo por llevarse lo que quieres—. Dejó caer la cabeza y se frotó la sien—. Hace años que estudio el budismo, y si estás interesada, podemos rezar una oración juntos.

A Hailey se le llenaron los ojos de lágrimas. Dejó caer los hombros. Estaba a punto de derrumbarse otra vez.

—No conozco ninguna oración. No he llegado tan lejos.

Randy se acercó rápidamente a Hailey y evitó que se desplomara colocando las manos en sus hombros.

—Está bien. Está bien. —Le secó las lágrimas—. Yo te guiaré.

Me aparté a un lado y observé cómo los dos intentaban buscar consuelo. Randy la tomó de las manos y fijó sus ojos oscuros en sus ojos azules.

—Esto es de la dedicatoria del Bodhicaryavatara de Shantideva.

Hailey soltó una risita y se sorbió los mocos.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir.

—No pasa nada. Tú solo cierra los ojos. Yo te guiaré.

Y así lo hizo. Contemplé cómo dos completos desconocidos encontraban consuelo el uno en el otro en el peor momento imaginable. No se cerraron a lo desconocido. Lo recibieron juntos. La respiración entrecortada de Hailey empezó a relajarse mientras sostenía las manos de Randy.

De las bendiciones que recitó Randy, mi favorita fue: «Que todos los seres tengan una esperanza de vida inconmensurable. Que todos vivan felices, y que incluso la palabra "muerte" desaparezca».

Sonaba bien.

* * *

Todos salieron de la iglesia para ir al cementerio. Daniel se acercó a mí sin pretender parecer un amante delante de todos, sino tan solo un individuo preocupado. Pero en mi corazón sabía que era un amante preocupado, y eso era lo único que importaba.

—¿Cómo estás? —susurró. Yo me encogí de hombros. Daniel hizo una mueca de tristeza al ver mi mirada angustiada—. Ojalá pudiera abrazarte y llevarme todo tu dolor.

Le sonreí y derramé unas pocas lágrimas. Él fue a enjugármelas.

—No. —Me sequé los ojos yo misma—. Henry —murmuré. Él frunció el ceño y asintió.

—Te veo más tarde. —Se fue a buscar su coche.

Me volví en dirección a la camioneta de Henry y me quedé paralizada cuando vi a Jace en el lateral de la iglesia. Me miró y luego se giró y empezó a caminar en dirección contraria. Lo seguí llamándolo por su nombre.

—Oye, lo entiendo —dijo resoplando cuando se giró para mirarme—. Llama a los polis. Haz que me detengan. ¡Pero te juro por Dios que yo no he hecho esto! Yo no le di al chico esas drogas. —Se movía de un lado para otro, y tenía la frente llena de sudor a pesar del aire frío—. ¡Yo no he matado a ese chico! —exclamó en un susurro. No dije nada. Me quedé inmóvil, mirando sus ojos azules tan llenos de emoción. Se pasó la mano por la cabeza y se agachó —. Dios mío. ¿He matado a ese chico?

—Tienes los mismos ojos —dije. Él me miró confundido—. Que Daniel. Tenéis los mismos ojos.

Jace se limpió la nariz con la mano y se sorbió los mocos.

—Los hemos heredado de nuestro padre. —Volvió a incorporarse y se quedó quieto—. ¿Por qué no has llamado a la poli?

—No eres un niño, Jace. Si crees que has hecho algo malo, debería ser responsabilidad tuya entregarte. —Sonreí un poco—. Además, estoy teniendo un día bastante horrible, así que…

Él se rio y asintió.

—Lo siento. Por todo. —Sus ojos azules se llenaron de lágrimas —. Joder, lo siento mucho.

—Sí, yo también. —Mi mente le dio vueltas a algo que no estaba segura de si debía decirle, pero sabía que él necesitaba oírlo—. No había rastro de drogas. —Apoyé el peso del cuerpo en una pierna—. En su sangre. Ryan estrelló el coche contra el árbol completamente consciente de lo que hacía.

—¿No fue culpa mía? —dijo jadeando. Apoyó las manos sobre su cara.

Negué con la cabeza.

Una sonrisa cansada asomó en su rostro, y se dio la vuelta. Vi que una única lágrima rodaba por su mejilla mientras se metía las manos en los bolsillos de los vaqueros. Sabía que su siguiente comentario no iba dirigido a mí. Estaba hablando consigo mismo, pero lo oí igualmente.

—Me desintoxicaré. Esta vez lo conseguiré… —Con la misma ligereza con la que soplaba el viento, sus últimas palabras escaparon de sus labios y flotaron hacia las nubes—. Solo quería volver al grupo. Tal vez me deje volver.

Si existía el cielo, esperaba que las palabras de Jace volaran hasta él.

Y si había un Dios, esperaba que estuviera escuchando.

Capítulo 33

Daniel

Las despedidas duelen más cuando son unilaterales.

Romeo's Quest

Había sido un largo día.

En el cementerio me coloqué junto a la madre de Ryan, que estaba destrozada. Henry le sostenía la mano izquierda, y yo la derecha. Sabía que solo me conocía por ser el tipo que enseñaba a su hijo, pero me devolvió el apretón.

—Gracias —susurró.

Miré a Ashlyn, que tenía los brazos alrededor de Hailey. Me dirigió una sonrisa débil, y yo fruncí el ceño.

¿Y si le estaba arruinando la vida al quererla? ¿Y si, de alguna forma, estaba poniéndola en peligro? Jace era peligroso, y la gente con la que se relacionaba presentaba un riesgo aún mayor.

Sabía que era un pensamiento estúpido, pero la muerte se estaba convirtiendo en un patrón muy común en mi vida. No estaba seguro de poder soportar más muertes. Sobre todo si le pasaba algo a Ashlyn.

¿Le dio Jace esas drogas a Ryan? ¿Estaría vivo si me hubiera negado a alojarlos esa noche? Estaría vivo ahora mismo si yo no estuviera saliendo con mi alumna.

La culpa era traicionera.

Y estaba llenando mi mente con todas las razones por las que no debía amar a Ashlyn.

* * *

No había visto a Ashlyn en los últimos cuatro días. Nunca habíamos pasado tanto tiempo sin vernos. Llevaba quince minutos sentado en el Jeep, enfrente de la biblioteca. El cielo estaba embriagado de oscuridad, y la nieve caía a un ritmo constante. Bajo las luces de la calle, la vi caminando hacia mí con una bolsa grande de papel en los brazos.

Le había dicho a Henry que pasaría la noche en casa de una amiga, y le había prometido que lo mantendría informado a cada hora, lo cual quería decir que la tenía para mí durante al menos quince horas. La manera como las luces la iluminaban y la nieve bailaba alrededor de su cara me hizo pensar por qué algún día todo funcionaría.

Porque necesitaba que mi historia con Ashlyn Jennings funcionara. Después de graduarse, en junio, la querría a plena voz, de la manera como merecía que la quisieran. Nos ocuparíamos de la universidad cuando llegase el momento, pero ni un solo día antes.

Sí, la culpa era dura, pero la esperanza era un arma poderosa.

Abrió la puerta del copiloto y se subió, colocando la bolsa en su regazo.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté. Ella negó con la cabeza.

—Primero un beso, las preguntas luego.

Me incliné, apreté mis labios contra los suyos, y sonreí cuando sacó la lengua y la pasó por mi labio inferior.

—¿Qué llevas en la bolsa? —repetí.

—Mi caja del tesoro con las cartas de Gabby. Y a Jack, Jose y Morgan —respondió—. Esta noche nos vamos a emborrachar y vamos a abrir cartas.

Me reí ante su respuesta y puse los ojos en blanco.

—No, en serio. ¿Qué hay en la bolsa? —Ella arqueó una ceja y la inclinó para enseñármela. Había un montón de cartas y alcohol—. Creo que esta noche no es la mejor para hacer esto, cariño. —Tenía los ojos cansados por la falta de sueño—. Además, tú no bebes.

Ella sonrió.

—No, no bebo. —Metió la mano en la bolsa y sacó una carta—. Pero tengo que hacerlo para abrir la número ocho.

—Ashlyn… —empecé a advertir. No quería que se ahogara en alcohol. Todavía estaba de luto por la muerte de Ryan, y temía que un día estallara.

—Daniel. Diversión. ¿Recuerdas lo que es eso? Vamos a divertirnos esta noche, ¿vale?

Exhalé y asentí.

—Vale. —Entrecerré los ojos y me incliné en su dirección—. Ven aquí.

Se acercó a mí y le miré los labios. Entonces coloqué la mano en la parte inferior de su espalda y la atraje hacia mí todavía más. Exhaló cuando pasé el dedo *lentamente* por su labio superior y *lentamente* por el labio inferior. Abrió la boca y me lamió el dedo *lentamente* antes de chuparlo con suavidad. La agarré por la nuca y la besé.

Nos miramos el uno al otro. El corazón me latía con fuerza en el pecho.

—Te quiero.

—Te quiero —susurró contra mí, enviando las dos palabras a todo mi ser. Arqueó la espalda ante mi tacto, y le mordisqueé el labio inferior. Ella suspiró y repitió—: Te quiero, te quiero, te quiero.

* * *

Cuando llegamos a la casa del lago, vi que las luces de la sala de estar estaban encendidas. Entonces vi dos mujeres yendo de un lado para otro vestidas solo un sujetador. *Mierda*. Miré a Ashlyn, que también había visto sus cuerpos. Me miró con una sonrisa en la cara.

—Hay unas mujeres desnudas en tu casa.

Suspiré cuando vi a Randy sin camiseta en la ventana. Me froté la frente con los dedos.

—Pues sí, hay mujeres desnudas en mi casa.

Tenía una sonrisa de listilla en la cara.

—¿Esto es… algo normal que suele ocurrir en casa del señor Daniels?

Cerré el puño y me mordí el lateral de la mano. Cerré los ojos con fuerza.

—¡No! No… es solo… Bueno, antes, cuando quería intentar hacerme sentir mejor, Randy organizaba…

—¿Organizaba…?

—Fiestas de música desnuda.

Se hizo el silencio. No quise abrir los ojos para ver su reacción. Oí una carcajada. Abrí un poco los ojos y me encontré a Ashlyn partiéndose de risa.

—*¿Fiestas de música desnuda?* ¡Dios mío! ¡Eres un bicho raro! —Se reía con tanta fuerza que las lágrimas le rodaban por la mejilla.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡El bicho raro es Randy! Yo solo era un tío… que estaba en una sala… con chicas desnudas. —Di marcha atrás para alejarme de la casa, pero Ashlyn puso la mano sobre mi brazo.

—¡Ni te atrevas! —exclamó—. ¡Vamos a ir a una fiesta de música desnuda!

—¡De eso nada! —repliqué. Ella colocó la bolsa de papel en el suelo, enfrente de sus piernas. Empezó a desabotonarse el abrigo lentamente—. Ashlyn… —murmuré, observando sus movimientos.

—Aparca el coche —ordenó.

—No —dije, pero hice lo contrario. Aparqué el coche.

Claro que lo aparqué. Porque cuando una chica bonita empieza a desvestirse en tu vehículo, tú aparcas el puñetero coche. La miré en

silencio mientras se quitaba el abrigo. Luego se agarró el jersey y empezó a quitárselo.

—«¿Estáis bien seguros de que nos hallamos despiertos? Algo me dice que dormimos, que soñamos todavía». —Estaba citando *El sueño de una noche de verano*, y mientras tanto su jersey aterrizaba en el asiento trasero.

Se llevó los dedos a la parte superior del cuello y empezó a acariciarse el cuerpo, bajando por el cuello en dirección a la clavícula hasta llegar al sujetador. Cerró los ojos y yo la observé mientras se tocaba delante de mí, con la boca entreabierta por la excitación.

—Me estás matando, Ashlyn —murmuré, contemplándola. Noté mi erección.

Reclinó el asiento y se tumbó. Seguía recorriendo el cuerpo con sus manos. Inhalaba y exhalaba profundamente.

—«Arriba y abajo, arriba y abajo los he de conducir…» —citó. Bajó los dedos hasta el pecho y luego hacia el ombligo. Giró la cabeza en mi dirección y sonrió con los ojos cerrados. Empezó a desabrocharse los pantalones—. «Me temen en el campo y en la ciudad…»

Dejé escapar un gruñido y mis manos aterrizaron sobre las suyas. Abrió sus ojos verdes de golpe y separó los labios al ver mi mirada necesitada. Terminé de desabrocharle los pantalones y se los bajé un poco. Rocé ligeramente la piel por encima de sus braguitas y ella gimió.

—«Goblin, llévalos arriba» —empecé a completar su cita. Mis dedos subieron hasta el sujetador y le rocé los pezones, que estaban endurecidos. Se llevó las manos detrás de la cabeza y agarró el reposacabezas que tenía detrás. Su respiración se aceleró, y la excitación que sentía se hizo más intensa. Deslicé los dedos por su piel y metí la mano dentro de sus braguitas. Oí cómo estallaba de placer cuando le susurré al oído—: «Y abajo».

No tenía necesidad de entrar en casa. Si nunca volviera a ver el cuerpo de una mujer desnuda, no me importaría mientras ella fuera mía.

De modo que no entramos en casa aquella noche.

Pero sí que hubo una fiesta de música desnuda para dos.

* * *

Fuimos al cobertizo para dar comienzo a nuestras actividades etílicas, ya que no queríamos entrar en casa y ver a Randy con sus chicas desnudas.

—Entraremos más tarde. No pasarán aquí la noche —dije—. Randy nunca las invita a quedarse por la noche. —Saqué unas mantas y nos tumbamos en el barco.

Abrimos la botella de whisky, y cuando Ashlyn dio el primer sorbo, pensé que iba a vomitar. Pero siguió probándolo. Cada vez que dábamos un trago juntos, hacía la mueca más adorable que hubiera visto jamás. Y se reía mucho, como una jovencita borracha. Me encantaba el sonido de su risa. Levanté una ceja y alejé de ella las botellas.

—Estás borracha.

Ella se sentó muy derecha y se tocó las mejillas con el dorso de las manos.

—¡Ohhh! ¡¿De verdad?! —Volvió a reírse—. Vale. —Soltó una risita, cogió la bolsa de papel y rebuscó en ella—. ¡Podemos abrir dos cartas! Número veintisiete. —Miró las cartas y suspiró—. A veces siento como si estas cartas condujeran mi vida. —Bajó la voz —. Y algunas veces pienso que me están llevando por el mal camino.

Parpadeó para apartar ese pensamiento de su mente, pero yo me aferré a él. Abrió la carta y empezó a leerla, trabándose todo el tiempo.

—«Querida Ash, si estás leyendo esta carta en tu vigésimo primer cumpleaños, es que eres una auténtica pardilla. ¿Quién espera a tener veintiún años para beber? Si estás leyendo esto antes de haber cumplido los veintiuno, ¡tómate otro trago por mí, borrachina! Te quiero un montón y te echo de menos todavía más. Lo estás haciendo genial, hermanita. Gabby».

Se llevó la carta al pecho y frunció el ceño, pero al mismo tiempo, sus ojos sonreían.

—La echo muchísimo de menos.

—Ella también te echa de menos.

—¿Crees que estará con Ryan? —Hizo una pausa—. ¿Crees en el cielo? Jolín, yo no sé si creo.

Me aclaré la garganta y apoyé los codos en las rodillas.

—Creo en la posibilidad de que haya algo más grande que este mundo. Y creo que los dos están juntos, a salvo, y ya no sufren.

Dejó escapar un suspiro.

—Seguro que están pasando el rato con Shakes.

—Por supuesto. ¿Por qué van a pasar el rato con nadie que no sea Shakes en la tierra de los muertos?

Sonrió y me enamoré aún más de ella. Sirvió incluso otros dos chupitos y me ofreció uno.

—Por Gabrielle Jennings y Ryan Turner. Porque conversen con William Shakespeare a diario.

¡Por Gabby y Ryan!

Ashlyn sacó el siguiente sobre de Gabby.

—Número doce… Tener sexo en un coche. —Al pronunciar las palabras, se ruborizó y enterró la cara en las palmas de las manos —. Ay dios mío. ¡Hemos tenido sexo en tu Jeep!

Sonreí.

—Dos veces.

Me miró. Tenía el pelo despeinado, a lo loco, perfecto. Se sentó con las manos apoyadas en las rodillas. Luego se inclinó mordiéndose el labio inferior.

—Quiero hacerte el amor en todas partes dos veces.

Le besé la frente y pasé los dedos por su pelo. Me ofreció la carta y yo arqueé una ceja.

—¿Quieres que la lea yo? —preguntó.

—Claro.

La abrí y sonreí.

—Zorrón.

Ella asintió.

—Lo sé, lo sé. ¿Pero qué dice?

Mi sonrisa se hizo aún más amplia cuando le di la vuelta a la carta para que la viera.

#12. Tener sexo en un coche.

Zorrón.

G.

Ashlyn me quitó la carta y contempló la palabra que había escrito en el papel. Abrió los ojos, que rebosaban felicidad, y soltó una risita.

—Qué cabrona.

Pensé que era la expresión que usaban las chicas para referirse a «mi mejor amiga».

Capítulo 34

Ashlyn

Cierra la puerta.
Quítate la ropa.
Déjame ver cómo despliegas tus secretos.

Romeo's Quest

Entramos en la habitación de Daniel y nos quedamos dormidos abrazados. Cuando me desperté por la mañana, Daniel ya no estaba. Noté un fuerte dolor de cabeza. En la almohada, a mi lado, había una bandeja, y en ella una botella de agua con margaritas, un tazón de cereales Cap'n Crunch mezclados con nubes, un plato con dos analgésicos y zumo de naranja.

Sonreí sin parar mientras observaba cómo la luz matutina entraba en la habitación.

Desayuno en la cama. Otra primera vez.

Me metí las pastillas en la boca y me las tragué con un poco de zumo de naranja.

Daniel entró en la habitación con tan solo una toalla alrededor de la cintura. La manera como colgaba de sus caderas me hizo reparar en lo musculoso que estaba. Le goteaba agua por los

abdominales, y al observarlo me sonrojé. Me encantaba que aún me hiciera sonrojarme de vez en cuando. Me miró sonriendo.

—Buenos días. —Se acercó a mí y lo rodeé con los brazos, atrayendo su cuerpo mojado hacia el mío. Se tumbó sobre mí, agarrándome. Su olor era tan fresco y silvestre. Me aseguré de inhalarlo todo lo que pude.

—¿Me has comprado Cap'n Crunch y le has puesto nubes? —pregunté. Él cogió una y me la puso entre los labios.

—Es tu desayuno favorito. —Me dio un suave beso y yo arrugué la cara.

—Necesito lavarme los dientes y darme una ducha. Tú estás limpio y fresco. No es justo que me beses con mi horrible aliento matutino.

—Me da igual. —Se rio de mí. Me tapé la boca con las manos y aparté la cabeza.

—¡A mí no!

Daniel se levantó y me tomó en sus brazos sin dejar de reírse.

—Entonces vamos a limpiarte.

Hacer el amor en la ducha.

Otra novedad para nosotros.

Capítulo 35

Ashlyn

El dolor no es algo que necesites salvar.
Pero, por favor, nena, aguanta un día más.

Romeo's Quest

Las vacaciones de Navidad empezaron la semana después del funeral de Ryan. Me quedé en casa de Henry la mayor parte del tiempo, asegurándome de que Rebecca y Hailey tuvieran tiempo para comer, para llorar, para guardar luto. Había perdido a Gabby en agosto, pero sentía que la peor época para perder a alguien era durante las fiestas. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina, pero no me daba esa sensación en abosluto.

Daniel me mandaba mensajes cada día para asegurarse de que yo buscara tiempo para comer, para llorar, para guardar luto. Cada mensaje acababa de la misma manera: Te quiero.

Necesitaba eso.

La noche antes de Navidad, no podía dormir. Me senté en la sala de estar con el cuaderno y escribí sin parar, derramando todos mis pensamientos sobre mis personajes imaginarios. Oí unos pasos que

se acercaban por detrás. Me giré para ver a Henry, que traía dos tazas.

—¿Té? —preguntó—. Rebecca guardaba un sabor raro en el armario y pensé en darle una oportunidad. —Asentí y le hice sitio en el sofá. Él se sentó y me ofreció una taza—. ¿En qué estás trabajando?

—Mi novela.

—¿De qué va?

Me mordí el labio inferior.

—Todavía no estoy muy segura, pero cuando lo descubra te lo diré.

Cerré el cuaderno y me volví hacia él.

—Gabby te perdonó —dije—. Nunca te culpó por haberte marchado.

Henry me miró a los ojos.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Guardé silencio—. Estoy trabajando en ello.

Asintió.

—Es un progreso.

Entonces llegaron las lágrimas, que me rodaron por la cara, y empecé a temblar.

—Me he portado tan mal contigo.

—Yo he sido mucho peor, Ashlyn. No estuve ahí. Te eché tanto de menos. —Bajó la cabeza—. ¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé, pero limitémonos a pasar esta noche. —Cogí el té, le di un sorbo, y luego lo escupí en la taza—. ¡Dios mío! ¡Esto sabe a pis de reno!

Henry se echó a reír y levantó una ceja.

—Y tú sabes qué gusto tiene el pis de reno porque…

Hice un gesto señalando la taza.

—Pruébalo. Saboréalo por ti mismo.

Cuando se llevó el té a los labios, le dio una arcada y volvió a escupirlo en la taza.

—Sí, está claro que es pis de Rudolph.

—¿En serio? Pensaba que era el de Comet.

Sonrió. Sonreí. Sonreímos. No era una sonrisa incómoda ni una sonrisa de padre e hija separados, sino una sonrisa real. La primera en… años.

—Creo que iré a verla… a pasar con ella las vacaciones. Si no te importa, seguramente me vaya mañana.

Hizo una mueca.

—Volveré, Henry —prometí.

—Le encantará, Ashlyn. Está mucho mejor… —Se acercó al árbol de Navidad, que estaba en la esquina, y cogió un regalo—. Toma.

Pasé los dedos por encima del papel de regalo. Vi mi nombre escrito en él y el corazón me dio un vuelco.

—Tú siempre nos das tarjetas regalo —susurré.

—Sí, bueno… Pensé en probar algo diferente este año. Ábrelo.

Quité el envoltorio despacio, sintiéndome como si estuviera en algún tipo de sueño del que iba a despertar. Me quedé sin aire cuando vi el CD. *Romeo's Quest*.

Henry se aclaró la garganta.

—Sé que es un poco raro porque es el grupo de tu profesor, pero los vi actuar hace unas semanas. Son buenos, Ashlyn. —Hizo una pausa y le tembló el labio—. Dan —hizo otra pausa—, el señor Daniels me contó que basaban todas las canciones en obras de Shakespeare. A ti te gusta Shakespeare, ¿verdad? Pero si no te gusta nada, podemos comprar otra cosa. Te llevaré de tiendas…

Suspiré pesadamente. Rodeé a Henry con los brazos y le di un abrazo fuerte.

—Gracias, Henry. Es perfecto. —Cuando nos separamos, volví a dar otro sorbo al té. El sabor me dio arcadas.

—¿Por qué bebes esta porquería? —preguntó Henry, mirando el té.

—No todos los tés son una porquería —protesté—. Además, a Gabby le encantaba el té. Empecé a tomarlo por ella.

Bajó la mirada.

—¿Podrías contarme más cosas sobre Gabby?

Hice una mueca y sentí que me aumentaban las pulsaciones ante la idea de compartir las cosas maravillosas de mi mejor amiga con el tipo que ya debería conocerla.

—¿Qué quieres saber?

Su voz sonó como un susurro, apenas perceptible.

—Todo.

* * *

Después de pasar horas hablando sobre Gabby, me encontré sentada en la bañera, hablando por teléfono con Daniel. Eran cerca de las tres de la madrugada, y él no tenía intención de colgarme.

—Siento llamar tan tarde —suspiré.

—No te preocupes. Estaba aquí tumbado, abrazando mi almohada, pensando en ti.

Me reí ante su comentario.

—Mañana me voy a ver a mi madre…

—¿Sí? Creo que eso es genial.

—Estoy nerviosa… ¿Y si no sale bien? ¿Y si no quiere verme? ¿Y si cuando llegue allí sigo enfadada con ella? Porque… sigo enfadada.

Oía su respiración a través del receptor, y solo ese sonido me proporcionó cierto alivio.

—Me han pasado muchas cosas horribles en la vida. Y lo que sé es que si no dices lo que necesitas decir cuando tienes la oportunidad… te arrepentirás. Incluso si estás enfadada, dilo. Grítaselo al mundo mientras tengas oportunidad de hacerlo. Porque cuando pase la vida, se habrá ido. Al igual que las palabras que no llegaste a decir.

Cerré los ojos con fuerza y sentí cómo el corazón me golpeaba contra las costillas. Decir lo que necesitaba decir. Esa idea me asustaba mucho.

—Tengo sueño…

—Vete a dormir, Ash. Mañana te espera un día largo.

Asentí como si él pudiera verme a través del teléfono.

—¿Seguirás al teléfono conmigo? ¿Hasta que me duerma?

—Claro.

Salí de la bañera y volví a mi habitación.

—Feliz Navidad, Daniel.

—Feliz Navidad, mi ángel.

Me tumbé con el teléfono en la oreja, y él tocó la guitarra a través de la línea hasta que noté que me pesaban los ojos y los sueños me inundaron.

* * *

Me subí al tren con la caja de tesoros de Gabby en el regazo. Me imaginé que abrir unas pocas cartas con mamá le iría bien. Nos iría bien. Le envié un mensaje a Daniel, dándole las gracias por lo de la noche anterior. Él respondió con una sola palabra: «Siempre».

Al sentarme junto a la ventana del tren de vuelta a Chicago, vinieron a mi memoria los recuerdos de mi primer viaje a Wisconsin, donde Daniel y yo nos encontramos. Habían cambiado tantas cosas desde entonces, pero algunas seguían siendo las mismas. Esos ojos azules, por ejemplo.

Puse la caja de tesoros en el asiento de al lado. Me llevé las piernas al pecho y suspiré. Echaba tanto de menos a los dos, a Ryan y a Gabby. Me cayeron unas cuantas lágrimas y apoyé la cabeza contra el cristal. El tren empezó a moverse. Cerré los ojos e hice unas cuantas respiraciones profundas. *Estoy bien*. Me lo repetía una y otra vez, pero las lágrimas seguían cayendo.

Debería haber una ley universal que estipule que la gente joven no debería morir. Porque nunca han tenido realmente la oportunidad de vivir.

Abrí los ojos cuando oí unos pasos que se acercaban y levanté la vista.

Unos ojos azules.

Preciosos.

Impresionantes.

Radiantes.

Derramé más lágrimas mientras Daniel levantaba la caja de tesoros y se sentaba junto a mí.

—¿Cuál era su detalle más grande? —preguntó, atrayéndome hacia él y besándome las lágrimas.

Cerré los ojos y las emociones siguieron rodando por mis mejillas, pero sus besos no cesaban; atrapaba cada lágrima con sus labios.

—Su corazón. La manera como amaba de forma tan profunda y sentía tanto —susurré refiriéndome a Ryan—. El modo en que quería a su hermana y a su madre. El modo en que echaba de menos a su padre… —Volví a abrir los ojos y le agarré la nuca para atraerlo hacia mí—. ¿Cuál era el detalle navideño favorito de tu madre?

Esta vez fue él quien cerró los ojos. No respondió enseguida. Cuando abrió sus ojos azules, estaban humedecidos.

—No hablo sobre ella…

Asentí.

—Lo sé.

Apoyamos nuestras frentes, una contra la otra, respirando la existencia del otro.

—Su problema doble ocurría todas las Navidades. Siempre me regalaba dos jerséis iguales por si estropeaba uno. Horneaba el doble de galletas. Nos hacía ver *Qué bello es vivir* dos veces. Añadía… —Se echó a reír, y se frotó la frente con el dedo—. Añadía el doble de vodka al ponche. Pero era sobre todo para papá.

—¿Cuál era el detalle más loco de tu padre? —pregunté, besándole suavemente.

—Mmm era un soñador que hacía que ocurrieran las cosas. Compró el barco antes de tener la casa del lago, pero estaba seguro de que la casa llegaría. La soñó hasta hacerla real, creo. —Enredé su pelo entre mis dedos y él me besó la nariz—. Nunca tendrás que hacer este tipo de cosas sola, Ashlyn. Nunca.

Capítulo 36

Ashlyn

Quiero saber quién eras antes de mí.
Quiero ver el mundo que ves tú.

Romeo's Quest

Hicimos una parada rápida antes de ir a casa de mamá. Cuando Daniel aparcó el coche de alquiler delante de la casa en las afueras, sonreí. Uno de los coches que estaban aparcados tenía unas pegatinas de algunas de las mejores bandas de la historia.

El coche de Bentley.

Cogí la caja de tesoros y saqué el anillo de novios de Gabby y la carta que iba dirigida a él. Sentir el anillo entre mis dedos me hizo suspirar. Habrían sido tan felices juntos.

—Esperaré aquí —dijo Daniel al ver mi mirada.

—Por favor, entra conmigo —le pedí al salir del coche.

Él también abrió la puerta y salió. Luego la cerró silenciosamente. Cada paso que daba hacia la casa se me hacía doloroso. Cada vez que levantaba mis botas de invierno, sentía como si un cuchillo afilado me atravesara las entrañas.

En una mano llevaba el anillo y la carta, y en la otra, la mano de Daniel. Subimos los escalones que conducían al porche. Giré la cabeza para mirar el columpio, que estaba cubierto por un poco de nieve. Parpadeé y los recuerdos empezaron a resurgir.

—Creo que le quiero —me susurró Gabby al oído mientras nos columpiábamos en el porche de Bentley una húmeda noche de verano. Él había entrado en casa para traernos unos refrescos antes de ir a la feria.

Me reí de mi hermana.

—Sí que le quieres.

Ella me dirigió una sonrisa tímida y asintió.

—Le quiero.

Sacudí la cabeza para apartar el recuerdo de mi mente. Levanté el dedo y apreté el timbre durante un segundo. Pero al oír el sonido, quise marcharme. Quería volver por donde había venido y conducir de vuelta hasta Chicago.

Entonces Daniel me apretó la mano.

Me relajé.

Se abrió la puerta, y cuando vi a Bentley a través de la puerta metálica, me quedé sin aire. Parecía sorprendido y un poco triste de entrada. Deseé no parecerme tanto a ella. Tan solo verme seguramente le rompía el corazón.

Bentley salió al porche y me miró con los ojos muy abiertos.

—Ashlyn —susurró.

Empecé a mover los pies de un lado a otro, inquieta. Cada vez estaba más nerviosa.

Daniel me soltó la mano, y cuando lo miré, me sonrió.

—Hola, Bentley.

Bentley se echó a reír y se le humedecieron los ojos.

—«¿Hola, Bentley?» ¿Eso es todo lo que vas a decirme? Ven aquí. —Me dio un abrazo. Inhalé su aroma y lo abracé cada vez más fuerte—. Qué buen aspecto tienes —me susurró.

—Tú también, Bent. —Nos separamos y nos enjugamos las lágrimas, riéndonos—. ¡Ah, feliz Navidad! —dije rascándome la

nuca. Él sonrió ampliamente.

—¿Y a quién tenemos aquí?

Me volví hacia Daniel, que esperaba a un lado en silencio. Me sonrojé.

—Este es Daniel, mi… —Hice una pausa, porque no sabía qué éramos en ese momento.

—Novio. —Daniel sonrió y extendió la mano hacia Bentley—. Encantado de conocerte.

Bentley me lanzó una mirada coqueta.

—Ah, encantado de conocerte a ti también. —Apretó la lengua contra el carrillo. Qué guapetón, ¿no? —Me reí y le di un empujón a Bentley en el brazo—. Bueno, no os quedéis ahí. Entrad.

Titubeé. Por algún motivo, sentía que no debía entrar sin Gabby a mi lado.

—No podemos quedarnos. Yo solo… —Levanté la mano en la que llevaba el anillo y la carta—. Quería darte esto. —El anillo aterrizó en sus manos y él dio un gemido—. Lo dejó en la caja de tesoros que me diste. Y me pidió que te diera esta carta.

Agarró con fuerza el papel.

—¿Esto es de Gabrielle?

Asentí.

Observé cómo abría lentamente la carta, y me invadió una extraña sensación de paz. Me sentía como si se hubiera cerrado un libro, como si el último capítulo de la historia de amor de Bentley y Gabrielle llegara a su fin.

Lloró al leer sus palabras. Claro que lloró. Sus cartas siempre hacían llorar a la gente.

—Era mi favorita. —Se le quebró la voz mientras leía las palabras una y otra vez.

—Lo sé.

—A veces me pregunto cómo voy a empezar de nuevo, ¿sabes? Cómo voy a… —Tosió y se pasó la mano por la cara empapada—. ¿Cómo voy a ser feliz otra vez?

—Empiezas despacio. —Daniel dio un paso al frente y puso la mano en el hombro de Bentley—. Te permites sentir lo que sea que sientes. Y cuando empiezas a ser feliz, no te sientes culpable por ello.

—Empezar despacio —repitió Bentley para sus adentros. Se quedó cabizbajo—. Vaya. Es guapo y además listo. Mucho mejor que Billy.

Me reí ante su comentario y le di un buen abrazo de despedida.

—Cuídate, ¿vale?

Él se apartó y me besó la frente.

—Tú también, Ash-Ash. —Luego se giró hacia Daniel y le estrechó la mano—. Daniel… cuida de mi hermana pequeña, ¿vale?

Daniel sostuvo la mano de Bentley un segundo más y sonrió. Luego se metió las manos en los bolsillos.

—Lo haré.

Lo haría.

Capítulo 37

Ashlyn

Hogar, ¿qué significa eso?
Son tus ojos devolviéndome la mirada.
Respira sin más.

Romeo's Quest

—¿Mamá? —dije al girar el pomo de la puerta y entrar en el apartamento. No había cambiado nada. En las paredes color marfil de la sala de estar todavía estaba aquel marco feo y enorme de flores. En la televisión estaba puesto uno de esos *realities* horribles. El sofá seguía siendo de un color marrón normal y corriente.

Pero a la vez todo me parecía diferente.

Daniel entró detrás de mí y cerró la puerta.

—Creo que no está aquí —susurré, pero no sabía por qué. Me sentí como si estuviera colándome en la casa, como si el mundo fuera a derrumbarse a mi alrededor si me pillaban.

Miré en dirección al pasillo, a la que solía ser mi habitación y la de Gabby. Se me pusieron los pelos de punta y me entraron escalofríos. No sabía que me sentiría tan asustada y a la vez enfadada solo por estar ahí de pie, pero así era. Quería gritar, pero

tenía la garganta agarrotada. Quería llorar, pero no me salían las lágrimas.

Fui hasta mi habitación y me encontré la puerta cerrada. Agarré el pomo y la abrí.

Al igual que el resto del apartamento, todo era igual pero de alguna forma diferente. Odiaba eso.

En mi lado de la habitación aún estaban los pocos libros que había dejado sobre mi cómoda. El armario estaba lleno de ropa mía y de Gabby.

Me acerqué a la cama, que estaba perfectamente hecha, y me senté en el borde. Di unos golpecitos al espacio que había a mi lado para que Daniel se sentara conmigo.

—Huele a ti —remarcó—. Sé que suena raro, pero es así.

Miré la almohada, la cogí e inhalé. Hacía poco que la habían rociado con mi perfume favorito.

—Le contaré a mi madre todos los problemas que ha causado —dije mirando el lado de la habitación de Gabby. Sus pósteres de los Beatles seguían en la pared. La guitarra acústica estaba apoyada contra la cama. En la pared había fotos de ella y Bentley, fotos nuestras…—. Me abandonó cuando más la necesitaba.

Miré a Daniel, que me observaba con una mirada triste, pero no dijo nada.

—¡Me… me dijo que me fuera! —Me levanté, notando cómo me hervía la sangre. Volver allí estaba despertando mis emociones; volver allí me estaba cabreando—. ¡Podría haberla ayudado! ¡Podría haber cuidado de ella! —grité, caminando de un lado para otro.

Él siguió mirándome mientras yo estallaba.

—¡¿Y tiene la indecencia de perfumar mi almohada?! ¡¿Como si me echara de menos?! —Resoplé y jadeé. Empecé a acalorarme. Me llevé la mano al pecho—. ¡Gabby era mi gemela! ¡Si alguien debía derrumbarse, tendría que ser yo!

Me sentía furiosa y nerviosa a partes iguales. Furiosa porque mamá había recurrido al alcohol en lugar de recurrir a mí. Y nerviosa porque tenía miedo de verla rota.

Me acerqué a la cama de Gabby y quité el edredón de golpe, aparté las almohadas, tiré las sábanas al suelo.

—¡No va a volver a casa, mamá! —grité en el aire.

Luego golpeé los pósteres de Gabby y los tiré al suelo. Cogí las fotos y las tiré al suelo también. Daniel me rodeó con sus brazos y me bajó de la cama.

—Ashlyn, para —ordenó.

No podía. La tristeza y los recuerdos se habían apoderado de mi mente. Cómo se atrevía mamá a ordenarme que me fuera. Cómo se atrevía Henry a cuidarme. Cómo se atrevía Gabrielle a enfermar de cáncer. ¡Cómo se atrevía Ryan a suicidarse!

—Le di a Ryan un lugar donde quedarse. Se suponía que íbamos a dormir y esperar a la mañana siguiente para buscar una solución. Rebecca se había calmado. Quería que volviera a casa. Hailey le necesitaba… Qué capullo. ¡Es un capullo por haberse muerto!

No era justo. Todos me habían abandonado cuando yo podría haber hecho algo por quedarme con ellos. Podría haberles dado todo el amor que necesitaban.

¿Por qué yo no era suficiente?

Daniel me sostenía por la cintura, pero seguí revolviéndome y gritando.

—¡Déjame! —Me apretó con más fuerza. Empecé a patalear y a clavarle las uñas en los brazos, intentando liberarme. Mis aullidos se hicieron más fuertes y el dolor se intensificó—. ¡Déjame!

—No. —Continuó agarrándome y me puso contra una pared para controlar mis patadas. Mi cuerpo aterrizó sobre la pared fría y di un grito—. No voy a dejarte, Ashlyn. Nunca te dejaré.

—¡Sí que lo harás! Me dejarás.

Se me revolvió el estómago y me sentí como si estuviera a punto de vomitar. No era su intención, pero me estaba mintiendo.

Porque todo el mundo acaba dejándote.

Empecé a marearme y se me nubló la vista.

—Estás teniendo un ataque de pánico —me susurró Daniel cuando empecé a respirar más rápido. Se me tensó el cuerpo—.

Cálmate, cariño. Hazlo por mí. Regula tu respiración. —Me giró hasta que estuvimos cara a cara. Me agarré a su camiseta y lo atraje hacia mí.

Perdí el control.

Lo perdí por completo.

Pero él seguía allí.

* * *

Estábamos sentados en el sofá, mirando hacia la puerta principal. Cuando oí el tintineo de las llaves, se me aceleró el corazón. La puerta se abrió lentamente y vi a mamá que entraba seguida por Jeremy.

Me levanté y oí que mi madre soltaba un gritito. Se le llenaron los ojos de lágrimas y bajó los hombros.

Se suponía que debía estar enfadada.

Se suponía que debía odiarla.

Pero lo único que pude hacer fue abrazarla, atraerla hacia mí y llorar. No sabía qué pensar de nuestro intercambio.

Y tal vez al día siguiente volvería a estar enfadada.

Y tal vez, cuando volviera a Wisconsin, la odiaría otra vez.

¿Pero en ese momento? ¿La tarde de la víspera de Navidad?

En ese momento éramos solo dos personas hechas para meter la pata, joderlo todo y aprender cosas nuevas. Nos habían hecho perfectamente imperfectas.

Capítulo 38

Ashlyn

La nieve cae con suavidad.
Te quiero lentamente.

Romeo's Quest

Aquellos días en Chicago, mamá y yo no arreglamos las cosas. No resolvimos nuestros problemas.

Estuvimos de luto porque eran las primeras Navidades sin Gabby. Para Año Nuevo, hicimos limpieza en la habitación. Mamá cogió la guitarra de Gabby y le sonrió a Daniel.

—Puedes quedártela.

Él frunció el ceño.

—No puedo.

—Por favor —susurró ella, pasando los dedos por las cuerdas—. Merece que la toquen.

Daniel me miró y yo asentí sonriendo.

—Gracias —dijo, y cogió la guitarra. Mientras mamá y yo doblábamos lo que quedaba de ropa para darla a la beneficencia, Daniel tocaba la guitarra de Gabby.

—¿Te sabes algo de los Beatles? —le pregunté. Mamá lo miró y sonrió, esperando su respuesta.

Tocó *Let It Be* cantando en voz baja. Su voz sonaba más suave que nunca, y me provocó escalofríos de los buenos. Al otro lado de la ventana, la nieve caía lentamente, posándose en las ramas de los árboles y en cada centímetro de Chicago.

Y cuando el reloj dio la medianoche, todos lloramos.

* * *

—¿Tú qué crees? —pregunté a Daniel cuando llegamos a la estación de tren en Edgewood—. ¿Crees que será capaz de dejar de beber?

—No lo sé —respondió—. Pero espero que sí.

—Yo también. —Miré a mi alrededor y sonreí a Daniel. Estábamos en una esquina escondida, junto a las cabinas de teléfono de la estación Amtrak—. Quiere que vuelva a vivir con ella… y arreglar nuestra relación.

Él asintió lentamente.

—Lo sé.

Mi voz se convirtió en un susurro al decir las siguientes palabras. Mamá me había dado la carta de la universidad de mis sueños al salir.

—Me han aceptado en la Universidad de California.

—Lo sé —repitió—. Claro que te han aceptado. —Se quedó cabizbajo—. Pase lo que pase, por mucho que lo intentemos… ¿por qué siento como si fuera a perderte?

Yo también lo sentía, pero no podía decirlo en voz alta.

—Oye, Henry vendrá a recogerme pronto. ¿Te llamo después? Si no, te veo en el instituto esta semana. —Me puse de puntillas y le di un beso en los labios, intentando apaciguar sus dudas. Él me mordisqueó el labio con suavidad. Suspiré contra su boca—: Te quiero.

—Yo también te quiero.

Al observarlo caminar hacia la puerta, se me encogió el corazón. Después de los exámenes finales, que empezaban en unas pocas semanas, pasaríamos un semestre entero fingiendo no estar enamorados. Pero esta vez no estaría en su clase. La idea de pasar por eso de nuevo era dolorosa. Quería ser egoísta. Quería que dejara su trabajo. Quería que se fuera conmigo, pero sabía que no podía. Le encantaba enseñar. Le encantaba su grupo. Su hogar estaba allí, en Edgewood.

¿Y la universidad? Me habían aceptado en la Universidad de California del Sur. La universidad de mis sueños. Eso serían cuatro años lejos de Daniel: cuatro años más estando separados.

Habíamos pasado un semestre juntos y casi había acabado conmigo. Un hecho se estaba instalando en mi cabeza mientras lo observaba fuera del edificio. Me había enamorado del chico adecuado en el momento equivocado.

—Hola, Ashlyn.

Me sobresalté y me giré al oír mi nombre.

—Jake, me has asustado. ¿Qué haces aquí?

—Acabo de volver de casa de mis abuelos… —Hizo una mueca—. ¿Estabas besando al señor Daniels?

Se me secó la boca y tosí.

—¿Qué?

—Acabas de besar al señor Daniels. —Lo afirmó, pero a mí me sonó a pregunta.

Lo miré intensamente mientras él giraba el cuerpo hacia la salida para señalar a Daniel, que estaba esperando un taxi. Me entraron náuseas. Me reí nerviosamente, tiré de mi maleta y la hice rodar alejándome de él. Sentía como si las piernas me fueran a fallar. Mi cerebro parecía de gelatina.

—Tengo que irme, me espera Henry… —murmuré.

Habíamos metido la pata.

Nos habíamos acomodado mucho. Nos habíamos tocado demasiado. Habíamos patinado.

Unos pasos me siguieron, y fruncí el ceño al oírlos.

—¡Ashlyn! Oye, eres una chica lista. Pero enrollarte con tu prof… —La voz de Jake parecía moverse sin parar. Le tapé la boca con la mano para callarlo.

—¡Cállate, Jake! ¡Cállate! —Estaba a punto de llorar. No, ya estaba llorando.

—Dios mío, es verdad —murmuró dando un paso hacia atrás—. ¡¿Es él?! ¡¿Es él el tío del que me hablaste?! ¡Dios mío, Ashlyn!

Caminaba de un lado para otro. Miré en dirección a la salida y vi la camioneta de Henry aparcada delante de la estación. Me froté los ojos e hice lo posible por controlar el pánico.

Me temblaba todo el cuerpo, me temblaban las manos.

—No digas nada… —susurré.

Jake me dirigió una mirada severa cargada de incredulidad.

Me alejé sin mirar atrás, pero sentía sus ojos sobre mí. Juzgándome. Perdiendo todo el respeto por la persona que creía que podría amar.

Capítulo 39

Ashlyn

No tengo miedo de perderte.
Tengo más miedo de perderme yo.
No me hagas elegir, porque te elegiré a ti.

Romeo's Quest

La primera hora de Química era algo que temía el primer día que volví a clase. No quería ver a Jake. No quería que me mirara decepcionado.

Cuando entré en clase, oí a todo el mundo susurrar. No sabía si era porque Ryan estaba muerto o porque yo parecía la muerte, pero se sucedían los susurros. Jake estaba sentado en nuestra mesa de laboratorio, y cuando me vio, le dirigí una pequeña sonrisa.

Él curvó un poco los labios.

Era una sonrisa muy leve, pero era suficiente para mí en ese momento.

—Hola —dije mientras me sentaba en mi silla.

—Hola, *Ashlyn* —remarcó mi nombre con una risita—. Me entró el pánico… cuando vi —se aclaró la garganta y se acercó a mí— lo que vi. Pero lo entiendo perfectamente.

El corazón me latió con fuerza.

—¿Lo entiendes?

—Claro, Ash. Perdiste a tu hermana. Luego perdiste a Ryan. Eras un blanco fácil para ese capullo.

—¡No es un capullo! —exclamé al ver que realmente no lo entendía.

Me cogió la mano y me la sostuvo. Quería soltarme, pero no lo hice. Jake no conocía nuestra historia. No podía esperar que lo entendiera.

—Pero haré que se arrepienta de haberte utilizado —susurró con un tono duro—. Se arrepentirá de haberte hecho daño.

—¡Jake! No, por favor. No lo entiendes.

No respondió. Ya había tomado la decisión.

Y entonces lo vi. Mi vida volvía a derrumbarse.

Ni siquiera había tenido la oportunidad de reconstruirla.

* * *

Bajé por los pasillos después de Química sintiéndome como si tuviera el corazón en los pies. Deseaba tener el manto de invisibilidad de Harry Potter, que me haría desaparecer allí mismo. Hailey no había vuelto al instituto aún, y lo entendía perfectamente.

Las miradas de pura tristeza que me dirigían los demás alumnos eran intensas y hacían que se me humedecieran los ojos de vez en cuando. Al llegar a mi taquilla, bajé la vista y vi a Daniel en la puerta de su clase, mirándome. Sus ojos estaban cargados de culpa y dolor, e hice lo posible por sonreír. Él también debía de haber oído los susurros. Dio un paso en mi dirección pero yo negué con la cabeza.

La única persona capaz de consolarme, no podía hacerlo. La única persona que quería que pasara los dedos por mi pelo y me abrazara contra su pecho tenía que guardar las distancias.

—No me importa —dijo, y mi corazón se rompió en un millón de trozos inservibles.

Me encogí de hombros y empecé a llorar.

—A mí sí —respondí antes de bajar la cabeza. Lloré contra mi taquilla y luché por respirar cuando los abrumadores recuerdos de la muerte afloraron en mi alma.

¿Por qué estaban muertos Gabby y Ryan? ¿Y por qué demonios merecía yo estar viva?

Me ahogué en mis propias lágrimas cuando asumí la realidad.

Yo arruinaba vidas. Estaba segura de ello. Había arruinado la vida de Gabby. Había arruinado la de Ryan. Había arruinado la de Henry y la de mamá. Y estaba a punto de arruinar la de Daniel también.

Antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, sentí que dos brazos me abrazaban y me atraían hacia su cuerpo. Levanté la vista y vi a Daniel aún de pie en la puerta de su aula. Las lágrimas luchaban por escapar de sus ojos, pero agradecí que hubiera escogido mantener las distancias.

Henry silenciaba mis lágrimas mientras sentía las suyas caer sobre mi cara.

—No pasa nada, Ash. Estás bien. Estamos bien.

Me agarré a su camisa y lo atraje hacia mí.

—Papá… —susurré, incapaz de formular otras palabras. El poder innegable del dolor era devastador. Sabía que podía dolerte el corazón, pero no sabía que podía desangrarse hasta sumirse en el reino de la nada.

Henry me tenía agarrada. Los alumnos pasaban cuchicheando, y algunos se detuvieron para mirarnos. Pero dejé escapar el aire que había estado conteniendo durante los últimos meses.

E inhalé el aire que iluminaba mi mente.

Y exhalé el aire que obstruía mi alma.

Inhalar, exhalar. Necesitaba hacer eso una y otra vez.

Tan solo. Respira. Ashlyn.

* * *

Estaba sola en la mesa del comedor. Ni siquiera cogí una bandeja para comer. Solo me senté. Sola. Rota.

Avery me miró y parecía que iba a acompañarme, pero entonces apartó la mirada y se quedó en la mesa del equipo de fútbol. Me pregunté durante cuánto tiempo mantendría en secreto su sexualidad. Me pregunté si habría intentado convencerse de que era hetero solo para evitar convertirse en una estadística.

Esperaba que estuviera bien.

Jake estaba haciendo cola para pedir comida. Me hizo un gesto con la cabeza como si fuera a sentarse conmigo, pero yo no quería estar cerca de él. Me levanté de la mesa y me marché rápidamente. Pasé junto a Avery. Pasé junto a Jake.

Pero no pasé junto a Ryan.

Porque no podías pasar junto a los muertos.

Miré a Daniel, y le indiqué con la mirada que quería que me siguiera.

Entré en la zona cerrada del sótano, y esperé en el espacio oscuro. Para algunos podría parecer patética por apoyarme contra un muro junto a un cubo sucio y una fregona, pero no me importaba. Vendría; sabía que vendría. Si Daniel Daniels me quería como sabía que lo hacía, aparecería.

Y esperaría. Incluso si tenía que esperar hasta que el sol cayera conduciendo al mundo hacia el abismo, esperaría pacientemente. Sabiendo que, pasara lo que pasara, haría todo lo posible por encontrarse conmigo.

Oí sus pasos, y cuando levanté la vista vi su cara.

—Lo siento, llego tarde.

Volvieron los sollozos, y cuando sentí sus manos rodeándome la espalda, me apreté contra él, uniendo nuestros cuerpos.

—Estoy triste —susurré.

Apoyó la barbilla sobre mi cabeza, tranquilizándome con sus caricias llenas de amor.

—Yo también estoy triste. Así que en lugar de estar tristes solos, podemos estar tristes juntos durante un rato. —Me besó la frente, y

supe que no había nadie más en el mundo a quien quisiera abrazar. Nadie en el mundo a quien quisiera hacer mío.

Pero iba a hacerle daño.

Siempre hacía daño a la gente porque nunca me tomaba tiempo para sanarme a mí misma.

Así que tenía que dejarle.

Pero era tan duro separarme de él.

—Nunca antes había estado enamorada —susurré apoyando la cabeza en su pecho.

Sus dedos viajaron por mi pelo y me acariciaron la mejilla hasta encontrar mis labios.

—Yo pensaba que había estado enamorado antes, pero me equivocaba —dijo, haciendo círculos sobre mi boca con la punta del pulgar. Mi aliento cálido acarició su dedo mientras continuaba moviéndolo de esa forma tan sencilla que me volvía loca—. Antes de ti, no amé de verdad. Nunca creí en la eternidad hasta que te encontré, mi amor. Ashlyn Jennings, eres mi siempre para siempre.

—No —susurré, a punto de llorar—. Daniel, alguien lo sabe.

Me miró a los ojos y su preocupación me inundó. O tal vez era mi propia preocupación. A veces nuestros sentimientos estaban tan sincronizados que costaba diferenciarlos.

—¿Cómo?

—La estación de tren, ayer. Nos vieron.

Se pasó la mano por la cara y asintió, asimilando la información.

—Vale.

Eso fue todo lo que dijo. Entrecerré los ojos.

—¡Daniel, quiere contarlo! ¡Quiere meterte en problemas!

Dejó caer los hombros y sus dulces ojos azules se cruzaron con los míos.

—He estado pensando en dejar el trabajo, Ashlyn. Puedo vivir de la música. Mis padres tenían algo de dinero ahorrado. Venderé la casa. Puedo encontrar otro trabajo. Así podré darte todo lo que necesitas. Podemos hacer que funcione. Podré abrazarte cuando lo

necesites. Podré besarte sin que tengamos que preocuparnos de que nos vean. Iré a California contigo para estar juntos.

—Daniel —dije nerviosamente—. No puedes vender esa casa… Es tu hogar. Y adoras la enseñanza.

—No, te adoro a ti. Tú eres todo lo que importa.

Iba a abandonar todo por lo que había trabajado, todo lo que era, para elegirme a mí.

Entonces supe lo que tenía que hacer.

Se me quebró la voz.

—Te estoy arruinando la vida.

Sentía como si las paredes se estuvieran cerrando a nuestro alrededor. Como si unas cadenas me envolvieran el corazón al comenzar lentamente a expulsar a Daniel de mi interior.

—No… —dijo con voz ahogada. Percibí sus nervios. Sabía a dónde conducía esto.

—Mi madre está mejor, pero está allí sola. Debería volver a casa.

Sus dedos agarraron los míos y se apoyó contra mi pecho.

—Esto es casa, Ashlyn. Estamos en casa.

—Lo siento mucho.

—No… —Le tembló la voz—. No lo entiendo. Sé que las cosas son difíciles, pero… —Cuando se apartó, las lágrimas le caían por las mejillas.

—No sé quién soy ahora mismo, Daniel. —Mi voz sonó temblorosa, rota—. Pasé de tener una gemela a tenerte a ti, y no he tenido tiempo de aprender a estar sola. Y tengo que intentarlo. Necesito estar sola un tiempo para probarme a mí misma que puedo desenvolverme sin nadie a mi lado.

—Lo entiendo, de verdad, pero… —Se secó los ojos y me dio la espalda. Se llevó las manos a la cintura, y observé cómo inhalaba y exhalaba profundamente—. ¿Cómo puedo arreglar esto? ¿Cómo puedo hacer que te quedes? —Me miró—. Renunciaré a mi mundo por ti, Ash. Renunciaré a todo.

—Daniel… ¿y si yo renunciara a irme a California a estudiar? —susurré.

Él declinó la oferta y me dijo que California era lo que siempre había querido, que era mi sueño. Me acerqué a él y le acaricié las mejillas. Le rodeé el cuello con mis brazos y atraje su boca hacia la mía para besarlo con fuerza. Sentí sus lágrimas en mis labios.

—Lo sé. —Tragué saliva con dificultad—. No me pidas que sea la razón por la que renuncies a todo.

—¿Cómo voy a seguir adelante? ¿Sin verte cada día? ¿Sin ti?

Mis manos aterrizaron en su pecho.

—Empieza despacio —dije—. Tal vez solo estábamos destinados a ayudarnos mutuamente en la oscuridad.

—No me creo eso —replicó. Fruncí el ceño.

—Fue Jake Kenn. Tendrás que hablar con él. No puedo ser la razón por la que pierdas todo por lo que has trabajado tanto.

Se rio nerviosamente.

—He perdido mucho más.

Los pasos que di para alejarme de Daniel fueron los más dolorosos de toda mi vida. Las paredes me susurraban, burlándose de mí con las verdades debilitantes de mi destino y el de Daniel. Hubo tantas veces que quise volverme hacia él y retirar mis palabras. Pero sabía que había tomado la decisión correcta.

Porque si fuera la decisión equivocada, el corazón no me dolería tanto.

Capítulo 40

Ashlyn

No digas adiós.

Romeo's Quest

Al volver a la cafetería, me quedé sin aire al ver a Hailey sentada con Jake en nuestra mesa, hablando. Me apresuré a abrazar a Hailey con fuerza.

—¡Pensaba que no vendrías esta semana!

Ella sonrió.

—Tenía que volver algún día.

Daniel volvió a la cafetería y se acercó a nuestra mesa.

—Jake, ¿puedo hablar contigo un momento en mi aula?

Jake entrecerró los ojos y espetó:

—No, gracias.

Me encogí al ver su reacción y me acerqué a él. Coloqué la mano cerca de su oreja y susurré:

—¿Por favor, Jake? ¿Por mí?

Frunció el ceño y asintió sin decir palabra. Entonces se levantó y siguió a Daniel.

Hailey y yo volvimos a sentarnos.

—¿Te acuerdas al empezar el curso, cuando te dije que nunca había visto a dos personas quererse tan silenciosamente? ¿Sobre Ryan y Avery? —preguntó Hailey. Yo asentí. Sus ojos viajaron hasta Daniel, que se estaba alejando—. Lo retiro.

Me incliné hacia ella.

—¿Jake te lo ha contado? —Ella asintió. Empecé a explicarle la situación pero me interrumpió.

—No tienes que explicarme nada, Ashlyn. —Se le humedecieron los ojos y se encogió de hombros—. Las amigas se apoyan pase lo que pase. Y le dije a Jake que cerrara esa bocaza y no se lo contara a nadie.

Hice una mueca.

—Sí, bueno, no creo que esté muy dispuesto.

—Si le importas como le importas al señor Daniels, guardará silencio.

El tiempo desde que Daniel y Jake se habían marchado de la cafetería se me hizo eterno. Y no volvieron antes de que acabara el descanso para comer. Fui a toda prisa al aula de Daniel, con el corazón latiéndome sin parar, casi consumida por el miedo. La puerta estaba cerrada, así que esperé fuera mientras el resto de los alumnos pasaban junto a mí, continuando con sus vidas. Pero yo me quedé quieta.

Se abrió la puerta y Jake salió primero. Me quedé sin aire al verlo y me acerqué deprisa a él. Parecía aturdido y caminaba despacio.

—¿Jake? Háblame, por favor. ¿Qué ha pasado?

Levantó la cabeza y me miró con unos ojos cargados de emoción. Se encogió de hombros.

—Creo que me he enamorado del señor Daniels.

Me reí al verlo sonreír.

—Sí, tiene algo que se mete dentro de ti.

Frunció el ceño.

—¿Te vas de verdad? ¿Vuelves a Chicago?

Asentí.

—Oye, no es por lo que dije de que le haría pagar, ¿verdad? Porque no sabía… —Hizo una pausa—. No sabía que a un ser humano podía importarle alguien tanto como le importas tú a él.

—No es por ti, Jake. Es la vida. Es la vida lo que sucede, y me estoy permitiendo dejarme llevar por ella.

—La cuidaré —prometió—. A Hailey. Me sentaré con ella cada día. No almorzará sola.

—Gracias, Jake. —Le di un beso en la mejilla.

—De nada, *Ashlyn*. —Enfatizó mi nombre. Le di otro beso en la mejilla.

Capítulo 41

Daniel

Ardimos juntos.
Ardimos por diversión.
Ardimos delante de todos.
Éramos las estrellas.

Romeo's Quest

Era la noche antes de que se fuera a Chicago. Al día siguiente, después de clase, Ashlyn se iría en un tren. Estaba cerca del muelle con la guitarra de Gabby, contemplando el agua helada con las manos en los bolsillos. Randy había salido para ver cómo estaba varias veces, pero le había dicho que estaría bien. Tenía que estarlo. A ella no le gustaría que estuviera menos que bien.

La melancolía del invierno moraba en todas partes. La veía en cada respiración. El hielo silenciaba la música y el misterio del lago, pero la música de su delicada voz me cantaba.

—Hola —susurró Ashlyn acercándose por detrás. Henry le había prestado su coche para que se despidiera de varias personas. Dijo que solo lo había utilizado para venir a verme. Tenía los ojos cansados. No había dormido nada la noche anterior.

—Hola —sonreí girándome hacia ella. Tenía una caja en las manos. Miré la pequeña hoguera que me había pedido que hiciera y me eché a reír—. Joder, estás horrible. *Tan, tan fea*.

Esbozó una gran sonrisa.

—Tú sí que sabes ser romántico.

—Esto es una mierda —suspiré, frotándome la nuca.

—Lo sé… —Nos acercamos al fuego y ella abrió la caja—. ¿Estás preparado?

No lo estaba, pero cogí la guitarra y empecé a tocar y a cantar bajito.

Que los vientos sean nuestros amigos y flotemos a casa.

Que los mañanas sean la belleza donde va cada alma.

—La caja de cigarrillos falsos de Ryan —dijo cogiéndola. La arrojó a las llamas y observamos cómo el humo se alzaba en el aire.

Que el viaje compense la muerte final.

Que nuestros dulces recuerdos nunca descansen…

Cuando cogió las cartas de Gabby, me estremecí.

—Ashlyn, ¿estás segura?

Una lágrima le rodó por la mejilla al asentir, y entonces las puso en el fuego.

Líneas finas aquí y allá.

Las llamas se encienden en el aire.

Inspira, espira.

Ángeles, escuchad bien ahora.

Paré de tocar la guitarra de Gabby y nos quedamos inmóviles, mirando cómo la fría brisa movía el humo. Ashlyn sacó de la caja dos trozos de papel y dos bolígrafos.

—¿Y ahora qué? —pregunté acercándome a ella. Me dio uno de los papeles y un bolígrafo.

—¿Dónde te ves dentro de cinco años? —Miró el papel en blanco —. Escríbelo. Y cuando vuelva de la universidad, después de que empieces a reformar este sitio… intercambiaremos nuestros papeles. Justo donde empezamos.

—Joder, qué dramática eres. —Me eché a reír y fruncí el ceño al mismo tiempo. Pero lo escribí y me metí el papel en el bolsillo. Ella hizo lo mismo.

—Tengo que irme, pero te veo en el instituto mañana, ¿no?

—Sí. Hasta mañana.

Se quedó quieta, mirándome. Mi alma tiraba de mí hacia ella y la abracé. Levanté la vista al cielo rosado que se extendía en la lejanía, e hice lo posible por no dejarla marchar.

—Entiendo por qué te vas. Entiendo que quieras encontrarte a ti misma, te lo mereces. No hay nadie en este mundo que merezca encontrarse a sí mismo más que tú. Pero si no te importa, voy a decirte durante los próximos cuarenta y cinco segundos todo lo que he estado gritando en mi mente. Y cuando acabe, quiero que me sueltes y te vayas a tu coche.

—Daniel… —titubeó.

—¿Por favor? Por favor, Ashlyn. —Miró al suelo, y cuando volvió a levantar la vista, asintió. Me acerqué más a ella. Mis labios rozaron su oreja izquierda y susurré—: Pensaba que te había inventado. Pensaba que estaba viviendo en un mundo de oscuridad y que te había imaginado hasta hacerte real. Que de alguna forma mi mente te creó y te colocó en ese tren hace meses. Pero entonces me di cuenta de que nunca podría soñar algo tan bonito. Tú eres la razón por la que la gente cree en el mañana. Eres la voz que ahuyenta las sombras. Eres el amor que me hace respirar. Y durante los próximos segundos, voy a ser egoísta. Voy a decir cosas que no quiero que oigas. —Le acaricié la espalda de arriba abajo y la atraje más hacia mí, notando su nerviosismo. Le besé el borde de la oreja—. No te vayas. Quédate conmigo para siempre. Por favor, Ashlyn. Déjame ser tu todo. Déjame ser tu dorado. *No te vayas.*

Me aparté y me sentí culpable al ver sus lágrimas. Me sonrió y asintió. Caminó hacia el coche con pasos lentos, y se giró para mirarme.

—¿Estarás aquí? ¿Cuando me encuentre a mí misma?

—Te lo prometo, te lo prometo.

* * *

Entré en el instituto y vi a Ashlyn riéndose de su taquilla junto con Jake y Hailey. Al pasar vi que la taquilla estaba cubierta de fotos de sandías. Me reí con ella mientras Jake y Hailey se burlaban de ella con las fotos que, sin duda, habían puesto ellos mismos.

Los ojos verdes de Ashlyn se cruzaron con los míos y sentí que el corazón se me aceleraba. Sonrió y frunció el ceño dos segundos antes de que yo apartara la mirada.

—Esa es la mirada más romántica que he visto en mi vida —murmuró Hailey a Ashlyn. Yo seguí caminando.

—Ya te digo —murmuró Jake—. Creo que me he empalmado solo con veros a los dos.

Me reí al oír su comentario, pero no me giré. Porque sabía que si lo hacía, no podría contenerme. La abrazaría y susurraría: «Por favor, no te vayas».

—Dan. —Henry se acercó a mí con una expresión muy seria—. ¿Puedo verte en mi despacho ahora mismo?

Le dolía saber que Ashlyn se iba a Chicago. Se le notaba en los ojos. Conocía la sensación.

Entramos en su despacho y cerró la puerta detrás de mí. Antes de poder sentarme, noté un puñetazo en el ojo.

—¡Joder, Henry! ¡¿A qué ha venido eso?!

—¡Hijo de puta! ¡Has utilizado a mi hija! —Volvió a golpearme, esta vez en el estómago. Gemí de dolor y sentí que me faltaba el aire. Me doblé intentando combatir el dolor—. ¡Es mi hija!

Otro puñetazo en el estómago.

—Mi ex mujer me llamó para asegurarse de que todo iba bien. Para asegurarse de que Ashlyn estaba bien. Pero estaba muy preocupada. —Me lanzó otro golpe, pero esta vez lo bloqueé—. Estaba muy preocupada porque Ashlyn tenía que dejar a su novio. Y yo pensé: ¿qué novio? Ashlyn no tiene ningún puto novio.

—Henry, déjame explicar…

No me dejó.

—Y entonces Kim recuerda su nombre. Me dice el nombre de su grupo. ¿Adivina cuál era?

Se abrió la puerta y vi desde el suelo la cara de Ashlyn. Se quedó boquiabierta y entró rápidamente, cerrando la puerta tras ella. Miró a su padre y se colocó delante de mí mientras me levantaba.

—Henry, mírame —dijo levantando las manos.

—¡Ashlyn, te ha utilizado! —gritó Henry, alzando los brazos.

Me limpié la sangre que me goteaba de la boca.

—No, no es verdad.

—Estás confundida. Has sufrido tanto. —Henry suspiró y se pasó las manos por el pelo.

—Papá, mírame —susurró, cogiéndole la mano—. Él me ha salvado. Si alguna vez me has querido, me dejarás explicártelo. Me escucharás y *no* meterás a Daniel en problemas.

Se quedó inmóvil, pensando en las palabras de su hija. Luego se giró hacia mí.

—No quiero volver a verte cerca de ella.

—Henry… —empecé a decir, pero Ashlyn me interrumpió.

—¡Me marcho! Me marcho, te lo juro. Se acabó.

Aquellas palabras me atravesaron. Me froté la frente y repetí las palabras de Ashlyn.

—Se acabó.

Capítulo 42

Daniel

No hay segundas oportunidades.
Solo primeras oportunidades que nunca acaban.

Romeo's Quest

Se había ido. No sabía qué pensar. No sabía qué sentir.

Randy se sentó conmigo en la mesa de la cocina y le dio un trago a su cerveza. No sabía qué decir para hacerme sentir mejor, y no intentó hacerme sentir mejor.

—Lo siento, tío. —Bajó la cabeza y la movió de lado a lado.

—Sí, yo también.

Se abrió la puerta trasera de la casa y entró Jace. Tenía los ojos rojos de llorar y las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. Era evidente que alguien le había dado un puñetazo en el ojo, y se me encogió el estómago al verlo. Tenía el labio partido y el mismo aspecto que cuando lo vi el día que murió mamá.

—Le he pedido a Red que me deje salir de la banda. —Temblaba de nervios. Se rio encogiéndose de hombros—. Nunca iban a decirme quién mató a mamá, ¿verdad?

Incliné la cabeza y me miré las manos, que estaban sobre la mesa.

—No, nunca. —Oí que sollozaba y me levanté de la silla.

Salí de la cocina y volví con un trapo. Metí hielo dentro y se lo puse en el ojo morado. Hizo una mueca al sentir el contacto con su piel, pero no se quejó verbalmente.

No quería seguir riñéndole. No quería decirle lo mucho que afectaban sus elecciones a su vida y a las vidas de los demás. Solo quería que mi hermano volviera. Había visto a demasiada gente perder a sus hermanos, y estaba cansado de pelear.

Lo rodeé con mis brazos y lo abracé. Él lloró sobre mi hombro.

—Les echo tanto de menos, Danny. —Su corazón se estaba rompiendo, y por fin se permitía sentir tristeza por la muerte de nuestros padres en lugar de venganza—. No sé qué hacer ahora. No sé qué hacer…

No tenía una respuesta para él. Apenas sabía qué estaba haciendo yo con mi vida. Arrastré una silla y Jace y yo nos sentamos junto a Randy. Se hizo el silencio en la cocina mientras los tres permanecimos sentados un buen rato.

—Bueno. —Randy sonrió, se acercó al frigorífico y sacó tres cervezas—. Tenemos una vacante en Romeo’s Quest.

Jace abrió mucho los ojos y movió la cabeza, incrédulo.

—¿Me dejaríais volver? ¿Después de todo lo que he hecho? Especialmente lo de Ashlyn…

Me encogí al oírle pronunciar su nombre.

—Jace… di que sí y ya está —dije. Sus ojos azules sonrieron cuando levantó la cabeza para mirarme.

—Sí.

Capítulo 43

Ashlyn

Esto no es algo que quiera perder.
Prométeme que habrá sol después de esta lluvia.

Romeo's Quest

Cuando me marché de Edgewood, volví a casa y terminé el curso en mi antiguo instituto. Mis viejos amigos intentaron conectar conmigo, pero ya no era la chica que conocían. Mamá seguía luchando por superar la muerte de Gabby, pero me prometía que estaba mejor desde mi regreso.

También se reía mucho más.

Cada noche nos sentábamos juntas en el sofá: ella veía la tele y yo leía. Nuestra rutina funcionó bien hasta que me fui a la universidad para encontrarme a mí misma. Para comenzar de nuevo. Hice nuevos amigos. Me acostumbré a estar sola, algo que no había experimentado en toda mi vida. Había pasado de vivir con una gemela, teniendo siempre a alguien cerca de mí, a tener una relación con Daniel.

No lamentaba ninguna de las dos cosas, pues ambas me habían hecho ser la persona que era. Me habían hecho más fuerte.

Mi imaginación solía fingir que estábamos juntos después de separarnos. Rodaba en mi cama cada mañana y soñaba con sus labios besando los míos, sus brazos envolviéndome y apretándome contra su cálido cuerpo, su amor insuflando vida en todo mi ser. Me lo imaginaba preparándome una taza de té mientras yo le hacía unos huevos tal como le gustaban, y el café muy cargado. Luego haríamos el amor antes de que el sol se despertase del todo y sonreiríamos sabiendo que nuestros cuerpos habían sido creados el uno para el otro.

Nuestros corazones siempre latirían para el otro. Nuestras almas estaban destinadas a arder juntas en una llama inexplicable que iluminaba el universo con esperanza y pasión.

La mayoría de la gente no lo entendía. Mis amigos me animaban a pasar página, a encontrar a otra persona. ¿Pero cómo podía permitir que alguien me lo diera todo sabiendo que no podría corresponderles de igual manera? No sería justo.

Sabía que nunca volvería a enamorarme. No estaba escrito en mi destino. Suponía que era porque cuando me enamoré por primera vez, nunca dejé de estar enamorada.

Cualquier persona de este planeta sería afortunada de tener la oportunidad de querer al señor Daniels. Pero yo era la más afortunada de todas, porque por un momento, él me correspondió.

* * *

Escribía cada día siempre que no estuviera haciendo los deberes. Creé una historia que ni siquiera sabía que vivía dentro de mí. No había escrito una sola palabra que no hubiera estado acompañada por el sonido de su CD en mis oídos. Era como si estuviera allí a mi lado, animándome.

Al acabar el segundo año, escribí la última página: «Fin».

Lo había conseguido. Oficialmente, era una autora.

Cuando acabé mi primera novela, la autopubliqué. Vendí la friolera de siete copias.

De las cuales, dos las compré yo.

Y entonces volví a Edgewood.

Dos años antes de lo previsto.

No podía aguantar más; tenía que comprobar si él seguía pensando en mí.

Porque yo no había dejado de pensar en él por un segundo.

* * *

Estuve delante del instituto durante un buen rato, mirando su clase. Sonreía a sus alumnos, sentado en la esquina de su escritorio; seguramente les estaba suplicando que interactuaran con él. Movía las manos alrededor, y entonces se levantó y escribió algo en la pizarra. Se había cortado el pelo y se había dejado barba. Parecía tan… adulto.

Sentí que mis mejillas enrojecían como lo hicieron la primera vez que lo vieron mis ojos. Se rio de algo que había dicho un alumno mientras escribía en la pizarra, y sacudió la cabeza. Cuando sonó el timbre, observé que los estudiantes se ponían la mochila en la espalda y salían del aula. Se levantó una brisa primaveral, y me apreté el cuerpo con los brazos. Al dar un paso atrás, vi que Daniel se giraba hacia la ventana, y cuando levantó la vista, nuestras miradas se encontraron. Todo mi interior pareció petrificarse, y me quedé boquiabierta.

Sus ojos oscuros parecían confusos al principio, pero entonces levantó la mano y dijo:

—Hola.

Mi corazón latió con fuerza ante aquella palabra y aquel gesto tan simple. Di un paso adelante, y él también, hasta que estuvimos cara a cara. Solo nos separaba la ventana. Él apoyó la mano en el cristal y yo coloqué la mía contra la suya. Miré sus dedos, que parecían descansar sobre los míos, y sonreí. Cuando levanté la vista, vi que se le habían humedecido los ojos y me sonreía.

—¿Té? —preguntó. Asentí y una lágrima rodó por mi mejilla. Él se metió las manos en los bolsillos—. No llores.

Me encogí de hombros. No podía evitarlo. Me había dicho que lo esperase, y no podía evitar reírme porque lo esperaría eternamente.

No tardó en recoger sus cosas y encontrarse conmigo fuera del edificio. Nos quedamos quietos uno frente al otro durante un buen rato, sonriendo como niños. Fui a abrazarle, y él debió de pensar lo mismo, porque nos pisamos los zapatos. Nos reímos nerviosamente, y me sentí como aquella adolescente que lo conoció por primera vez en la estación de tren.

Cuando por fin me rodeó con sus brazos, inhalé su aroma y tiré ligeramente de su chaqueta. No intentó separarse en ningún momento.

—Pareces tan adulto —susurré contra su hombro. Él se rio y me frotó la espalda.

—Lo mismo digo. —Se apartó y me miró—. Llevas flequillo.

—Tu cara es más peluda. —Me eché a reír.

—Sí. —Frunció el ceño y se frotó la barbilla—. Tengo que afeitarme.

—No lo hagas. Me encanta. —Me froté la nariz enrojecida y cambié de tema—. Pasé por tu casa ayer, pero…

—Me he mudado. —Hizo un gesto para que camináramos por la acera y lo seguí—. Pasé un tiempo arreglándola con Jace, y luego la vendí.

—Pero era…

—El sueño de mis padres. No el mío. Ahora vivo no muy lejos de aquí, en un apartamento de niño mayor —bromeó. Guardamos silencio, pero no era para nada incómodo.

—¿Cómo está Jace?

Sonrió.

—Limpio. Por primera vez en mucho tiempo. Está con Randy. Ha vuelto a la banda.

—Bien por él. Bien por los dos. —Daniel sonrió—. Tienes que enseñarme ese apartamento de niño mayor un día de estos.

—Tengo té allí. Si quieres verlo ahora —ofreció.

Por supuesto, accedí. Fuimos andando a su apartamento y hablamos de nada y de todo.

¿Sabes esas personas que podrías dejar de ver durante años, y cuando os reunís parece como si no hubiera pasado el tiempo? No dejes escapar a esas personas.

Cuando metió la llave en la cerradura, se giró para decirme algo, pero no llegó a pronunciar palabra porque apreté mis labios contra los suyos. Fue algo impuesto de forma apresurada y repentina, pero tenía que recordar su sabor, tenía que recordar cómo era sentir su cuerpo contra el mío.

Él no dudó en devolverme el beso. Me rodeó con sus brazos, y suspiré contra él, ebria de Daniel.

Me aparté y miré sus ojos azules.

—Dios mío. Lo siento mucho. —Me sonrojé y di un paso atrás—. ¡Ni siquiera sé si estás saliendo con alguien! Y voy y estrello mis labios contra los tuyos como si esto fuera algún tipo de…

Me hizo callar colocando su boca contra la mía otra vez. Separó mis labios con su lengua y, lentamente, hizo más profundo nuestro beso. Volví a suspirar y cerré los ojos.

—No tienes novia, ¿verdad?

Él se echó a reír.

—No. ¿Y tú no tienes novio?

Sentí su cuerpo contra el mío y me sorprendió que aún me resultara tan familiar.

—Eh… ¿Ashlyn? —preguntó, sacándome de mis pensamientos.

—¡Ah! No. No tengo novio. —Me balanceé un poco sobre mis zapatos—. Pero oye, puedes decírmelo. Si hay otra persona en tu vida. No he salido con nadie porque… bueno… ¿cómo podría después de esto? Pero a ver, tres años es mucho tiempo de espera, y lo entiendo perfectamente si has pasado página, o sea…

Sus dedos aterrizaron en mis labios.

—Estás divagando.

Asentí.

—Estoy nerviosa.

Se acercó a mí hasta que nuestras narices se tocaron. Pasó los dedos por mi pelo y me miró a los ojos.

—Nunca ha habido otra mujer, Ashlyn. Nunca podría haber otra mujer. —Palpitación. Palpitación. Corazón. Corazón. Sus ojos sonrieron—. Ven, entra.

Cuando entré en su apartamento, sonreí. Era muy suyo. Tenía instrumentos musicales en la sala de estar y estanterías repletas de libros.

Me acerqué a la estantería y puse los dedos sobre ella para palpar las cubiertas de los libros. Tantas obras de Shakespeare. Tanta historia.

—Tengo té verde y té chai. Y esta cajita de té tan extraña que me regaló la madre de un alumno por Navidad el año pasado. ¿Qué te sirvo? —preguntó, dirigiéndose a la cocina.

Me quedé sin palabras, porque justo entre Hamlet y Mucho ruido y pocas nueces estaba mi novela.

Buscando a Julieta.

No solo un ejemplar, sino dos.

—Daniel —susurré.

Levantó la vista y se acercó a mí.

—Es genial —dijo, cruzándose de brazos—. Bueno, el protagonista puede ser un poco capullo a veces, pero la novela es perfecta. Me encantó. —Se aclaró la garganta y cogió las dos copias —. Me gustó tanto que compré dos. Por si le pasaba algo a la primera copia.

Una lágrima me rodó por la mejilla y asentí.

—¿Un problema doble?

Se acercó y me besó las lágrimas.

—Tenemos que organizar una sesión de firmas. —Caminó hasta la mesita de la sala de estar y puso todo lo que había encima en el suelo. Me cogió del brazo y me hizo sentarme en el sofá. Sonreí cuando me puso un bolígrafo en la mano y se acercó a la mesa como si fuera mi mayor fan.

Lo cual era muy posible.

Puso el primer libro en la mesa. Al abrirlo, me quedé sin aire.

—Daniel…

Dentro de la cubierta estaba el anillo de novios que Bentley le había regalado a Gabby. Y el libro ya estaba firmado. Ponía: «¿Te quieres casar conmigo, señorita Jennings?» firmado por el mismo señor Daniels.

Las lágrimas me rodaban por las mejillas. Levanté la vista y le sonreí. Él me dio un empujoncito.

—Tienes que escribir la respuesta y firmar con tu nombre.

Por supuesto, escribí la palabra «sí».

Y entonces firmé con el que sería mi apellido durante el resto de mi vida.

Señora Daniels.

Epílogo

Daniel

Amamos.

Romeo's Quest

Ashlyn volvió a la universidad para acabar los últimos dos años. Nos aseguramos de visitarnos tan a menudo como nos fuera posible, y cuando volvió a Edgewood, Wisconsin, se mudó a mi apartamento de niño grande. Pasamos el siguiente año enamorándonos más, descubriendo más cosas el uno del otro. Ella siguió escribiendo, fortaleciendo su habilidad, y decidió estudiar un máster, pero se quedó mucho más cerca de casa.

Casa.

Eso éramos. Éramos un hogar.

Y hoy no estaba nervioso. Solo tenía las manos sudorosas y no conseguía atar la dichosa pajarita. «Respira, Daniel…» ¿Dónde demonios estaba mi padrino? ¿No era él el encargado de las malditas pajaritas que no había forma de atar? Claro que no. Jace tampoco sabría cómo hacerlo.

Me froté la nuca con las manos y me di por vencido. Pasé a abotonarme los puños de la camisa.

—¿Cómo estás?

Levanté la vista y me encontré a Henry en la puerta. Su esmoquin lucía perfecto, así como su corbata.

Titubeé un poco al mirarlo. Mis dedos empezaron a temblar por alguna extraña sensación, ¡pero no eran nervios!

Bueno, tal vez sí que eran nervios.

—Esta dichosa pajarita me está matando y no encuentro a Jace.

—Déjame a mí —dijo acercándose. Empezó a ayudarme y suspiré. Ahora sí que estaba muy nervioso. Henry siempre me hacía sentir así—. Ella es especial, ¿verdad?

—Sí, sí que lo es.

Sus manos trabajaban como si hubiera sido un experto en pajaritas en una vida pasada.

—Si le haces daño, te mataré y haré que parezca un accidente.

Me eché a reír hasta que vi su mirada alarmantemente severa. Tragué saliva y sentí que me apretaba la pajarita.

—Henry. —Tosí.

—Dan.

—Me estás ahogando.

Una sonrisa astuta asomó a sus labios y aflojó la pajarita. Retrocedió un paso y me hizo un gesto con la cabeza antes de tenderme un sobre.

—Sé bueno con ella, hijo.

La palabra «hijo» golpeó mis oídos. Asentí y cogí la carta. Él se giró para marcharse, pero lo llamé. Cuando me miró, sonreí.

—Gracias por tu ayuda.

—Solo he atado una pajarita. No es para tanto.

Pero los dos sabíamos que había hecho mucho más que eso.

Me dejó solo con el sobre y lo abrí. Dentro había dos cartas. Cogí la primera y empecé a leer las palabras de Ashlyn.

Querido señor Daniels,

¿La respuesta a la pregunta de dónde quiero estar dentro de cinco años? Fácil.

Contigo.

P.S. Salvé una carta del fuego.

Eternamente, eternamente,

Ashlyn.

Nunca supe que se podía querer tanto a alguien. Saqué la segunda carta del sobre. Me llevé el puño a los labios.

A quien corresponda:

Hola. No estoy segura de si nos hemos conocido, pero como hoy es el día en el que te casas con mi hermana, he pensado en saludarte. Ya que no puedo estar delante de todo el mundo para ofrecer mi discurso de dama de honor, te lo ofreceré a ti.

Cuando Ashlyn y yo teníamos siete años, encontró una araña en nuestra habitación, y en lugar de aplastarla, quiso llevarla fuera para que pudiera vivir una buena vida de araña. Más tarde se le subió encima y ella la mató por accidente. Lloró tres días seguidos.

A los quince, salió con un auténtico imbécil, y cuando él rompió con ella, lloró cuatro días seguidos.

Cuando descubrió que estaba enferma, lloró más días de los que pude contar.

Tiene el corazón más grande del mundo, y sé que has visto todas sus facetas. Solo un hombre fuerte puede querer a mi hermana. Y tú eres un hombre fuerte. Así que, allá van unos consejos de gemela de parte de vuestra servidora:

Léele a Shakespeare cuando llore.

Pasea bajo la lluvia y salta en los charcos con ella.

No le hagas caso cuando te llame capullo durante «esos días del mes»; esos días se convierte en una auténtica borde.

Cómprale flores porque es martes.

Consigue que haga cosas que la asusten.

No seas un pelele, no nos gusta.

No seas un capullo tampoco, eso lo odiamos.

Sonríele cuando estés enfadado.
Baila con ella en mitad del día.
Bésala porque sí.
Quiérela para siempre.
Gracias por querer a mi mejor amiga, hermano.
Sigue así.

Tu nueva hermana, Gabby

Contemplé las palabras durante largo rato, cubierto de lágrimas. Se abrió la puerta y Jace asomó la cabeza. Me froté los ojos y me volví hacia él.

—¿Estás listo, Danny? —El fotógrafo quiere unas cuantas fotos de los padrinos antes de la ceremonia —dijo, sonriéndome.

Me acerqué a él y le puse la mano en el hombro.

—Estoy listo.

Su sonrisa no desapareció.

—¿Sabes cómo atar una pajarita?

Me eché a reír y puse los ojos en blanco.

—Claro. ¿Tú no?

* * *

Ashlyn

—Te juro por Dios que si te mueves, te patearé el culo. Quieta. Respira —murmuró Hailey detrás de mí. Tenía las manos apoyadas en la cintura, y estaba tan quieta como me era posible, contemplando el bonito paisaje al otro lado de la ventana. El sol proyectaba una luz dorada sobre las colinas.

Hailey apretó el lazo de mi corsé, cortándome la respiración por un momento.

—Vale, a la de tres, exhala… Una… dos… ¡tres!

Solté el aire y me incliné hacia delante tanto como me lo permitió el vestido. Un petirrojo pasó volando junto a la ventana, y yo lo seguí con el dedo, observando cómo volaba cada vez más alto hasta las nubes inexistentes. El cielo estaba completamente azul en todas las direcciones.

Me volví para mirar a Hailey y a mamá, y oí cómo inhalaban profundamente, pero no llegaron a exhalar.

—¡Estoy gorda! —grité pasando las manos por el encaje. A mamá se le humedecieron los ojos. Se acercó a mí y colocó sus manos sobre las mías.

—Eres la novia más bonita del mundo.

Sonreí.

—Es un buen día para casarse, ¿verdad?

Hailey dio una palmada y sirvió champán.

—¡Es un día perfecto para una boda!

Alguien llamó a la puerta. Me retiré un mechón de pelo de la cara y dije:

—Adelante. A menos que seas Daniel, en cuyo caso, no entres.

El pomo se giró y entraron dos personas con unas cajas en las manos. Jace y Bentley. Los dos llevaban traje y estaban realmente elegantes. Cuando se giraron hacia mí, me sonrojé, porque se quedaron boquiabiertos. Me revolví incómoda por su silencio, suplicándoles que hablaran.

—Ashlyn, estás… —Bentley sonrió y se le formaron dos hoyuelos.

—Perfecta —terminó Jace. Sus ojos azules brillaban más que el día—. Eh, perdona. Nos vamos para que puedas terminar de prepararte. Solo queríamos darte unas cosas.

Bentley se acercó y abrió la primera caja.

—Algo viejo y algo nuevo. La púa favorita de la guitarra de Gabby en un collar nuevo de diamantes.

Se me humedecieron los ojos cuando Hailey me levantó el pelo y Bentley me puso el collar alrededor del cuello. Le di las gracias con un beso en la mejilla.

Jace fue el segundo en acercarse con una caja más pequeña.

—Y algo prestado y algo azul. —Abrió la caja y me quedé sin aliento—. Eran los pendientes favoritos de mamá: unos diamantes azules. No tienes que llevarlos. Solo pensé…

No tuvo que preocuparse, porque enseguida me quité los pendientes que llevaba y me puse aquellos tan bonitos. Jace me dio un fuerte abrazo.

—Es un cabrón con suerte.

—¿Está nervioso?

Jace me dirigió una sonrisa traviesa y se llevó la mano al bolsillo trasero. Sacó un sobre y me lo puso en las manos.

—Me ha dicho que te dé esto.

Rocé la carta con los dedos y sonreí, sabiendo que era la carta que había escrito hacía tiempo sobre dónde quería estar al cabo de cinco años. Ya le había pedido a Henry que le diera la mía a Daniel.

Mamá sonrió a todo el mundo.

—¿Y si le damos a la futura novia unos minutos para que la lea? —Todo el mundo estuvo de acuerdo y salieron de la habitación.

Me senté en una silla y abrí la carta.

Mi amor,

Me preguntaste dónde me veía a mí mismo en cinco años, y la única respuesta que se me ocurre es contigo. Estaremos tan enamorados que el mundo nos envidiará. Seremos tan increíblemente felices que crecerán flores de nuestra risa. Dentro de cinco años, serás mía, y yo seré tuyo.

Si las cosas van como mi corazón quiere que vayan, serás mi esposa. No sé si para entonces tendremos hijos, pero habrá hijos en nuestro futuro. Me despertaré cada mañana con tu dulce sonrisa y tus ojos color esmeralda mirándome. Me dormiré sintiendo tu tacto, tu calor. Y el día que digamos «sí, quiero», sabrás cuánto te quiero.

No hay duda de la veracidad de esas palabras, no hay dudas dentro de mí. Desde hoy, lo único que querré hacer es quererte.

Siempre, siempre,

Señor Daniels

Sus palabras se habían anclado en mi alma. Daniel Daniels formaba parte de mí ahora. Pero para ser sincera, creo que ya era así antes incluso de que naciera.

Al cabo de un rato, mamá y Henry vinieron a por mí. Empezó a sonar una música suave y romántica. Las puertas de la iglesia se abrieron lentamente. Henry rodeó mi brazo con el suyo. Todos nuestros seres queridos se levantaron para mirarme.

Pero yo no podía verlos.

Tenía los ojos fijos en el atractivo hombre que estaba al final del pasillo. Sonreía, y era la sonrisa más amable del universo. No pude evitar devolverle la sonrisa mientras le miraba a los ojos.

Esos ojos azules.

Preciosos.

Impresionantes.

Radiantes.

Y por primera vez en una eternidad, supe que, pasara lo que pasara, por muchos obstáculos que hubiera en la vida, a pesar de los desafíos, lo conseguiríamos. Era mi dorado, y yo era el suyo.

Siempre, siempre y eternamente, eternamente.

Estábamos más que bien.

FIN

A los lectores

¡Gracias por leer *Querido señor Daniels!* ¡Significa mucho para mí! ¡Si tienes un minuto y puedes dejar un comentario en Amazon o en Barnes and Noble, serías un fenómeno!

También puedes encontrarme en Facebook en: www.facebook.com/brittainycherryauthor

O en Twitter en: www.twitter.com/brittainycherry

¡Gracias por todo el cariño y por darle una oportunidad a mis personajes, y gracias por darme una oportunidad a mí!

Besos y abrazos.

Agradecimientos

¡Ha habido muchos autores, blogueros y lectores que me han ayudado durante la creación de esta novela. Desde leer a compartir, a un simple «me gusta» en un avance. No puedo expresar con palabras lo mucho que agradezco todo el cariño.

El mundo de la narrativa y las editoriales es emocionante y aterrador. ¡De no ser por mis grupos de apoyo de autores, creo que no habría logrado publicar! Gracias por todas las risas, los consejos, los trucos y los momentos divertidos. Os valoro mucho a todos y cada uno de vosotros.

A mis chicas guerreras. ¡Os admiro tanto! ¡Os quiero y es un honor teneros en mi vida! Vuestro talento me inspira, y vuestro increíble apoyo es de otro mundo.

A mi estupendo equipo de relaciones públicas en Read and Tell Promotions, a mis *beta readers,* y a mi maravillosa hada madrina del formateo, ¡gracias! ¡Si no fuera por todos vosotros, mi libro no sería nada! ¡De verdad, todos formáis parte de esta historia y os agradezco el tiempo que habéis empleado en ella!

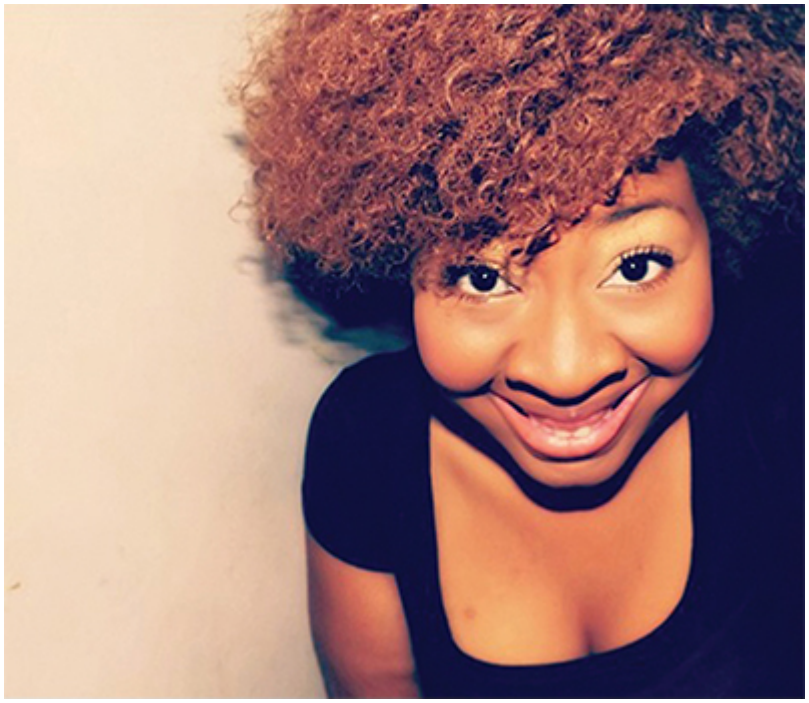
A mis amigos: gracias por seguir queriéndome aunque desaparezca durante meses. ¡Espero que sepáis que vuestra amistad es muy importante para mí!

No me cabe duda de que tengo la familia más increíble a mi lado en todo momento. Me recuerdan mi fortaleza cuando me siento débil, me hacen reír cuando estoy a punto de llorar. En cuestión de familias, yo soy la ganadora.

Kristen, gracias por decirme que siguiera escribiendo y por creer en esta historia cuando quise descartarla. ¡Eres una de mis mejores amigas y estoy tan contenta de que nos hayamos encontrado en esta locura de viaje!

Y por último pero no por ello menos importante: A Mickey. No solo eres el editor más increíble que hay, sino que además tienes un corazón de oro. Gracias no solo por tu esfuerzo a la hora de emplear tus habilidades, sino también por ser una persona tan amable y maravillosa. ¡Eres el mejor!

Sobre la autora



Brittainy C. Cherry siempre ha sentido pasión por las letras. Estudió Artes Teatrales en la Universidad de Carroll y también cursó estudios de Escritura Creativa. Le encanta participar en la escritura de guiones, actuar y bailar… Aunque dice que esto último no se le da muy bien. Se considera una apasionada del café, del té chai y del vino, y opina que todo el mundo debería consumirlos. Brittainy vive

en Milwaukee, Wisconsin, con su familia y sus adorables mascotas. Es la autora de *El aire que respira*.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.




BRITTAINY C. CHERRY
EL AIRE
QUE
RESPIRA
SERIE DE LOS ELEMENTOS I
CHIC

El aire que respira

Cherry, Brittainy C.
9788416223503
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo?

Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo.
Elizabeth ha perdido a su marido.
Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir.
Necesitan recordar lo que se siente al querer.
Solo así podrán volver a respirar.

La novela romántica revelación en Estados Unidos

Cómpralo y empieza a leer


Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte
Premio
Bancarella de
los libreros
italianos
CHIC

Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna
9788416223473
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias?

Jennifer es abogada.
Ian es economista.
Y se odian.
Un cliente los obliga a trabajar juntos.
¿Y si del odio al amor solo hay un paso?

Premio Bancarella de los libreros italianos
Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

Cómpralo y empieza a leer


HOMICIDIO
UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE
DAVID SIMON
UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE
THE WIRE
PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
«UNA OBRA MAESTRA» MARTIN AMIS
PRINCIPAL

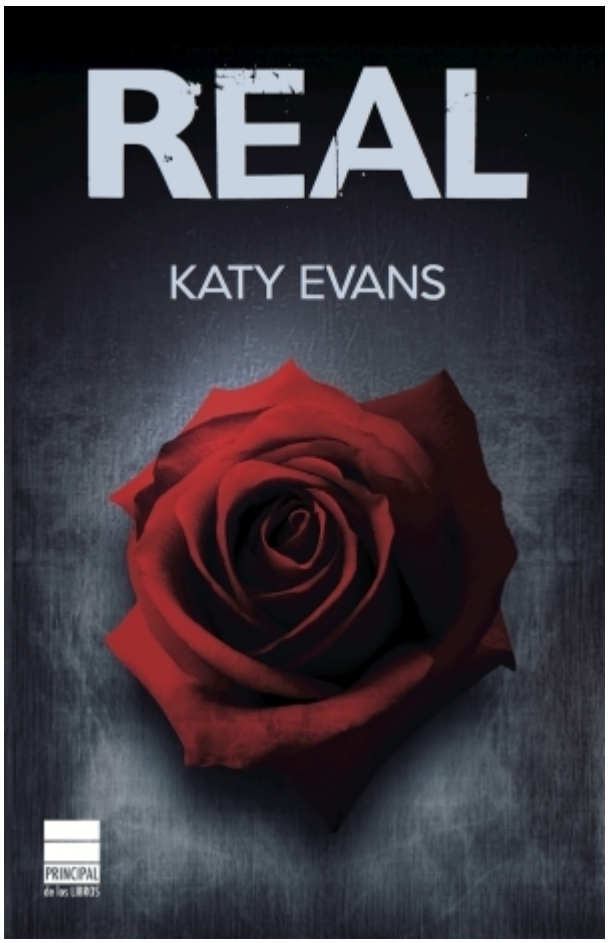
Homicidio

Simon, David
9788416223480
784 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos.
David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años.
Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

Cómpralo y empieza a leer


REAL
KATY EVANS
PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy
9788494223488
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un boxeador inestable.
Una joven con los sueños rotos.
Una combinación explosiva.

Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo.

La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

Cómpralo y empieza a leer


EN REALIDAD,
NUNCA
ESTUVISTE AQUÍ
JONATHAN
AMES
Una novela del creador de *Bored to Death*

En realidad, nunca estuviste aquí

Ames, Jonathan
9788416223329
96 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un héroe cuya arma favorita es un martillo… claramente tiene problemas

Joe es un ex marine y ex agente del FBI, solitario y perseguido, que prefiere ser invisible. No se permite ni amigos ni amantes y se gana la vida rescatando jóvenes de las garras de los tratantes de blancas. Un político lo contrata para que rescate a su hija de un burdel de Manhattan, y entonces Joe descubre una intrincada red de corrupción que llega a lo más alto. Cuando los hombres que lo persiguen acaban con la única persona que le importa en el mundo, abjura de su voto de no hacer daño a nadie. Y si alguien puede abrirse paso hasta la verdad a fuerza de cadáveres, ese es Joe.
En realidad, nunca estuviste aquí es un homenaje a Raymond Chandler y a Donald Westlake y su serie sobre Parker. En esta dura y emocionante novela, Ames desafía los límites de la novela negra y crea un protagonista demoledor y psicológicamente perturbado que salva a otros pero es incapaz de salvarse a sí mismo.

Cómpralo y empieza a leer